

KELLY ORAM

AUTORA BEST SELLER

felices
para
siempre



Oz
EDITORIAL

FELICES PARA SIEMPRE

KELLY ORAM

Serie Cinder y Ella 2

Traducción de Tamara Arteaga y Yuliss M. Priego



FELICES PARA SIEMPRE

V.1: noviembre, 2018

Título original: *Happily Ever After*

© Kelly Oram, 2017

© de la traducción, Tamara Arteaga y Yuliss M. Priego, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Todos los derechos reservados.

Publicado mediante acuerdo con Bookcase Literary Agency.

Diseño de cubierta: Joshua Oram

Publicado por Oz Editorial

C/ Aragó, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-17525-25-5

IBIC: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Felices para siempre

¿Qué sucede después de que Cenicienta consiga a su príncipe azul?

El final de una historia es a menudo el comienzo de otra. La estrella de Hollywood Brian Oliver y su princesa, Ellamara Rodríguez, han encontrado por fin el amor fuera del mundo virtual. Pero, tras dejar atrás el anonimato, la joven pareja se enfrenta a una nueva serie de problemas.

El estrés, los seguidores enloquecidos y la presión de la fama de Brian harán mella en la relación, y los dos jóvenes dudarán si son capaces de disfrutar de su flamante historia de amor... ¿Podrán Brian y Ella hacer frente a los obstáculos que encuentren en su camino y vivir el «felices para siempre» con el que sueñan?

«Ha sido imposible no leer este libro del tirón. Kelly Oram es fantástica y su *retelling* de *Cenicienta* es inteligente y romántico.»

Anna Katmore, autora de *Juega conmigo*

«Una historia moderna que celebra la cultura *geek*, ideal para quien viva inmerso en las redes sociales. Me ha encantado.»

A Backwards Story Blog

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre Felices para siempre

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre la autora

Para Karie, porque este libro existe por ti

Capítulo 1

Estaba tumbada en el suave sofá, con la cabeza apoyada en el reposabrazos y bajé la mirada hacia el ordenador, que descansaba en mi regazo. Se estaba haciendo tarde y las palabras en la pantalla empezaban a entremezclarse. Debía de tener más sueño del que pensaba, porque pegué un bote cuando escuché el aviso del chat.

Cinder458: Te echo de menos.

Resoplé. Qué tonto era. Negando con la cabeza, no pude evitar escribir una respuesta.

EllaLaVerdaderaHeroína: ¡Ja! Qué bobo eres.

Cinder458: Lo digo en serio.

EllaLaVerdaderaHeroína: Eso te hace todavía más bobo.

Cinder458: No, me hace ser romántico. Eres una desagradecida.

EllaLaVerdaderaHeroína: Y tú, un pesado. Déjame en paz. Estoy ocupada.

Cinder458: Pero te echo de menos. Te necesito. Ahora.

Al notar que una mano me hacía cosquillitas en el pie, por encima del calcetín, levanté la vista del portátil y resoplé con exasperación al verlo. Escribía en su teléfono desde el otro lado del sofá.

—En serio, Brian —gruñí—. Mañana tengo el examen de desarrollo de

educación general. Me dijiste que, si venía, me dejarías estudiar. Y hasta ahora no he estudiado mucho, que digamos.

—Ya has aprobado dos exámenes prácticos. ¿Cuánto más necesitas estudiar?

Brian, harto de que lo ignorara, me quitó el ordenador del regazo y lo colocó en la mesilla. Mi corazón empezó a latir más rápido mientras se acercaba a gatas hacia mí, con cuidado para no rozarme las piernas heridas y llenas de cicatrices. Volvía a tener esa expresión en el rostro, la que hacía que las mujeres de todo el mundo fantasearan con tener hijos con él.

Todavía me costaba creer que, de entre todas las mujeres en el mundo, me hubiese elegido a mí. Llevábamos una semana como pareja y la novedad de estar saliendo con una de las estrellas de cine más atractivas aún me resultaba extraña. Sobre todo en momentos como este, que intentaba derretirme con sus ojos ardientes.

Se detuvo a escasos centímetros de mi cara. Su cuerpo perfecto y musculoso se cernió sobre el mío, a la espera de obtener mi permiso para poder tumbarse sobre mí. A la espera. Aumentando la tensión sin siquiera tocarme.

Cogí aire con brusquedad mientras me temblaba el cuerpo. La cabeza me daba vueltas. Su cuerpo me daba calor. Su fragancia —a almizcle ligeramente picante— me golpeó de lleno al respirar, alterando mis hormonas como si estuviese diseñada especialmente para eso. Probablemente se llamase *Eau de Lujuria Embotellada*.

—Brian, vamos. En serio.

—Ella —susurró con dulzura. Qué peligro—. Olvídate del examen y bésame.

Estaba acabada. Aquel hombre conocía mi debilidad. Con un gemido, levanté los brazos para rodear su cuello y atraje su boca hacia la mía. Estaba más que listo para el beso. Nuestros labios conectaron con pasión y él me besó con ganas. Fue como si hubiese estado esperando toda la vida para besarme, y no solo un par de horas.

—No es justo que uses tu voz de narrador conmigo —dije sin aliento en cuanto liberó mis labios.

Él sonrió con suficiencia contra mi boca.

—Lo sé. —Movié la cabeza a un lado de mi rostro y sus labios

encontraron algo nuevo con lo que torturarme: ese punto sensible de piel justo detrás de la oreja—. ¿Por qué crees que la he usado?

Puse los ojos en blanco y enterré los dedos en su sedoso pelo oscuro. Brian se tomó eso como un sí para empezar a besarnos como si no hubiese un mañana. Pegó su cuerpo contra el mío, aunque se colocó ligeramente de costado para no aplastar mi pequeño y frágil cuerpo bajo su peso. Casi jadeo, tanto de placer como de miedo.

Tener sus duros músculos pegados contra todo mi cuerpo y sus manos deambulando por encima de mi ropa era una experiencia completamente nueva para mí. Solo llevábamos saliendo una semana, pero incluso en esa semana me había mostrado muy tímida con respecto a ir más allá. Nunca había salido con nadie en serio antes de mi accidente, y después... bueno... la idea de salir con alguien me había asustado directamente. Aterrorizado, incluso.

Dejé a un lado los nervios durante unos minutos y permití que el deseo dominase mis acciones. Sentir a Brian era fabuloso y, por muy inquieta que estuviese, lo deseaba tanto como él me deseaba a mí. Mientras él recolocaba nuestros cuerpos para estar más cómodos en el sofá que de repente se nos antojaba demasiado pequeño, llevé mis manos a su pecho.

Ya había tocado una o dos veces su asombroso pecho, era digno de ganar un premio. Había apoyado las manos ahí cuando me abrazaba y me besaba, pero nunca había tenido la oportunidad de poder explorarlo. Sin pensar con claridad y motivada por la lujuria, arrastré los dedos por sus abdominales y palpé cada uno de sus músculos, duros y definidos.

Me estremecí otra vez. Todo él era perfecto.

A Brian pareció gustarle que lo tocara porque se detuvo un momento, como sorprendido. Y, luego, algo en su interior se desató. Volvió a pegar su boca contra la mía y me devoró con un beso ardiente.

El corazón me latía con fuerza y me resultaba difícil respirar, pero todo era por la mejor de las razones. Mis manos hallaron el dobladillo de su camiseta y se deslizaron por debajo de la tela. Cuando sentí cómo quemaba su piel, volví en mí. Pegué un chillido de sorpresa y dejé de mover los dedos. Brian gruñó a modo de respuesta.

—Sí, Ella. Hazlo. Tócame. Quiero que me toques.

Yo también quería. Quería hacerlo más que nada en el mundo, pero vacilé, sorprendida y un poco avergonzada por lo que me había dicho. Sus palabras

habían sido más una petición desesperada que una orden, pero habían sido muy directas. Brian tenía mucha más experiencia que yo en lo que a tener pareja se refiere. Solo nos llevábamos tres años, pero a veces parecían veinte. Cada vez que las cosas iban más allá entre nosotros, me sentía como una colegiala inocente saliendo con un hombre maduro, hecho y derecho.

Al ver que no me movía, Brian se quitó la camiseta por la cabeza. Cubrió mi mano temblorosa con la suya y guio mis dedos hacia su cuerpo hasta colocarlos sobre su vientre. Esta vez, ambos nos estremecimos.

Su piel, tan suave y dura al mismo tiempo, quemaba bajo mi contacto. Parecía que estuviese en llamas, y eso hizo que yo casi entrara en combustión espontánea también. Dejé de ser tímida. Permití que mis manos exploraran cada centímetro de su abdomen, su pecho y sus hombros.

Mis labios hallaron su cuello y bajaron hasta su hombro desnudo mientras mis manos se dirigían hacia su espalda. Él tensó todo el cuerpo y, con un leve gemido, me estrechó contra sí con menos gentileza que nunca.

Sus manos se deslizaron bajo mi camiseta para explorar por su cuenta, pero cuando sus dedos se posaron en mis cicatrices, fue como un jarro de agua fría. Ahogué un grito y me revolví para incorporarme, y Brian se apartó de inmediato para darme espacio. Me miró a los ojos con preocupación.

—¿Te he hecho daño?

El rostro me ardió de la vergüenza.

—No.

—Entonces qué... —Su voz se fue apagando a medida que resolvía el misterio. Su expresión se volvió incómoda—. ¿Tus cicatrices?

Respiré hondo y me mordí el labio.

Brian cogió mi mano herida y me acarició el dorso con el pulgar.

—Las cicatrices son parte de ti, y yo te quiero a ti entera. —Detuvo el pulgar y volvió a mirarme con ojos escrutadores—. Me crees, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. Es solo que... —Se me cerró la garganta y los ojos empezaron a arderme. Odiaba que esto me molestara. No debería. Sabía que a él no le importaban las cicatrices. Lo sabía. Pero a mí sí me importaban. Su cuerpo era perfecto y precioso. El mío... no.

—Ella —dijo Brian con tono áspero. Su voz estaba demasiado afectada como para adoptar ese tono grave que me derretía, pero esta nueva voz

forzada era igual de abrumadora. Me dio un apretón en la mano—. Te quiero muchísimo.

Esa semana me había repetido esas palabras a menudo y casi habían logrado que me estallara el corazón en cada ocasión. Ahora, con las emociones a flor de piel, casi hicieron que me echara a llorar. Había pasado el último año creyendo que nadie volvería a quererme nunca, pero Brian me demostró unas mil veces que mis inseguridades eran infundadas.

—Yo también te quiero —susurré, tragándome los sentimientos que me ahogaban.

Brian me colocó un mechón de pelo tras la oreja y me acarició la piel en el proceso.

—Eres la mujer más preciosa que conozco. Quédate conmigo esta noche y me pasaré cada minuto demostrándote lo preciosa que eres hasta que tenga que llevarte a casa por la mañana. Cada. Minuto. Ella. Tienes mi palabra.

Volvía a lanzarme una mirada ardiente. El deseo en su mirada habría derretido a cualquier mujer, pero a mí me asustó.

—Lo siento. —Intenté sacudir la cabeza lentamente para evitar que adivinase lo asustada que estaba realmente—. No estoy preparada para eso.

Al ver a través de mi endeble fachada de calma, Brian se incorporó y el deseo que brillaba en sus ojos se desvaneció.

—Vale.

No me preguntó nada. Simplemente aceptó que había pisado el freno. Era el hombre más perfecto del mundo. Mi corazón dio un vuelco por amor y culpa, que también me embargaba. Sentí la necesidad de explicarme.

—No es solo por las cicatrices.

Brian me sorprendió al reírse por lo bajo.

—Sí, ya lo sé.

Su actitud juguetona evaporó toda mi culpa, pero triplicó la vergüenza. Me cubrí el rostro ruborizado con las manos y me eché hacia atrás en el sofá con un gemido. Brian no tuvo compasión. Su risita se convirtió en una carcajada.

Lo atravesé con la mirada por entre los dedos.

—¿De verdad te estás riendo de mí ahora mismo? Muchísimas gracias, imbécil.

Me quitó las manos de la cara y yo le aticé un golpe en el brazo. Atrapó mi mano y me sonrió de oreja a oreja. Sus ojos brillaban de deleite.

—¿Qué? Me pareces adorable.

Me resultaba difícil de creer. Me volví a incorporar y le dediqué mi mirada más desafiante, la que me guardaba para cuando discutíamos sobre libros y películas.

—No estoy preparada para acostarme contigo, ¿y a ti te parece adorable?

Brian puso los ojos en blanco, pero continuó sonriendo de oreja a oreja.

—Ella, te conozco. Sé que no has salido con nadie en serio. Sé que tus abuelos eran católicos y muy estrictos, y que tu madre se preocupaba demasiado por que salieras con chicos siendo tan joven.

—Sí, y ahora ya sé por qué —gruñí. Teniendo en cuenta que yo llegué de penalti y que por mi culpa mis padres vivieron ocho años en conflicto, la preocupación de mi madre tenía mucho sentido. Desafortunadamente, eso me había convertido en una mojigata sin experiencia y quizá hasta había conseguido que el sexo me asustara un poco.

—Sea cual sea la razón —dijo Brian; su sonrisa juguetona se puso seria—, sé que todo esto es nuevo para ti. Sí, albergaba la esperanza de que te quedaras esta noche, tenía que intentarlo, pero no me sorprende que me hayas dicho que no.

—¿Y te parece bien? —Me volví a morder el labio. La inseguridad se abría paso entre mis pensamientos—. Sé que no estás acostumbrado a eso.

Brian negó con la cabeza y me lanzó una sonrisa triste.

—Tú no eres nada a lo que esté acostumbrado. Te quiero por eso, y lo sabes.

—Sí, pero...

—Pero nada. Deja de cohibirte. Me considero el hombre más afortunado del mundo por haber encontrado a una mujer que me quiere a mí y no a la estrella de cine. No voy a estropear algo tan especial presionándote a hacer cosas para las que no estás preparada todavía. Te lo prometo.

Sus palabras eran muy románticas. Estaba portándose fenomenal y se estaba mostrando muy comprensivo conmigo. Aun así, tuve que arruinar el momento con un antipático resoplido.

—Eso ha sonado demasiado perfecto. Espero de verdad que no sea una

frase de alguna de tus películas.

Algo que aprendí de mí misma esta semana era que por mucho que me gustara el romance cursi en los libros y las películas, en la vida real no lo aguantaba si iba dirigido a mí. Me encantaba, pero me costaba muchísimo creerme que lo mereciera. Yo no era ninguna princesa de la gran pantalla. No era la heroína de ninguna novela. Solo era una chica normal con un millón de defectos, un montón de problemas emocionales y un cuerpo herido.

Brian suspiró.

—Algún día de estos, Ella, aprenderás a aceptar un cumplido.

Se puso en pie con un bostezo y se estiró. Seguía sin camiseta, así que al ver sus músculos estirarse y contraerse bajo su piel dorada, me arrepentí de haber estropeado el momento. Mis ojos regresaron enseguida a su rostro cuando lo oí carraspear. Me regaló una sonrisa engreída, que yo correspondí con otra avergonzada.

—Lo siento. Solo me estaba aprovechando del espectáculo gratis. La mayoría de chicas tienen que comprar una entrada para conseguir estas vistas.

Brian arqueó una ceja.

—¿Quién ha dicho que sea gratis? —Lo había dicho de broma, pero su voz se volvió seria de repente y su sonrisa desapareció—. Para ser mi novia hay que pagar un precio muy elevado.

No lo decía en broma. La semana pasada había sido una locura. El mundo estaba obsesionado con Cinder y Ella. La única paz que habíamos tenido fue dentro de la privacidad de nuestras casas. Y teniendo en cuenta que en la mía vivía una extraña familia que se quedaba mirando muy a menudo —y un montón de amigos de mis hermanastras que esperaban conocer a Brian—, hemos pasado la mayor parte del tiempo juntos encerrados en su casa.

—Vale la pena —le prometí, deslizando los brazos alrededor de su cintura. Él me estrechó contra sí y yo me regodeé en el contacto de su pecho desnudo contra mi mejilla.

—Espero que sigas pensando lo mismo cuando te canses de ello.

La preocupación y la inseguridad en su voz me rompieron el corazón.

—Siempre lo haré —le aseguré. A continuación, con el deseo de aligerar el ambiente otra vez, le acaricié el abdomen con los dedos y dije—: Sobre todo si tienes unos abdominales como estos.

Los ojos de Brian brillaron de deseo. Soltó una especie de gruñido-ronroneo de aprobación mientras acercaba su boca a la mía.

—Así que me quieres por mi cuerpo, ¿eh? ¿No por mi inteligencia? ¿Ni por mi sentido del humor? ¿O mi encantadora personalidad?

—*Mmm. Nop.* Solo por tu cuerpo. —Recorrí su pecho con las manos hasta entrelazar los dedos detrás de su cuello—. Y quizá también por tu habilidad para besar.

—¿Quizá?

Sonaba dolido de verdad, pero bueno, era actor, así que *debería* sonar sincero. Pero sabía que solo estaba intentando provocarme, así que simplemente me encogí de hombros.

—Eh, podría ser por tu dinero, supongo. Es difícil saber por qué exactamente.

Brian resopló, pero no se molestó en contestarme con una de sus ocurrencias. Nuestra noche juntos estaba llegando a su fin y, al parecer, él prefería pasarse el tiempo restante besándome que de cháchara. Le di el gusto hasta que la alarma de mi teléfono móvil sonó. Ambos suspiramos.

—Ya es hora de que esta Cenicienta vuelva a casa.

Brian volvió a ponerse la camiseta; una pena, aunque necesario, supongo, si me iba a llevar a casa. Tras tenderme mi bastón, recogió su cartera y las llaves.

—¿Sabes? —dijo mientras nos dirigíamos a su garaje—. Estoy segurísimo de que el Príncipe Azul se queda con Cenicienta al final de la película.

Me reí al tiempo que me ayudaba a subirme al coche. Una vez se hubo sentado tras el volante, añadí:

—Yo estoy segurísima de que Cenicienta no tenía un padre sobreprotector con el que intentaba reconciliarse.

Brian se crujió el cuello y agarró el volante con más vehemencia.

—Tu padre no se merece el respeto que le guardas.

Reprimí un suspiro mientras él abría la puerta del garaje y salía a la estrecha y sinuosa calle en la que vivía, cerca de un desfiladero. Había muchísima tensión entre mi padre y Brian. El día después del preestreno, mi padre investigó el pasado de Brian. Le daba igual la invasión de su privacidad; lo único que le importaba era que había un tema que se repetía

constantemente en los resultados: las mujeres.

Holgaba decir que a mi padre no le hacía mucha gracia que un famoso con mala fama saliera con su hija. Brian, por otro lado, no creía que mi padre tuviese derecho a opinar nada en lo que a mí respectaba. Manejar a esos dos hombres dominantes estaba resultando ser una tarea bastante ardua.

—Esta es casi la última vez que tienes que preocuparte por eso —dije, dándole un golpecito en la mano—. Después de Navidad, me ayudarás a mudarme. Luego solo tendré que respetar las reglas de los padres de Vivian. —Me reí por lo bajo al pensar en ellos imponiéndome un toque de queda—. Y dado que Steffan y Glen te adoran, dudo que les importe la hora a la que me lleves a casa.

Brian giró hacia Mulholland y subió la colina sobre la que mi padre y Jennifer habían instalado su hogar. Era un poco increíble pensar en que todos estos meses había estado viviendo a menos de cinco kilómetros de Brian sin saberlo.

—¿Y si no te llevase a casa? —preguntó Brian.

—¿A qué te refieres?

Me lanzó una mirada rápida antes de devolver su atención a la sinuosa y oscura carretera. Tenía el cejo fruncido y un tic nervioso en la pierna.

—Me refiero a que... ¿y si, cuando te ayude a mudarte, llevo tus cosas a mi casa en lugar de a la de Vivian?

Capítulo 2

¿Acababa de sugerirme que me fuese a vivir con él? Me reí, pero enseguida dejé de hacerlo. Cuando fue evidente que no lo decía de broma, me quedé boquiabierta.

—¿Lo dices en serio?

Se adentró en el pequeño caminito que llevaba a la casa de mi padre y aparcó frente al portón principal, pero no abrió la ventana para pulsar el código de seguridad. En cambio, se giró sobre el asiento para quedar frente a mí.

—Escúchame.

—¿Que te escuche? Brian, acabas de pedirme que me vaya a vivir contigo. Solo llevamos saliendo una semana.

—Llevo tres años enamorado de ti, Ella. Somos más que una pareja que lleva junta tan solo una semana.

Abrí la boca para protestar, pero no encontré las palabras. Tuve que conformarme con fruncir el ceño.

—No. No puedo. Es una locura.

Brian negó con la cabeza.

—No es solo que quiera tenerte allí. Si vas a mudarte de verdad de casa de tu padre, entonces al menos deberías considerar la idea de venir a vivir conmigo. Si no estás preparada para que lo consideremos «vivir juntos», al menos podríamos ser compañeros de piso. Podrías tener tu propia habitación y tu propio baño. Hasta podrías etiquetar tu propia comida si quisieras, y yo solo te la robaría cuando me molestaras.

No pude evitar reírme, aunque el recelo no tardó en apoderarse de mí. Estaba siendo muy insistente. Demasiado.

—¿Por qué? —Al verlo vacilar, supe que mis sospechas no eran infundadas—. ¿Qué dices?

Suspiró.

—Me preocupa que vivas en casa de Vivian.

Me reí.

—¿Y eso por qué? —Era ridículo—. Vivian y sus padres me adoran. Están emocionados por que vaya. Estaré mucho mejor allí que en casa de mi padre.

Brian me miró serio.

—No es la familia de Vivian lo que me preocupa. Es la seguridad de su apartamento.

Vivian vivía en un complejo de apartamentos típico de Los Ángeles en West Hollywood. Se construyó en los años sesenta y al estilo de un motel de dos plantas. Solo había ocho pisos en el complejo: cuatro abajo y otros cuatro arriba. Cada uno tenía una puerta principal que daba al exterior. El complejo ni siquiera tenía *parking*, y mucho menos puerta de entrada.

Fruncí el ceño.

—Su bloque no tiene seguridad. A menos que cuente el pestillo en la puerta de su apartamento.

El rostro serio de Brian parecía decir: «Eso es exactamente a lo que me refiero».

Sonreí al darme cuenta de lo que le preocupaba.

—No es un mal barrio. Puede que no sea Hollywood Hills, pero Glen y Steffan le aseguraron a mi padre que es completamente seguro. Ellos nunca han tenido ningún problema. Vivian me dijo que es un barrio genial, y ella adora a sus vecinos.

Brian suspiró.

—Estoy seguro de que es un sitio genial para Vivian y sus padres, pero tú eres diferente ahora, Ella.

—¿A qué te refieres?

Brian se pasó una mano por la cara y luego la extendió para coger la mía. La acercó a sus labios y me dedicó una sonrisa forzada.

—Te dije que salir conmigo tenía sus desventajas. Los medios no tardarán en enterarse de que te has mudado, e incluso menos en saber adónde. No tendrás privacidad en casa de Vivian. Te seguirán todo el tiempo, tanto *paparazzis*, como fans o turistas.

—Oh, venga ya, la novedad de lo nuestro pasará pronto. No será tan malo.

Brian entrelazó nuestros dedos y dejó que nuestras manos cayeran sobre su regazo, pero no me devolvió la sonrisa.

—No lo entiendes. Los famosos como yo no pasamos de moda nunca. Ya tuve problemas con fans obsesionadas el año pasado. Muchos problemas. Incluso tuve que pedir órdenes de alejamiento. Ya han intentado entrar en mi casa varias veces. Por eso me mudé adonde vivo ahora. La seguridad es de última tecnología.

—Guau. ¿De verdad intentaron entrar en tu casa?

El rostro de Brian estaba muy serio.

—Mi nivel de fama es alto, Ella. Los fans no ven a las celebridades como personas reales. No respetan tu privacidad ni tus límites personales. No quiero que tengas que lidiar con eso tú sola.

Empecé a darle vueltas a lo de vivir en casa de Vivian. Me recosté en el asiento con la mirada fija en el portón de casa de mi padre. Siempre había considerado pretenciosas esas entradas, una forma que tenía la gente rica de darse importancia. Nunca me había planteado que algunos de ellos necesitaran esa seguridad. O privacidad.

¿Pero mudarme con Brian? Eso era dar un paso *enorme*. Sí, había dicho que podíamos vivir como compañeros de piso, pero ¿podríamos vivir así de verdad? No estaba tan segura. Y yo no estaba preparada para irnos a vivir juntos como pareja. Ni de cerca.

—Entiendo lo que quieres decir, y es muy considerado por tu parte. Gracias por preocuparte tanto por mí, pero no creo que mudarme contigo sea necesario.

Al ver que Brian fruncía el ceño, seguí hablando para que no discutiera conmigo.

—Todo es una locura ahora mismo porque hicimos mucho drama con lo de la nueva Cenicienta y demás. Estoy segura de que el fuego se apagará pronto. Habremos pasado de moda para la próxima nochevieja.

Brian escrutó mi rostro. Detecté decepción en su mirada e intenté que eso

no me afectase. No podía aceptar su oferta. No si mis actuales niveles de ansiedad seguían aumentando. Intenté ocultar lo asustada que estaba. Lo quería, pero la mera idea de mudarme con él me aterrorizaba. También me resultaba locamente atractiva. Quizá por eso me diese tanto miedo. Eran demasiadas cosas, demasiado pronto.

Rindiéndose por el momento, Brian por fin bajó su ventanilla para pulsar el código de seguridad de la puerta de entrada. Mientras apretaba los botones, el *flash* de una cámara saltó y una figura oscura surgió de detrás de los árboles.

Brian, por supuesto, no le dijo nada al tipo. Siempre me había animado a hacer lo mismo, pero no se me daba muy bien.

—¿En serio? —pregunté, inclinándome hacia adelante para mirar al hombre con el ceño fruncido. Él siguió sacando fotos, cegándome con el *flash*—. ¿No tienes nada mejor que hacer que seguirnos hasta mi casa a la una de la madrugada para sacarnos una foto?

—Ella, no te molestes. —Brian sonaba cansado, y sabía que no era por lo tarde que era.

No podía ver al hombre de fuera, pero intuí su sonrisa aduladora mientras se reía y decía:

—¿Estás de coña? ¿Brian Oliver llevando a su novia a casa antes del toque de queda? Eso es noticia de portada. Vas a hacerme ganar una pasta esta noche, cielo.

La condescendencia del tío me molestó tanto que me sentí tentada de salir del coche y destrozarle la cámara.

—Es un toque de queda autoimpuesto, muchas gracias.

—Ella...

—Mi padre se preocupa por mí, así que mientras viva bajo su techo, me aseguro de llegar a casa a una hora razonable.

—Ella...

—No soy una niña.

Vale, puede que el comentario del tipo me doliese porque dio bastante en el clavo. Puede que ya me hayan devuelto todos mis derechos legales, pero odiaba haberlos perdido durante un año. Y odiaba todavía más que el mundo lo supiese.

La primera noche que Brian me trajo a casa tras el preestreno de *El príncipe druida*, un par de *paparazzis* muy astutos se las arreglaron para seguirnos hasta mi casa y descubrieron mi identidad. En cuestión de horas, los periódicos contaron todos los detalles de mi accidente, de mi discapacidad, de la pérdida de mi madre y de mi inestable salud mental. El asunto de la custodia de mi padre sobre mí debido a mi intento de suicidio también salió a la luz.

Brian subió la ventanilla y atravesó el portón, mirando por el espejo retrovisor para asegurarse de que el *paparazzi* permanecía fuera de la propiedad. En cuanto su ventana se cerró, apoyé la cabeza contra el reposacabezas y gemí.

—Ese tío se ha comportado como un imbécil a propósito para intentar que nos cabreáramos. Odio que se haya salido con la suya.

Brian me dio un apretón en la mano.

—Aprender a ignorarlo lleva práctica.

—Lo sé. Es vergonzoso. Es decir, el tipo tiene razón. Llego a casa antes del toque de queda.

—Cierto. Pero tú también tenías razón. Lo haces por respeto a tu padre, lo cual creo que es más que admirable.

—Sí, bueno, dudo que ese dato vaya a aparecer en su titular.

—¿A quién le importa lo que diga el titular? Tú sabes la verdad. Yo sé la verdad. Tu padre sabe la verdad.

Resoplé, frustrada, en un intento de hacer que mi ira desapareciese. Solo me habían herido el orgullo, y porque yo se lo había permitido.

—Tienes razón. Lo siento. Me acostumbraré a ello.

Brian me dedicó una sonrisa pesarosa.

—¿Te he dicho ya lo agradecido que estoy de que estés dispuesta a lidiar con esto por mí?

Le lancé una sonrisa burlona.

—Tampoco es que me hayas dado mucha más elección. ¿Sabes lo que habría pasado si la Cenicienta personal de Brian Oliver no se hubiese presentado para reclamar su zapatito de cristal o, en nuestro caso, un par de guantes y un libro firmado?

—Sí que fue un movimiento astuto. —Se rio entre dientes—. No me siento

mal. Vivir sin ti era inaceptable, así que me garanticé la victoria.

Resoplé y, tras asegurarme de que el portón se había cerrado por completo a nuestra espalda, abrí la puerta del coche. Brian salió del vehículo y lo rodeó para ayudarme a ponerme de pie. Lo detuve con un gesto de la mano.

—No te preocupes. Ya está.

—Ella...

—Llámame vanidosa, pero mi ego ya se ha dañado bastante esta noche. Deja que al menos me ponga de pie sola.

Él retrocedió sin sentirse ofendido por que hubiese rechazado su ayuda. Me conocía demasiado bien. Me sonrió y negó con la cabeza mientras me bajaba despacio del coche.

—Mira que eres cabezota.

—Pero también es algo bueno, si no ahora mismo me estarías ayudando a sentarme en una silla de ruedas.

—Lo sé. —Brian cerró la puerta por mí como un caballero y me acompañó hasta la puerta principal—. Me encanta que te esfuerces en volverte más fuerte. Pero también me duele en el ego que no me dejes ir al rescate de mi damisela en apuros.

Bromeaba, pero el corazón se me derritió un poco igualmente.

—Ya me has rescatado bastante —le dije mientras llegábamos al porche—. Eres mi caballero de brillante armadura. Literalmente, *Príncipe Cinder*.

La sonrisa de Brian se tornó bobalicona y retrocedió para dedicarme una reverencia elegante. No tuve duda de que era auténtica, algo que había aprendido en la preparación para el personaje del querido Príncipe Druida.

—Mi señora —murmuró mientras se inclinaba y depositaba un beso en mi mano—. Sabia Sacerdotisa, os deseo buenas noches.

No pude evitar reírme por lo bajo. Me encantaba cuando su friki de la fantasía interior salía a la superficie. Era muy tonto, pero era mi tonto. Le devolví la mejor reverencia que mi cuerpo me permitía.

—Y para vos, también, Alteza.

Brian me soltó la mano y me rodeó la cintura con un brazo antes de atraerme junto a él.

—Que les den a los modales de otrora. Si te niegas a vivir conmigo,

entonces necesito un beso que me ayude a soportar la separación.

Riéndome, le rodeé el cuello con los brazos.

—¿Quién soy yo para negarle nada a un príncipe?

—Como la mística y poderosa sacerdotisa que eres, tú eres la única que tiene permiso para negarme algo, pero no te lo recomendaría. Tiendo a ponerme cascarrabias cuando no consigo lo que quiero.

—*Mmm*. Eso es porque eres famoso. Estás muy mimado, ¿sabes?

Brian se rio entre dientes y me estrechó un poco más contra él. Sus manos empezaron a subir y bajar por mi espalda, como si intentara memorizar mi tacto antes de tener que soltarme.

—Sí —convino sin vergüenza alguna—. Estoy muy mimado, sí. Y soy muy egocéntrico. Y caprichoso. Me temo que voy a ser un novio de lo más complicado. ¿Estás segura de estar preparada para la tarea?

Fingí pensármelo.

—Va a ser difícil, pero tienes un Ferrari, así que...

—Ah. Entonces solo me quieres por mi coche.

Sonriendo de oreja a oreja, eché un vistazo a nuestra espalda, al elegante automóvil italiano al que Brian se refería como Tesoro. Era ostentoso, pero no podía negar que era una pasada ir montada en él.

—Sí, clarísimamente es por tu coche.

—Por fin sale a la luz la verdad. —Brian sacudió la cabeza y su mirada se encontró con la mía. Su rostro exhibía una expresión difícil de descifrar—. Dilo otra vez.

Ahora entendía su expresión. Era amor. Simple y puramente. El hombre que tenía frente a mí y que me abrazaba estaba locamente enamorado de mí. ¿Cómo era posible ser tan afortunada?

Intenté reprimir una sonrisa mientras ponía los ojos en blanco, pero solo lo conseguí a medias y no pude negarme a su petición.

—Coche —dije, exagerando la pronunciación y mi acento de Boston.

El rostro de Brian se iluminó de placer.

—Eres tan mona.

Estaba en pleno proceso para poner los ojos en blanco otra vez cuando Brian por fin atrapó mi boca con la suya. Me olvidé de todo en cuanto nuestros labios conectaron. Mis únicos pensamientos eran sobre él. Nunca me

cansaría de sentir sus labios y el sabor mentolado de su boca, o de cómo lograba que me cosquillease el cuerpo de pies a cabeza y que me marease porque me ha dejado sin aliento. Podía encender un fuego dentro de mí con tan solo tocarme y hacía que mis rodillas flaquearan con tan solo una mirada. Besarlo era mágico.

Debía de haber tenido el mismo efecto sobre él, porque cuando por fin me soltó, estaba jadeando y sus ojos parecían hambrientos.

—¿Crees que podrás aguantar toda la noche? —bromeé.

Brian cogió aire y se relamió los labios antes de responder. Parecía como si estuviese considerando la idea de arrastrarme de vuelta hasta su coche y no me quisiese soltar nunca. Si lo hubiese intentado, no estoy segura de si lo habría detenido. Pero siguió comportándose como un caballero y retrocedió un paso.

—Que no te sorprenda que aparezca por aquí al amanecer.

—Ni se te ocurra. Esta Cenicienta necesita dormir mucho.

—Vale. Después del examen. —Brian suspiró y se inclinó para darme otro beso. Este fue dulce y rápido. Un casto beso de buenas noches. El perfecto adiós.

—Buenas noches, Ella. Te quiero.

Abrí la puerta principal sin hacer mucho ruido y me giré para mirar a Brian con una sonrisa.

—Yo también te quiero. Mañana te llamo.

Brian bajó del porche de un salto y empezó a andar despacio para volver a su coche.

—Ya te echo de menos.

—Adiós, bobo.

Capítulo 3

Brian

El beso de despedida de Ella fue increíble, pero no ayudó a que me alejara de ella anoche. Ni a quedarme dormido. Permanecí despierto lo que me pareció una eternidad, y cuando al final caí rendido, soñé. Sueños vívidos y *sexys* que duraron toda la noche. Tan ardientes y detallados que cuando me desperté a la mañana siguiente, con olor a café recién hecho delante de mí, pensé que los sueños habían sido reales y que lo que verdaderamente soñé fue haber llevado a Ella a casa. Rodé hacia la taza que me esperaba con un gemido ronco de placer.

—¿Me has hecho café? En serio, eres la mujer perfecta.

—No he sido yo, y de hecho estoy lejos de ser perfecto o una mujer, pero gracias por el cumplido.

Al haber arruinado mi fantasía, abrí los ojos y gruñí.

—¿Scotty?

Mi asistente personal se inclinó sobre la cama y me sonrió con un café de mi cafetería favorita en la mano.

—Buenos días, jefe.

Acepté mi derrota —porque, a pesar de no saber por qué estaba Scott aquí, sí sabía que no me dejaría quedarme en la cama—, me incorporé y me froté los ojos antes de aceptar el café.

—¿Qué hora es?

—No lo suficientemente temprano como para que me eches la bronca.

—¿Y eso significa...?

—Casi las nueve.

Volví a gruñir y eso hizo que Scott se riese.

—¿Mala noche? —preguntó.

Di un sorbo a mi café; no sabía cómo responder al recordar todos los sueños eróticos. Me habían dejado frustrado, pero tampoco es que hubiesen sido desagradables.

—Depende de cómo lo mires.

Scott arqueó una ceja con curiosidad. El virgen de veintiséis años era tan inocente que probablemente no quería saber los detalles, pero no me podía resistir a darle una ligera idea. Picarlo era muy divertido.

—Digamos que estar con Ella y llevarla a casa cada noche hace que tenga complicaciones duras y dolorosas que afectan a mis sueños y me hacen sentir superincómodo por las mañanas.

—Oh. —Las mejillas de Scott se sonrosaron y sus ojos se abrieron tanto que lo perdoné por despertarme. Trató de ocultar su sorpresa y fingir que estaba acostumbrado a ese tipo de charlas carraspeando y encogiéndose de hombros—. Entonces... ¿Ella y tú no... habéis llegado hasta ahí?

Dios, era divertido pincharlo. Me puse de pie riendo y le di una palmada en el hombro.

—Ojalá, tío. Ella es tan pura como tú.

Scott se rio de buena gana. Le tomaba mucho el pelo sobre su moral puritana, pero él sabía que no iba en serio. De hecho, lo respetaba de verdad. Su forma de vivir debía de ser muy dura de mantener, y era muy buen tío, leal y trabajador. El mejor asistente personal que había tenido.

—Hay que buscarte novia, Scotty. Una buena como la mía a la que le gusten los Boy Scouts.

—No, lo que tienes que hacer es vestirme rápido. Hoy viene mi familia. Tengo que ir al aeropuerto dentro de una hora, así que no me puedo quedar mucho rato.

Observé mi torso desnudo y mis pantalones de pijama con una sonrisa traviesa.

—¿Entonces no me ducho primero esta vez?

—Esta vez no llevas durmiendo la mona dos días enteros, así que no será

necesario. —Scott salió riendo de mi habitación—. Date prisa, jefe. No pierdas el tiempo.

Lo llamé mientras él se marchaba por el pasillo.

—¡Estás demasiado alegre por las mañanas, Scotty!

No pensé en por qué había venido hasta que me puse una camiseta y lo seguí hacia la cocina. Formulé la pregunta mientras metía un par de rebanadas de pan de siete cereales en la tostadora.

—¿Y qué haces aquí? Te juro que no tengo reuniones concertadas hoy de las que me haya olvidado.

Scott me miró por encima del portátil que ya había puesto sobre la mesa de la cocina.

—No, no tienes reuniones concertadas aún. Ese es el problema.

Por fin entendí la razón de que hubiese venido y el buen humor que tenía desapareció al instante.

—Olvídalo.

—Brian. —Scott se echó hacia atrás en la silla y se frotó la cara—. Tu equipo me atosiga día y noche.

—Entonces no contestes sus llamadas. Eso es lo que hago yo.

Una extraña mirada de molestia cruzó la cara de Scott.

—Ya sé que los estás ignorando. Por eso me llaman a mí. Me gustaría disfrutar de mis vacaciones, jefe, así que no me marcharé hasta tener algo que decirles. Preferiblemente la hora de una reunión.

Le devolví la mirada irritada y cogí la tostada. Tras dejar el pan caliente en el plato, fui a buscar la mermelada de frambuesa de la nevera. Scott siguió fastidiándome mientras yo untaba la mermelada en la tostada.

—No puedes evitarlo. Esconderte como has estado haciendo esta semana no hará que desaparezca.

Maldito sea por tener razón. Esta semana pasada, escondido con Ella como si el mundo no existiera, había sido increíble. Sabía que llegaría a su fin; solo deseaba que no fuera tan pronto. Pero Scott tenía razón. La locura mediática no desaparecería hasta que la abordásemos.

Me apoyé contra la encimera mientras me comía la tostada y le fruncía el ceño a Scott; él clavó sus ojos en mí sin miramientos y esperó a que claudicase. No le llevó mucho tiempo.

—Vale. —Se le daba de maravilla lanzarme su mirada de «lo digo en serio»—. Concierta una reunión.

—Quieren que sea hoy, si es posible.

Bufé.

—Cómo no.

Scott ignoró mi sarcasmo, abrió nuestros calendarios en el portátil y le echó un vistazo a nuestro día.

—¿Qué te parece después de comer? ¿Te viene bien a la una? Para entonces habré vuelto de recoger a mis familiares y podré escaparme un rato.

—Vale, me da igual. Cuanto antes lo hagamos, antes podremos disfrutar de nuestras vacaciones.

Scott alzó la vista del ordenador y su molestia fue reemplazada por una sonrisa sarcástica.

—Astuta observación, jefe.

Traté de imitar su mirada de «va en serio y harás lo que te ordene», pero perdí la compostura y sonreí. Nunca se lo admitiría a Scott, pero su impertinencia era una de las razones por las que había conseguido el trabajo. Puedo tolerar que me besen el culo hasta cierto punto. Soy consciente de que a veces soy difícil. Lo que hace a Scott tan bueno es que siempre parece saber cuándo darme lo que quiero, cuándo presionarme y cuándo mandarme a la mierda.

Una vez rota la tensión, puse los ojos en blanco y le tiré el borde de la tostada.

—Cállate.

Él esquivó el proyectil comestible riendo, haciendo que yo también me echase a reír.

—Vale. A la una.

—Genial. ¿Traerás tú a Ella o mando un coche a buscarla?

Me quedé quieto con la segunda tostada a medio camino de mi boca. ¿Por qué me había pillado desprevenido? No debería. Al fin y al cabo, mi equipo me atosigaba sobre Ella. Claro que querrían que la llevase para poder hablar con ella.

Dejé a un lado el café y la tostada y me senté frente a Scott con los brazos cruzados. Ahora sí que me resultaba fácil mirarlo seriamente. Scott se irguió e

hizo lo mismo.

—Brian, sabes que todo esto sería más fácil si la llevases contigo.

—No.

—¿Por qué no? Esto le incumbe tanto como a ti.

—Porque son una panda de cabrones avasalladores. La obligarán a aceptar cosas que no quiere hacer. Todo lo que tienen que hacer es decirle que es lo mejor para mí y firmará lo que sea sin importar lo que signifique para ella.

Scott cerró su portátil, indicando así que se había puesto serio de verdad.

—Te guste o no, Brian, ella está metida en esto. Hasta las trancas. No será capaz de evadirlo para siempre y, cuando llegue hasta ella, tendrá que tomar decisiones. Si no la llevas, tu equipo, junto al resto de la gente, pasarán por encima de ti e irán directamente a por ella. ¿Quieres que se reúna con gente y tome decisiones sin ti?

Tensé la mandíbula. La gente de Hollywood podía ser simpática, pero todos ellos eran tiburones disfrazados con piel de oveja. Ella era una mujer fuerte e inteligente, pero no estaba acostumbrada a su juego. No quería que pasase por todo esto sola.

—Tienes razón en que tu equipo tratará de usarla lo máximo posible — continuó Scott—. Por eso deberías estar ahí cuando lo hagan. Al menos, si estáis juntos podrás advertirle de cuando traten de pasarse con ella.

Maldito sea. ¿Por qué siempre tenía razón? Suspiré derrotado, me froté la cara y me pasé la mano por el pelo.

—De acuerdo, de acuerdo, vale. Programemos una reunión con Ella. Pero aún no. Después de las vacaciones. Cuando pase Año Nuevo.

La postura de Scott se relajó un poco y me sonrió, apenado.

—No creo que quieran esperar tanto. Estáis en los titulares ahora. Sois la mayor noticia del año. Querrán aprovechar la publicidad gratis, ya que la película se estrena en dos días.

Bufé, exasperado.

—*El príncipe druida* es el mayor estreno de las vacaciones. El estudio ha invertido millones de dólares en publicidad. ¿Cuánta más necesita?

—La película no, Brian; tú.

—No me importa la publicidad. No me interesa la atención.

Me puse de pie con un gruñido y fui a por la taza de café. Ya no estaba tan caliente, así que me la bebí como si tuviese la respuesta a todos mis problemas.

—Esta vez sí —insistió Scott—. Y Ella también.

Seguía con el ceño fruncido, pero me apoyé en la encimera y le dediqué toda mi atención. Él aprovechó la oportunidad, pero habló con cautela, como si temiese que explotara si no me gustaba lo que iba a decir.

—Según cómo lidiéis los dos con esa atención, afectará vuestro futuro, y lo sabes. Ahora mismo el mundo os ama. Sois un cuento de hadas en la vida real. La gente está deseando ver que vivís el felices para siempre que les prometisteis.

—Olvídate del mundo. El que quiere eso soy yo. Pero si los malditos medios de comunicación no nos dejan en paz, nadie conseguirá ese felices para siempre porque Ella me dejará.

Scott resopló, incrédulo, y eso me tranquilizó un poco.

—Ella no es como el resto, Scott. No le importa el dinero, y mi fama es un problema para ella, no una divertida ventaja. Es frágil. Si todo esto se vuelve una locura, querrá tirar la toalla. Tendrá que hacerlo. Y yo se lo permitiré.

—Apareced un par de veces juntos y haced un par de entrevistas y una sesión de fotos; eso saciará al público y las cosas se calmarán.

—Eso díselo a Kim y Kanye.

Scott habló por encima de mis murmullos cínicos de nuevo.

—También os ayudaría de otra forma. Ella es lo que necesitas para tu carrera. Esta relación borraré tu pasado año de libertinaje.

Arqueé una ceja, tratando de no sonreír con todas mis fuerzas. No fue fácil.

—*¿Libertinaje?*

Sus mejillas se encendieron, pero se mantuvo firme.

—¿Tienes una palabra mejor para todas las fiestas a las que fuiste y las mujeres a las que sedujiste?

Mantuve el contacto visual durante un momento, pero después me rendí.

—Vale. Libertinaje.

—Eso. Y tras algunas apariciones con Ella, con lo enamorados que estáis, ni siquiera Kyle Hamilton se acordará de tu antigua reputación de mujeriego

arrogante e inmaduro.

Volví a alzar una ceja y esta vez el que claudicó fue Scott.

—Vale, puede que Kyle sí. Pero nadie más, te lo aseguro. Serás el actor famoso que eligió empezar una relación con una mujer discapacitada, cuando podías haber escogido a cualquiera. Todo Hollywood te admirará. Y puede que un hombre así consiga un Óscar, se lo haya ganado en la pantalla o no; eso es política de la Academia. No es que no te lo hayas ganado, pero nadie vacilaría a la hora de votarte. Y ningún director dudaría en elegirte para un papel en el futuro. Si juegas bien tus cartas ahora, ganarás treinta millones por cada secuela de las Crónicas de Cinder y rechazarás papeles por los que rogarías ahora.

Hace un año ese hubiese sido un argumento convincente.

—No me preocupa mi situación. Me ganaré ese estatus de actor de primera con el tiempo; no necesito usar a Ella para conseguirlo.

—Puede que ella quiera aprovechar la oportunidad. Al menos deberías explicarle lo que sucede y lo que significaría para ella. Por lo que me has contado, es una mujer extremadamente independiente y no querrá vivir del dinero de su padre para siempre, o del tuyo. Sería algo muy lucrativo para ella. Podría ayudarla con su futuro e incluso darle algo en lo que centrarse. Sería una razón positiva para vivir con la fama y quizá ayudarle a entender lo mucho que acaba de cambiar su vida.

Fulminé con la mirada a Scott; odiaba su última acusación, pero volvió a lanzarme esa mirada de «súper asistente».

—Te guste o no, Brian, en cuanto diste esa entrevista de cuento de Cenicienta en The Kenneth Long Show, cambiaste su vida. Ya no hay vuelta atrás para ella, así que ayúdala a ir hacia delante. Ayúdala a sacar partido de una dura situación. Facilítale la transición siendo honesto con ella. Sabes que nadie más lo será.

Me froté la cara. Todo esto de pensar en el futuro a primera hora de la mañana me estaba dando dolor de cabeza.

—Lo siento, jefe, sé que no es lo que quieres hacer, pero es lo que tienes de hacer. De no ser así, dejaría que continuaras ignorándolos y apagaría el móvil durante las vacaciones.

Dejé caer los brazos a los lados mientras me daba por vencido. Volví a mirar a Scott con el ceño fruncido.

—¿No te cansas de tener siempre razón?

Alzó las comisuras de la boca.

—La verdad es que no. —Bufé—. Entonces, ¿la traerás esta tarde?

Me relajé un poco. Aún tenía tiempo.

—No puedo. Hoy tiene el examen de desarrollo de educación general.

—Oh. —Parpadeó un par de veces y se quedó pensativo. El señor Siempre Tengo Argumentos Preparados no pudo contestar a eso—. Me alegro por ella. Vale... entonces... qué tal si... —Volvió a mirar hacia su portátil.

—Hasta la semana que viene no.

—Brian...

—No. He esperado tres años para estar con esta chica; la prensa puede esperar una semana más. Ella y yo solo hemos tenido una semana para conocernos en persona y todavía es un poco raro. Quiero que tenerla para mí unos días más antes de compartirla con todo el mundo. Estamos de vacaciones. Planeo disfrutarlas. Hablaré con Ella de todo esto después de Navidad y podremos concertar una reunión entonces. Esa promesa debería ser suficiente para quitarnos de encima al equipo durante unos días, y si no, deja de contestar al móvil.

Scott me miró con los ojos entrecerrados, pero al final asintió y aceptó el trato.

—Me parece justo. —Se acomodó en la silla y, tras estirarse, miró su reloj—. Todavía tengo unos cuarenta minutos. ¿Quieres que repasemos todo lo que tienes que hablar con Ella? Puede que le ayude a sentirse menos abrumada si tienes un plan para llevar a cabo cuando se lo digas.

Era una buena idea. No imaginaba cómo se sentiría cuando se percatase de que ahora era famosa.

—Sí. Hagámoslo.

—Vale. Y ya que estamos, hay algo que quería comentarte, una idea para Ella.

Volví a fruncir el ceño. Sus palabras no casaban con su tensión repentina.

—¿Por qué me da mala espina? ¿Voy a necesitar más que una tostada?

Scott suspiró.

—Porque a ti no te va a gustar, pero es una buena idea que creo que a Ella le encantará.

Lo miré con el ceño fruncido y él me devolvió la mirada, resuelto. Maldito sea él y sus brillantes pero inoportunas ideas.

—Ya. Entonces una tortilla. ¿Quieres una?

Scott negó con la cabeza y empezó a revisar correos o documentos o lo que sea que hiciera en ese portátil.

—He desayunado hace un par de horas, jefe. Pero gracias. Tú come. Yo puedo escribir mientras tanto.

—Trato hecho.

Tras media hora de sesión de planificación, ya estaba lleno. Me tomé una segunda taza de café y me sentía más seguro sobre tener que explicarle a Ella que era la nueva chica de Hollywood. Incluso había perdonado a Scott por su brillante plan, que odiaba y me encantaba a partes iguales. La vida no iba tan mal.

Entonces, el sonido de mi teléfono destruyó todo el progreso que había hecho con mi buen humor. Vale, no fue el teléfono, sino la persona que llamaba. Pensé en dejar que saltara el buzón de voz, pero mi padre era parecido a Scott y si lo ignoraba mucho, se presentaría aquí para echarme la bronca en persona.

Con un suspiro que picó la curiosidad de Scott, contesté al teléfono.

—Hola, papá.

—Vaya, al final será cierto que la Navidad es época de milagros. El hijo pródigo coge el teléfono.

—Como bien has dicho, es Navidad. Me sentía generoso.

Papá rio a pesar del tono cortante que usé. Probablemente porque no me veía poner los ojos en blanco.

—¿Qué pasa, papá?

—Me acaban de informar que Ella y tú aún no habéis respondido a la invitación de mi fiesta. Mucha gente me está preguntando si los recluidos Cinder y Ella irán.

Sonreí con suficiencia. Ella dijo que no le importaría ir, pero yo estuve más que feliz de negarme. No quería asistir a la fiesta anual de Nochebuena, ya que mi padre usaría mi fama y la de Ella para incrementar su propia popularidad. Encontraría la forma de apuntarse el tanto de nuestra relación y se pasaría la tarde insultándome y acosando a mi novia.

—Lo siento. Ya hemos dicho que iríamos a casa de la familia de Ella para Nochebuena.

—¿Qué? ¿En serio? Siempre doy una fiesta en Nochebuena. Ya lo sabías.

—Y tú sabías que hemos cancelado todos los disparatados planes de este año. Eso incluye fiestas en las que mucha gente nos atosigará y preguntará mil cosas. Ya te lo dije. Incluso Ella ha cancelado los planes que tenía con su familia lejana, que había planeado venir a verla en Navidad. Y yo he hecho lo mismo con el viaje para ver a mamá. Necesitamos algo de tiempo para pasar desapercibidos y adaptarnos a los cambios.

—Venga ya. Entiendo lo de cancelar el viaje a Wisconsin, pero ¿mi fiesta? Solo es una noche. ¿En serio me vas a dejar tirado?

—Sí.

A la espera de oír el suspiro dramático de mi padre, Scott miró su reloj y me hizo señas para informarme de que tenía que irse. Yo asentí y él empezó a guardar su portátil.

—Vale —contestó papá—. Entonces quedamos en Navidad. Ven a ver la película conmigo por la tarde.

—El plan es pasar desapercibidos este año, papá. Ella ha sufrido mucho últimamente y está abrumada con todo esto de la fama.

—¿En serio? —Parecía realmente sorprendido—. Nunca lo habría imaginado.

—No la has visto fuera de cámaras.

—A eso me refiero, Brian. Solo hablé con ella unos minutos durante el estreno y ya está. Venid a ver la película en Navidad. Será algo discreto, lo prometo. He alquilado un cine entero y la lista de invitados es reducida.

La definición de «reducida» de mi padre y la de Ella era muy diferente.

—Papá, ya le he prometido a la familia de Ella que iríamos a verla con ellos. Ella quiere verla con su hermanastra.

—Pues traedla. Traed a toda la familia. —Se animó ante la idea de contar con más gente a la que impresionar—. Seguro que verla con todos nosotros en un pase privado otorgará a Ella puntos extra con su familia, ¿no?

Así debería ser. Pero teniendo en cuenta que su padre estaba en contra de que saliese con una persona famosa, no creía que fuera el caso. Era aterrador presentar a mi padre a la familia de Ella, pero sabía que ellos planeaban ver

la película el día de Navidad igualmente, y verla en privado estaría genial.

—Vale, se lo preguntaré. Pero no prometo nada. No estoy seguro de que quieran.

—Oh, venga. Claro que aceptarán. Os apuntaré. No me dejéis tirado. Y después de la película, Ella y tú deberíais escabulliros y venir a cenar conmigo. Los tres solos. Contrataré un *catering*.

Suspiré.

—Papá, creo que su familia...

—Ya vais a pasar con ellos la Nochebuena. Pueden prescindir de vosotros durante un par de horas la noche de Navidad.

—Pero...

—Venga, Brian. Es Navidad. Va a salir nuestra primera película juntos y va a ser un exitazo. Quiero celebrarlo contigo y pasar más tiempo con la chica que parece ser más importante que tus propios padres. Sí, tu madre me ha llamado y me la ha liado cuando has cancelado el viaje a Wisconsin. Como si fuese culpa mía. Como si hubiese conspirado contigo para arruinar su Navidad o algo.

Me encogí. Mamá había sido la otra persona cuyas llamadas había ignorado estos días. Había planeado pasar la Navidad con ella, pero después de que Ella se presentase en el estreno, cancelé el viaje porque no podía dejar a Ella aquí para que lidiase sola con los medios. Mamá me había rogado que llevase a Ella a Wisconsin, pero no podía hacerlo. Acababa de empezar la relación con ella que tanto quería. No podía compartirla de momento. Mamá dijo que lo entendía, pero sentí su decepción. Si había llamado a mi padre, entonces es que estaba muy triste.

—Hijo, ¿puedes al menos fingir que te gusta pasar tiempo con tu padre, aunque sea por una vez?

Y ahí estaba el chantaje emocional. Típico de él. Pero funcionó, porque su queja era válida. Era su único hijo y no pasaba mucho tiempo con él. Más que nada porque era un poco cabrón, pero aun así me quería. O... era su trofeo favorito y le gustaba presumir de mí. Pero creo que esa era su manera de quererme.

—Vale, iremos a ver la película por la tarde y hablaré con Ella sobre la cena de Navidad. ¿Contento?

Papá suspiró.

—Supongo que, si eso es todo lo que voy a conseguir, sí.

Ignoré la pulla y fingí estar alegre.

—Genial. Mándame un mensaje con los detalles de la película y te veremos en Navidad.

En cuanto colgué, me incliné hacia delante y dejé caer la cabeza sobre la mesa de la cocina a la vez que soltaba un gruñido atormentado.

Scott, de pie y preparado para irse, se echó a reír.

—Sé cómo te sientes, jefe. Soy el pequeño y el único chico de la familia. Tengo seis hermanas mayores que han venido a pasar la semana. Todas están casadas y tienen críos, y yo no he tenido novia desde hace dos años. Y si eso no fuera suficientemente malo, estoy a punto de ir a recoger a mi abuelo, que cree que he decepcionado a la familia porque tengo veintiséis años y todavía no le he dado a la familia un heredero para mantener el nombre de la familia, y a mi abuela, que sin duda tendrá un dossier de candidatas para el matrimonio cuando se baje del avión. Va a ser una semana muy larga.

¿Seis hermanas mayores? Eso explicaba muchas cosas de Scott. Su historia me hizo sentir mejor acerca de mis propios problemas. Me reí, me puse de pie y lo acompañé a la puerta.

—Buena suerte, tío. Cuando necesites un respiro, mándame un mensaje. Estaré más que encantado de encarnar el papel de jefe famoso consentido y exigente. Puede que se dé la casualidad de que necesite que me traigan un *pack* de seis cervezas y que vean el partido conmigo.

Scott abrió la puerta de la entrada y me ofreció su característica sonrisa de Boy Scout.

—Cuento con ello, jefe. Feliz Navidad.

—Tú también. Disfruta del regalo.

—¿Qué regalo? Ya me has dado una paga de Navidad.

Miré por encima de su hombro hacia el Toyota hecho polvo que había aparcado en la entrada, que tendría por lo menos diez años, y sonreí.

—Ya lo verás.

Capítulo 4

El examen me fue genial, pero no se me ocurría ni un solo mísero regalo de Navidad para Brian. Era la víspera de Nochebuena y estaba en el centro comercial. Se suponía que iba a pasar un día relajado con mis amigas, pero entre el ruido, el caos de la gente desesperada por acabar sus compras de última hora y el hecho de que Ana y su nuevo novio Jason se habían acoplado, empezaba a estresarme con rapidez. Y estaba dolorida. Llevábamos horas aquí. Era la mayor actividad física que había hecho desde el accidente. Cuando pasamos al lado de un banco vacío, detuve al grupo.

—Lo siento, chicos. Tengo que descansar un rato.

Me senté despacio y suspiré aliviada cuando liberé a mis pies del peso de mi cuerpo. Ana se encogió de hombros y centró su atención en Jason, pero Juliette y Vivian fruncieron el ceño, preocupadas.

—¿Estás bien? —preguntó Vivian.

—Sí, solo necesito sentarme unos minutos. ¿Por qué no vais a ayudar a Juliette a escoger un regalo para papá y después volvéis?

—¿Seguro? —inquirió Juliette.

—Claro que sí. Yo ya le he comprado uno y necesito sentarme un rato o tendré que irme antes a casa.

—Me quedo contigo —se ofreció Vivian antes de sentarse a mi lado—. Yo ya he terminado de comprar y no sé cómo ayudar a Juliette con tu padre.

Juliette me miró esperanzada, como si tuviese la solución a su problema. No tenía ni idea de qué comprarle. Yo me encogí de hombros.

—Yo le voy a regalar un maletín.

Juliette frunció aún más el ceño.

—Le encantará. —Miró a Ana—. ¿Qué le has comprado tú?

Ana miró a su hermana con una sonrisa malévola. Ambas competían cada año para comprar el mejor regalo a sus padres. Ana había guardado en secreto el regalo de papá, pero como estábamos a dos días de Navidad, claudicó.

—La nueva novela de Janice Bishop. La que se publicará en marzo.

—¿QUÉ? —chilló Juliette—. ¡Ni siquiera prestará atención a lo que le regale yo! ¿Cómo la has conseguido?

Anna se encogió de hombros y me sonrió con suficiencia.

—Ella. Las editoriales le dan cualquier libro que quiera.

—¡Eso es trampa! —Los ojos de Juliette casi se le salieron de las órbitas y me miró, dolida—. ¿Has ayudado a Ana con el regalo de papá?

—No —negué con la cabeza, confundida—. Ni siquiera sabía que a papá le gustase leer.

Juliette puso los ojos en blanco.

—¿Por qué crees que se emocionó tanto cuando descubrió que eres bloguera de libros? Es algo que tenéis en común.

Aquello me hinchó el corazón y me llenó de calidez y tristeza a partes iguales.

—Nunca me lo ha comentado.

Juliette se encogió de hombros.

—Probablemente se sintiese incómodo. Te tenía miedo cuando llegaste.

Me sentí mal, pero no demasiado, porque creo que yo estaba tan asustada como él.

—Nunca le he visto leyendo. ¿Qué tipo de libros le gustan?

Ana resopló.

—Aquellos en los que los buenos siempre atrapan a los malos.

Eso me hizo sonreír. Lo que más odiaba papá era perder un caso. Por lo que había oído, no sucedía a menudo, pero lo destrozaba siempre que pasaba. Me lo podía imaginar leyendo acerca del detective que lleva las de perder pero que captura al criminal contra todo pronóstico.

—Nunca lo he visto con un libro.

—No tiene mucho tiempo —comentó Ana—. Pero es su pasatiempo

favorito.

Le lanzó a Juliette otra sonrisa triunfante y Juliette suspiró, derrotada.

—Hay una autora para la que siempre saca tiempo: Janice Bishop. Se va a quedar alucinado cuando vea la novela que aún no ha salido a la venta. — Fulminó con la mirada a Ana—. Vas a ganar este año.

—Lo sé. —Ana me sonrió con suficiencia—. Gracias por el contacto, Ella.

Negué con la cabeza rotundamente cuando Juliette me volvió a mirar, dolida.

—Te juro que no se lo he dado.

—Pero siempre te dejas el correo abierto en el portátil —señaló Ana—. Y tu correo siempre va dirigido a las editoriales.

Me quedé boquiabierta.

—¿Has usado mi correo? ¿Has fingido ser yo?

—¡Ana! —exclamó Juliette con un gemido ahogado. No sabía si era por lo que Ana había hecho o por no habersele ocurrido a ella primero.

—¿Qué? Lo siento. Fue antes de creer que Ella me ayudaría si se lo pidiese. Solo fue un correo. Y fui muy profesional. Les encantó saber que te interesaba probar con otros géneros. Dijeron que, si te gustaba, tenían muchos más. Oh, pero creo que vas a tener que publicar una reseña de él.

Juliette le dio un ligero puñetazo a su hermana y yo me puse una mano en la frente. La verdad es que no era nada grave. La hubiera ayudado si me lo hubiese pedido, y ahora tenía curiosidad por los libros que tanto le gustaban a mi padre. Estaba ansiosa por descubrir cosas que tuviésemos en común. No parecía que hubiera muchas.

—Vale. Da igual. Pero... la próxima vez me lo pides, ¿vale?

Ana puso los ojos en blanco.

—Vale.

—No me lo puedo creer —gimió Juliette—. ¡He estado pensando como una loca en el regalo de papá durante todo el día y tú ya sabías que no tenía ninguna posibilidad!

Los ojos de Ana se iluminaron.

—Míralo por el lado positivo, ahora podrás comprarle esa colonia que ha mencionado nada sutilmente durante semanas.

Juliette puso los ojos en blanco, pero asintió.

—Supongo. No tengo nada mejor y tengo hambre. Podemos ir a Sephora y después a comer.

Tan solo de pensar en entrar en esa tienda con todos esos olores hizo que me doliera la cabeza y se me revolvió el estómago.

—O... podéis ir a por la colonia, volver aquí y después vamos a comer.

Ambas asintieron sin preguntar y se dirigieron al piso de abajo. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, Vivian me dio un ligero codazo.

—¿Necesitabas descansar o solo un respiro de Ana y Jason?

—Ambas cosas.

A pesar de que Ana y yo nos esforzábamos por ser civilizadas, no éramos amigas. Y Jason era el chico que accidentalmente rasgó mis injertos de piel cerca del codo antes de Halloween. Sobraba decir que pasar tiempo con ellos no estaba en mi lista de prioridades. Pero ahora Jason era el novio de Ana, y ambos se esforzaban por arreglar las cosas conmigo. Era incómodo, pero intentaba ser amable porque quería que la brecha entre Juliette y Anastasia desapareciera. Técnicamente no era culpa mía que no se llevaran tan bien como antes, pero lo parecía.

—Hoy no ha sido tan terrible —musitó Vivian—. Creo que Jason la relaja.

—Eso, y que papá y mamá la han obligado a ir todas las semanas a mi terapeuta.

Vivian resopló.

—Bien. Lo cierto es que creo que esa chica tenía bastantes problemas incluso antes de que aparecieses. Pero bueno, ya basta de hablar de ella. ¿Cómo estás tú? Apenas hemos hablado esta semana. Las cosas van bien, ¿eh?

Arqueó las cejas de forma sugerente y, a pesar de saber que solo bromeaba, me sonrojé.

—Todo ha ido bien. —Me puse aún más roja y eso hizo que a Vivian casi se le salieran los ojos de las órbitas—. No *tan* bien —me corregí—. Nos hemos quedado en casa. Todo ha sido una locura. Necesitábamos paz y tranquilidad y tiempo para conocernos cara a cara.

Vivian se echó a reír.

—Sí, cara a cara. ¡Y cuerpo a cuerpo!

—¡Calla! Solo nos hemos besado.

La empujé con tanta fuerza que casi se cayó del banco. Se rio más fuerte.

—Oye, que no os juzgo. Vivo de tus experiencias. ¿En serio no habéis pasado de los besos?

Me encogí de hombros.

—A él le gustaría ir más allá. Anoche me pidió que me mudase con él.

Vivian emitió un gemido bajo.

—¡No!

—Sí. Estábamos hablando del día de la mudanza y me preguntó si quería que llevase mis cosas a su casa en lugar de a la tuya.

Mi chispeante amiga pelirroja se sentó a mi lado con los ojos abiertos y sin palabras. Entendía su incredulidad. Yo todavía seguía pasmada por su petición.

—Le dije que no.

Vivian se recuperó de la sorpresa y se mordió el labio antes de responder:

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres? Entendería que prefirieras irte con él.

Lo decía de verdad y, a pesar de que me encantaría tener en cuenta sus sentimientos, no lo necesitaba.

—No —negué con la cabeza—. No puedo mudarme con él. No estoy preparada para eso.

Vivian soltó aire como si hubiese estado aguantando la respiración.

—Bien. —Su cara reflejó su entusiasmo al cogerme de las manos—. Me encanta Brian, de verdad. Pero tengo muchísimas ganas de que seas mi compañera de piso.

Su entusiasmo era contagioso.

—Yo también. Ahora voy a necesitar más tiempo de chicas que nunca. Brian es tan intenso. No quiero obsesionarme con la relación y olvidarme de todo lo demás. Puede que Brian esté preparado para ello, pero yo apenas empiezo a vivir mi vida de nuevo. No quiero que Brian sea lo único que haya en ella.

—Oh, no te preocupes. No pienso permitir que me dejes de lado, a pesar de que me hayas dejado sola en el instituto y te hayas echado el mejor novio del mundo. Ahora que Brian es tu novio, yo he pasado a ser tu mejor amiga.

Ahora me necesitas más que nunca.

Me reí. Bromeaba, pero en cierta manera, tenía razón.

—Eso es cierto. Y, después de comer, necesito que me ayudes a resolver el dilema del regalo.

—Encontraremos algo.

—¿Listas para ponernos en marcha? —preguntó Juliette al volver con una pequeña bolsa de Sephora que añadió a su botín—. Porque estoy hambrienta.

—Yo también. —No había desayunado mucho esta mañana y ya había quemado esas calorías—. Pero no vayamos a la zona de restaurantes. Vayamos a un sitio oscuro y tranquilo donde podamos oírnos los unos a los otros y nadie se me quede mirando y me pida un autógrafo mientras como.

Ya me habían reconocido varias veces hoy. Era tan raro que un desconocido me parase... Creo que empezaba a irritarnos a todos.

—Buena idea —convino Juliette—. Conozco el lugar ideal.

El restaurante al que íbamos estaba en la planta de abajo y, como el ascensor estaba fuera de servicio, tuve que usar las escaleras mecánicas. No eran santo de mi devoción. Las podía usar, pero tenía que tener mucho cuidado al subirme y bajarme. Era una tarea lenta y vergonzosa, pero por muy difícil que fuera, eran mejores que una larga fila de escaleras.

Cuando iba a subirme a la escalera en movimiento, me empujaron a un lado y casi perdí el equilibrio. Vivian tuvo que cogerme para evitar que me cayese y me hiciese daño.

—¿Sabes lo que necesitas? —preguntó Juliette al tiempo que fulminaba con la mirada al capullo que había pasado casi por encima de mí en las escaleras.

—¿Un campo de fuerza mágico? —gruñí al tiempo que me frotaba la cadera dolorida—. ¿Un asistente de compras?

En serio, usaba un bastón. Cojeaba. Uno pensaría que la gente me daría más espacio, pero no. Ese metro veinte que había adelantado en las escaleras debía de ser muy importante para él.

—Una pistola eléctrica —replicó Juliette mientras fingía que disparaba al hombre con el dedo—. Para que puedas freír a los capullos como él.

Me reí, pero no estaba segura de si bromeaba o no.

—¡Oye, tío! —dijo una voz desconocida detrás de nosotras que consiguió

captar la atención del tipo que me había empujado. Miré por encima del hombro y vi a un chico guapo con una bolsa a rebosar de Macy's fulminando con la mirada al idiota que estaba delante de mí—. ¿Tratas con esa falta de respeto a todas las mujeres o solo a las guapas discapacitadas?

La cara de Mister Empujón palideció cuando volvió a mirarme y vio mi bastón.

—Lo siento —murmuró—. Pensé que estabas hablando con tus amigas y no me he fijado.

—No. Iba lenta porque soy discapacitada.

—Lo siento. —El hombre hizo una mueca y en cuanto llegó al final de las escaleras fue como si le hubiesen prendido fuego a sus pantalones.

Tanto Juliette como Vivian rieron.

—Se lo tiene bien merecido —dijo Juliette.

Vivian chocó los cinco con mi defensor.

—Bien hecho, tío.

Tras pisar suelo firme, me giré hacia el chico que estaba detrás de mí. Parecía universitario, con el pelo despeinado de color miel, y llevaba una camiseta arrugada y pantalones cortos de baloncesto.

Estaba claro que acababa de despertarse y se había puesto lo primero que había encontrado medio limpio en el suelo de su habitación antes de venir al centro comercial, pero aun así parecía adorable. Puede que se salvara por sus llamativos ojos verdes o la sonrisa aniñada.

Detrás de él, Juliette ponía caras de enamorada y se abanicaba. Estoy bastante segura de que sus labios gesticulaban las palabras «yo quiero».

Reprimí la risa y le sonreí a mi salvador.

—Gracias. No tenías por qué hacerlo, pero gracias.

Miró por donde Mister Capullo se había ido.

—Claro que tenía que hacerlo. No aguanto a la gente así. Lo siento. Espero no haberte ofendido al mencionar tu discapacidad, pero necesitaba darme cuenta de lo que había hecho.

—No pasa nada. Creo que le has dado una buena lección.

Vivian rio.

—Sí. ¿Habéis visto su cara cuando te vio apoyada en el Bastón de Chuches? Un clásico.

—Yo me lo he perdido —comentó Juliette—. Estaba demasiado ocupada fijándome en el héroe de Ella. —Sonrió al desconocido—. Entonces, caballero de la camiseta arrugada, ¿tienes un nombre que acompañe a tu nobleza? ¿O prefieres permanecer en el anonimato mientras defiendes a mujeres de compradores desconsiderados?

El chico nos miró a las tres como si lo abrumásemos, pero después se echó a reír y le ofreció la mano a Juliette.

—Me llamo Erik.

Tras una corta presentación, Erik cogió las bolsas de Juliette y Vivian y ojeó la mía, que estaba vacía, con una sonrisa.

—O ya habéis acabado con las compras de Navidad o sois las chicas que más las posponen que he conocido.

Suspiré.

—A mí solo me queda uno, pero todavía no sé qué regalar.

Erik asintió al comprenderlo.

—Comprar para los padres puede ser complicado.

Tragué saliva con fuerza, pero ya hacía tiempo que no me echaba a llorar cada vez que alguien mencionaba a mi madre. Aunque estaba equivocado. Mi madre era la persona más fácil a la que regalar. No como Brian. Sacudí la cabeza.

—No lo has adivinado bien.

—¿Hermana? —preguntó, esperanzado—. ¿Hermano? ¿Mejor amiga?

—Novio —admití.

Él se encogió.

—Mierda. Primera falta. —Miró a Juliette y Vivian con un puchero coqueto—. No me digáis que vosotras también habéis comprado algo para vuestros novios.

Sonreí en contra de mi voluntad. Era adorable. Y tenía a dos de mis mejores amigas observándolo con tristeza.

—Las dos estamos solteras —contestó Juliette—. Así que la verdadera pregunta es, ¿prefieres rubias o pelirrojas?

Siempre me sorprendía lo directa que era. Pero supongo que, al parecerse a la Barbie de Beverly Hills, tenía razones para sentirse segura de sí misma. Chicas como ella me solían molestar, pero tras conocer a Juliette, sentía que

era más divertido ver desde fuera cómo obraba su magia. Tendría una cita con el chico para antes de que termináramos de comer.

Los ojos de Erik pasaban de una a otra y su sonrisa se ensanchó.

—¿Puedo mantener las dos opciones un poco más? ¿Por lo menos hasta después de comer? Invito yo.

—Me parece justo —replicó Juliette—. Nos dirigíamos a Piazza Lounge.

Capítulo 5

No me importó la compañía extra. Erik hizo un buen trabajo manteniendo tanto a Juliette como a Vivian entretenidas, lo cual me dio la oportunidad de mandarle un mensaje a Brian.

«Hola, desconocido. ¿Qué? ¿Has sobrevivido a otro día sin mí?».

«No, me siento solo y muy triste, mujer. No me puedo creer que me hayas dejado tirado dos días seguidos».

Me reí. No cabía duda de que estaba enfadado. Solo me llamaba «mujer» cuando lo volvía loco. Pero su mensaje gruñón me parecía adorable. Me lo imaginaba mirando el móvil cada diez minutos durante las últimas horas, enfadándose más y más cuando no veía ningún mensaje entrante. Había sido así desde que empezamos a mandarnos correos electrónicos. Si tardaba mucho en responderle, él me volvía a mandar otro mensaje gritándome porque pasaba de él.

Cuando empezamos a hablar, supuse que sería un chico solitario que no tenía muchos amigos ni vida social. Pero enseguida me di cuenta de que era todo lo contrario. Tenía millones de amigos y una vida de locos. Conseguía todo lo que quería cuando lo quería. No se sentía solo ni le faltaban amigos; estaba muy mimado y no tenía paciencia. En cuanto me enteré de eso, lo dejaba en espera de vez en cuando solo para sacarlo de quicio.

«Ah, se me olvidó decírtelo ayer; mi padre me llamó. Tenemos que pasar un rato con él en Navidad».

«¿Por qué lo dices como si fuese algo horrible?».

«Porque lo es. Créeme. Pero al menos ha reservado una sala de cine para ver la película en privado, así que no tendremos que lidiar con el público. Ha invitado a toda tu familia, si crees que les apetecería ir».

«Es muy generoso por su parte. Seguro que les parece bien. Iban a ir a verla igualmente. Probablemente piensen que es muy guay».

«Vale. Mi padre también dijo algo de cenar con él por Navidad justo después, solo nosotros tres. Intenté escabullirme, pero parecía bastante desesperado. No tiene a nadie más. Creo que se da cuenta durante las fiestas. No pude decirle que no, así que me disculpo de antemano, pero vas a tener que añadir la cena con mi padre a la lista de cosas para hacer esta semana».

Lo hacía parecer como el fin del mundo, pero tenía menos miedo de conocer a su familia del que ya había sentido cuando él conoció a la mía. Su padre parecía un poco sinvergüenza, pero bajo toda esa animosidad que Brian sentía por él, podía intuir que se preocupaba por él. En el fondo, Brian seguía siendo un niño que buscaba enorgullecer a su padre. También me daba la impresión de que era todo un niño de mamá, lo cual me parecía más que adorable.

«Eres un buen hijo. Y no pasa nada. Estoy segura de que todo irá bien».

«Vale. Gracias. Bueno, ¿y qué tal tu día? ¿Sigues de compras?».

Gemí para mis adentros. No me hacía falta verle la cara para saber que estaba sonriendo con suficiencia. Sabía que estaba teniendo dificultades con su regalo y se ponía muy pesado con el tema. El hombre disfrutaba torturándome más de lo que me gustaría.

«Sabes que sí. Eres COMPLICADÍSIMO para los regalos. ¿No puedes darme al menos una pista?».

«Te dije que no hacía falta que me regalases nada. Tú eres mi regalo. Ahora que te tengo, no hay nada más que quiera en el mundo».

«¡UGH! Me estás volviendo loca ahora mismo. ¿Tú me has comprado algo?».

«Por supuesto que sí. Te va a encantar».

«¡¡¡BRIAN!!! ¡¡¡Eres horrible!!! ¡¡¡Dime ya lo que quieres para Navidad!!!».

«Ya te lo he dicho. Lo único que quiero para Navidad eres tú».

Me rendí. Seguro que estaba cantando el famoso villancico de Mariah Carey. O, por lo menos, la tarareaba en su cabeza. Llevaba cantándome la cancioncita toda la semana cada vez que le preguntaba qué quería para Navidad.

«¡AGH! ¡VALE! Tengo que irme. Te llamo cuando llegue a casa».

«Estaré esperando ansioso tu llamada. Buena suerte con tus compras. ;) ».

Gruñí otra vez y me guardé el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón. Vivian se rio mientras se sentaba en uno de los sillones de la mesa que nos habían asignado.

—Deduzco que Brian no te está ayudando nada, ¿verdad?

Al ver que Erik se sentó a su lado, yo me acomodé frente a ellos.

—¿Ayudar? Por favor. Está siendo un auténtico pesado. No sé por qué le gusta tanto torturarme.

Me deslicé hasta el fondo del silloncito para que Juliette pudiese sentarse junto a mí, pero se apretó al otro lado de Erik. Arqué una ceja en su

dirección, y ella me respondió con una sonrisa avergonzada y un gesto de cabeza hacia Erik.

Ana examinó los sitios que quedaban libres y vaciló tan solo un segundo antes de sentarse junto a mí. Jason no tuvo más remedio que presidir la mesa. Antes de que las cosas se volvieran incómodas, Erik me sonrió y me preguntó:

—Entonces, Brian es el novio al que no tienes ni idea de qué regalarle, ¿no?

Suspiré.

—Sí.

—A lo mejor yo puedo ayudarte. Al fin y al cabo, soy un tío.

—¡Oh! Buena idea —exclamó Juliette.

—Vale, bien. —Sí que necesitaba ayuda—. Como hombre, ¿qué querrías que tu novia te regalara para Navidad?

—Eso depende —contestó Erik—. ¿Cuánto lleváis saliendo juntos?

—Una semana —dije a la vez que tanto Vivian como Juliette respondían—: Tres años.

Erik arqueó las cejas de forma exagerada, y con razón. Esperó a que le diésemos una explicación. Yo iba a cambiar de tema, pero me sentía tan confusa con respecto a mi actual relación que la idea de conocer el punto de vista de un chico me parecía de lo más atractiva.

—Es complicado. Nos conocimos por internet hace tres años, pero nos vimos en persona hace una semana.

—*Mmm...* —Erik se quedó pensativo, como si se lo tomase realmente en serio. Contuve la respiración, a la espera de su respuesta—. ¿Ya estabais saliendo antes de veros?

Negué con la cabeza.

—Solo éramos amigos, pero nos enamoramos.

—Y ahora ya es oficial, ¿no?

—Sí, y exclusiva.

—¿Ya os habéis dicho que os queréis?

—Sí.

Frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué tienes tantos problemas para encontrarle un regalo?

¿No lo conoces ya bastante bien?

Solté un quejido al oír su respuesta y dejé caer la cabeza hacia delante hasta apoyar la frente sobre la mesa.

—Lo sé todo sobre él —gimoteé, con la frente aún pegada a la mesa—. El problema es que es rico y ya tiene todo lo que quiere o necesita. Siempre que le pido que me dé una pista, dice que no quiere ningún regalo. Solo me canta esa estúpida canción: *All I Want for Christmas is You*, «Lo único que quiero para Navidad eres tú».

Ana resopló.

—Lo estás haciendo más difícil de lo que tiene de ser. Sé exactamente lo que deberías hacer. —Todos la miramos, expectantes por oír la milagrosa respuesta a mi dilema. Me lanzó una mirada ladina y se encogió de hombros—. Dale tu virginidad.

Erik se atragantó con el agua fría que estaba bebiendo y Jason rompió a reír de forma repulsiva. Tanto Juliette como Vivian regañaron a Ana, pero solo lo había dicho de broma, así que sus reprimendas terminaron transformándose en risas. No estaba enfadada, pero no tenían ni idea de lo susceptible que era con ese tema. Como no quería que se enterasen de cuán grande era mi inseguridad, me obligué a reírme con ellos.

—Cállate, Ana. No va a pasar.

—En realidad, no es mala idea —dijo Juliette.

—¡Juliette! —Ahogué un grito por su traición y le lancé una servilleta—. No voy a llegar tan lejos después de una sola semana.

Puso los ojos en blanco.

—No lleváis solo una semana, y lo sabes. Puede que no tengáis que llegar hasta el final, pero pasar una noche romántica y llevar vuestra relación al siguiente nivel, signifique lo que signifique eso para ti, puede que sea el mejor regalo que puedas darle.

Mi rubor se intensificó. Me froté la cara con las manos, pero eso no logró paliar la rojez de mis mejillas.

—Madre mía, chicos, ¿podemos, por favor, no mantener esta conversación delante de Jason y de un chico al que hemos conocido hace cinco minutos? —Miré a Erik con una mueca en el rostro—. No te ofendas.

Se rio.

—No te preocupes. Pero si mi opinión sirve de algo, creo que tus amigas tienen razón.

Solté una risotada.

—Pues claro. Eres un tío.

Negó con la cabeza.

—No, en serio. Si de verdad ya lo tiene todo, entonces puede que no esté de broma cuando dice que lo único que quiere para Navidad eres tú. A lo mejor te está dando la pista que tanto ansías.

Todos permanecemos en silencio un momento, pensando en la sugerencia de Erik. Tenía mucho sentido. A lo mejor eso era lo que Brian quería de verdad. Me había pedido que me mudase con él, por el amor de Dios. Puede que estuviese desesperado por tener una conexión más íntima conmigo.

—Eso ha sido muy profundo —canturreó Juliette, sonriéndole a su presa—. Debes de ser un chico muy sensible.

Él se encogió de hombros y un ligero rubor cubrió sus mejillas. Sí, Jules tenía al chico en la palma de su mano.

Miré a Vivian, que me sorprendió con un encogimiento de hombros a modo de disculpa.

—Yo también creo que tiene razón, Ella. Ya sabes lo mucho que te quiere Brian. Y sabes que se preocupa porque te canses de... —Miró a Erik y censuró sus palabras— ...de su vida de locos ahora que estáis juntos de verdad. Esta semana ha sido intensa para ambos. Probablemente esté muy estresado. Y ya sabes que un chico como él no está acostumbrado a sentirse así de vulnerable. Puede que esta sea su forma de llegar hasta ti. Puede que necesite un compromiso más sólido por tu parte y que tenga miedo de pedírtelo porque acabáis de empezar, como quien dice.

—Puede —convine.

Ana se encogió de hombros.

—¿Y cuál es el problema? En realidad, no os conocéis solamente desde hace una semana. Lleváis años enamorados. Lo sabéis todo el uno del otro. ¿Qué hay de malo en llevar las cosas un poco más allá?

Se me formó un nudo en el estómago. Todos parecían estar de acuerdo con Ana en este asunto, pero la ansiedad hacía que me temblasen las manos por debajo de la mesa.

—No es tan fácil, chicos. Tenéis razón: llevamos años enamorados. Pero eso es lo que tanto me asusta de nuestra relación. Es intensa porque emocionalmente vamos por delante de nosotros mismos. Por una parte, Brian y yo nos acabamos de conocer. Pero por otra, somos como una pareja que lleva junta varios años. Una pareja así estaría preparada para el sexo y para irnos a vivir juntos, pero yo no. Me siento como si estuviera en ambas relaciones, la antigua y la nueva, y no sé cómo fusionarlas.

—Algo me dice que a Brian no le costará mucho combinarlas —murmuró Juliette.

Asentí.

—Exactamente. Y si le doy la clase de regalo de la que estáis hablando, entonces voy a encontrarme en una situación que me supera. Es tres años mayor que yo. Vive solo y tiene una carrera profesional estable. Ha estado con mil millones de mujeres. Básicamente, soy una chiquilla inocente saliendo con un hombre hecho y derecho. Puede que él esté preparado para dar ese salto, pero a mí me va a llevar algo de tiempo pensar en nosotros como en un *nosotros*.

Juliette suspiró y Vivian se echó hacia atrás en el sillón.

—Entonces estamos otra vez en el principio. ¿Y si le regalas una matrícula personalizada que ponga «Tesoro»?

Me reí, agradecida por que la conversación hubiese vuelto a ser amena y ya no estuviésemos discutiendo sobre mi vida amorosa. No fui capaz de decirle que ya ponía eso en su matrícula actual.

—Nada de Tesoro —dijo Vivian—. Debería decir «Lo siento, chicas, estoy pillado».

Erik se rio.

—No creo que eso cupiese en una matrícula.

—Se lo tatuaremos en la frente, entonces —dijo Vivian, guiñándome un ojo—. Créeme. Lo necesita.

Puse los ojos en blanco.

—Se acabó hablar de Brian y Ella —interrumpió Juliette—. Pasemos a lo de encontrarme un novio. Ahora que tanto Ana como Ella tienen una relación estable con sendas parejas, yo tengo que ponerme las pilas. No puedo ser la hermana soltera del grupo. No mola. —Se inclinó hacia adelante para esquivar a Erik y le dedicó una sonrisa a Vivian—. ¿Te importaría mucho si le

vido a Erik que quedemos la semana que viene?

Erik abrió tanto los ojos que todas nosotras nos echamos a reír.

—Es todo tuyo —bromeó Vivian—. Ni en broma me voy a meter en medio de una competición de las hermanas Coleman.

Capítulo 6

Juliette convenció a Erik de que se quedase con nosotras después de comer para que terminase de hacer sus compras, pero resultó que todos habían acabado menos yo. El grupo consideró que era necesaria una intervención y empezaron a arrastrarme de tienda en tienda. Yo no opuse mucha resistencia. Estaba desesperada, y seis mentes eran mejor que una sola.

—¡Oh! —Ana se paró de golpe tan rápido que Vivian se chocó contra su espalda—. Sí. Esto.

Gemí al ver toda la ropa interior del escaparate.

—Dudo mucho que Brian quiera un sujetador de encaje negro con braguitas a juego para Navidad.

Ana entrelazó el brazo con el mío sonriendo de oreja a oreja.

—Por una vez estoy completamente de acuerdo contigo. Por tu tono de piel, podemos decantarnos por algo mucho más brillante. Estoy pensando en un rojo pasión.

Me quedé muda ante su actitud juguetona y amable, así que tardé un minuto en darme cuenta de que me arrastraba al interior de la tienda. Frené enseguida y me deshice de su agarre.

—Ana, no vamos a entrar ahí. Hay chicos con nosotras.

Ella se giró hacia Jason y Erik y los miró con el ceño fruncido.

—¿Tenéis alguna objeción para entrar ahí y ayudar a Ella a elegir algo sexy para su novio cañón?

Mi rostro se encendió cuando Erik sonrió con suficiencia y negó con la cabeza.

—Sería un placer.

—¿Podré elegir yo también algo sexy para mi novia cañón? —preguntó Jason.

Ana le guiñó un ojo, coqueta, y él sonrió de oreja a oreja.

—Genial. Me apunto.

—Ana, venga ya. No voy a comprarle lencería a Brian para Navidad.

Ella empezó a arrastrarme al interior de la tienda otra vez.

—Deja de ser tan puritana, Ella. ¿Cuándo vas a volver a tener la oportunidad de contar con las opiniones de dos chicos diferentes para elegir algo sexy?

—No me importa. Ya te lo he dicho, no voy a hacer nada con Brian.

—Puede que sí, si tuvieses algo sexy como eso. —Se dirigió hacia una pared con sujetadores de encaje muy caros y bragas a juego y cogió un sujetador rojo rubí—. Créeme, a Brian le encantará esto.

—A mí me encanta esto —dijo Jason, sonriendo mientras cogía un par de braguitas; él se había decantado por el negro tradicional.

Le arrebaté el sujetador a Ana y atravesé a Jason con la mirada. A él no pareció importarle. Me volvió a sonreír y sostuvo lo que había encontrado junto al cuerpo de Ana.

—Ya sé lo que quiero para Navidad, nena.

Erik carraspeó, y cuando me giré para quedar frente a él, me sonrió con suficiencia.

—Tu hermana no va desencaminada. No creo que te equivoques mucho con eso. —Señaló al sujetador rojo intenso que todavía colgaba de mis dedos y luego extendió el brazo para coger un sujetador rosa pálido corto y unas braguitas a juego—. O si no, esto. Siempre me ha gustado el rosa.

Entrecierro los ojos.

—¿En serio? ¿Ni siquiera te conozco y ya estás intentando elegirme la ropa interior?

Su sonrisa se ensanchó y el factor «adorable» aumentó del modo más irritante.

—Solo intento ayudar.

Juliette posó una mano sobre su brazo. Le sonrió y luego me lanzó la misma sonrisa. Debió de haber visto la ira en mis ojos, porque se rio y dijo:

—Relájate, Señorita Sarcasmo. Mantén tu malhumor a raya. No es culpa suya.

—No, es de Ana.

Atravesé a la susodicha con la mirada. Sí, intentaba ser más amable con ella, pero esta situación era humillante y me estaba enfadando de verdad con ella. Mi actitud solo alimentaba la suya. Me dedicó una sonrisa empalagosa.

—Asumo toda responsabilidad. Algún día me lo agradecerás. Y toma. Esto tienes que probártelo. —Sostuvo en alto un picardías de encaje azul cielo con un tanga y una liga a juego—. Esto lo han hecho pensando en ti. Hace juego con tus ojos.

Me dispuse a rebatirle, pero antes de empezar a hacerlo, Vivian cogió el picardías y me lo tendió.

—Ay, Ella —canturreó—. Sabes que odio estar de acuerdo con Ana en algo, pero tiene razón. Esto te quedaría impresionante. Tienes que comprártelo.

—Ni de coña. No me voy a comprar eso.

—Pero Ella, es perfecto —insistió Juliette—. Es precioso y de buen gusto. Es muy tú.

Rechiné los dientes. Tenían razón. Era muy bonito y mucho más elegante que las cosas que Erik y Jason me habían enseñado. Incapaz de contenerme, acepté la prenda que me tendía Vivian y me imaginé lo que Brian pensaría si me pusiese esto para él.

A Brian le encantaría este regalo, pero ¿podría envolverlo y dárselo de verdad? No era ninguna broma. Un regalo así conllevaba una promesa. ¿Tendría razón Ana? ¿Estaría preparada para hacerle esa promesa si me sentía lo suficientemente guapa? Porque eso era lo que realmente me hacía vacilar. Lo quería, y si algo había aprendido esta semana era que lo deseaba. Pero tenía miedo. Miedo de que no me encontrase guapa.

Palpé la sedosa tela con los dedos. Era increíblemente suave. Casi podía imaginarme con él puesto, pero luego atisé mi mano llena de cicatrices y el momento se fue al garete.

Eché un vistazo a toda la ropa interior picante que había en la tienda. Antes de mi accidente, me encantaba esta tienda. Nunca había sido lo suficientemente valiente como para aventurarme a explorar esta zona más traviesa en la que nos encontrábamos ahora, pero ¿a qué chica no le gusta la

lencería bonita? Sin embargo, ahora las estanterías y los cajones llenos de cosas bonitas que se suponían que debían hacerte sentir sexy y las paredes repletas de imágenes de cuerpos preciosos y perfectos parecían estar riéndose de mí.

—No puedo ponerme algo así —murmuré, dejando el picardías a un lado.

—¿Por qué no? —preguntó Ana.

Volví a atravesarla con la mirada. ¿Por qué siempre tenía que presionarme?

—¿Por qué crees? —Me señalé el cuerpo. Mi ropa cubría mis cicatrices, pero ya las había visto antes. Sabía lo que escondía debajo—. ¿Es que no es obvio?

—Eh... —interrumpió Erik con vacilación, como si percibiese lo sería que se había vuelto de repente la conversación—. Lo siento, pero ¿qué es obvio? Si me permites ser un poco directo, eres preciosa. Tu novio es un tío muy afortunado, y estoy seguro de que le encantaría verte vestida con eso.

Mi ira se esfumó y se transformó en completa depresión. Erik estaba intentando ser amable. Incluso creí que su cumplido era sincero. Pero ojalá lo creyese yo también. Con un suspiro, levanté mi mano mala y me remangué la camiseta. Los ojos de Erik se abrieron ligeramente, pero aparte de mirar con curiosidad lo que le mostraba, no reaccionó a mis cicatrices.

—Tuve un accidente. Me quedé atrapada en un coche ardiendo. Estas cicatrices cubren el setenta por ciento de mi cuerpo. Dios fue lo bastante piadoso como para dejarme el rostro intacto, pero... —Bajé la mirada hacia mi cuerpo y tragué saliva—. Más del setenta por ciento. Piénsalo.

Juliette apareció de repente a mi lado y me envolvió en un cálido abrazo.

—Ella, ya sabes que a Brian le da igual.

—Eso es lo que él dice —murmuré, agradeciendo el apoyo que me ofrecía mi hermana antes de enfrentarme al pequeño grupo de personas al que de repente había hecho sentir muy incómodo—. Aunque no le importasen mis cicatrices, estoy saliendo con un chico que es físicamente perfecto. Antes de mí, salió con chicas tan guapas como él: modelos y actrices. Esas mujeres probablemente llevasen cosas como esta a todas horas. —Volví a levantar el picardías e intenté imaginarme con él puesto, cubriendo mis cicatrices. Pero no pude.

Señalé las imágenes que había por toda la tienda.

—Mirad a vuestro alrededor. No hay ni una sola foto en esta tienda de una mujer con un solo defecto. No tienen ni una peca. Estas modelos son perfectas. ¿Creéis que es coincidencia? —Empecé a sacudir el picardías en el aire con furia—. Ponerme algo así no hará que me vea sexy. Lo único que conseguirá es que parezca que estoy intentando ser algo que no soy.

Cogí aire y lo solté despacio, obligándome a no sucumbir a las lágrimas. Había perdido todo el control sobre mis emociones con esa última confesión, pero no pude evitarlo. Puede que no hubiese sido su intención, pero me estaban obligando a enfrentarme a una de mis mayores inseguridades.

—Voy a salir a que me dé un poco el aire. Hay unos bancos delante de la tienda. Os espero allí.

Solo di un paso antes de que Vivian me detuviese. Sus ojos brillaban y la voz le tembló al hablar.

—Ella... la verdadera belleza proviene de dentro. Lo sabes. Eres la persona más preciosa que he conocido nunca. ¿Por qué crees que has conseguido atrapar a un chico como Brian? Y no solo atraparlo, tía, tienes a ese hombre tan loco por ti que ya ni siquiera es capaz de mirar a otras mujeres. Ya no existen para él. Lo eres todo para ese hombre, y sabes que te verá guapa sin importar lo que haya bajo tu ropa.

—Puede. Pero yo no me siento guapa.

—Eso —dijo Ana, metiéndose en la conversación con una confianza que rompió toda la tensión—, es porque te niegas a ponerte cosas que te hagan sentir sexy. —Añadió el sujetador y las braguitas rosas al picardías que tenía en la mano—. Vístete para el éxito, Ella. Aunque no estés preparada para mostrarte así frente a tu hombre, tienes que empezar a vestirte de forma sexy para sentirte sexy. ¿Sabes lo que llevo puesto ahora mismo?

Tanto Jason como Erik movieron la cabeza en su dirección; sendos ojos repasaron su cuerpo de pies a cabeza. Jason la envolvió entre los brazos y comenzó a besarle el cuello.

—¿Qué llevas puesto, nena?

Ella se deshizo de su abrazo con una sonrisa de suficiencia.

—Eso es un secreto. Pero mira lo segura de mí misma que estoy.

Dudaba mucho que su confianza proviniera de su ropa interior, pero no tenía mucho sentido discutir con ella.

—No me puedo creer que vaya a decir esto una segunda vez —dijo Vivian

—, pero estoy de acuerdo con Ana. Si no empiezas a sentirte sexy, nunca estarás preparada para dar ese paso con Brian. Deberías comenzar por tratarte a ti misma como si merecieras llevar ropa así. Porque es la verdad.

—Tiene razón —comentó Juliette. Su boca se curvó en una sonrisa torcida, y le arrebató a Jason de las manos las bragas negras de encaje para añadir las a mi pila—. Ya es hora de que empieces a sentirte tan sexy como eres de verdad, así que espabila y cómprate un tanga nuevo.

Todos se rieron y, aunque estaba completamente avergonzada porque Jason y Erik hubiesen presenciado esta conversación, también quería a mis amigas más que a nada en el mundo. Incluso Ana, tan agresiva como era, estaba intentando hacerme sentir mejor. Creo. ¿O estaba intentando avergonzarme delante de los dos chicos porque sabía que era una mojigata y le gustaba burlarse de mí por ello? Sea como fuere, lo consiguió. Sí que me sentí un poco mejor. No lo suficiente como para comprarme un tanga o un picardías, pero mejor.

—Vale. Quizá tengáis razón, y prometo empezar a esforzarme más en sentirme orgullosa de mí misma. Pero empezemos con alguna camiseta de manga corta o una falda, ¿vale? No estoy preparada para... esto. —Levanté la pila de lencería que tenía en las manos para darle más énfasis, y luego la dejé antes de devolverle el hortera tanga negro a Jason—. Además, ¿cómo se puede sentir alguien sexy con un hilo metido por el culo?

Todos se volvieron a reír, pero cuando fuimos a salir de la tienda, Juliette cogió el picardías.

—Vale, si tú no lo compras, lo haré yo. —Me lanzó una sonrisa de suficiencia y se dirigió a la caja—. Feliz Navidad, Ella.

—Buena idea —dijo Ana, agarrando el conjunto rosa que Erik había escogido—. En realidad, no iba a regalarte nada, pero ahora me siento generosa.

Puse los ojos en blanco, pero luego vi la sonrisa de Erik y me sonrojé.

—De verdad que me gusta el conjunto rosa —dijo—. Si alguna vez te cansas de tu novio, llámame.

Vivian resopló.

—Sí, no creo que eso vaya a pasar nunca. Vas a tener que conformarte con Juliette.

Erik desvió la mirada hacia el mostrador, donde las gemelas estaban

pagando sus compras. La preciosa melena de Juliette caía por su espalda formando unos tirabuzones definidos, y sus larguísimas piernas quedaban a la vista gracias a la minifalda que llevaba.

—No me parece mala idea —dijo.

Siguió repasándola con la mirada mientras ella se acercaba al grupo. Deslizó un brazo por encima de sus hombros y la estrechó contra su costado.

—Bueno, preciosa, me tengo que ir, pero antes, ¿tienes planes para Nochevieja? Me han invitado a una superfiesta y necesito a alguien con quien ir.

Juliette se encogió de hombros como si nada.

—Tengo planes, pero puede que me convenzas para cancelarlos si me haces una oferta mejor.

—Bueno, entonces tendré que convencerte de que mi plan es la mejor opción. Dame tu número y te mando un mensaje luego.

Él le tendió su teléfono y, mientras guardaba su número en la agenda, Juliette me guiñó un ojo con picardía. Negué con la cabeza mientras soltaba una risita. Nunca habría adivinado que haría tan buenas migas con una chica como Juliette, pero de verdad que me encantaba mi nueva hermanastra.

Volví a casa del centro comercial con las manos vacías, pero al menos salió algo bueno de todas las horas que estuvimos comprando. Juliette estaba *radiante* cuando entramos en casa esa tarde. Había aguantado el tipo con Erik, pero en cuanto se fue, se volvió loca de emoción, diciendo que era el tío más simpático, divertido y guapo que había conocido nunca. Me alegraba por ella. Jules necesitaba a un buen chico y, aunque Erik me hubiese elegido un sujetador y unas bragas *sexys* a juego, admitía que era buen tío y que me parecía bien que Juliette empezase a salir con él.

Mi padre y Jennifer estaban abajo en el salón familiar viendo *Love Actually*, pero Jennifer puso en pausa la película cuando nos oyó entrar y subieron para saludarnos.

—¿Cómo ha ido? —Le quitó a Ana una bolsa de las manos—. ¿Puedo ver lo que habéis comprado?

—¡Mamá! —gritó Ana, y recuperó la bolsa—. Tu regalo está ahí. Deja de intentar mirar. Eres peor que papá.

Juliette se rio.

—Sí, claro. Nadie puede superar a papá. —Me dedicó una mirada sardónica y se aferró a sus propias bolsas como si su vida dependiese de ello—. Hay una razón por la que esperamos hasta el último minuto para comprarles el regalo a nuestros padres.

Atravesó con la mirada a papá, el cual se estaba acercando a nosotras mientras hablaba.

—¿Qué? —preguntó con una expresión tan inocente que me eché a reír.

—¿Habéis mirado alguno de los dos los regalos que os he comprado? —pregunté.

Solo me hizo falta mirar la cara de mi padre para saberlo.

—¡Papá! —le di un golpe en el brazo.

—¿Qué? Te dejaste la bolsa en la encimera de la cocina. Pensaba que comida.

Seguro que sí.

—La dejé en la cocina durante cinco minutos porque no podía llevarlo todo en un solo viaje, y te advertí que no miraras.

—Venga, Ella. No puedes dejar un regalo para mí en la cocina, decirme que no mire, y luego salir de la habitación. ¿Qué esperabas?

Era raro ver a un abogado tan formidable y acostumbrado a interrogar a criminales despiadados balbucear sin defensa alguna. Lo humanizaba un poco y, aunque le estaba regañando, esboqué una sonrisa.

—Puf. Eres peor que Brian. Debería devolverlo y comprarte otra cosa.

—No lo hagas. Me hacía falta un maletín nuevo desde hacía tiempo, y me encanta el que me has comprado. Estuve tentado de preguntarte si podía usarlo hace dos semanas. —Mi padre sonrió como respuesta a la mirada exasperada que le lancé—. De verdad que me encanta. Gracias de antemano.

—Vale. Necesito descansar un rato.

El rostro de mi padre se ensombreció.

—¿Has hecho sobreesfuerzos en el centro comercial?

—Un poco. —Liberé a mi pierna mala del peso de mi cuerpo con un suspiro. Me dolían los pies y me palpitaban las piernas desde los dedos hasta

la cadera—. Daniel dirá que el ejercicio me venía bien, pero voy a tener que darme un buen baño caliente esta noche si quiero poder moverme mañana.

—Usa sales de Epsom si tienes las piernas hinchadas —dijo Jennifer—. Y no te olvides del aceite de lavanda. Si estás muy dolorida, intenta mezclar bergamota y eucalipto también.

Jennifer era muy entendida en aceites medicinales. Solía pensar que era otra californiana chiflada más, pero no podía negar que sus trucos le han venido de perlas a mi cuerpo.

—Lo haré, gracias.

Me llevó un rato meterme en la bañera. Estaba tan dolorida que me movía como una anciana de noventa años. Sí que me había excedido físicamente. Apenas puedo caminar, y hacerlo me agota. Y habíamos estado en el centro comercial todo el día. A menudo tuve que sentarme a esperar a las chicas mientras ellas miraban tiendas. Pero incluso descansando con asiduidad, había andado mucho más de lo normal.

Esta era la primera vez desde mi accidente que había estado de pie la mayor parte del día, y mi cuerpo ahora protestaba con ganas. Aun así, había merecido la pena. Deambular por el centro comercial con mis dos mejores amigas, comprando, cotilleando, y recogiendo a chicos, me hacía volver a sentir como una adolescente normal. Bueno, menos las veces que me habían reconocido. La fama no era normal la mirara como la mirase. Me preguntaba si alguna vez la consideraría menos extraña.

Demasiado agotada después de todo el día, me quedé dormida sin querer después del baño. Tras vestirme, me había tumbado en la cama para descansar un minuto, con el pelo todavía envuelto en una toalla, y no me desperté hasta la mañana siguiente.

Capítulo 7

Me desperté con el sonido de un mensaje en el móvil. Me llevó un minuto situarme y ver que me había quedado dormida después de bañarme. Bostecé y me quité la toalla de la cabeza. Tenía el pelo seco y apelmazado por no habérmelo desenredado tras el baño. Tendría que mojarlo otra vez si quería arreglarlo mínimamente. Guardé esa tarea para después, me estiré y parpadeé al ver que era por la mañana.

Volvió a sonarme el teléfono —otro mensaje—, y otra vez más. Entonces, empezaron a llamarme. Por raro que fuese, lo ignoré. Estaba demasiado dormida y seguramente fuese Brian quejándose por que no lo llamé anoche. Podía esperar hasta que me lavase los dientes. O esperar una media hora...

Me di la vuelta y me arrebujé bajo las sábanas, aunque solo duró un par de minutos, ya que Juliette entró como un vendaval en mi habitación.

—¡Ella! ¡Levanta! ¡Tienes que ver esto!

—Vete —gemí—. Estoy durmiendo.

—No, lo digo en serio.

Cogió mi portátil y se subió a la cama. Volví a bostezar al tiempo que ella lo encendía.

—¿Qué pasa?

—¿No has mirado el móvil?

—No, es muy temprano. Brian puede esperar hasta que me levante.

—Quizá deberías llamarlo.

¿Qué demonios era tan urgente? Cogí el teléfono mientras ella se metía en internet.

Los mensajes eran de Vivian y Rob. Ambos parecían tener prisa por que abriera una página que se llamaba *La verdad de Hollywood*. Usaron muchos signos de exclamación. Incluso el mensaje de Rob tenía uno, así que supe que había pasado algo gordo.

Me froté los ojos y me senté despacio; estaba agarrotada por haber dormido con los músculos doloridos. Juliette chilló.

—¡No puede ser!

—¿Qué pasa? —inquirí.

Estaba demasiado absorta en el portátil como para explicarse, pero supe que la sorpresa no implicaba nada bueno. Su cara reflejaba una mezcla de cabreo y horror.

Gemí al tiempo que sacaba las piernas por el borde de la cama. Daniel me mataría en la siguiente sesión por haber llevado a mi cuerpo tan al límite. Probablemente después de decirme que me había venido bien y recomendarme que lo hiciese más a menudo.

Empezó a sonar el móvil, pero lo ignoré. Sea quien fuere, solo me diría que echase un vistazo a la página que Juliette observaba con la boca abierta.

—¿Qué sucede?

—¡Ese malnacido y asqueroso cabrón!

—¡Juliette! —estallé. Fue la única manera de sacarla de su ensimismamiento.

Tenía la cara pálida excepto por las mejillas y la nuca, que estaban enrojecidos por la ira. Al encontrarse con mis ojos confusos y curiosos, los suyos se humedecieron.

—Lo siento muchísimo, Ella.

Me colocó el portátil en el regazo. Miré la pantalla que tenía delante, pero necesité un momento para entender lo que veía.

—Oye, soy yo. ¿Es la comida de ayer en el restaurante? ¿Qué...? ¿Dónde...? ¿Cómo...?

—Erik —susurró Juliette—. Es un cotilla, un chismoso que habla de famosos.

—¿A qué te refieres?

Detuvo el vídeo y volvió a la página de inicio de *La verdad de Hollywood*. Era una página de noticias de famosos. La foto de Erik se

encontraba en la esquina superior izquierda junto a una pequeña descripción. El enorme titular en mitad de la página rezaba: «La Ella de Cinder se sincera sobre su relación física con Brian y sus inseguridades». Un vídeo de mí en la comida del centro comercial de ayer estaba justo debajo.

—Nos han tomado el pelo por completo —exclamó Juliette—. Debí de saber quién eras desde el principio. Por eso te defendió. Probablemente nos había estado siguiendo durante un rato y se quedó a la espera de que surgiera una oportunidad para hablar con nosotras. Caímos en su trampa.

No estaba preparada para creerlo aún, seguía en fase de negación.

—¿Cómo grabó esto?

Juliette se encogió de hombros y volvió a reproducir el vídeo en el portátil.

—No lo sé. Debía de tener alguna cámara oculta.

—¿Tiene audio?

La mueca de Juliette respondió por sí sola. Clicó en el vídeo y se oyó mi voz alta y clara: «...siempre que le pido que me dé una pista, dice que no quiere ningún regalo. Solo me canta esa estúpida canción: «*All I Want for Christmas is You*», Lo único que quiero para Navidad eres tú.

Se me revolvió el estómago. Me subió bilis por la garganta y tuve que tragármela al darme cuenta de lo que Erik había grabado exactamente y que después había publicado para que lo viese todo el mundo.

—¿Cuánto grabó? —pregunté con voz temblorosa.

Juliette avanzó el vídeo y tragó saliva.

—Toda la conversación durante la comida... y todo lo de la tienda de ropa interior.

Me encogí.

—¿Todo?

Ella asintió.

Me dejé caer sobre la cama, tan sorprendida que ni siquiera noté el dolor que me causó el movimiento. La conversación durante la comida había empezado cuando Ana me dijo que debería regalarle mi virginidad a Brian como regalo de Navidad, y de ahí derivó a cosas aún más personales. Me sentí morir. La habitación empezó a dar vueltas y empezaron a picarme los ojos.

—Jules... —Mi voz comenzó a temblar.

—Lo sé —susurró igual de consternada—. Y nosotras lo empeoramos. Ella...

Volvió a sonarme el móvil, y cuando vi el nombre de Brian, mis ojos se llenaron de lágrimas. Incapaz de contestar, lo tiré y escondí la cara entre las manos. La llamada saltó al buzón de voz e, inmediatamente después, volvió a sonar. Juliette lo cogió y me lo ofreció.

—Habla con él, Ella.

Negué con la cabeza.

—No puedo. Si me llama es porque ya lo ha visto. Ha escuchado toda la conversación sobre lo adulto que es él y lo tonta y mojigata que su novia. Ha visto cómo me negaba a comprar ropa interior y confesaba que no estaba preparada para acostarme con él porque me siento insegura con mi cuerpo. Lo ha oído. El mundo entero lo está oyendo.

Juliette se limpió una lágrima.

—Lo siento mucho, Ella.

—No es culpa tuya.

—Aun así, parece... —Se calló cuando el teléfono sonó una tercera vez—. Tienes que hablar con él.

—No puedo. Todavía no. Necesito un minuto para reponerme.

Desde el otro lado de la casa, se escuchó un chillido descomunal y, segundos después, la puerta de mi habitación se abrió de par en par.

—¿Lo has visto? —chilló Ana.

Supo la respuesta en cuanto me miró. Empezó a caminar de un lado a otro.

—¡Ese cabrón! ¡Voy a matarlo! — Me fulminó con la mirada—. ¿Sabías quién era? ¿Has permitido que quedase en ridículo a propósito sabiendo que lo estaba grabando?

Estaba de coña, ¿no?

—Cállate, Ana —gritó Juliette—. No todo gira alrededor de ti.

Dejé de llorar y, por una vez, conseguí mirarla peor que ella a mí.

—Ah, no, todo esto tiene que ver contigo, Ana —rebatí, y lo pagué con ella para desahogarme—. Por supuesto que llamé a Erik y lo invité a que nos grabase en secreto y quedásemos como idiotas. Por supuesto que confesé que no estoy preparada para acostarme con Brian porque es perfecto y mi cuerpo

es un desastre porque quería que todo el mundo lo supiera. Y por supuesto que te pedí que sacases el tema de mi vida sexual y me arrastrases a la tienda de ropa interior. Me has pillado. Ese era mi gran y malvado plan para hacerte sentir estúpida.

Ana me atravesó con la mirada, pero no estaba enfadada conmigo. Su cabreo se tornó frustración mientras se dejaba caer en la silla de escritorio con un bufido.

—Es una pesadilla.

—Míralo por el lado positivo —exclamó Juliette, que miraba el portátil de una forma que hasta temí por su seguridad—. Papá lo machacará en los tribunales. Ese capullo se ha metido con la familia equivocada.

—¡NO! —gritamos Ana y yo a la vez.

Juliette se echó hacia atrás, sorprendida por que nos hubiésemos opuesto con tanta efusividad.

—Papá me matará si ve ese vídeo.

Sí, puede que yo pareciese estúpida e insegura, pero Ana sonaba bastante zorróna. Nunca le dejarían salir con nadie si nuestro padre veía el vídeo.

—Y querrá tener una charla incómoda de padre e hija conmigo —añadí—. Además de darme otra sobre que no está de acuerdo con que salga con Brian.

Juliette bufó.

—Siento tener que decíroslo, pero papá lo acabará viendo. Estará por todos lados. Si actúa ahora puede que consiga una orden de cese y desista antes de que llegue al monólogo de Kenneth Long.

Gemí cuando alguien llamó a la puerta y oí que la voz nerviosa de mi padre exclamaba:

—¿Chicas? ¿Estáis vestidas? He encontrado una página en el ordenador de Ana. ¿Puedo entrar...?

Juliette dirigió una mirada ceñuda a Ana.

—¿Has despertado a toda la casa con tus gritos y has dejado el portátil abierto antes de venir corriendo? Bien hecho, Ana. Buena idea para evitar que papá lo descubra.

—¿Chicas?

—¡Vete, papá! —respondió Juliette con otro grito.

Por lo visto, «vete» significaba «entra» para mi padre, porque abrió la

puerta y asomó la cabeza. Al ver que todas estábamos vestidas, entró en la habitación.

—Papá, por favor —le rogué—. No quiero hablar del tema.

Fuese cual fuese mi expresión, hizo que se detuviera. Se le desencajó el rostro y suspiró.

—Cielo, has decidido salir con un famoso. Si sigues con Brian Oliver, cosas como estas sucederán.

No quería discutir, pero el hombre sabía cómo sacarme de mis casillas.

—Esto no ha sido culpa de Brian.

Él puso los ojos en blanco.

—No estoy de acuerdo, pero eso es irrelevante. A lo que me refiero es que no puedes dejar que esto controle tu vida. Ya ha pasado. No hay razón para esconderse.

¡Ja! Yo sí que no estaba de acuerdo con eso.

Nos mirábamos fijamente cuando sonó el timbre. No necesitaba tres intentos para adivinar quién era. Ni siquiera uno. En cuanto Jennifer abrió la puerta, la voz de Brian sonó alta y clara, preocupada.

—¿Ella?

Cuando apareció en el umbral, me cubrí con la colcha.

—Puf. Ella no está. Vete, por favor.

—Ella —arrulló Brian—. Tranquila. Todo irá bien.

Su voz no me calmó en absoluto.

—No, ¡no irá bien! —Estaba tan furiosa que mi voz se quebró al pronunciar la última palabra—. ¿Cómo pude ser tan estúpida? Dije cosas, Brian. Nos dejamos llevar por la conversación y hablé sin pensar. Dije cosas personales y vergonzosas. Sé que lo has visto. Bromeamos en una tienda de ropa interior. Juliette y Ana me compraron regalos de Navidad porque yo no quise comprar nada. Todo el mundo lo verá.

Cogí aire y reprimí un sollozo. No quería llorar. Pero por mucho que lo intentase, se me escapó un sollozo. Me habían tomado el pelo. Me sentía violada.

Cuando mi cama se hundió, supe que Brian había relevado a mi padre. Me quitó las mantas de encima y me tiró de mí para incorporarme. Me rendí cuando me envolvió entre sus brazos. Caí contra su pecho y dejé caer las

lágrimas.

—¿Cómo pudo hacernos algo así?

Brian me estrechó con fuerza y dijo en voz baja.

—¿Podéis dejarnos a solas un minuto, por favor?

No comprobé si le hicieron caso. Sabía que lo harían. Cuando Brian usaba su voz seria tendía a conseguir lo que quería. Aunque bueno, estaba segura de que mi padre lo había mirado mal, y no oí que la puerta se cerrase porque no me cabía duda de que se negaría a cerrarla del todo estando Brian en mi habitación. Pero cuando Brian me alzó el rostro y me puso el pelo detrás de las orejas, supe que nos habíamos quedado solos.

Miré sus ojos teñidos de dolor y rompí a llorar como si estuviera en un confesionario.

—Lo siento mucho. No sabíamos quién era. Él...

Sacudió la cabeza y me interrumpió; no permitiría que me disculpase.

—No tienes por qué pedir perdón. No fue culpa tuya. Su nombre es Erik Clarke. Se lo conoce en la ciudad por cosas como estas. No pilla a famosos a menudo porque lo conocemos, pero busca a las familias y amigos de los famosos y consigue que hablen. Consigue todo tipo de trapos sucios.

Genial.

—Qué suerte. ¿Qué probabilidad había de coincidir con él en las escaleras la única vez que salgo sin ti?

Brian hizo una mueca y volvió a negar con la cabeza.

—No fue casualidad. Te vio en el centro comercial. Sabía que habías ido sin mí y que probablemente no supieses quién era. Se aprovechó de ti.

Brian gruñó lo último y tuvo que detenerse para coger aire y calmarse. Sabía cómo se sentía. Yo estaba igual de cabreada.

—Y yo me lo tragué porque soy la estúpida inocente que cree que puede jugar a ser adulta.

—No digas eso. No te menosprecies. No ha sido porque no fueras adulta. Fue culpa de la fama. Ser nueva no te hace estúpida. —Bufó, frustrado—. Lo siento, Ella. Deseaba que tuvieses tiempo para acostumbrarte a todo antes de que pasase algo así.

—¿Cómo puedes vivir así? Joder. Como si no me sintiese ya tonta de por sí. Todos saben lo del intento de suicidio y la custodia legal de mi padre.

Tengo toque de queda, lo cual también ha sido portada esta semana. Y ahora soy la virgen inocente que tiene miedo de acostarse con su novio. El país debe de pensar que soy un hazmerreír. ¡Puf! Si es que lo soy. —Me tiré del pelo.

—Ella, para. Mírame. —Al no hacerlo, repitió las palabras con un tono más autoritario—. *Mírame*.

Mis ojos encontraron los suyos.

—Los medios siempre tergiversan los hechos para crear los mejores titulares. Pero eso no hace que lo que digan sea verdad. Todo el mundo puede parecer horrible si se eligen hechos puntuales de su vida. Lo que la gente no sabe, pero yo sí, es que eres una chica fuerte, inteligente, amable y compasiva. No eres un hazmerreír. —Brian posó una mano sobre mi cara y suavizó la voz—. Eres lo mejor que me ha pasado. ¿Lo entiendes? No importa lo que digan o publiquen, te quiero. Siempre te querré.

Aunque ya había oído esas palabras antes, eran exactamente lo que necesitaba. No sabía cómo expresarle lo agradecida que me sentía, así que me acerqué a él y lo besé. Fue un beso cargado de pasión. Lo besé como si el contacto de nuestros labios hiciese desaparecer todos los problemas.

Él me lo devolvió con tranquilidad. Sus caricias dulces y la forma en que me abrazaba me demostraban su afecto y confianza. Me llenaron de seguridad e hicieron que las emociones que me sobrepasaban se tranquilizaran. Una vez me relajé, Brian se separó de mí y me brindó una sonrisa suave y burlona.

—¿Mejor?

Lo cierto era que sí. Me sentía mil veces mejor. Lo suficiente como para igualar ese brillo juguetón de sus ojos y devolverle el comentario jocoso.

—*Nop*. No lo creo. Voy a necesitar más hasta sentirme del todo bien.

Cuando le rodeé el cuello con los brazos y lo besé de nuevo, se rio, pero me dio el gusto durante un minuto más. Sin embargo, como ya no estaba al borde de un ataque de nervios, me lo devolvió de forma mucho más pasional. El beso dejó de ser algo para tranquilizarme y se convirtió en algo más dedicado a sus deseos y necesidades. Volvió a romperlo, pero esta vez tuvo que echarse hacia atrás y coger aire profundamente.

—Ya basta —dijo al tiempo que trataba de controlar su deseo—. Al menos mientras tu familia esté fuera esperando a que salgamos.

Suspiré. Ya era hora de volver a la realidad.

—De acuerdo. Acabemos con esto. Todos han visto ese estúpido vídeo

esta mañana, así que será vergonzoso, y seguro que mi padre ya tiene pensado su sermón.

Empecé a moverme, pero Brian me detuvo.

—Ella... —Su tono y expresión reflejaban cautela—. Sobre lo que dijiste en el vídeo...

Y tal que así, volvió la ansiedad.

—No. —Sacudí la cabeza con vehemencia—. No. Por favor.

—Pero...

—Por favor. Ya estoy lo suficientemente avergonzada ahora mismo. No quiero mantener esta conversación.

Él frunció el ceño.

—Pero tenemos que hablarlo. De hecho, deberíamos haberlo hecho nosotros en lugar de tú con tus amigas.

Sentí cómo enrojecía y agaché la cabeza, ya que era incapaz de mirarlo a la cara.

—Las chicas siempre necesitamos hablar de cosas de chicas.

—Lo sé, pero no soporto saber que te preocupa que no te vea atractiva. Te prometo que no es así. Nada más lejos de la realidad. Y si te asusta o te sientes confusa o abrumada sobre nuestra relación o no sabes lo que siento, lo mejor es que hables conmigo sobre ello.

Puf. ¿Ves? Esta era una de las cosas que nos separaban.

—Le dijo el hombre maduro a su inocente y joven novia —gruñí.

—Ella.

—Lo sé. Lo siento. Me estoy compadeciendo de mí misma. —Arqueó una ceja y yo claudiqué—. Vale. Podemos hablar de ello. Pero ahora no, ¿vale? Dame algo de tiempo para digerir la sorpresa y dejar de sentirme tan tonta.

Brian me escudriñó el rostro, como si intentase descifrar si lo de estar abrumada iba en serio o era solo un truco para dar por terminada la conversación. Debí de pasar su examen, porque suspiró y asintió.

—Vale, ahora no. Pero ¿lo prometes? Cuando te sientas mejor, hablaremos sobre esto y sobre nosotros, ¿vale?

Dudé porque me apetecía ser rebelde. Pero de verdad quería hablar las cosas entre nosotros para dejar de estresarme y sentirme tan... tan... inmadura, supongo. La charla era inevitable.

—Lo prometo.

—Bien. —Me dio un beso rápido y volvió a abrazarme, sin prisa por levantarse. Me acomodé sobre su pecho—. Solo una cosa más —exclamó—. Sobre la frase jugosa que está en boca de todo el mundo...

Me dio un vuelco el corazón. Me deshice de su abrazo y lo miré horrorizada y boquiabierta.

—¿Qué frase jugosa? ¿Ya hay una?

Brian se echó a reír, una risa profunda, y volvió a acercarme a su cuerpo.

—Mi novia me acusó de estar con mil millones de chicas. La gente no se olvidará de eso hasta dentro de mucho tiempo.

Menos mal que me había acercado a su pecho de nuevo, porque así no podía ver mi cara enrojecida.

—Solo me gustaría aclarar que, aunque no sepa el número exacto, te aseguro que no fueron mil millones.

Aunque estaba siendo odioso, su táctica funcionó y consiguió subirme el ánimo.

—Bah, lo que sea. —Sonreí y dejé escapar una risita—. Cincuenta... un millón... da igual si has perdido la cuenta.

Ambos nos echamos a reír, lo cual fue genial, pero el momento acabó pronto. Suspiré y le robé un último beso.

—Gracias por venir.

Capítulo 8

Cuando Brian y yo por fin salimos de mi habitación, el resto se había reunido en la cocina. Jennifer preparaba café al tiempo que nos observaba a las tres. Anastasia estaba sentada en la mesa del comedor y mandaba mensajes con el móvil con una mueca en la cara. Mi padre estaba apoyado contra la encimera, tenso y con la mano metida hasta el codo en una caja de cereales Lucky Charms. Supongo que había dejado de fingir que no traía comida de contrabando en casa. Por lo visto, la necesitaba para calmarse.

Juliette necesitaría más que cereales azucarados para aplacar su rabia. Deambulaba y murmuraba por lo bajo. Se detuvo y se dirigió a papá.

—¿Por qué no llamas a alguien? —inquirió—. Ese estúpido acosador de internet debería estar entre rejas ya. ¡Nadie se mete con la familia Coleman y queda impune!

Miré justo a tiempo para ver cómo papá se encogía. Su expresión me paró el corazón.

—¿Qué pasa? —preguntó Juliette. También intuía que habían malas noticias.

Papá nos miró y suspiró.

—Erik Clarke no ha hecho nada malo.

—¿Qué? —rugió Juliette.

Se me cayó el alma a los pies.

—Moralmente —dijo papá por encima de los gritos de Juliette—, lo que ha hecho es despreciable. Legalmente... —Hundió los hombros—. No ha hecho nada en contra de la ley.

Parpadeé, incrédula. ¿Lo decía en serio?

—¡Nos grabó sin nuestro consentimiento! —exclamó Juliette—. ¿Por qué no es ilegal?

Papá le lanzó una mirada de «cálmate o te vas a tu cuarto».

—Lo que hicisteis y dijisteis fue en público.

—Pero no queríamos que todos lo viesen.

Papá negó con la cabeza.

—No importa. Lo público es público. Los derechos de la primera enmienda de Clarke lo protegen respecto a esto. Es su negocio, señoritas. Estoy seguro de que conoce las leyes y tiene cuidado de cumplirlas. No es como si fueseis las primeras víctimas que se enfadan. Ya sabe cómo funciona esto. Y sí que he hecho llamadas. Clarke tiene su propio equipo de abogados y mi amigo dice que son de los mejores. Lo demandan a menudo, pero normalmente se llega a un acuerdo fuera de los tribunales y nunca le han atribuido cargos penales.

Juliette se dejó caer al lado de Ana, que tenía los brazos cruzados y una mueca de irritación en los labios.

—Era mucho pedir ver esa cara bonita entre rejas —dijo Ana.

—Tiene suerte —murmuró Juliette—. Haría felices a muchos presos.

Sonreí ante aquello.

—Sí que es una pena que no podamos mandarlo a la cárcel.

Anastasia se rio y Juliette bufó.

—Vale, tendremos que conformarnos con demandarle.

—Mis abogados ya lo están investigando —apuntó Brian—. Les he llamado de camino.

Intentaba ayudar, pero mi padre volvió a entrecerrar los ojos.

Sentí cómo crecía la ira en mi interior; mi padre no tenía razones para odiar tanto a Brian, pero la mantuve a raya. Las cosas ya estaban lo suficientemente mal. No necesitaba pelearme con mi padre para añadir más leña al fuego.

—Siento cambiar de tema —dije—, pero necesito tomarme unos calmantes y sentarme un rato.

Mi petición puso a todos en marcha. Brian separó una silla de la mesa para mí y Jennifer cogió un bote de Tylenol del armario.

—Esos no —dije—. Hoy voy a necesitar algo más fuerte.

Dejó el Tylenol donde estaba y cogió los calmantes que me habían prescrito y que solo usaba cuando de verdad los necesitaba. Tras la excursión del día anterior, lo necesitaba. Papá me cogió un zumo vegetal V-8 de la nevera y me acercó la medicación.

—¿Todavía te sientes agarrotada por lo de ayer?

—Sí, me lo voy a tomar con mucha calma durante unos días.

Papá frunció el ceño.

—¿Llamo a Daniel?

Daniel era mi terapeuta; atractivo y guay, pero nada piadoso. Me caía bien y debo admitir que había progresado mucho desde que empecé a trabajar con él, pero no quería verlo más de lo necesario.

—De ninguna manera. ¿Sabes lo mucho que me dolería que me obligase a hacer mis ejercicios ahora? Me prometió unas vacaciones sin tortura. Estaré bien hasta la semana que viene.

Tragué la pastilla que me dio mi padre y sonreí. Papá fue a echarse un montón de azúcar en el café y Brian se sentó en la silla contigua. Posó un brazo en el respaldo de mi silla y ese simple gesto me ayudó a relajarme.

—Entonces... —dijo—, ¿los sucesos de esta mañana te han convencido para que reconsideres mi oferta?

Juliette se sentó delante de nosotros, curiosa.

—¿Qué oferta?

—Nada —dije, al mismo tiempo que Brian le contestó alto y claro.

—Le he pedido a Ella que se venga a vivir conmigo en lugar de con Vivian. Espero convencerla antes del día de la mudanza.

Juliette se atragantó por la sorpresa y, como ya imaginaba que pasaría, la reacción de mi padre fue desmedida.

—¿Qué? —rugió, y dejó la taza de café en la encimera con tanta fuerza que casi la rompió. Derramó el café por toda la superficie y por su camisa, y Jennifer se vio obligada a limpiar el desastre mientras mi padre echaba humo por las orejas.

Tenía razones para no haberle mencionado a nadie la proposición de Brian. Sabía que mi padre se volvería loco. Y Brian también. Me parecía increíble que hubiese sacado el tema delante de él. Lo miré, molesta, y me

volví para encarar a mi padre. Intenté parecer y sonar calmada, y esperaba que él hiciese lo mismo. Aunque lo dudaba, teniendo en cuenta su cara enrojecida.

—Cálmate, papá, no he contestado que sí.

—Aún —interrumpió Brian, tozudo.

Lo fulminé con la mirada. Me sorprendió que me la devolviese antes de girarse hacia mi padre. Parecía dispuesto a asesinar a Brian.

—¿Cómo te atreves a sugerirle algo así? Solo lleváis saliendo *una semana*. ¡Solo tiene diecinueve años!

Brian no se inmutó ante el estallido a excepción de un tic en el ojo y el rechinar de dientes que me sugirió que quería enfrentarse a mi padre. Pero se reprimió y se irguió en el asiento para mirar desafiante al fiscal que tantos temían.

—Sé que no entiende mi relación con su hija —explicó, calmado—, pero Ella y yo hemos sido mejores amigos durante años. La manera en que nos conocemos y nos queremos no es algo nuevo ni temporal. No me iré a ninguna parte, Richard, por mucho que le disguste, y si Ella quiere mudarse conmigo es decisión de ella, no suya. Es adulta.

Me quedé pasmada. Quizá más que mi padre. Brian había usado su nombre a propósito. Le había respondido de hombre a hombre. Le había dicho que, aunque quizá mi padre me avasallara y tratara como a una cría, él no lo aceptaría. Y lo había conseguido. El novio de Ana, Jason, se hubiese meado encima si mi padre se hubiese mostrado tan hostil. Pero Brian no. Puede que solo tenga veintidós años, pero ha vivido en un mundo de adultos desde joven y se había visto obligado a crecer a la fuerza. Ahora era un hombre, uno maduro y seguro de sí mismo que estaba acostumbrado a que la gente respondiese ante él y no al revés.

A papá no le hizo gracia que lo pusiera en su sitio.

—Engreído hijo de...

—Y aunque no sea asunto suyo —siguió hablando Brian, ignorando a mi padre y su insulto—, mi oferta fue por algo más que nuestra relación. Si se va a mudar, su intimidad y seguridad deben tenerse en cuenta.

—¿A qué te refieres? —inquirió Jennifer antes de que mi padre gritase de nuevo.

Brian apenas la miró antes de volver a intercambiar miradas con mi

padre.

—Nos guste o no, ahora Ella es famosa. Vivian y sus padres son maravillosos, pero su apartamento no está equipado para protegerla de su fama.

Mi padre se tragó cualquier argumento con el que iba a refutar y me observó con el ceño fruncido. Atravesé a Brian con la mirada. Tenía ganas de matarlo por sacar el tema delante de mi familia cuando ya lo había rechazado. Él ignoró mi furia con la misma facilidad que el ataque de mi padre.

—Lo digo en serio, Ella. Sé que crees que las cosas se calmarán, pero tienes que creerme. Conozco este mundillo. Y con el numerito que Erik Clarke acaba de hacer, solo va a empeorar.

—Oh —dijo Jennifer, y se aferró al brazo de mi padre con preocupación—. Es rico, Rich. Nunca pensamos en eso.

Papá aún lo fulminaba con la mirada mientras tensaba la mandíbula. Luego, asintió y desvió sus furiosos ojos de Brian a mí.

—Si tu seguridad está en riesgo, no quiero que vayas a casa de Vivian.

Genial. Ahora intentaría impedir que me mudase. Lo iba a hacer de todas formas, pero ahora se cabrearía conmigo. *Muchas gracias, Brian.*

—Es un paranoico, papá.

El argumento me sonó débil incluso a mí. Empezaba a entender lo que quería decir. Erik Clarke me había alterado. Había estado ciega y no había sospechado de él. Si alguien había estado dispuesto a tenderme una emboscada con una cámara oculta, no quería ni imaginar lo que los *paparazzi* harían al saber que me iba a mudar al apartamento de Vivian. No sabía si mi seguridad peligraría, pero sí que no tendría ni un momento de paz.

Suspiré. No me apetecía admitir la derrota ni discutir.

—Mirad, ahora no es momento de tener esta discusión. No he accedido a nada y es Navidad. ¿Podemos dejarlo correr antes de discutir y arruinar las vacaciones? Todos estamos con los nervios a flor de piel por lo de Erik Clarke. Esperemos hasta poder discutirlo como personas civilizadas. Al fin y al cabo, es la hora del desayuno. Quizá si comemos estaremos menos gruñones. ¿Y si hago una quiche de espinacas?

Hubo un tenso momento de silencio antes de que todos claudicasen y aceptasen el cambio de tema. Jennifer fue la primera en moverse.

—Ella, cielo, no te sientes muy bien. Relájate y deja que yo me ocupe del desayuno. Puede que no sea capaz de recrear tu increíble quiche, pero puedo hacer tortillas de clara de huevo. —Miró en derredor para cerciorarse que todos estaban de acuerdo y, cuando todos asintieron, se puso a ello.

Papá todavía observaba a Brian, por lo que que Jennifer le dio un delantal.

—¿Te importaría ayudarme? Necesito que cortes cebollas y pimiento morrón. *Richard*.

Papá cogió aire, le dirigió una última mirada envenenada a Brian y se pasó el delantal por encima de la cabeza mientras murmuraba por lo bajo.

Volví la vista hacia Brian y no contuve lo irritada que estaba cuando le espeté:

—¿Podemos hablar en privado?

Brian me miró implacable.

—Sí, claro.

Lo llevé de vuelta a mi habitación y lo encaré en cuanto cerré la puerta.

—¿Me estás vacilando? ¿Tenías que sacar el tema delante de mi padre cuando no solo yo, sino que también las gemelas están en la prensa?

Los ojos de Brian brillaron un instante, y supe que él estaba igual de afectado que yo, aunque él lo disimulaba mejor.

—Por eso lo he hecho. Lo rechazaste muy a la ligera. No te lo tomas en serio. Me preocupa tu seguridad.

—Vale. Puede que no entienda muy bien todo esto de la fama. Pero no puedes soltar de repente lo de irnos a vivir juntos cuando estoy a punto de salir del coche y después confesárselo a mi familia antes de tener yo la posibilidad de hablarlo con ellos porque estabas enfadado por que no te ibas a salir con la tuya.

Él puso los ojos en blanco.

—No lo mencioné por eso.

—Mentira.

Se dio la vuelta y se medio apoyó en mi escritorio al tiempo que se cruzaba de brazos. Lo miré desafiante, y él bufó y alzó las manos.

—Vale, ¡estaba cabreado!

Me mofé.

—Tonto.

—Ni siquiera te lo pensaste, Ella. Te pedí que vinieras a vivir conmigo, algo que nunca he pedido a nadie ni había considerado nunca, y me rechazaste sin pestañear. Peor. Dijiste que no como si la idea fuese un avión a punto de lanzarte una bomba.

Me sentí fatal al darme cuenta de que estaba así porque lo había rechazado.

—Brian...

Mi ira se disipó al tiempo que dejaba caer los hombros. ¿Qué podía decirle? No estaba preparada para lo que él quería.

—No iba a aprovecharme de ti —murmuró mientras me inmovilizaba con su expresiva mirada merecedora de un Óscar—. ¿Es que no confías en mí?

Tuve que apartar la mirada. No podía soportar el dolor y la confusión que percibí en su mirada. Me senté en el borde de la cama y me abracé a mí misma al sentirme tan vulnerable. En cuanto controlé el torrente de emociones que regurgitaba en mi interior, levanté la vista.

—Claro que confío en ti. No es que piense que me presionas; es que eres muy intenso. Todo tú eres intenso. Al igual que esta relación. Y la fama es una locura. Es abrumador. Intenta añadirle a eso lo de vivir juntos... —Suspiré; estaba atacada solo de pensarlo—. Es demasiado a la vez.

Brian se apartó del escritorio y se pasó las manos por el pelo.

—Lo siento —dijo mientras negaba con la cabeza, frustrado—. Crecí con ello. Mi padre ya era conocido en la industria mucho antes de que yo naciese. He sido famoso toda mi vida, incluso antes de ser actor. No puedo imaginar lo duro que es para ti haber caído en esto.

—No, no puedes. Ni siquiera yo puedo. Por eso necesito un poco de tiempo y espacio. Un lugar al que escapar si lo necesito. Solo hasta acostumbrarme. Eso es todo lo que pido.

Volvió a coger una bocanada de aire y se sentó a mi lado.

—Siento que esto te abrume, Ella, pero mi vida es intensa. No hay forma de evitarlo. Haré todo lo posible por escudarte cuando pueda, pero habrá cosas de esta relación que te obligarán a salir de tu zona de confort. No puedo evitarlo.

—Ya, pero...

—Sé lo que quieres, pero mudarte a casa de Vivian no sería una vía de escape. La locura te seguiría hasta allí, y sería peor porque no estarías preparada. Además, arrastrarías a Vivian y sus padres. Les meterías en esta mierda, lo quieras o no.

Cerré los ojos y respiré profundamente. Eso no lo había pensado. Si los reporteros iban a acosarme en casa de Vivian como lo hacían aquí, entonces también lo harían con Vivian y sus padres. Y no se lo merecían.

—¿Por qué crees que nunca te dije quién era? —preguntó Brian con suavidad—. Sabía que pasaría esto y no quería esta vida para ti. Pero soy egoísta y ahora estás metida en esto. No tienes por qué hacerle eso a Vivian. Puede que no estés del todo lista para mudarte conmigo, pero quizá debas aprender a nadar desde las profundidades. Quiero que vivas conmigo, pero *necesito* que estés segura, y si eso significa pedirte que hagas algo con lo que no estás del todo cómoda, entonces que así sea. Tendremos que hacer sacrificios si queremos que esto funcione.

Quería cabrearme, pero estaba siendo muy razonable. Me sacaba de quicio porque no podía contradecirlo si lo pensaba de esa forma, con raciocinio, y, lo más importante, cuando había sido sincero conmigo. Puede que intentara protegerme de su mundo, pero nunca me doró la píldora. Me alegraba que fuese de la opinión de que la ignorancia no implicaba protección.

Las cosas nunca serían fáciles para nosotros. Brian lo sabía. No le gustaba, pero siempre me lo advertía con antelación. Lo agradecía. Había leído un millón de libros en los que el héroe no le decía nada a la protagonista para protegerla de las cosas malas. Eran idiotas. Sus mentiras siempre acababan haciendo daño a las heroínas.

Brian no intentó ocultarme las cosas malas. Quería que estuviese preparada para enfrentarlas juntas. Confiaba en que pudiese con ello. Por eso tenía la obligación de devolverle esa confianza lo mejor posible. Por él, encontraría la forma de manejar lo que viniera.

—Vale —dije al tiempo que soltaba el aire—. Aún no hay solución para esto, pero reconozco que es importante y, en el futuro, consideraré tus sugerencias más seriamente. Lo prometo, no más negativas a lo que digas solo porque me haga sentir incómoda.

Brian frunció el ceño.

—Eso no es prometerme que te mudarás conmigo.

—No, no lo es —convine con una sonrisa irónica—. Pero es un «estoy dispuesta a sentarme y hablarlo para hallar una solución razonable».

Brian no respondió de inmediato. Me observó con detenimiento para intentar comprender por qué dudaba tanto acerca de irme a vivir con él. Supuse que necesitaba alguna confirmación a pesar de que nunca admitiría su inseguridad, así que me levanté y lo invité a que me imitase antes de rodearle la cintura con los brazos.

—Te quiero, Brian Oliver.

Como si mis palabras fueran la llave para liberar la tensión de su cuerpo, tomó una bocanada de aire, me abrazó y me estrechó contra su cuerpo.

—Yo también te quiero, Ellamara Rodríguez.

—Bien —dije acurrucándome todo lo posible—. Entonces, ¿podrías hacerme un favor e intentar no usar a mi familia contra mí en un futuro?

Brian suspiró al tiempo que reía.

—No me hacía gracia no salirme con la mía, no estoy acostumbrado a que me digan que no, pero prometo que no tenía intención de hacerlo.

—Mentiroso.

—Vale. No era lo único que tenía intención de hacer. Era tanto por el bien tu padre como por el tuyo.

—Genial.

Gimió y me abrazó más fuerte.

—Lo siento. Tu padre me enerva.

—Lo sé. —Suspiré, plenamente consciente de eso, y le di un rápido beso en el cuello—. Siento que haya sido un idiota contigo. Creo que él también está abrumado y nervioso sobre cómo afecta esto a nuestra familia, pero no es excusa para tratarte tan mal. No merece tu paciencia, pero ¿podrías comportarte cuando estés con él? Sé que es frustrante, pero es el único progenitor que me queda. ¿Por favor? ¿Por mí?

Brian se separó de mí y me alzó la barbilla para mirarme a los ojos. Hice un puchero cual cachorrito y él claudicó al instante.

—Eres malvada —dijo al tiempo que acercaba su boca a la mía—. Te prohíbo mirarme así otra vez. —Sus labios viajaron a mi cuello—. No es justo.

—Tú usas constantemente tu voz de narrador de libro conmigo. —Me besó detrás de la oreja y me estremecí—. Hablando de cosas injustas... Soltó una risa grave y peligrosa que me dejó ardiendo.

—Oh, no. No vamos a hacer esto ahora —repuse, a pesar de no intentar escapar de su abrazo—. No mientras toda mi familia esté ahí fuera y sepa que estamos aquí discutiendo.

—*Estábamos* discutiendo —murmuró Brian al tiempo que repartía besos por mi cuello—. Ahora nos estamos reconciliando.

Finalmente, su boca se posó sobre la mía con un tierno beso que me derritió entre sus brazos.

—Lo siento, Ella —susurró entre besos.

—Yo también —jadeé.

A decir verdad, no recordaba por qué discutíamos.

Estuvimos así un minuto o dos más, pero después nos vimos obligados a volver con mi familia. Papá y Jennifer seguían preparando el desayuno, y Juliette y Anastasia estaban en la mesa con un plato de tortillas. Ambas sonrieron al vernos.

—¿Ya se ha acabado la discusión de enamorados? —bromeó Ana.

No creía que estuviese sonrojada ni nada, pero Juliette me miró y bufó.

—Parece que lo han solucionado a las mil maravillas.

Quería que me tragase la tierra, pero parecía que a Brian le gustaba la atención, y siendo el estúpido actor que era, se dio a su audiencia. Caminé hasta detenerse entre ellas y recostó los brazos en el respaldo de sus sillas antes de agachar la cabeza y susurrar para que mi padre y Jennifer no lo oyesen.

—Y tanto que hemos solucionado las cosas. ¿Os acordáis de la escena en que la pareja se lía en *Desmadre sobre ruedas*? Pues así, pero más pasional. —Luego añadió con un guiño provocativo—: No pasa nada si estáis celosas.

Ana casi expulsó el zumo por la nariz y Juliette tosió para no atragantarse con la tortilla. Sus reacciones estaban justificadas. Que una película para menores de trece años tuviera una escena así era algo que no entendía.

—¡Brian! —susurré antes de estamparme una mano en la cara—. ¡Cállate!
¡No ha sido así!

Los tres se rieron de mi vergüenza.

—Ya te gustaría —dijo Ana a Brian—. Sales con Ella. Seguro que era algo más parecido a la película *V de virgen*.

Brian frunció el ceño, pero las comisuras de sus labios lo delataron.

—Zasca —admitió, asintiendo a regañadientes—, bien dicho.

Cuando Juliette dejó de atragantarse con el desayuno, se echó a reír al tiempo que alzaba una mano para chocar los cinco con Ana.

—Muy buena, hermanita.

—Sois todos idiotas.

Puse los ojos en blanco y fui en busca de zumo para escapar de esos tres chiflados.

Brian me abrazó por detrás al llegar a la encimera y me besó el cuello. En lo que a disculpas se refería, esa estuvo bastante bien.

Reprimí un escalofrío y me apoyé contra su pecho.

—Huele bien —dije.

Jennifer y papá alzaron la mirada desde donde estaban, frente a los fogones, y papá dijo:

—Bueno, sentaos si tenéis hambre. ¿Cómo te gusta la tortilla, Brian?

Brian y yo nos sorprendimos por la invitación. O Jennifer había sermoneado a mi padre mientras estábamos en mi habitación —Jennifer, como el resto de las mujeres, tenía debilidad por Brian— o mi padre se sentía mal por perder los nervios con mi novio. Probablemente fuese lo primero, pero sea como fuere, agradecía su predisposición.

Brian me miró y después negó con la cabeza.

—No pasa anda. No quería entrometerme en vuestro momento familiar. Solo he venido para asegurarme de que las chicas estaban bien tras ver el vídeo.

A juzgar por la sonrisa de Jennifer y el suave gruñido de mi padre, Brian se había ganado varios puntos al incluir a las gemelas en su preocupación. No sabía si era real en caso de Ana, pues no acababa de congeniar con ella, pero estaba seguro de que se sentía mal por Jules, y eso bastaba para que la preocupación sonase sincera.

—Bueno, ya que estás aquí —dijo papá bruscamente—, puedes quedarte a desayunar.

Brian bajó la vista y volvió a negar con la cabeza.

—Gracias, pero supongo que ya que se ha superado la crisis debería volver a casa y ponerme algo de ropa.

Por primera vez, me di cuenta de que iba en pijama y zapatillas de andar por casa y tenía pelo de recién levantado, como si hubiese venido corriendo cuando me negué a contestar el teléfono esta mañana.

—¿Qué? —preguntó al ver la sonrisa en mi cara.

—Nada. Gracias... por venir esta mañana.

Me devolvió la sonrisa y me besó en la mejilla.

—Gracias por no contestar y darme una excusa para venir.

—*Puaj* —dijo Juliette al pasar por nuestro lado y dejar el plato vacío en el fregadero—. Voy a marcharme y ducharme antes de que los tortolitos me hagan vomitar.

Me reí y aplasté una parte del pelo de Brian que estaba tieso.

—Vamos, te acompaño.

Al llegar al coche de Brian, envolvió mi cintura con los brazos y me estrechó contra él.

—Podrías venir conmigo —me susurró al oído—. Mi ducha es lo suficientemente grande para dos.

Bromeaba, y a la vez no. Sabía que diría que no, pero aun así, la oferta era real. Al tener su boca tan cerca de mi piel, su sugerencia era más tentadora de lo que se imaginaba. Reprimí un escalofrío y le di un manotazo en el pecho. Por desgracia, dicha mano se aferró a su pecho al golpearlo, lo cual no ayudó a convencerlo de que no estaba interesada.

—No va a suceder.

Me recorrió el cuello con los labios e hizo que me estremeciese.

—Olvídate de la ducha, entonces. ¿Qué tal un largo paseo por la costa en coche? Puede que encontremos un lugar desértico para... hablar.

Me reí, pero enseguida se transformó en un gemido.

—No sabes lo bien que suena eso. Vuelve a casa antes de que me convenzas, deje a mi familia tirada y mi padre se oponga a nuestra relación todavía más.

El humor de Brian cambió como si alguien hubiese accionado un interruptor.

—¿A quién le importa lo que piense? En cuanto te mudes no será asunto

suyo.

Su ceño fruncido dio paso a una mirada oscura, así que le rodeé el cuello con los brazos y lo obligué a rozar nuestros labios. El beso hizo que sonriera.

—Date prisa —dije.

Brian volvió a beber de mis labios mientras se reía.

—¿Seguro? Con todo el drama de Erik Clarke no sé si podría evitar discutir con tu padre si paso el día entero aquí.

—No me importa. Con todo el drama de Erik Clarke, eres tú con quien quiero pasar el día. No él. Eres tú quien me hace sentir mejor. Vuelve pronto, por favor.

Puse la cara que me advirtió que no utilizase y suspiró.

—Como desees.

Por supuesto que citó *La princesa prometida*.

Después de abrir la puerta del coche y subirse, me sonrió y dijo:

—No tendrás tiempo ni de echarme de menos.

Intenté no decir nada. Intenté tragarme las palabras que pugnaban por salir de mi boca. Lo intenté, en serio. Pero no pude. Cuando cerró la puerta, le hice señas para que bajase la ventanilla y exclamé:

—Ya te echo de menos.

Su torso vibró de la risa mientras arrancaba el coche.

—¿Y ahora quién es el idiota? —dijo sobre el rugido del motor—. Te quiero, mujer. Vuelvo enseguida.

Capítulo 9

Brian mantuvo su palabra y volvió en menos de una hora. Por suerte, no hubo más discusiones. Nos pasamos todo el día jugando a juegos de mesa. Por increíble que pareciera, Brian nunca lo había hecho antes. Era hijo único y, sin hermanos con los que jugar, nunca había tenido la oportunidad. Además, empezó a hacer audiciones para papeles en televisión cuando tenía diez años, y en líneas generales no había disfrutado de una infancia normal, así que juegos como el parchís o el Monopoly eran una nueva experiencia para él. Era surrealista verlo lanzar el dado casi como un niño pequeño cuando era su turno.

Pero lo mejor era verlo jugar al *Game of Life*. Era el juego más tonto del mundo, pero se lo veía entusiasmado cuando le tocaba a él. Bromeó sobre el hecho de que al fin tenía tiempo para ir a la universidad y no dejó de caer en las casillas de bebés. Al final necesitó dos cochecitos para acarrear a toda esa gente. El tonto puso nombre a todos y les otorgó una posición en el equipo de fútbol americano familiar.

Ni siquiera mi padre pudo resistirse al encanto de Brian Oliver cuando se comportaba como un niño por primera vez en su vida, y los dos se aliaron contra las chicas en unas cuantas rondas de la Batalla de los Sexos. Luego, ambos jugaron un par de manos al póker mientras Jennifer y yo preparábamos la cena de Nochebuena.

Fue un día perfecto. Bueno... hasta que encendimos la televisión después de cenar. Jennifer y mi padre nos dejaron irnos mientras ellos fregaban los platos. Nos trasladamos al salón y encendimos la tele. Ana se dejó caer en el sillón de papá y Juliette se sentó en el lado del sofá más cercano a ella,

mientras que Brian y yo nos acomodamos en el otro extremo. Acabábamos de acurrucarnos cuando Ana puso *Cotilleos de Famosos*. Antes me gustaba el programa, pero estaba perdiendo todo su atractivo. Era como un periodicucho sensacionalista más que un noticiario respetable. A Brian no le gustaba, pero no protestó, y Ana no propuso cambiar de canal.

En cuanto terminaron los créditos iniciales, mi imagen cubrió la pantalla.

—Cinder y Ella vuelven a protagonizar los titulares esta noche, y tenemos la exclusiva —anunció la alegre presentadora rubia—. Erik Clarke de la web *La verdad de Hollywood* está aquí con nosotros para comentar los trapos sucios de esta reservada pareja.

Brian me agarró con más fuerza y el estómago me dio un vuelco.

—Vamos a cambiarlo —dijo Juliette enseguida.

Por desgracia, Ana era la que tenía el mando y era de una opinión diferente.

—Ni de coña. Quiero ver lo que ese imbécil tiene que decir.

—Ana —siseó Juliette mientras me miraba.

Yo estaba con Juliette. No tenía deseo alguno de ver lo que estaba a punto de suceder, pero Brian dijo:

—No, es mejor oírlo para saber con qué tendremos que lidiar. —Apretó la mandíbula y, luego, murmuró—: Y así cuán fuerte tendré que partirle la cara la próxima vez que nuestros caminos se crucen.

Nos quedamos sentados en silencio insultando a Erik Clarke mentalmente —bueno, Ana y Brian lo insultaron en voz alta— mientras estaban en anuncios. Cuando el programa volvió a empezar y apareció Erik sentado en un sofá junto a la presentadora rubia, todo mi cuerpo se tensó.

—Estoy aquí —me susurró Brian al oído mientras me acariciaba los brazos—. No pasa nada.

Quería creerlo, pero era muy difícil hacerlo con la sonrisa de suficiencia de Erik atravesándome desde la tele, como si tuviese un enorme secreto que compartir.

—¡Erik! —La presentadora estaba tan emocionada que apenas podía contener su entusiasmo—. ¡Bienvenido a *Cotilleos de Famosos*! Gracias por estar hoy con nosotros. Te las ingeniate para hacerte con la exclusiva del siglo y todos nos morimos por saber cómo lo hiciste. Brian Oliver no es muy

conocido por ser amable con los medios y, hasta ahora, su nueva novia, Ella, ha demostrado ser incluso más escurridiza. La pareja no ha hecho ninguna declaración ni ha concedido una sola entrevista a los medios desde que su relación se hizo pública. ¿Cómo demonios te las ingeniate para conseguir esta entrevista con Ella, y cómo lograste que se sincerase de esa forma?

Erik le dedicó a la mujer una sonrisa taimada.

—Tengo mis métodos.

Juliette, Ana y yo nos mofamos mientras Brian murmuraba más palabras que mejor no iba a repetir.

—Muy bien. Guarda tus secretos —bromeó la presentadora—. Pero dínos... ¿cómo era en persona? La entrevista fue muy desgarradora y real. ¿También era así tras las cámaras? ¿Qué piensas después de haberla conocido?

Volví a mofarme.

—Por supuesto que fue real. No sabía que me estaba grabando. ¿Cómo puede pensar esa mujer que ese vídeo era una entrevista de verdad?

—Sabe que no lo era —refunfuñó Brian.

—Pero es una historia demasiado buena como para ignorarla y sería muy ruin admitir la verdad frente a la cámara, así que se está haciendo la tonta —dijo Juliette.

A juzgar por cómo rechinaban los dientes de Brian, supuse que él pensaba lo mismo.

Erik se inclinó hacia delante con esa amplia sonrisa que nos había ganado a mis amigos y a mí estampada en la cara.

—¿Sabes...? No puedo decir esto a menudo de los famosos que conozco, pero Ella me impresionó mucho. Es una mujer muy guay. Es divertida, ingeniosa, amable, natural y una mujer todoterreno.

Brian soltó un suspiro de alivio que no habría oído de no ser porque estaba acurrucada contra él. Yo también me sentía reconfortada de oír una crítica positiva, pero que Erik le dijera al mundo que pensaba que era guay no me hacía sentir mejor acerca de lo que había hecho.

—Es... franca —continuó Erik—, genuina. No finge. Eso es lo que me gusta. Que es real. Por eso llevo mi página web de la forma en que lo hago. Hollywood es muy falso. Me gusta ver a la gente tras las cámaras y, la

mayoría de veces, no es una imagen bonita. Me encanta ver a alguien como Ella, para variar.

Oh, por favor. Para empezar, en realidad yo no formaba parte de Hollywood. Bueno, supongo que ahora sí, pero no llevaba el tiempo suficiente como para haber cambiado mi forma de ser. Y segundo, ¿cómo se atreve a hablar de ser falso? Él es la persona más falsa de la ciudad.

—Al menos no te está dejando por los suelos —ofreció Juliette con una mueca.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, le gusté tanto que siento la necesidad de explotarme.

—Estoy segura de que le gustaste. Es solo que le gusta más el dinero —dijo Juliette, en un intento de hacerme sentir mejor. Me guiñó un ojo y añadió —: A mí también me gustas, pero tengo que admitir que puede que te venda por un pellizco así.

Ana negó con la cabeza, indignada, pero se me escapó una risita y mi humor mejoró. Le agradecía a Juliette que rompiese la tensión. Le sonreí a mi hermanastra antes de suspirar con aire juguetón.

—Por desgracia, puede que hasta yo misma también me venda. Probablemente esté ganando tanto dinero a mi costa que podrá pagarse la universidad sin problemas.

El pecho de Brian se sacudía en silencio de la risa y me besó en la mejilla. Parte de la tensión lo abandonó, como si lo aliviara ver que no me desmoronaba mientras veíamos la entrevista. Él tenía mucho que ver en eso. Estaría pasándolo mucho peor si no estuviese aquí sentado, abrazándome y dándome apoyo moral.

En la pantalla, Erik seguía hablando sobre mí con la presentadora rubia. Empecé a prestar atención otra vez justo cuando la oía bromear.

—Parece que alguien se ha encaprichado de una celebridad.

Erik le dedicó una sonrisa torcida a la mujer.

—Sin lugar a dudas la habría invitado a salir de no ser porque se la ve muy enamorada de Brian. Es un tipo con suerte. Y es interesante que, tras haber conocido a Ella, ahora siento más respeto hacia él.

—¿De verdad? —preguntó la mujer—. ¿Y eso?

Erik se encogió de hombros.

—Bueno, está claro que el chico tiene una reputación.

La mujer sonrió.

—¿Te refieres a esos mil millones de mujeres con las que ha estado?

Brian resopló a la vez que Erik se reía, y yo gemí.

—Me van a recordar eso durante toda la vida —bromeó Brian.

Tenía la sensación de que a mí también. Me ruboricé, pero Brian no parecía molesto. Más bien le hacía gracia la frase jugosa de la gente, si acaso.

—Sí que fue todo un casanova —continuó Erik—, y era borde y distante con la prensa. Después de toda la mala publicidad por lo que pasó con Kaylee Summers poco antes del estreno de *El príncipe druida*, estaba seguro de que era el imbécil más arrogante que Hollywood hubiese visto en años. Pero si es lo bastante inteligente como para desear a una mujer como Ella y tenemos en cuenta cómo ella y sus amigos hablaron de él, apuesto a que hay mucho más de Brian Oliver de lo que nos permite ver.

—No me digas, Sherlock —refunfuñó Brian.

Negué con la cabeza.

—No, en realidad no —bromeé—. Arrogante, borde y casanova te describen perfectamente.

—Vaya, gracias —comentó Brian.

Le regalé una amplia sonrisa y él me dio un golpecito en las costillas que me hizo soltar un grito.

—Eres muy mala.

—No. Soy una «mujer todoterreno». Ya lo has oído. ¡Y mira! —Señalé a la pantalla—. Erik Clarke ahora te respeta. Soy tan genial que solo por salir conmigo ha mejorado tu reputación.

—Y también eres muy humilde. Me alegra ver que tu fama recién estrenada no se te está subiendo a la cabeza.

—Bueno, sí. Tengo que inflarme el ego todo lo posible si queremos que haya igualdad en nuestra relación.

Brian sonrió con suficiencia, pero sus ojos tenían un brillo cautivador, como si estuviese encantado con nuestra charla. Lo entendía perfectamente. Me lo estaba pasando tan bien que no me importaba que fuese yo el tema de conversación en la tele. Quizá la fama no fuese tan mala como temía. Quizá

Brian tuviese razón y todo saldría bien si nos apoyábamos el uno al otro.

Como si me leyera la mente, el rostro de Brian se suavizó y me dedicó una expresión orgullosa y llena de cariño. Su mirada bajó hasta mi boca y esa fue la única advertencia que me dio antes de que me atrajera hacia su regazo y me besara con pasión. Fue un beso tan ardiente que me olvidé del mundo que me rodeaba hasta que una almohada golpeó nuestras cabezas.

—Qué asco —dijo Ana.

—Sí, idos a un hotel, tortolitos —añadió Juliette.

Me ardió la cara más de lo que me había calentado el beso de Brian e intenté separarme, pero Brian no estaba preparado para soltarme. Con los ojos entrecerrados, continuó rozando sus labios contra los míos mientras les tomaba el pelo a las gemelas.

—¿Qué pasa? Vosotras pagáis para verme hacer esto en la pantalla.

—Eso es distinto —rebató Juliette—. Ese es el Brian actor, que definitivamente no es el mismo. Y el Brian actor no se lía con mi hermana.

Brian me sonrió.

—Lo haría, si ella estuviese dispuesta a plantarse frente a la cámara con él.

Parecía demasiado entusiasmado ante la idea, así que se lo dejé claro.

—Eso no va a pasar.

Se encogió de hombros y me dio otro beso en los labios.

—No pasa nada. Esto también me vale.

No soy del tipo de chica que demuestra su afecto en público, pero cuando Brian atrapó mi boca para darme otro beso pasional frente a mis hermanastras, me di cuenta de que no me importaba que tuviésemos público.

—Lo siento, Jules —dije en voz baja al tiempo que envolvía el cuello de Brian con los brazos—. Me parece que no puedo parar. Creo que tiene poderes de coacción o algo.

Brian arqueó las cejas sugerentemente.

—Supongo que ya se ha descubierto mi secreto.

Empezó a besarme de nuevo, pero mi padre y Jennifer escogieron ese momento para bajar al salón. Sentí el enfado de mi padre antes de verlo siquiera.

—¿Qué está pasando aquí?

Quería largarme y morirme de la vergüenza, pero Brian sonrió como si no le importara nada ni nadie en el mundo.

—Estamos sobrellevando la fama juntos.

Las palabras me derritieron tanto el corazón que no lo detuve cuando me dio un último beso antes de devolver la atención al programa. Mi padre quería decir algo —probablemente ordenarle a Brian que mantuviese las manos alejadas de mí y se largara de su casa—, pero se distrajo con la televisión. El sinvergüenza de Erik Clarke seguía en pantalla.

—Ella tiene razón en una cosa —comentaba en ese momento—. Hollywood está obsesionado con la perfección. Todo gira alrededor de la imagen y de que esta sea perfecta, impoluta. Pero no debería ser así. Personalmente, a mí me encantaría ver a Ella Rodríguez vestida con lencería sexy.

Mi padre balbuceó ante su franqueza y mi humillación aumentó. Brian me dio un reconfortante abrazo y apoyó la cabeza sobre la mía. Intenté relajarme, pero era difícil teniendo en cuenta que Erik estaba hablando de verme medio desnuda.

—Tengo una encuesta activa en mi página web, así que también podéis votar vosotros. Azul o rosa. Creo que la última vez que lo miré ganaba el azul, pero me sigo decantando por el rosa. Creo que debería ponerse el modelito ganador para que lo vea todo el mundo.

Ahugué un grito solo de pensarlo.

—¿Me estás vacilando? —chillé. ¡No podía estar diciéndolo en serio! Pero así era.

Ya no me parecía tan divertido. Brian también volvía a estar tenso y miraba la televisión con el ceño fruncido.

—¡Oh! ¡Eso sería fantástico! —dijo la presentadora, aplaudiendo de la emoción—. ¡Me encantaría verla!

—¿A que sí? —dijo Erik, y se inclinó hacia delante conforme se iba emocionando más—. Aparte de que estaría preciosa, con cicatrices o sin ellas, molaría que lo hiciese. Sería como decir: «A la mierda el mundo. Puede que no sea perfecta, pero soy preciosa tal y como soy».

—¡Vaya! —exclamó la presentadora—. Eso sería genial.

Bufé.

—Sí, claro. Sería estupendísimo.

—Es una pena que no sea consciente de lo guapa que es —continuó Erik—. En todos los demás aspectos, parece muy segura de sí misma. —Entonces, miró a la cámara—. Chicos, si estáis de acuerdo conmigo en que Ella es muy guapa y os gustaría verla con el conjunto de lencería ganador, mostrando sus cicatrices con orgullo, pasaos por mi blog y haceos oír. Votad por vuestro favorito y animad a Ella a hacerlo en la sección de comentarios. A ver si podemos ayudar un poco a Brian y damos un subidón de confianza a esta chica, ¿eh? No me podía creer que esto estuviese pasando. Odiaba a Erik Clarke por hacerme esto.

—Qué capullo... —solté un grito lleno de frustración—. ¡Está bromeando con mi inseguridad! ¡Y ahora el mundo entero tratará el tema como si fuese un puñetero juego! ¡No es un juego! ¡Es mi vida!

Me puse de pie y apagué la tele porque no podía seguir escuchando esa basura ni un segundo más. Estaba tan enfadada que empecé a caminar de un lado a otro por el salón.

—Ella, ignóralo y ya está —dijo Brian—. Es un *paparazzi* sin vergüenza alguna y un imbécil.

—¿Cómo? —rugí—. Puede que sea un caradura, pero está consiguiendo mucha atención. ¿Crees que el mundo lo ignorará? No. Todo esto me va a explotar en la cara constantemente. La gente no dejará de pedirme que muestre mis cicatrices durante toda mi vida. ¡No me puedo creer que me haya hecho esto!

Permanecieron en silencio. Estaba a punto de explotar, y todos veían lo cerca que estaba de perder los nervios por completo. Brian parecía saber que no quería escuchar ninguna palabra de consuelo. No dijo nada mientras se ponía de pie y detenía mi furioso paseo. Me envolvió entre los brazos y dejó que su fuerte abrazo hablara por él.

—Que le den, Ella —espetó Juliette—. Ya nos las ingeniaremos para vengarnos de él. Tienes muchísimos seguidores. Debe de haber alguna forma de hacerle pagar por esto. Humillarlo en público, como él ha hecho con nosotras.

—Juliette —la advirtió papá, y suspiró, cansado—. No habrá represalias. La gente se lo pasará bien votando, pero luego se olvidarán de todo el asunto. Desaparecerá. Si intentáis devolvérsela, solo lo empeoraréis.

—Eso es lo que la gente como él quiere —dijo Brian, mirando todavía la televisión apagada—. Si Ella o yo hablamos del tema, solo le daremos más publicidad. Tu padre tiene razón; lo mejor es ignorarlo por completo.

Tanto Juliette como yo resoplamos, aunque por razones muy diferentes. Mi vengativa hermanastra estaba enfadada por no poder hacérselo pagar al capullo ese. Yo simplemente no creía que todo fuese a desaparecer tan fácilmente como ellos parecían pensar. Pero yo no era imparcial en el asunto, así que esperaba estar equivocada. Solo el tiempo lo diría. La situación escapaba totalmente de mi control.

Mi enfado se disipaba a la vez que la derrota me embargaba y, de repente, me sentí agotada.

—¿Sabéis qué? Ha sido un día muy largo y se está haciendo tarde. Me voy a la cama.

Brian me miró a los ojos para intentar averiguar mi estado mental y saber cuál debería ser su siguiente paso. Me sentía tentada de pedirle que me llevara a su casa esta noche para no darle vueltas a la cabeza yo sola durante lo que quedaba de día. Pero sabía que entonces tendría que enfrentarlo, y él querría hablar de todo esto. También sacaría el tema de la mudanza de nuevo y querría hablar de las cosas que había dicho en el vídeo. Ya me había hecho prometerle que lo discutiría con él. No estaba preparada para ello. Mucho menos ahora.

Lo acompañé a la puerta y, aunque no le pedí que me llevase a su casa, le hice la oferta contraria.

—Si quieres, puedes quedarte; de todas formas, tendrás que volver mañana por la mañana.

Él arqueó una ceja.

—Quedarme... ¿dónde... exactamente?

Hice una mueca con los labios.

—En la habitación de invitados. O en el sofá. Mi padre se volvería loco si te quedases en mi habitación.

Se lo pensó, pero luego negó con la cabeza.

—Será mejor que me vaya. Parece aborrecerme un poco menos ahora. Mejor no tentar a la suerte, porque si me quedase, estoy seguro de que terminaría en tu habitación antes de que se hiciese de día.

Abrió la boca para decir algo más, pero luego se lo pensó mejor. Quizá iba a invitarme a su casa, algo que yo deseaba y temía a partes iguales. En cambio, me dedicó una pequeña sonrisa y volvió a sacudir la cabeza.

—No pasa nada. Volveré por la mañana y ya está.

—¿Estás seguro?

Asintió.

—No hace falta que me esperéis para daros los regalos, pero guárdame algunas de tus *sopaipillas*.

Esbocé una sonrisa sincera.

—No te prometo nada. Si tardas mucho en venir, me las comeré todas.

Él se rio y luego me dio un beso dulce en los labios.

—¿Estarás bien?

Solté un suspiro.

—Sí. Supongo. No es el fin del mundo.

—Esa es mi chica. —Su sonrisa orgullosa estaba teñida de tristeza—. Te quiero, Ella. Siento mucho que tengas que pasar por esto conmigo.

—Merece la pena —le prometí, y me incliné para darle otro beso.

Capítulo 10

En la mañana de Navidad me desperté sobresaltada cuando abrieron la puerta de mi habitación y la Coleman más gruñona pegó el grito de emoción más grande habido y por haber.

—Arriba —dijo Ana.

Me giré con un quejido; me negaba a mirar el reloj porque fuera seguía siendo de noche, así que fuese la hora que fuese, no quería saberla.

—¿Qué? —gruñí—. ¿Qué pasa ahora?

—No pasa nada. Es Navidad. Levántate, vaga, y baja ya.

—¿En serio? —¿Qué le pasaba a esta chica?—. Ya no tenemos cinco años. ¿No podemos hacer esto dentro de una hora o dos?

Me destapó y arrojó las mantas al suelo.

—Arriba.

Se había ido antes de que terminase de frotarme los ojos para espabilarme. Quería quedarme en la cama, pero la muy bruja me había quitado las mantas, lo cual era inaceptable.

La voz de Ana resonó por toda la casa.

—¡VAMOS, ELLA!

—¡Ya voy, loca perdida! —grité mientras me obligaba a salir de la cama—. Sigue siendo de noche —murmuré para mí misma a la vez que me ponía la bata y las zapatillas de estar por casa.

Yo no celebraba así las Navidades. Antes de que mi abuelo y mi «nana» muriesen, mi madre y yo íbamos a su casa y nos quedábamos despiertas hasta tarde, riéndonos y bailando con la música a tope, jugando y atiborrándonos de

buena comida. Festejábamos hasta que no aguantábamos más y nos acostábamos en algún sofá sin poner el despertador. Cuando por fin nos levantábamos el día de Navidad, volvíamos a poner los villancicos y cantábamos mientras preparábamos el desayuno, que bien podría haber alimentado a un ejército. Cuando ambos murieron, lo único que cambió fue que mi madre y yo dormíamos en nuestras propias camas si estábamos demasiado cansadas como para seguir manteniendo los ojos abiertos.

Me alegraba ver que no era la única zombi del grupo. Ana era la única que estaba espabilada y llena de energía. Todos los demás teníamos pinta de estar medio muertos. Pero parecía que estaban de buen humor, así que sonreí como el resto y me dije a mí misma que pronto podría volver a la cama.

—Podríaís haberme avisado de que estaba aquí el protagonista de *Elf* — dije mientras bostezaba y me dirigía al salón—. No recuerdo la última vez que me levanté antes de las once de la mañana en Navidad.

Mi padre, que sabía por qué lo decía, soltó una risita; puede que hubiese pasado más de una década, pero él había vivido muchas Navidades con la familia Rodríguez. Me dedicó una sonrisa cómplice y me abrazó antes de sentarme en mi sitio en el sofá.

—Feliz Navidad, cariño.

Había más emoción de la normal en ese saludo, por lo que supe que mi padre también estaba un poco sentimental este año.

—Feliz Navidad.

—Muy bien, ahora que Ella por fin está aquí... —Ana estaba de tan buen humor que me regaló una preciosa sonrisa. Una de verdad. No su típica sonrisa malvada o de suficiencia, sino una sincera y llena de emoción—. ¡Papá, abre el mío primero antes de que abramos los nuestros!

Corrió hacia el árbol de Navidad y empezó a rebuscar entre el montón de paquetes para encontrar uno concreto.

Nunca había visto tantos regalos juntos. Solo la familia Coleman levantaba la economía entre el Black Friday y la Navidad. No es que pensase que fuesen egoístas. Al fin y al cabo, había tantos regalos porque todos disfrutaban al darlos y habían sido muy generosos cuando los compraron. A mí me habían criado en circunstancias muy distintas y no llevaba bien los excesos. Esta familia vivía para los excesos.

Ana encontró lo que buscaba y le tendió a mi padre un paquete del tamaño

de un libro con un gritito de emoción; luego, se quedó ahí de pie, impaciente y esperando a que lo abriera. Juliette gruñó y nos puso mala cara a Ana y a mí.

—Seguís siendo unas tramposas asquerosas.

—¡Juliette! —la reprendió Jennifer con la risa patente en su voz.

La mirada de odio de Juliette se transformó en un puchero cuando miró a nuestro padre.

—Yo te he comprado una estúpida colonia. Ana gana. Incluso el maletín de Ella es mejor, y eso que no sabía que era una competición.

Mi padre y Jennifer estallaron en carcajadas. Estaba claro que esa rivalidad era una tradición bastante importante en la familia.

Papá no necesitó que le dijeran nada más para rasgar el papel de regalo. Al principio, su rostro se iluminó de emoción, pero enseguida frunció el ceño con confusión.

—Creía que Janice Bishop no publicaba su nuevo libro hasta dentro de unos meses.

Ana sacó pecho. Su sonrisa se ensanchó tanto que bien podría rivalizar con una de las de Brian.

—Y así es.

Papá examinó el libro con un poco más de detenimiento y arqueó las cejas cuando leyó la pequeña inscripción en la parte inferior del libro que había impreso la editorial en la portada, indicando que era un ejemplar anticipado.

—¿Es el que todavía no se ha publicado? —preguntó, impresionado—. ¿Cómo lo has...?

Cuando levantó la mirada, Ana sonrió de nuevo.

—Ella me ayudó a conseguirlo.

Juliette se mofó, y yo puse los ojos en blanco cuando mi padre desvió su mirada sorprendida hacia mí.

—¿Ayudaste a Ana a conseguirme esto?

—Es una manera de verlo.

Ana me guiñó un ojo como si fuésemos cómplices. Fue muy raro.

—Pero te encanta, ¿verdad, papá? —interrogó Ana.

Él se rio y abrió los brazos para abrazar a Ana.

—¡Por supuesto que me encanta! Es fantástico. Y ahora, como tengo toda la semana de vacaciones, puedo sentarme y leerlo sin quedarme dormido a los

cinco minutos de empezar. Gracias, cielo. —La abrazó otra vez y luego se giró hacia mí. Su rostro estaba plagado de emoción—. Muchas gracias, Ella.

—No puedo atribuirme el mérito. Fue todo idea de Ana —dije, y Juliette se mofó otra vez y Ana por fin sonrió con suficiencia—. Yo ni siquiera sabía que te gustaba leer. Nunca lo habías mencionado.

Papá se encogió de hombros y un leve rubor cubrió sus mejillas.

—No soy tan aficionado como tú, pero sí que disfruto de un buen libro cuando tengo tiempo. Janice Bishop es genial. —Levantó el libro para enseñarme la cubierta—. Escribe misterios fascinantes y su mano para los detalles es inigualable. Deberías darles una oportunidad algún día. Sé que no sueles leer este género, pero son buenos. Tengo un par en algún lugar de la casa. Hasta están haciendo una película de *Asesinato en Motown*. Creo que se estrena en marzo.

Asentí.

—Me parece que he visto el tráiler. Le echaré un ojo, y quizá pueda conseguirnos pases de prensa para ver la película antes, si quieres.

El rostro de mi padre se volvió a iluminar.

—¿En serio? ¿Llevarías al viejo de tu padre a uno de tus eventos especiales?

Su voz destilaba tanta emoción que me sentí mal por no haberle ofrecido ir a un preestreno antes. No pensaba que le fuese a gustar, pero se lo veía tan entusiasmado como un auténtico fanático. Ana y Juliette tenían razón sobre él. Y estaba claro que Ana se había llevado la victoria en la competición de regalos de este año.

—Claro —respondí, haciendo caso omiso de la ligera incomodidad que había entre nosotros—. Si quieres.

Mi padre asintió.

—Sí que quiero.

—Vale, vale, vale, muy bien —cortó Juliette—. Los momentos padre-hija son fantásticos, pero el resto queremos nuestros regalos ya, si no me vuelvo a la cama.

Papá se rio y señaló el árbol, que tenía una pila de regalos amontonados debajo. Tanto Juliette como Ana se lanzaron hacia el montón de paquetes y comenzaron a repartirlos a sus respectivos destinatarios. Me dieron regalos

de los que yo no tenía constancia alguna y se acumularon a mi alrededor. Tenía muchos de cada uno de ellos; al parecer, Ana había mentido cuando me dijo que no tenía pensamiento de regalarme nada, y también había unos cuantos de mi familia lejana.

Mis abuelos y la familia de mi tío nos habían enviado un montón de regalos después de haber cancelado nuestro encuentro este año. Me había sentido mal por pedirles que esperasen, pero no sabía qué sucedería con mi repentina fama y no quería que mis primos se vieran envueltos en ella. Mi primo más pequeño, Mason, solo tenía ocho años. No se merecía que los *paparazzis* lo acosaran. Al parecer, no me guardaban ningún rencor por el cambio de planes de Navidad, porque había paquetes de parte de todos ellos con mi nombre escrito en ellos. Eran más regalos de los que había recibido nunca en Navidad. Quizá más de los que había recibido en toda mi vida.

Para mí, cuando era pequeña, la Navidad se basaba principalmente en el niño Jesús y en la comida. Normalmente recibía dos regalos. Uno de mi madre y otro de mi abuelo y mi «nana». Cuando ambos murieron, todos los años había dos regalos bajo el árbol. Uno mío para mi madre, y otro de ella para mí. Era una celebración pequeña, íntima y familiar.

Las navidades con los Coleman eran todo lo contrario. Nadie había prendido una vela, ni había recitado una oración, ni había leído una historia de Navidad de la Biblia, ni habíamos ido a misa ni habíamos puesto el Belén. Me preguntaba si Ana y Juliette sabían siquiera que en Navidad se celebraba el nacimiento de Jesucristo. No se lo tenía en cuenta —sabía que no eran religiosas—, pero sí que le daba un aire distinto a la festividad.

Incapaz de abrir mis regalos como hacían los demás, me quedé observándolos y asimilando el momento. No era malo. No lo era. Solo necesitaba asumir las diferencias y aceptar la pérdida de mi antigua vida.

Todos reían, sonreían y adulaban sus regalos. Se abrazaban y besaban, y también bromeaban y charlaban. Era conmovedor, y, aun así, yo no era partícipe de ello. No se parecía a ningunas Navidades que hubiese tenido antes. Esta gente era una familia, pero, por alguna razón, en ese momento, no parecía que fuesen la *mía*. Lógicamente, sabía que lo eran, y poco a poco me iba sintiendo parte de ella, pero en ese instante, me sentía como una extraña. Y echaba muchísimo de menos a mi madre. Y a mi «nana» y a mi abuelo. Echaba de menos a mi familia y a mi antigua vida.

—Ella... no estás abriendo tus regalos —dijo Jennifer, haciendo que todos se detuviesen.

Todos los ojos se desviaron hacia mí y hacia mi pila de regalos sin abrir. No podía hablar con el nudo que tenía en la garganta, así que simplemente negué con la cabeza. Mi padre alzó de repente la cabeza.

—Cariño, ¿estás bien?

Se me humedecieron los ojos, y Jennifer se levantó para traerme un pañuelo. Todos esperaron mientras me tranquilizaba.

—Lo siento —susurré. No podía devolverles su mirada expectante—. Estoy bien.

—No lo parece, cielo —dijo mi padre—. Estás pálida.

—Estoy bien. No es nada.

—Es obvio que algo sucede, Ella —insistió Jennifer—. Por favor, cuéntanos qué pasa.

Esperó, paciente. Igual que mi padre. Juliette parecía preocupada, y Ana miraba a mis regalos sin abrir y luego a mí como si estuviese mal de la cabeza.

—Lo siento. No es nada. Es solo que me pasé las anteriores Navidades medio inconsciente, así que estas son las primeras que paso sin... —*Sin mi madre*. No podía decirlo en voz alta—. Lo siento. No esperaba que fuese tan duro.

Había estropeado el buen ambiente, pero Juliette vino inmediatamente al rescate.

—Bueno, no será distinto durante mucho tiempo. No creas que me he olvidado de las *sopaipillas* que prometiste hacerme.

Solté una risa estrangulada que rayaba la histeria debido a las emociones que me embargaban y abracé a Juliette. Siempre estaría agradecida por el alma gemela que había encontrado en mi hermanastra. No sabía cómo, pero siempre me entendía y sabía exactamente qué hacer o decirme para hacerme sentir mejor o para romper la tensión que creaba constantemente.

Cuando le di las gracias entre susurros, ella me estrechó entre sus brazos. Me empapé en su abrazo y solté un suspiro. Podría con esto. No tenía a mi madre, pero sí a Juliette. Y a Brian. O al menos lo tendría dentro de unas horas, cuando se despertase.

Una vez nos separamos, me sentí mucho mejor. Respiré hondo y me serené.

—Las *sopaipillas* suenan bien. Quizá vaya a prepararlas.

—¿No quieres abrir tus regalos primero? —preguntó Juliette—. Hay uno que me estoy muriendo por que veas.

Su entusiasmo era contagioso, y por fin sonreí.

—Sea lo que sea, estoy segura de que no puede superar a las entradas que me conseguisteis para la FantasyCon en mi cumpleaños.

—Cierto. Eso fue muy épico.

—Y esto también —comentó Ana, y me entregó una caja—. Deberías abrirlo.

A juzgar por el tamaño, forma y peso del paquete, tenía el presentimiento de que sabía lo que había dentro. La sonrisa divertida de Ana me lo confirmó.

—Bueno, no es necesario que lo abra, ¿no? —Lo sacudí y oí el crujido del material deslizándose dentro—. Todo el mundo sabe lo que hay dentro.

—Como quieras. —Ana volvió a coger el regalo al tiempo que ponía los ojos en blanco—. En realidad, no es para ti. Debería haber escrito el nombre de Brian en lugar del tuyo.

—¡Anastasia! —balbuceó papá.

Juliette se rio a la vez que le tendía un paquete de tamaño similar a su hermana.

—Yo sí que he puesto el nombre de Brian en el mío.

Mi padre soltó un gruñido.

—Un día de estos me provocaréis un infarto. No es necesario que animéis tanto al muchacho.

—Papá, relájate —dijo Juliette—. Solo estamos tomándole el pelo a Ella. Y no tienes que preocuparte. Brian es un buen chico. Además, Ella lo tiene tan enamorado que probablemente haría el Reto de Abstinencia si se lo pidiera.

—Algo que ella seguramente haría —añadió Ana.

Le saqué la lengua y casi me desmayé cuando ella me devolvió el gesto. Mi padre se sorprendió tanto o más que yo al ver ese gesto juguetón. Creo que esa fue la única razón por la que se olvidó del tema sin darnos una charla sobre la modestia y el respeto por uno mismo, como ya había hecho decenas de veces desde que vio el vídeo de Erik Clarke. Simplemente miró ambas

cajas con una mueca y dijo:

—Ese reto no es mala idea. Creo que todas deberíais hacerlo. Y, por favor, Ellamara, no abras esos regalos delante de mí. —Se estremeció.

Me sonrojé, pero Ana, Juliette, e incluso Jennifer, rompieron a reír entre dientes. Torturar a papá era uno de sus pasatiempos favoritos. El pobre siempre se veía superado en número.

—*Mmm...* Me pregunto cuál le gustará más —soltó Juliette de repente. Su rostro se iluminó con una mirada esperanzadora—. El azul lo está petando en internet. Apuesto a que todavía tengo oportunidad de ganar a al menos una persona.

—Ni de coña. Brian no es ninguna competición —rebatí Ana de inmediato.

La sonrisa de Juliette se intensificó.

—Bueno, ahora sí lo es, y estoy segura de que ganaré.

—Eso no cuenta. Yo ni siquiera elegí el rosa. Fue Erik. Yo elegí el azul.

—Pero no compraste el azul. Yo sí. Tú le vas a dar el rosa.

Ana bufó.

—Pienso preguntárselo —dijo Juliette, y sacó su móvil para supuestamente mandar un mensaje a Brian sobre qué conjunto de lencería le gustaba más. En cuanto lo envió, le dedicó a Ana una sonrisa engreída—. Sabes que va a decir el azul y, cuando lo haga, le habré ganado. Y también ganaré a mamá, lo cual significa que, en conjunto, yo gano.

—De eso nada. Mamá dijo que le gustaban los dos por igual, y Ella ni siquiera ha abierto sus regalos todavía. No seas mala perdedora.

Papá y Jennifer se rieron de las gemelas y, de nuevo, tuve la sensación de que tenían esta discusión todos los años. No me podía creer que se enfadaran tanto por ver quién compraba los mejores regalos. Aun así, era divertido observarlas, por lo que me uní a las risas de mi padre y Jennifer hasta que caí en la cuenta de algo.

—Eh, esperad. ¿Qué queréis decir con lo de que el azul lo está petando en internet? ¿En serio mirasteis esa estúpida encuesta en la web de Erik Clarke?

Las gemelas dejaron de discutir y ambas se encogieron de hombros con nerviosismo.

—Teníamos curiosidad —contestó Ana a la defensiva.

Juliette se estremeció y espetó de repente:

—Yo voté por el azul. ¡Lo siento! ¡No pude resistirme!

Abrí la boca.

—¡Traidora! —El insulto apenas sonó cruel porque no podía contener la risa.

—Oh, venga. Tú también ibas a mirarla en algún momento —dijo Ana—. Y vas a flipar cuando veas la reacción tan grande que está obteniendo. Enorme. El vídeo de Erik tiene más de 34 millones de visitas, y la gente está volviéndose loca con el tema. Vas a tener que hacerlo.

—¿Qué?

—Se ha convertido en una especie de campaña o algo así —comentó Juliette—. A la gente le encanta la idea de que hayas dado la cara y hayas dicho que no necesitas ser perfecta para ser guapa.

Volví a quedarme boquiabierta, y esta vez no fue por puro teatro.

—¿En serio?

Jennifer me sonrió con orgullo, como si yo hubiese tenido algo que ver con eso.

—Existen solo un puñado de personas que encajan en el canon de belleza de los medios, Ella. Con más de siete mil millones de seres humanos en el mundo, hay muchísimas personas imperfectas. A muchas de ellas les encantaría ver que alguien da la cara por ellas.

Resoplé.

—Sí, yo soy una de ellas.

Jennifer sonrió, como si me entendiese, pero la luz de sus ojos se atenuó un poco.

En medio del repentino silencio que se instaló en el salón, el teléfono de Juliette sonó. Cuando leyó el mensaje entrante, se le salieron los ojos de las órbitas y se llevó una mano a la boca para contener la risa. Ana le arrebató el teléfono de la mano, leyó el mensaje y sonrió con suficiencia.

Gemí por dentro al imaginarme todas las distintas respuestas que Brian pudo haber dado a la pregunta de Juliette. Las posibilidades eran infinitas. Antes de que me diera tiempo a preguntar, Jennifer le quitó el teléfono a Ana. Al igual que Juliette, sus ojos se abrieron como platos.

—Bueno. —Se llevó una mano a la mejilla como si quisiese esconder su

rubor—. Creo que podría decirse que habéis empatado con el regalo de Brian este año.

La curiosidad me estaba matando, así que agarré el teléfono. Juliette había enviado: «Pregunta rápida. Tienes que responder con sinceridad. Es cuestión de vida o muerte. ¿Azul o rosa?».

La respuesta de Brian fue:

«No podría responder una pregunta tan importante basándome tan solo en el color. Ni tampoco es una decisión que pueda tomar a la ligera. Tendré que verlos en vivo y en directo, y necesitaré tiempo para estudiarlos de manera íntima y exhaustiva para formarme una opinión sincera. Convince a Ella de que se los pruebe para mí y te daré la respuesta que buscas a esa cuestión de vida o muerte».

Al llevarme una mano a la cara, mi padre también quiso leer el mensaje. Antes de darme cuenta, el teléfono estaba en sus manos y un gruñido escapó de su garganta, que casi me hizo creer que se transformaría en lobo durante la próxima luna llena.

—Venga, relájate, Richard —lo tranquilizó Jennifer. Le quitó el teléfono de la mano antes de que lo lanzase contra la pared y se lo devolvió a Juliette—. No ha sido para tanto. ¿Cómo esperabas que respondiese un chico de su edad?

—¿Qué tal con un poco de respecto hacia mi hija? —espetó mi padre—. Ella es demasiado buena para ese pervertido arrogante.

El insulto me enfureció, pero, para mi sorpresa, Jennifer se me adelantó para defender a Brian.

—Oh, vamos. Puede que sea un poco arrogante, que no es nada raro teniendo en cuenta su situación, pero sabes que el muchacho respeta a Ella tanto como tú me respetas a mí.

Papá se mofó.

—Yo nunca te diría algo tan...

Jennifer lo cortó.

—¿Quieres que abra nuestro historial de mensajes y te lea la conversación que tuvimos hace un par de semanas cuando tuviste que quedarte trabajando hasta tarde y cancelaste nuestros planes de ir a cenar?

—¡Jennifer! —Mi padre ahogó un grito y se puso rojo como un tomate.

Para mi horror, el color rojo era de vergüenza y no de ira. Qué asco.

Ana y Juliette estaban de acuerdo conmigo y empezaron a gritar y chillar de repulsión.

—Creo que ya es hora de hacer las *sopaipillas* —murmuré, y me levanté del sofá tan rápido como pude.

—Buena idea —convino Juliette, huyendo de la habitación antes de que yo pudiese llegar siquiera a las escaleras.

Ana le pisó los talones.

—Yo también te ayudo. —Le dio un escalofrío y salió corriendo del salón—. *Puaj*.

Desafortunadamente, yo no era capaz de moverme tan rápido, así que no tuve más remedio que oír el resto de su discusión.

—Es un chico normal de veintidós años con un *interés sexual sano* por la mujer a la que ama. No hay nada de malo en eso. Tú también tuviste su edad. Recuerdas cómo era.

—¡Sí! —rugió mi padre—. Era igual de arrogante que él. ¡Y también pensaba que era infalible! ¡Y mira lo que pasó! Fui irresponsable. ¡Cometí el mayor error de mi vida por culpa de mi interés sexual sano, y llevo lamentándome de ello los últimos veinte años!

Au. Ya no me sorprendía tanto que mi padre me recordara sin querer que me consideraba un error del que se lamentaba, pero dolía igual. Continué mi lento ascenso por los escalones del salón e ignoré su comentario porque no merecía la pena inmiscuirme. Estaba tan centrado en su discusión con Jennifer que ni siquiera se había dado cuenta de que había herido mis sentimientos. Señalárselo podría hacer que se sintiera fatal, pero no evitaría que volviese a hacerlo en el futuro. Era complicado, teniendo en cuenta que de verdad se arrepentía del hecho de que yo existiese.

—Richard, estoy muy cansada de esta discusión, y estoy segura de que Ella lo está todavía más. Estás siendo totalmente irracional en lo que respecta a ese muchacho. No castigues a Brian porque tú te lamentes de tus errores. Aunque Brian y Ella repitan tus pasos, lo cual creo que es altamente improbable si tenemos en cuenta lo centrada, responsable y modesta que es tu hija, no sería lo mismo. Esos chicos no son Lucinda y tú. Se quieren como nunca había visto a dos jóvenes quererse.

Mi padre soltó una risotada de incredulidad.

—¿De verdad crees que quiere a Ella? ¿Un chico como él? Con su físico, su dinero y su fama, ¿de verdad crees que va a sentar la cabeza a los veintidós años y va a ser fiel a Ella para siempre? No es de ese tipo. Ella ya dijo que había estado con demasiadas mujeres como para llevar la cuenta.

Llegué a lo alto de las escaleras y entré en la cocina, donde Ana y Juliette me esperaban sentadas en los bancos de la isla central. Hicieron una mueca y esbozaron sendas sonrisas incómodas. No pude devolverles la sonrisa, pues la voz de mi padre todavía resonaba por toda la casa.

—Es un juguete nuevo para él ahora mismo —continuó mi padre—. Ella es una chica maravillosa que lo hace sentir especial. Puede que crea que está enamorado de ella, pero no durará. El dolor y las consecuencias incesantes son lo único que va a conseguir de esa relación. Sé lo que es tener que vivir así, Jennifer. No quiero eso para ella.

Vale, eso me cabreó, y abrí la nevera con demasiada fuerza, por lo que todas las botellas que había en la puerta rechinaron al chocar las unas contra las otras.

—Qué irónico —espeté—, teniendo en cuenta que él ya me dio toda una vida de dolor y de incesantes consecuencias.

Cuando comencé a dejar los ingredientes con demasiada fuerza sobre la encimera, Ana suspiró.

—Bueno, te diré una cosa, Ella. No te culpo de nada. Si un chico como Brian Oliver creyese que está enamorado de mí, yo también arriesgaría a sufrir esas incesantes consecuencias. Joder, suplicaría por ellas.

Tanto Juliette como yo nos reímos, pero estaba realmente impresionada. ¿Quién habría pensado que Ana, de entre todas las personas, vendría en mi rescate cuando más lo necesitaba?

Capítulo 11

Brian vino poco después de la discusión de Jennifer y mi padre. Imaginé que le dio suficiente tiempo como para ducharse y arreglarse tras recibir el mensaje de Juliette, que supuse que lo despertó. Cuando llamó a la verja, yo acababa de dejar reposar la masa de las *sopaipillas* durante una hora y había vuelto a la cama para leer el nuevo libro de papá.

Las gemelas tenían razón con respecto al entusiasmo de papá por el ejemplar anticipado. Fue su mejor regalo con diferencia. Yo aún seguía dándole vueltas a su reacción. Se había alegrado tanto como yo con mis libros favoritos. Era una faceta nueva de mi padre que nunca había visto y me acercó a él de una forma que nunca hubiese creído posible. Ser capaz de conectar con mi padre gracias a mi mayor pasión parecía un regalo caído del cielo para nuestra endeble relación.

Cuando sonó el timbre, solo me quedaban un par de páginas para acabar el capítulo y no quise levantarme. Ana debió de abrir, porque mi padre y Jennifer se habían ido a su habitación tras la pelea —si era para proseguir con su discusión o para reconciliarse, no quería saberlo— y Juliette volvió a dormirse al enterarse de cuánto tardarían las *sopaipillas*.

Brian entró en mi habitación justo cuando llegué a la última página del capítulo. Se tumbó en la cama de inmediato y se acurrucó a mi lado, como si le gustase la idea de volver a quedarse dormido. Me quitó el libro de las manos, le dio la vuelta y leyó la sinopsis.

—Asesinos en serie, ¿eh? Esto es nuevo.

Asentí.

—Por lo visto, Janice Bishop es la autora favorita de mi padre.

—Janice Bishop... me suena el nombre.

Cogí el libro y lo dejé en la mesilla de noche por encima de Brian. Él me atrajo hacia sus brazos y me apoyó contra su pecho. Me acurruqué contra él, feliz.

—Es bastante famosa en el género del *thriller* —expliqué—. Han adaptado varios libros suyos al cine. Mi padre dice que ahora están grabando una. ¿Te suena *Asesinato en Motown*?

Los ojos de Brian brillaron al reconocer el título.

—Ah, sí, sí, sí. Mi amigo Rhett trabaja en esa. Dice que el guion es bueno.

—¿Tu amigo Rhett? —inquirió Ana cuando apareció en el umbral de la puerta—. Te refieres a... ¿Rhett Kessler? —Ocultó un bostezo con la mano y se dejó caer en la silla de escritorio—. Está bueno. Si no vas a presentarme a Logan Lerman, Rhett Kessler sería una alternativa aceptable.

Brian soltó una carcajada, pero yo seguía pensando en el hecho de que Ana elegía estar con nosotros y que Juliette no estaba allí. ¿Qué estaba pasando? No me quejaba, pero era como si por fin hubiese dejado atrás el resentimiento que sentía por mí desde que supo que existía. Eso, o estaba muy aburrida porque eran vacaciones y le tocaba quedarse en casa con la familia. O pasaba el rato con nosotros o bien veía *Un cuento de Navidad* o maratones de James Bond.

—Ya te dije que no conozco a Logan —exclamó Brian—. Podría presentarte a Rhett, pero tu padre probablemente me mataría porque él tiene veinticinco años y tú, diecisiete.

Ana frunció el ceño mientras giraba la silla de un lado a otro.

—Entonces, ¿para qué sirves?

Brian volvió a reírse.

—A ver qué te parece esto. Si tus padres están de acuerdo, Jules y tú podéis venir con Ella y conmigo a la fiesta de Año Nuevo de mi agencia. Normalmente es una pasada y solo invitan a la *crème de la crème*. Así podrás ver a los tíos buenos que quieras y tu padre no me matará.

Ana se puso tiesa y lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Lo dices en serio?

—Claro, ¿por qué no? Ella seguramente agradezca la compañía.

No sabía si agradecería la de Ana, pero si era capaz de tolerarla como en los últimos dos días, no sería tan malo; además, Juliette también iría.

—Ahora en serio, tus padres tendrían que estar de acuerdo, y tu padre me aborrece a mí, mi estilo de vida y prácticamente todo lo que represento, así que lo más seguro es que sea difícil.

Ana se mordió el labio inferior al tiempo que lo consideraba.

—Pero mamá es fácil de convencer. Empezaré con ella y las dos hablaremos con él. Seguro que me ayudará. Deberías haberla visto peleándose con papá por ti esta mañana.

Brian se removió, sorprendido, y me miró en busca de respuestas.

—Fue lo de siempre —expliqué—. Papá estaba siendo muy cabezota, irracional e hipócrita. Cree que para ti soy un nuevo juguetito brillante y que en cuanto pierda mi atractivo, volverás con todas tus mujeres y me dejarás con el corazón roto y con incesantes consecuencias.

Brian suspiró.

—Ella, no importa. Aunque nunca lo entienda, tú y yo sabemos que no es así.

—Lo sé. —Me acurruqué contra él un poco más. No es que pudiera acercarme más, pero me gustaba acomodarme en su pecho. Era perfecto para abrazarme a él—. Esta vez no me eché a llorar cuando dijo que era un error del que lleva arrepintiéndose veinte años. Ni siquiera discutí con él o le dije que me había hecho daño. No sirve de nada. Creo que por eso Jennifer se ha puesto como un basilisco con él.

Ana se rio.

—Creo que está harta de sus quejas. Todos lo estamos. Es un terco. Nunca admitirá que está equivocado, pero contigo lo está de cabo a rabo.

Brian y yo nos quedamos patidifusos cuando Ana lo halagó. Después sonrió con superioridad y continuó:

—No sé qué problema tiene. Para el resto es obvio que estarás coladísimo por Ella hasta el fin de los tiempos.

Tras unos segundos en los que lo pilló por sorpresa, Brian se echó a reír.

—Eso es muy cierto —admitió, negando con la cabeza—. Esta mujer ha destruido por completo la imagen de casanova y chico malo que tanto me costó forjar. —Me estrechó con fuerza y besó mi sien—. Muchas gracias,

Ella.

Sonó el timbre de la entrada, cosa que interrumpió nuestra conversación y evitó que le ofreciera una réplica mordaz.

—¿Va a venir Jason? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—¿Vivian y sus padres?

—No. No hemos planeado nada.

—¿Familia? —inquirió Brian con curiosidad.

Ana y yo negamos con la cabeza.

—Nuestros abuelos y la familia de mi tío se han quedado en el norte. No vendrán hasta las vacaciones de primavera. No tenemos más familia en el sur de California.

—¿Quién vendría sin avisar el día de Navidad? —preguntó Ana.

Oímos la voz de papá cuando respondió al interfono.

—¿Hola?

—Tengo una entrega para Ellamara Rodríguez.

—¿En Navidad? —interrogó Ana, expresando en voz alta lo que pensaba yo.

Traté de recordar si tenía que recibir libros de alguna editorial o algo, pero esos no llegarían en Navidad. Sentí una mezcla de entusiasmo y ansiedad en el estómago —sobre todo ansiedad— cuando Brian salió de la cama y me ayudó a levantarme. Me había percatado de que no había traído su regalo de Navidad a pesar de haber hablado durante toda la semana de lo mucho que iba a gustarme. Era de los que piensan a lo grande. Si era algo que debía entregarse especialmente el día de Navidad, las posibilidades eran infinitas.

—¿Qué has hecho?

Parecía verdaderamente sorprendido ante mi acusación.

—¿Yo? Esto no es cosa mía. —Sonrió con suficiencia—. Si estuviésemos en casa de Scott, sería otro cantar. Pero he dejado tu regalo en casa porque has estado tan estresada por lo de darnos los regalos que decidí esperar hasta que estuvieses preparada.

Eso fue muy dulce por su parte. Si no me estuviera volviendo loca de curiosidad, lo besaría por ser tan comprensivo y considerado. En lugar de eso, entrelacé nuestras manos y me dirigí a la entrada.

—Si no has sido tú, ¿qué será?

Juliette y Jennifer ya se habían levantado y habían seguido a papá al exterior cuando le abrió la puerta al repartidor; se sentían igual de curiosas por la inesperada visita.

El vehículo que entró era un oscuro monovolumen con un diseño personalizado de un servicio de mensajería 24/7. Para cuando llegué a la furgoneta, el repartidor ya había sacado seis cajas del maletero y parecía que le quedasen unas cuantas más.

Era un hombre robusto y parecía rondar los cuarenta. Cuando me vio, su cara se iluminó al reconocermelo y esbozó una sonrisa amistosa. Dejó el paquete que tenía en los brazos junto al resto del montón en el suelo y sacó un portapapeles del asiento delantero del coche.

—Señorita Rodríguez, ¿podría firmar aquí?

—Sí, claro. —Cogí el bolígrafo que me ofrecía y escribí mi nombre en una línea en la parte inferior de la hoja de entrega—. ¿Qué es todo esto?

El hombre agarró el portapapeles y rasgó una copia de la hoja. Estaba ligeramente sonrojado cuando me la dio. Miró rápidamente a Brian y se aclaró la garganta.

—Es, eh, de esa tienda de lencería. La... eh... la del vídeo.

—¿Que es *qué*? —Palidecí.

Observé cómo el hombre descargaba otra caja de la parte de atrás del vehículo. Debía de haber una docena en total.

—¿Por qué las ha traído? ¿Quién me las manda?

El repartidor dejó la caja y se encogió de hombros, apenado.

—Lo siento. Me pagan por recogerlo de la tienda y traerlo. Desconozco los detalles.

Mi padre se colocó a mi lado y fulminó con la mirada a las cajas, como si pudiese ahuyentarlas.

—¿La tienda las ha enviado?

El hombre asintió y sacó la última caja del maletero.

—Sí. No hay ninguna tercera persona. O, al menos, no creo. Fue la empresa la que pagó el envío. Ah, y también querían que le diese esto... —Cogió un sobre rojo del tamaño de una postal navideña y me lo tendió con una sonrisa—. Me parece que es un regalo de Navidad. Normalmente no trabajo

en vacaciones, pero el gerente de la tienda me llamó anoche y me ofreció tres veces la tarifa normal si lo repartía hoy.

Gruñí y me pasé una mano por la cara sonrojada. ¿La tienda de lencería me mandaba regalos de Navidad? Como si no fueran ya suficientes los regalos de Ana y Juliette...

—Esto es una locura.

—Una locura increíble —opinó Ana mientras cogía una caja y la zarandeaba—. ¿Sabes lo mucho que cuestan estas cosas? Han debido de regalarte la tienda entera. ¿Podemos abrirlos? Me pido todo lo que no quieras.

A mi padre se le quedó la cara blanca como el papel, pero antes de que pudiese decir nada, Jennifer dio una palmada y exclamó:

—Eh, ¡yo también! Espero que haya algo de mi talla.

Brian, quien tenía una caja en las manos como si estuviese considerando si la abría o no, se giró hacia Ana y Jennifer.

—Esperad, que nadie se entusiasme todavía.

«Sí», pensé. «Porque voy a devolverlo todo».

Pero Brian y yo no pensábamos lo mismo. Sonrió travieso hacia Ana y Jennifer, les guiñó un ojo y dijo:

—Empezaré yo en representación de Ella.

Juliette se echó a reír.

Avergonzada, me quedé boquiabierta y observé el brillo de excitación en los ojos de mi novio cuando sacó sus llaves del bolsillo para romper la cinta adhesiva de la caja que sostenía.

—¡Brian! —susurré.

Él me ignoró.

—Vosotras, señoritas, podéis quedaros con lo que sobre después de que lo haya revisado todo.

—Dios mío, ¡Brian! ¡No vas a abrir eso!

Por fin me miró; su cara era la viva imagen de la inocencia. No me lo creía por nada del mundo.

—Para. Nadie va a revisarlo porque voy a devolverlo todo.

Me volví hacia el repartidor, el cual seguía ahí de pie con las mejillas sonrosadas.

—¿Hay alguna forma de que pueda llevárselo de vuelta? ¿Agradecérselo a la tienda y decirles que gracias, pero no?

—Yo... bueno, eh... —El hombre se frotó la nuca, sorprendido y desprevenido por mi pregunta.

Brian dio un paso hacia él antes de que pudiese contestar.

—No será necesario. —Le dio lo que parecía un billete de cien—. Gracias por traerlo. Ya puede irse. Nosotros nos ocuparemos de los detalles. Que tenga una feliz Navidad.

El hombre parpadeó al ver el dinero en su mano, miró a Brian con la boca abierta, luego a mí...

Brian estaba loco si pensaba que le echaríamos un vistazo a esa montaña de lencería juntos, pero tenía razón en que era Navidad y que el hombre debería estar en casa con su familia en lugar de lidiar con mi drama. Suspiré y me obligué a sonreírle.

—Tiene razón. Nos encargaremos de esto. Gracias. Vaya a casa con su familia y que tenga una fantástica Navidad.

Él no perdió el tiempo.

—¡Usted también! ¡Feliz Navidad!

En cuanto el repartidor se hubo ido, todos cogieron una caja o dos y las trasladaron al salón. Nos llevó dos viajes recogerlas todas. Me senté en el sofá y miré el montón de cajas, todavía alucinada por lo que acababa de pasar.

Brian se sentó a mi lado y me tomó de la mano.

—Lo siento, debería haberte advertido. Este tipo de cosas es normal para los famosos.

Lo fulminé con la mirada.

—¿La gente te manda ropa interior a menudo?

Le temblaron los labios.

—Vale, lo de la lencería es nuevo, pero lo de recibir cosas gratis, sí. La gente envía sus productos con la esperanza de que los llevemos o los promocionemos.

—¿Pero ropa interior? —gruñó mi padre. Todavía miraba las cajas—. ¿Lencería? ¿Cómo pueden pensar que es apropiado?

Brian se encogió de hombros, como si el hecho de recibir un montón de

lencería fuese lo más normal del mundo.

—Intencionadamente o no, Ella dio a la tienda un montón de publicidad gratuita. Sacarán mucho dinero gracias a eso. Por supuesto que querían agradecerse. De eso se trata.

Mi padre resopló. Seguía con el ceño fruncido, pero su ira se aplacó.

—Es como cuando las editoriales o los estudios mandan libros y películas para reseñar —dijo Juliette.

—Exacto —convino Brian—. Al ser famosos, recibimos mucha ropa, accesorios, productos para la piel... cosas que se vean con facilidad.

—¡Guay! —exclamó Juliette—. Que envíen lo que quieran.

Ana abrió una caja y echó un vistazo a su interior.

—Genial.

Afortunadamente, no sacó lo que había dentro, pero sí que silbó por lo bajo. Tras cerrar la tapa, me sonrió con suficiencia.

—La próxima vez que te pillen, deberías decir lo mucho que te gusta Louis Vuitton.

Brian soltó una carcajada. Yo puse los ojos en blanco. Esperaba que no hubiese otro episodio como el de Erik Clarke.

—Abre la tarjeta —ordenó Juliette.

Parecía sentir tanta curiosidad que estaba a punto de arrebatarme el sobre de las manos y abrirlo ella misma. Me había olvidado completamente de él. Miré en derredor y supuse que no pasaría nada por abrirlo. Tomé aire y me preparé para la explicación que contuviera.

Como si supiese que necesitaba apoyo, Brian me rodeó con un brazo. No quería leerlo con toda la familia mirando, pero sabía que no me dejarían en paz si no lo hacía. Tras un rápido vistazo al contenido, me quedé boquiabierta.

—Es del dueño de la empresa.

—¿Qué dice? —inquirió Jennifer, que sonaba tan entusiasmada y curiosa como Juliette.

Leí la nota en voz alta.

Estimada señorita Rodríguez:

¡Le enviamos un cálido saludo desde la Boutique de lencería Lindon!

Me conmovió tanto su entrevista con Erik Clarke que deseaba enviarle mis más sinceras felicitaciones y esta pequeña muestra de agradecimiento. Es usted una hermosa mujer que aumentaría el atractivo de cualquier producto que ofrezca Lindon. Me enorgullecería que representase mis productos. Sería un honor que se uniese al equipo y modelase mi futura línea de primavera. Estoy dispuesto a ofrecerle un generoso contrato. Considérelo, por favor.

Un saludo cordial, William C. Lindon.

Fundador y presidente de la Boutique de lencería Lindon.

Agradecía que tuviera el brazo de Brian alrededor de mí, porque estaba tan alucinada que me sentía un poco mareada. Su roce era lo único que me mantenía cuerda en ese momento. Hubo un gemido colectivo y mi pobre padre parecía estar sufriendo un aneurisma.

Ana fue la primera en romper el silencio.

—¿Es una broma? ¿Quieren que *tú* seas una modelo de Lindon?

La incredulidad de su voz hubiera sido insultante de no ser porque me sentía igual que ella.

—No. Rotundamente no —insistió papá.

No me molestaba que intentase decidir por mí, ya que estaba de acuerdo con él al cien por cien. De ninguna manera lo haría.

—Espera, Rich —dijo Jennifer. Sonaba entusiasmada—. No lo rechaces tan rápido.

Papá y yo miramos a Jennifer con la boca abierta. Ella se encogió de hombros y me lanzó una mirada de súplica.

—¿Sabes la oportunidad que esto es para ti?

—No me importa la oportunidad que sea —rugió papá, con la ira refulgiendo de nuevo en todo su esplendor—. ¡Mi hija no desfilará en ropa interior delante del mundo entero!

—¡Richard, sé razonable! —Me sorprendió que Jennifer volviese a alzarle la voz por segunda vez hoy. Normalmente no discutía con nadie. Pero también era modelo profesional y supuse que este trabajo era significativo para ella.

—Ser modelo de Lindon es uno de los trabajos más deseados del sector.

Es un trabajo respetable que le abriría todo tipo de puertas y pagaría lo suficiente como para darle estabilidad económica a pesar de sus necesidades médicas.

Cuando la cara de papá adoptó un alarmante tono violáceo, intervine en la pelea antes de que le diese un ataque al corazón.

—No importa, porque no pienso hacerlo.

Papá exhaló, aliviado, pero Jennifer negó con la cabeza.

—Ella, en serio, deberías pensártelo.

—Estoy segura de que es una gran oportunidad, Jennifer, pero no me sentiría cómoda llevando toda esa ropa en privado. Así que mucho menos modelarla.

—Pero, cielo, piensa en lo que significaría. Esto es algo que el mundo necesita desesperadamente. Podrías hacer tanto bien para tanta gente si aceptases el trabajo...

O sea que Jennifer se había unido a la ristra de comentaristas *online*. Supongo que era de esperar. Al ser modelo, la habían criticado mucho a lo largo de los años, y casi se había destruido a sí misma intentando convertirse en el concepto mundial de perfección.

Yo estaba de acuerdo con que al mundo le vendrían bien varios modelos que fuesen más normales, pero yo no era normal. Bajo la ropa, mi cuerpo se hallaba cubierto de horribles y espantosas cicatrices. Tenían relieve y manchas, estaban decoloradas y tiraban de mi piel de forma incómoda. No era bonito. No importaba que la gente dijera lo contrario.

De todas formas, nadie lo decía en serio. Lo comentaban por ser educados o porque estaba de moda. Por el momento era algo idealista, pero no sincero. Y era peor en el caso de la Boutique de lencería Lindon.

—La oferta de trabajo no es sincera —dije al tiempo que negaba con la cabeza—. Es un control de daños porque hablé mal de la tienda por usar únicamente modelos perfectas. Probablemente haya un montón de grupos feministas preparados para demandarlos. Ofrecerme este trabajo es la forma más fácil de arreglarlo. Por no hablar de la publicidad que ganarían. Solo es una treta. Una treta que me explota a mí y a mi condición física.

Jennifer suspiró.

—Que sea una buena oportunidad para ellos no significa que no sea una causa que merezca la pena. Si lo de la lencería es incómodo para ti, hay

muchas otras formas y más modestas de conseguir lo mismo. Trajes de baño, por ejemplo. No son tan sugerentes como la ropa interior.

No acababa de entender por qué modelar bikinis era mucho mejor que la lencería, pero no quise discutir.

—Lo siento, pero no puedo. No quiero enseñarle mi cuerpo al mundo. Odio mi cuerpo. No podría hacerlo.

Los ojos de Jennifer dejaron de brillar y asintió, aceptando mi decisión. Parecía decepcionada, pero lo comprendía. Me sorprendía lo mucho que aborrecía decepcionarla. Ojalá fuese la heroína valiente que ella quería que fuese y defendiese al mundo de gente vana que solo sabía criticar, pero no podía hacerlo. No era lo bastante valiente ni lo bastante fuerte.

—De todas formas, es algo tonto —dijo Brian de repente, apretándome la mano—. Eres demasiado perfecta.

A pesar de que no intentaba bromear, o eso creía, me reí. Brian gruñó y casi ladró sus siguientes palabras.

—Ellamara, no lo decía como algo gracioso. Te halagaba.

—¿Perdón?

Lo miré con una sonrisa avergonzada, pero me costaba contener la risa, y él suspiró.

—Eres tan poco romántica.

—¿Poco romántica? —me burlé—. ¿O es que no soy cursi?

Brian bufó.

—Yo no soy cursi.

Esa opinión merecía una discusión decente, pero ahora no era el momento y, a pesar del halago cursi, Brian había logrado animarme; porque fuera cursi o no, lo decía en serio. Saber que había al menos una persona que me quería tal y como era ayudaba mucho a proteger mi alma herida. Hacerme reír tampoco me venía mal.

—Si tú lo dices. —Le di un beso en la mejilla y solté una carcajada cuando frunció el ceño con irritación. Volví a centrarme en mi familia y en la estancia llena de lencería.

—Bueno... pensemos qué vamos a hacer con todo esto y olvidémonos del tema. Tenemos que ir a ver la película en un rato.

Brian me dio un apretón.

—Déjalos a un lado por el momento. Scotty puede ayudarme a llevarlos a mi casa mañana. En mi habitación tengo el armario dividido en dos, así que podemos dejarlos en tu armario por ahora y ya les echarás un vistazo más tarde. O mejor aún... —Sonrió con picardía—. Podemos echarles un vistazo juntos y puedes practicar lo de ser modelo con solo una persona en el público antes de decidir la respuesta a la oferta de Lindon.

No sabía qué era lo más chocante: que Brian me pidiese un numerito en ropa interior delante de toda mi familia, que pensara que consideraría la oferta de Lindon o que ya hubiese decidido que el armario extra de su habitación sería mío.

—¡Brian! ¡Dios mío! ¡No! No voy a ponerme nada de esto para ti y no hay nada que decidir. No pienso aceptar ese trabajo.

Cuando Brian sonrió triunfante, supe que me la había colado. Y bien. Había creído que iba en serio. Maldito sea él y sus dotes de interpretación.

—¡Capullo! —Le di un golpe en el hombro y se echó a reír—. No tiene gracia. Pensé que lo decías en serio.

—Y el Óscar es para... —Se rio.

—Y luego dices que yo soy una cría.

—Lo eres. Empezaste a serlo tú primero. Me tocaba a mí.

El hombre tenía razón. Y al darme cuenta de eso sonreí a pesar de mi mueca.

—Vale, de acuerdo. Lo fui. Pero ya estamos en paz.

La cara de Brian se iluminó más que el propio sol y acercó mis labios a los suyos para darme un beso rápido.

—Te quiero, mujer.

Alguien, imaginaba que Jennifer, suspiró, y yo enrojecí de pies a cabeza al recordar que teníamos público. Papá miraba fijamente a Brian, y sus atentos ojos prometían la muerte si Brian se pasaba de la raya en algún momento, pero al menos no gritaba ni amenazaba con echarle.

—Lo siento —murmuré llamando su atención—. Esto, eh, voy a ducharme y vestirme. —Fulminé a Brian con la mirada—. Pórtate bien. Lo cual significa no abrir toda esta basura y dejarla por toda la casa. Por favor.

Capítulo 12

Brian

Ella y yo fuimos al cine en otro coche distinto a su familia porque habíamos planeado ir a casa de mi padre para cenar tras la película. Nos encontramos con mi padre y varios de sus amigos en la sala de la primera planta del edificio.

—¡Brian!

Estaba sentado en un sofá de la sala del cine con otros dos hombres y dos mujeres. Bueno, una mujer y una jovencita. La pelirroja de bote despampanante que iba vestida como si fuese a una discoteca apenas parecía ser lo suficientemente mayor como para poder pedir alcohol de forma legal.

Desgraciadamente, habíamos llegado pronto, por lo que tendríamos que sentarnos y charlar un rato. Estaba tentado de pasar por delante de ellos y fingir que no había oído a mi padre, pero este se levantó y nos gritó mientras nos saludaba con la mano.

—¡Brian! ¡Ella!

—Mierda.

Ella se rio al oírme soltar el taco y me apretó la mano.

—¿Podría ser peor que mi padre? —susurró.

—Son iguales. Únicamente son horribles de diferente manera.

Entonces, Ella me lanzó una sonrisa intrigante. Su sonrisa era irónica y estaba mezclada con algo que me hacía pensar que yo le resultaba adorable. Deseaba saber en qué pensaba, porque no entendía qué encontraba adorable

en que no me cayese bien mi padre.

—Todo irá bien —me dijo—. Podemos hacerlo. Que empiece el juego.

Su deslumbrante sonrisa convencería hasta al más escéptico de que estaba entusiasmada por estar aquí, rodeada de extraños. Le devolví mi sonrisa despampanante y la chinché.

—Podrías ser actriz con esas habilidades.

Ella bufó.

—Sí. Quizá lo pruebe cuando me aburra de mi carrera de modelo de ropa interior.

Agradecía su actitud liviana. Me ayudó a calmarme. No había nada que adorase más que el humor sarcástico y mordaz de mi sexy y pequeña peleona.

Con unas sonrisas brillantes en los labios, nos dirigimos a saludar a mi padre y sus amigos. Bueno, apostaba a que la pelirroja era una amiga *especial*, pero no quería saber los detalles.

—Oh, ¿veis? —comentó a sus amigos, que también se pusieron de pie para saludarnos—. Os dije que vendrían.

Sigue sonriendo, Brian. Solo es un padre orgulloso al que le gusta presumir de hijo. Nada más.

—Hola, papá.

—Hola, señor Oliver —añadió Ella.

Tras una rápida palmada en la espalda, mi padre me apartó y cogió la mano de Ella.

—Ella, llámame Max, por favor —dijo suavemente, y le besó la mejilla.

Sin soltarle la mano, la guio hasta su lado en el sofá y apenas dejó espacio para su cita. A la pelirroja no pareció importarle demasiado ya que me miraba con ojos que prometían sexo.

Reprimí un gruñido, me senté al lado de Ella y me obligué a sonreír a los tres extraños acomodados en el sofá de enfrente. Cuando todos me miraron, mi padre se dispuso a presentarnos.

—Ellos son Lloyd Wright y Michael Hobson. Son de New Gate Films. Brian, ya conoces a Maya Sutherland. Es mi maravillosa agente. —Rodeó con el brazo a su cita y esbozó una sonrisa decorosa—. Y esta encantadora señorita es Noémi Virág.

Tras saludarnos y estrecharnos la mano con educación, Noémi rio como

una colegiala y posó la mano en la pierna de Ella por encima de mi padre.

—Esta tarde me he enterado de la buena noticia. ¡Felicidades! Tengo que admitir que ahora mismo te odio. Daría lo que fuera por ser una chica Lindon. Es lo más supermodelo que se puede llegar a ser.

Yo me tensé y Ella palideció.

—¿Te has enterado de eso? —interrogué, pues parecía que Ella no podía hablar en aquel momento.

—Claro. —Noémi hizo un gesto con la mano como si la respuesta fuese obvia—. El propio señor Lindon ha hecho un directo en Facebook diciendo que cree que eres preciosa y que la idea de Erik Clarke es fantástica. Él ha sido quien ha anunciado que te ha hecho una propuesta. Todos lo comentan.

—Genial —gruñó Ella.

Noémi no detectó el sarcasmo.

Yo me encogí. No me sorprendía la jugada, pero debería haber advertido a Ella de que esto podría suceder. Lindon tenía que hablar sobre la situación para controlar los daños. Debían de saber que Ella rechazaría su oferta y, si no decían nada antes que ella, no les beneficiaría en nada.

Le había dicho a Scott que me sentaría con Ella para hablar de negocios cuando su familia se fuese, pero a este paso tendríamos que hacerlo antes. Por ejemplo, mañana por la mañana. Esperaba que Scott hablara en serio cuando me dijo que podía separarlo de su familia. Por ahora, lo único que podía hacer era cambiar de tema para que Ella no mencionase que iba a rechazar la oferta y tuviese que defenderse ante un grupo de desconocidos.

Me eché hacia delante y cogí la mano de Ella al tiempo que miraba a las dos personas sentadas frente a nosotros. Mi padre ya había comentado que eran de New Gate Films, pero era obvio que venían de un estudio u otro. Solo había dos tipos de personas en Hollywood: las creativas y la trajeadas. Las creativas se encargaban de hacer las películas, y las trajeadas tomaban las decisiones ya que ellos aportaban el dinero.

Había una razón para denominar «trajeados» a los ejecutivos, y es la que imaginarías. La mayoría de nosotros nos vestimos y comportamos de manera informal en el trabajo. La gente trajeada no parece comprender ese concepto. Es decir, estábamos aquí para ver una película en Navidad y estos dos capullos estirados estaban enfundados en sus trajes de zapa y corbatas de alta costura.

—Así que New Gate, ¿eh? ¿Por qué no me sorprende?

Dejé que mi voz destilara arrogancia aun siendo educado. Todo formaba parte del juego. Estos hombres tenían un propósito, sin importarles que yo quisiera hacer negocios o no. No podía ser borde y cerrarme puertas, pero tampoco podía aceptar su intento subliminal de reunirse con Ella. Dejar que la gente de Hollywood creyera que eres un pusilánime era lo peor que se podía hacer.

—Recuerdo haber oído ese nombre en boca de mi agencia hace poco.

—De hecho, Brian —interrumpió mi padre con una sonrisa inocente que no engañaba a nadie—, han venido a ver la película y hablar conmigo sobre la posibilidad de que dirija la adaptación al cine de *Drive Hard*.

Ella tosió, y tuve que morderme la parte interna de la mejilla para no reír.

—¿El videojuego? —preguntó con delicadeza.

Ella no era para nada remilgada. El tono fue demasiado educado. Era evidente que trataba de no reírse.

La cara de mi padre se iluminó con orgullo.

—Una de las mayores ventas del mercado. Ya era hora de que hicieran la película.

Ella se inclinó hacia mi padre y colocó una mano en su antebrazo al tiempo que le ofrecía una sonrisa tan bonita que casi me puso celoso.

—Señor Oliver, Max, no creo que haya mejor director en el mundo que tú para ese proyecto.

Ahora era yo quien tosía para disimular la risa. Nadie de los que estaban a nuestro alrededor sospechaba lo mucho que Ella odiaba la mayor parte del trabajo de mi padre. No me cabía duda de que creía que *Drive Hard* sería la mayor y más ridícula basura de Hollywood de este siglo, y estaba seguro de que no mentía al decir que pensaba que mi padre era el director perfecto para esa película. Fui el único que percibió la condescendencia bajo su halago, y solo porque la conocía demasiado bien.

No pude evitar darle un ligero codazo. Ella me miró y su sonrisa se tornó irónica. Tuve que pasarme una mano por la boca y la mandíbula para borrar literalmente la sonrisa de mi cara. Cuando vio que me costaba mantener la compostura, me guiñó el ojo sutilmente y se volvió para sonreír a los tipos trajeados de New Gate.

—En serio, Max Oliver es el hombre idóneo para este trabajo. Si todavía no le habéis ofrecido un contrato, será mejor que os pongáis a ello.

Esta mujer era incorregible. Le di un golpecito más fuerte en las costillas, haciéndole cosquillas a modo de aviso de que más valía que lo dejara antes de que me hiciera reír y nos pillaran a los dos. Me las pagaría en cuanto estuviésemos solos.

Las ganas de sonreír se esfumaron cuando Lloyd y Michael le sonrieron como un par de tiburones acechando a un pez sangrante.

—Bueno, supongo que si Ellamara nos ha obsequiado con tales *palabras de sabiduría*, será mejor que redactemos ese contrato en cuanto acaben las vacaciones —dijo Lloyd.

Michael asintió.

—Y ya que hablamos de contratos y propuestas, señorita Rodríguez, es una suerte que hayamos coincidido hoy.

—Sí —dije con voz cortante—. Una suerte. Y seguro que también pura coincidencia. —Mi voz derrochaba sarcasmo y desdén. No estaba contento y quería que esos capullos lo supiesen. Tenían que sudar un poco.

Papá se sentó más recto y perdió la postura relajada que había tenido hasta entonces.

—Relájate, Brian. No es una emboscada.

—No. Es *Navidad*. No es el mejor momento para discutir sobre negocios y nos prometiste que todo sería discreto si veníamos.

Ella me dio una palmada en la pierna y susurró:

—No pasa nada, Brian.

Sí que pasaba. Scott tenía razón sobre que la gente encontraría medios para llegar hasta Ella porque no les devolvía las llamadas. Que la molestasen en Navidad, cuando sabían que estaría con su familia, era espantoso. Estaba seguro de que ella era la única razón de que estuviesen aquí. Y también sabía que mi padre estaba más que dispuesto a ayudarles a acorralarla cuando le pusieron sobre la mesa el proyecto de *Drive Hard*. Gilipollas.

—¿De qué propuesta queréis hablarme? —inquirió Ella.

Volví a reprenderme a mí mismo. Sabía lo que venía a continuación, y era otra sorpresa de la cual no había advertido a Ella de antemano.

—Nos interesaría adquirir los derechos audiovisuales de tu historia —

dijo Michael.

—¡Derechos audiovisuales! —jadeó Ella mientras yo gruñía.

—Vosotros y el resto de productores —refunfuñé.

Cuando Lloyd y Michael me miraron, añadí:

—No os hagáis los tontos. Sabéis que todos intentan sacar adelante el proyecto. Estudios más grandes que New Gate.

Ella me lanzó una mirada incrédula.

—¿Ah, sí?

Suspiré.

—Sí. Me lo preguntan a mí porque todavía no tienes información de contacto. Iba a contártelo; he estado esperando porque estabas muy estresada con los exámenes y con la llegada de tu familia. Tenemos que hablar de todo esto. Quería esperar a que pasasen las vacaciones.

Fulminé con la mirada a Lloyd y Michael cuando dije eso último. Ninguno parecía arrepentido. Al menos Ella no estaba molesta por que le hubiese ocultado la noticia. Parecía sorprendida, pero estaba calmada y pensativa mientras procesaba la información.

—Sí, vale. Es una buena idea. Derechos audiovisuales. —Sacudió la cabeza y bajó la mirada hasta su regazo como si no acabara de creérselo—. Es una locura.

Se recompuso y me sonrió.

—Gracias por no decírmelo la semana pasada. Tienes razón. Estaba muy estresada.

Se inclinó con los labios fruncidos, y no sabéis lo feliz que me hizo que me diese un beso rápido y agradecido. Era muy tímida con el contacto físico y se avergonzaba cuando salía el tema de nuestra relación. Ese pequeño y casto reconocimiento de lo que éramos el uno para el otro parecía un gran paso.

Ella respiró hondo, exhaló y salió de su ensoñación.

—Vale. Pronto nos sentaremos a hablar de estas cosas de Hollywood. Quizá después de Año Nuevo podemos ir a tu casa, pedir comida y charlar con tranquilidad.

A pesar de que la idea sonaba increíble, me encogí.

—De hecho, con todo el drama de Erik Clarke y de Lindon, creo que no deberíamos esperar tanto.

Maya intervino finalmente en la conversación.

—Estoy de acuerdo. Deberíais hablar de esto enseguida.

Observé el brillo hambriento de sus ojos. Había estado tan centrado en Lloyd y Michael que había olvidado que Maya tendría sus propios planes.

—Ella —susurró en un tono suave y dulce que me crispó los nervios—. No sabes cuánto se habla de Brian y de ti. Tienes que actuar ya si quieres sacar provecho de esto. Podría conseguirte cosas increíbles.

Ella frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Maya le dio su tarjeta de presentación.

—Me encantaría representarte.

Traté de no rechinar los dientes.

Ella me miró, pasmada de nuevo, y cogió la tarjeta de Maya.

—¿Quieres ser mi agente? —cuestionó, confusa—. ¿Para qué? No voy a aceptar la oferta de Lindon. No voy a convertirme en modelo.

—¿Ah, no? —dijo Noémi con la voz entrecortada—. ¿Por qué no? ¿Estás loca?

Temía que Ella se enfadase y mostrase ese temperamento latino suyo, pero se limitó a poner los ojos en blanco y sonrió dulcemente a la mujer que consideraba idiota.

—No me interesa.

Noémi se quedó boquiabierta y Maya volvió a llamar la atención de Ella.

—Aun así, necesitarás que te representen para otras oportunidades que te surjan. Los derechos audiovisuales es una de ellas. —Les dirigió una gran sonrisa a los chicos de New Gate, quienes se la devolvieron como si el acuerdo ya estuviese cerrado.

—Sí —intervine, rechinando tanto los dientes que mi dentista me echaría la bronca la próxima vez que me viese—. Ella va a necesitar representante, pero no eres la única que quiere representarla.

Ella suspiró.

—Tenemos mucho de qué hablar, ¿eh?

La acerqué a mí.

—Te ayudaré a solucionarlo. No será tan malo.

—Vale.

Maya se enfureció.

—Puede que no sea la única agente que quiera representarte, Ella, pero soy la mejor.

Resoplé. Eso fue muy arrogante por su parte, teniendo en cuenta que sabía quiénes eran mis agentes y que ellos eran los mejores de la ciudad.

—Lo que tú digas. Ya has hecho tu oferta. Tiene tu tarjeta. La añadiré a la pila. —Miré a Lloyd y Michael con severidad—. También tengo vuestra oferta e información de contacto.

Ambos fruncieron el ceño, pero mantuvieron la boca cerrada y no me interrumpieron cuando les dije a los tres:

—Prometo que Ella echará un vistazo a vuestras ofertas de esta semana y alguien se pondrá en contacto con vosotros de parte suya una vez haya considerado sus opciones y sepa lo que quiere hacer. Por ahora, ella y yo vamos a entrar a la sala. Su familia llegará pronto y nos gustaría pasar un rato a solas antes de que lleguen.

Me levanté y Ella sonrió mientras hacía lo propio.

—Gracias por su interés. Prometo responder en cuanto sepa más de cómo va todo. Que pasen una feliz Navidad. Ha sido un placer conocerles.

Mi padre también se levantó y cogió a Ella de la mano.

—Vendréis a cenar después de la película, ¿verdad? —preguntó mientras nos miraba.

—No lo sé —contesté al tiempo que Ella asentía—. ¿Seremos solo nosotros tres? ¿O habrá otros agentes y productores esperando para hacer negocios durante la cena? ¿Quizá reporteros? ¿O fotógrafos?

No quería ser un cabrón, pero estaba cabreado con mi padre. Había explotado su conexión con Ella para ganarse a los de New Gate. No me sorprendía. Mi padre era lo más Hollywoodiense que se podía llegar a ser. Siempre lo tenía todo planeado. Pero yo estaba enfadado, joder.

—Ay, Brian. —Mi padre suspiró de guasa y sonrió a sus acompañantes como si me considerara un niño tonto cuyo comportamiento le parecía divertido—. Siempre tan escéptico y huraño. Deberías desmelenarte un poco. Llegarías más alto si no fueses siempre tan estirado.

Le sonreí con falsedad.

—Es una industria despiadada, papá. Todos lo sabemos. No me gusta que

mi propio padre me pisotee, y no pienso dejar que se aprovechen de Ella. Valoro mi privacidad. La poca que me queda.

Mi padre retrocedió. No era idiota, y sabía que me estaba sacando de mis casillas.

—Vale, vale, haced lo que queráis. —Sonrió a Ella con adulación y se inclinó para susurrarle en alto al oído—: Asegúrate de que se relaje durante la película, ¿vale? Siempre está muy irritado.

Por el amor de Dios. Esperaba que Ella no percibiese el doble sentido de la frase.

Ella sonrió como una profesional.

—¿En serio? Qué raro. Nunca está irritado conmigo. —Se encogió de hombros—. Debes de ser tú.

Me atraganté de la risa. Lo acababa de insultar a la cara, pero lo había hecho con tanta inocencia que mi padre se vio obligado a seguirle el juego. Nunca había estado tan orgulloso de esa mujer.

—*Mmm...* —La sonrisa de mi padre se tensó—. Puede que tengas razón. Pero ya sabes cómo somos los padres y los hijos.

—Por supuesto. —Ella le sonrió con dulzura y pestañeó con inocencia—. No te preocupes. Me aseguraré de que hoy se lo pase bien. E iremos a cenar. Lo prometo.

Mi padre se relajó un poco.

—Genial. —Le agarró la mano con más fuerza y alzó el móvil cuando intentó alejarse—. ¿Qué os parece si nos hacemos una foto antes de que desaparezcáis? Una foto con la misteriosa Ella mejorará mi reputación con la gente joven, cosa que me vendrá bien si voy a dirigir la adaptación de un videojuego. —Se rio escandalosamente y le guiñó un ojo—. Además, necesito pruebas para la madre de Brian que demuestren que soy un buen padre y le presto atención a mi hijo y a su novia.

—Papá.

—Es cierto. —Hizo un puchero—. Me ha mandado una docena de mensajes esta semana para advertirme de que la Navidad es época de familia y que necesito esforzarme un poco con vosotros.

Gemí. Probablemente no mentía sobre eso.

—Vale. Solo porque hace feliz a mamá.

Mi padre le pasó el teléfono a Maya, quien estuvo más que dispuesta a sacar la foto que daría más publicidad a su cliente. Vaya novedad. Entonces, mi padre se acercó tanto a Ella que casi le di un puñetazo. Colocó el brazo en la parte baja de su cintura y Ella abrió los ojos como platos.

—Papá —gruñí.

El capullo tuvo la osadía de reírse después de besarle la mejilla y soltarla.

—Gracias, preciosa. Nos vemos dentro. Estoy deseando conocer a tu familia, así que asegúrate de presentármelos en algún momento.

Cuando alejé a Ella de allí, parecía más que dispuesta a perderles de vista. En cuanto nos sentamos, se inclinó hacia mí y susurró:

—Creo que tu padre me ha rozado el culo a propósito cuando me ha rodeado con el brazo.

Hasta ahí habíamos llegado. Vi todo rojo. Me levanté con toda la intención de darle una paliza al ruin de mi padre, pero Ella me obligó a sentarme de nuevo.

—Relájate. No te pongas a lo Príncipe Druida con él. Pero, la próxima vez, tú te pones a su lado para las fotos.

La combinación de tacos que solté hizo que Ella se echase a reír. Respiré hondo. Si ella estaba bien y se reía, no había necesidad de pegar a mi padre en público y armar un escándalo. Aunque quisiera hacerlo.

—Lo siento. No tengo excusas para él.

—Oye, al menos parece que le caigo bien, ¿no?

Bromeaba, pero no era nada divertido. No se daba cuenta de que mi padre no tenía problemas en acostarse con mis novias si creía que podía. Ella no sería una excepción.

Eché la cabeza hacia atrás y gruñí mientras me frotaba la cara.

—No tiene gracia, mujer. Hazme un favor y mantén las distancias con él, si puedes. ¿Por favor? De hecho, alejémoslo todo lo posible de tu familia. Especialmente de tus hermanastras. Tu padre ya me odia de por sí. Se volvería loco si mi padre coquetease con las gemelas.

Ella suspiró, pero sonrió antes de apoyar la cabeza en mi hombro. Levanté el reposabrazos que había entre nosotros y se acurrucó contra mí, lo cual me relajó al instante. Solté aire de nuevo y apoyé la cabeza sobre la suya.

—Vaya semana hemos tenido, ¿eh? —preguntó. Su voz se había suavizado al cambiar de ambiente.

La estreché con suavidad y le di un beso en la coronilla.

—Ojalá pudiera decirte que no siempre será así, pero mi vida es un circo, y tú acabas de firmar para ser la atracción principal.

—Mientras escojan a alguien guay para hacer de mí en la película —bromeó, sorprendiéndome con su respuesta—. Ah, y no pienso permitir que tu padre la dirija. Lo siento, pero no.

—Trato hecho. De todas formas, estará demasiado ocupado con *Drive Hard* gracias a tu brillante recomendación.

Ella volvió a reírse y, esta vez, me uní a ella.

Capítulo 13

Ver la película tras haber pasado la mayor parte de la semana pasada con Brian hizo que me resultara un poco difícil ver a Cinder en la pantalla en vez de a Brian, y fue muy raro ver a Juliette babear por mi novio. Sin embargo, me lo pasé bien.

Sorprendentemente, no me dio celos que alguien del público gritara y chillara cuando Cinder se quitó la camisa o cuando tuve que ver las escenas de los besos entre Cinder y Ellamara y él y Ratana. No obstante, debía admitir que me costó más de lo normal digerir las escenas con Kaylee Summers. Pero eso era porque la odiaba. No por el trabajo de Brian.

Me aliviaba que esa parte de su trabajo no me molestara. Ya sabía de antemano que solo estaba actuando, pero aun así me había preguntado si aquello me afectaría. No lo hizo. Era imposible estar celosa cuando sabía lo mucho que Brian me quería. Saber lo que pensaba realmente de Kaylee también ayudaba. Pero, bueno, bien podría haber estado hablando mi lado malvado.

Max había mantenido su palabra y la lista de invitados fue corta. Aunque había comprado todas las entradas de la sesión de las 16:30, solo un tercio de los asientos estaban ocupados. Ningún otro miembro del reparto estuvo presente —menos mal que Max tuvo el suficiente sentido común como para no invitar a Kaylee—, pero reconocí a un par de asistentes de otras películas. Me sorprendió ver a Susanna Salazar, una estrella del pop adolescente muy popular. Suponía que sus padres eran amigos de Max.

Tras presentarse y saludar a Brian, a quien era evidente que conocía muy bien, me sorprendió que estuviese interesada en hablar con Juliette y Ana.

Cuando le pregunté a Brian sobre ello, me explicó que para los adolescentes famosos era difícil conocer a gente de su misma edad. Susanna estaba muy falta de atención de chicas de su edad que no se volviesen locas al verla. Y, gracias a la presencia de Brian durante la semana pasada, las gemelas ya no se mostraban tan afectadas por los famosos. En cuanto Susanna se dio cuenta de que Ana y Juliette eran normales, se pegó a ellas como si fuesen sus nuevas mejores amigas.

Por obra y gracia divina, Max y mi familia lograron conocerse sin que el mundo llegara a su fin. Bueno, estaba segura de que mi padre tendría bastante que decir sobre la acompañante de Max en cuanto llegásemos a casa, pero Max se las arregló para no ligar con ninguna de las mujeres Coleman, y mi padre no le dijo que era demasiado buena para su hijo, lo cual consideraba todo un triunfo.

En general, las cosas fueron bien... hasta que salimos del cine. Durante la película, se había extendido la noticia de que Brian y yo estábamos allí. No le dimos más importancia cuando vimos que el cine estaba a reventar de gente, pues, después de todo, el día de Navidad se estrenaban muchas películas. Y cuando los fans que hacían cola en el vestíbulo para entrar al siguiente par de sesiones empezaron a gritarnos, nos pareció algo normal.

Brian y yo los saludamos con la mano y les dijimos hola, sonreímos para hacernos unas cuantas fotos y les deseamos que disfrutaran de la película cuando pasamos por su lado. No fue para tanto. Podía sobrellevar bien eso. Pero cuando estábamos atravesando el vestíbulo, el gerente nos detuvo.

—Perdóneme, señor Oliver —se disculpó el hombre ante Max con una sonrisa nerviosa—, pero se ha extendido la noticia de que estaban aquí. Me temo que hemos tenido que llamar a la policía para que controle a la multitud que hay apostada fuera.

—Ah. —Max hizo una pausa, como si estuviese sorprendido, y miró a través de la puerta principal, donde una enorme masa de gente se había reunido. Tras asimilar la situación, volvió a sonreír y le dio al hombre una palmadita en el hombro—. Gracias por el aviso. La mayoría de nosotros le hemos dado las llaves al aparcacoches. ¿Podrán sacar nuestros coches?

El gerente suspiró de alivio al ver que Max no estaba molesto ni lo culpaba por la filtración de la información a la prensa.

—Ah, sí, claro —soltó a borbotones—. Puede que tengan que esperar

unos minutos más de lo normal, pero la policía podrá escoltarlos fuera sin problema.

Toda la gente desconocida no tuvo nada de lo que preocuparse y se marchó después de despedirse brevemente. Las otras pocas celebridades que había en la fiesta esperaron dentro con nosotros tras darle sus resguardos del aparcacoches al gerente, pero todos parecían más bien indiferentes ante aquel caos.

—¿Cómo es que no están nerviosos? —susurré a Brian.

Brian sí que parecía preocupado, pero cuando miró a los demás famosos, se encogió de hombros.

—Probablemente lo esperasen. Al estar tantos de nosotros reunidos en un solo lugar, es inevitable que la gente se entere. Yo soy el estúpido por no haberme dado cuenta de que mi padre habría invitado a otras celebridades. Cuando me prometió que sería un evento íntimo y con pocos asistentes, pensé, tontamente, que solo seríamos nosotros y algunos de sus amigos íntimos ajenos a la fama.

Brian fulminó a su padre con la mirada, que estaba riéndose con los padres de Susanna. Y ella parecía estar encantada con toda la atención. Sonreía de oreja a oreja al tiempo que saludaba a los fans en el vestíbulo y posaba para las fotos mientras esperaba a que el aparcacoches les trajera su coche.

Los *flashes* de los móviles saltaban sin parar en aquel vestíbulo abarrotado de gente y, tras las puertas del cine, parecía de nuevo el preestreno de la semana anterior, aunque sin la alfombra roja. Se me revolvió el estómago.

—¿Estaremos a salvo? —pregunté. Odiaba sonar preocupada. Quería ser fuerte y demostrar a Brian que podía soportar su mundo, pero los recuerdos de la muchedumbre que me rodeó en la FantasyCon y de Brian llevándome en brazos para ponerme a salvo hacían que mi cuerpo temblase de ansiedad.

Brian tensó la mandíbula al oír mi pregunta. Su expresión sombría se tornó todavía más oscura. No estaba nada contento.

Me sentía fatal. Sabía que, en ese momento, Brian estaba preocupado únicamente por mí. Él estaba acostumbrado a este tipo de cosas. Sin mí, probablemente se mostrase igual de indiferente que los demás famosos en lugar de estar a punto de partirle la cara a alguien.

—El camino de aquí hasta el mostrador del aparcacoches es corto, y la policía está aquí. Ellos te mantendrán a salvo —me prometió.

Mi padre se encontraba lo bastante cerca de Brian como para oír su promesa. Él parecía igual de enfadado que Brian, aunque su ira no iba dirigida a Max.

—Será mejor que no le pase nada —gruñó.

Cuando Brian lo atravesó con la mirada, lo agarré del brazo para retenerlo y calmarlo. Ahora no era momento de comportarse como un par de cabezones.

—¡Brian! ¡Papá! Tranquilizaos los dos —siseé—. Discutir no va a solucionar nada. Ya os preocuparéis cuando todos hayamos llegado a casa.

La advertencia pareció aplacarlos a ambos, y la tensión se suavizó un poco. Sonó el teléfono de Brian, que miró la pantalla como si no tuviese pensamiento de responder, pero cuando leyó el nombre que aparecía, frunció el ceño y contestó.

—Hola, Scotty, ¿qué pasa?

Ladeó la cabeza y prestó atención a lo que su asistente le decía. Mientras hablaban, yo me giré hacia mi padre. Tanto él como el resto de mi familia estaban allí de pie, asimilando el espectáculo que nos rodeaba con una expresión de sorpresa e incredulidad.

—Papá, lo siento. Max nos prometió que sería discreto. No estamos seguros de cómo...

—El padre de Brian publicó una foto del evento en su Instagram —dijo Juliette con el móvil en la mano—. Está en todos lados. Ana y yo empezamos a recibir mensajes de texto de nuestros compañeros de instituto antes de que empezase la película para preguntarnos si estábamos con vosotros.

—¿Qué? —exclamó Brian con un grito ahogado, y se giró hacia Juliette con los ojos como platos.

Juliette frunció el ceño ante su expresión de incredulidad y nos mostró su teléfono para que lo viéramos. Efectivamente, Max había publicado en Instagram la foto que se había hecho con Brian y conmigo antes de que empezara la película. No habría sido un problema, de no ser porque en el pie de foto mencionaba el cine y la hora a la comenzaba la proyección. Cuando Brian lo leyó, inspiró y empezó a temblar de la ira.

—No pasa nada, Brian.

—No, claro que pasa —gruñó—. Ya se pasó de la raya tendiéndote una emboscada antes del pase con su agente y aquellos productores, pero ¿echarnos toda esta mierda encima solo para conseguir más publicidad? ¡PAPÁ!

Max le estrechó la mano a otro de sus invitados y, luego, se acercó a nosotros con una expresión totalmente serena en el rostro. Brian levantó el móvil de Juliette para que Max lo viera y lo fulminó con la mirada con tanta intensidad que hasta se puso rojo de la rabia.

—¿Me estás vacilando? —siseó.

Max frunció el ceño.

—¿Qué pasa? Te dije que iba a publicar la foto.

—No me importa la foto. Has publicado nuestra ubicación. Lo tenías todo planeado desde el principio. —Señaló la muchedumbre que se amontonaba fuera—. Esta es la única razón por la que nos has invitado, ¿verdad?

Max puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que no. Te invité porque eres mi hijo. Y no había planeado nada; no seas tan dramático. Simplemente no lo pensé cuando publiqué la foto. Yo no tengo el mismo problema con los fans que tú.

Brian se mofó.

Yo tampoco creía a Max.

—No es para tanto —dijo Max, cejando en su intento de parecer inocente tras ver nuestro recelo.

Volví a mirar a la multitud. El coche de Susanna justo acababa de aparecer en la puerta y, cuando ella y sus padres salieron del cine, el rugido de fuera sonó tan fuerte que Ana y Juliette intercambiaron una mirada nerviosa y se acercaron más a papá y a Jennifer.

Max se estremeció al oír el ruido y negó la cabeza en dirección a Brian y a mí.

—Solo estaréis fuera un minuto. Merece la pena por cómo aumentará la venta de entradas. Deberíais quedaros un rato y aprovechar esta oportunidad. Ella y tú no habéis hecho ninguna aparición pública desde el preestreno. Que los dos sorprendáis a los fans el día del estreno es una publicidad increíble. A los medios les encantará.

Brian cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz. Dejó escapar un

suspiro y negó con la cabeza mientras intentaba tranquilizarse.

—Eres increíble, papá. ¿Sabes qué? Olvídate de la cena de esta noche. No vamos a ir. Al menos, no yo. Supongo que Ella es libre de ir, si quiere, pero dudo que lo haga después de cómo te has pasado la tarde explotándola para tu propio beneficio.

Sacudí la cabeza.

—Pues no. De todos modos, mi familia quería que cenásemos con ellos. —Miré a mi padre y a Jennifer—. No os importa que nos unamos a vosotros, ¿verdad?

—Por supuesto que no —respondió Jennifer.

—¿Qué? —Max pareció ofenderse de verdad—. No tenéis que cancelar la cena. Ella, cielo, Brian está siendo un poco exagerado. Te juro que no...

—¿Y los de New Gate, papá? —preguntó Brian—. ¿En serio? ¿Vas a decirme que no los invitaste solo porque querían hablar con Ella, y porque tú querías el contrato para *Drive Hard*?

Max gimió.

—No lo he hecho a malas. Pensé que le emocionaría su oferta, y ¿qué otra cosa podía hacer? Ya estaban en negociaciones con Ridge Davies cuando los contacté para el proyecto. —Luego, me hizo pucheros a mí—. Ella, cariño, lo siento si te he molestado. No era mi intención. Y no puedo agradecerte lo suficiente el maravilloso apoyo que me has brindado. No creo que seas consciente de la gran influencia que tienes ahora en la industria. Yo no era su primera opción para la película. Si consigo el contrato, será gracias a ti.

—Me alegro de haber podido ayudar —dije con frialdad.

Yo no estaba tan enfadada como Brian. Por lo que Brian me había contado de su padre, no me sorprendía lo más mínimo. Pero sí que estaba molesta por Brian. Estaba haciendo un alboroto por mí, pero también sabía que le fastidiaba mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir. No me podía imaginar lo que era sentirse usada por mi propio padre debido a mi fama.

Max ignoró mi sarcasmo y le puso los ojos en blanco a Brian otra vez. Luego, me ofreció su brazo.

—Bueno, ahora no sirve de nada quejarse. Lo hecho, hecho está. Ahora id a atender a vuestros fans mientras esperáis el coche.

Cuando el cuerpo de Brian se tensó de nuevo, me aferré a su brazo con

más fuerza y lo estreché contra mí.

—De hecho, vamos a esperar aquí con mi familia. Ellos no están acostumbrados a este tipo de cosas.

Max frunció el ceño y miró a mi familia como si acabara de percatarse de que seguían allí. Inmediatamente se puso en modo adulator, pero antes de que le dijera algo a mi padre que seguro que lo cabrearía, papá negó con la cabeza y habló.

—No hay necesidad de que esperéis con nosotros, Ella. Nuestros coches están aquí y vuestro público está esperando. Tú y tu novio podéis ir a atender a vuestros fans.

Me quedé tan sorprendida —y dolida— por su desdén que no pude evitar soltarle un comentario mordaz. Fue un milagro que no le gritase allí en medio.

—Mi *novio* tiene nombre —espeté rechinando los dientes—. Y él no ha tenido nada que ver con esto. Ni yo tampoco. Si hemos venido hoy al cine es porque vosotros queríais ver la película, y pensamos que el padre de Brian de verdad quería pasar tiempo con su hijo en Navidad. No pretendíamos convertirnos en tal grandísimo inconveniente para vosotros. —Lo atravesé con la mirada con los dientes apretados y negué con la cabeza—. Puede que también nos saltemos la cena de Navidad con vosotros. Está claro que ya has tenido suficiente de nosotros y de nuestro drama por un día.

Intenté sonreír a Brian con suficiencia.

—Tendríamos que haber ido a ver a tu madre a Wisconsin.

Su rostro se suavizó después de escuchar mi broma.

—Estoy seguro de que nos llamará mañana para decirnos «te lo dije».

La media sonrisa que logró dedicarme fue suficiente para calmarme. Suspiré con suavidad, cogí aire y hablé con un tono de voz relajado.

—Papá, de verdad que siento todo esto. Marchaos vosotros. De todas formas, es mejor que nos vayamos por separado. Así no os reconocerán y nadie os molestará.

—En realidad —intervino Brian—, Juliette y Anastasia probablemente deberían venir con nosotros.

Cuando todos nos quedamos mirando a Brian, a la espera de una explicación, él hizo una mueca.

—Hace unos minutos me ha llamado mi asistente. Ha visto las noticias y

me ha dicho que la gente está hablando de ellas casi tanto como de Ella. —Se encogió de hombros—. Ellas también salían en el vídeo de Erik Clarke, y supongo que la gente está intrigada por el punto de vista de las hermanastras de Cenicienta.

Juliette se quedó boquiabierta, y a Ana casi se le salen los ojos de las órbitas. Mi padre se encogió de dolor, como si la noticia de la reciente fama de sus hijas lo conmocionara literalmente.

Brian se pasó una mano por el pelo.

—Scott ha contratado una limusina para que nos quedemos todos juntos. Me ha dicho que las cosas ahí fuera están un poco descontroladas y que será mejor que dejemos que un conductor profesional lidie con la muchedumbre, ya que vosotros no estáis acostumbrados a esto. Lo siento mucho, de verdad.

Mi padre tardó demasiado en responder y, cuando lo hizo, no pudo hablar. Simplemente apretó los puños y se alejó dando zancadas hacia el cuarto de baño. Nunca lo había visto tan enfadado.

—Bueno —murmuré—, ahí va mi relación con mi padre. Me pregunto cómo va a intentar darle la vuelta a esto la doctora Parish.

—Ella, lo siento mucho.

Sonreí a Brian con dulzura y le di un beso en la mejilla.

—No es culpa tuya.

Cuando mi padre regresó, seguía sin hablar con nadie, ni siquiera con Jennifer. Brian y yo decidimos darle espacio y fuimos a hablar con los fans que estaban haciendo cola para ver la película. No es que tuviésemos muchas ganas, pero gracias a Max, que estaba codeándose con la multitud y no paraba de llamarnos para que nos uniésemos a él, no teníamos otra opción. Mandarlos a freír espárragos habría sido perjudicial para Brian.

La limusina tardó cerca de media hora en llegar y, cuando apareció, dos agentes de policía vinieron para escoltarnos hasta ella.

—Apresuraos a llegar al coche —gruñó mi padre a las gemelas—. No digáis nada. Ni siquiera miréis a las cámaras.

—Ella y yo saldremos delante —murmuró Brian—. Eso debería desviar su atención de vosotros.

Su valiente esfuerzo solo le sirvió para ganarse otra mala mirada por parte de mi padre. Quería gritarle. Estaba siendo completamente irracional.

Nada de esto era culpa de Brian. Nada.

—¿Lista? —preguntó Brian.

Asentí mientras respiraba hondo.

—Al menos esta vez tienen a la gente controlada, así que no tendrás que llevarme en brazos.

Brian hundió los hombros y apenas pudo pronunciar mi nombre.

—Ella...

Negué con la cabeza.

—Viene en el paquete. —Me obligué a sonreír—. Sabía dónde me estaba metiendo.

Me abrazó y, luego, me rodeó con un brazo antes de asentir en dirección a la escolta policial para indicarle que abriese la puerta.

El rugido que había recibido a Susanna había sido una locura, pero no fue nada en comparación con el caos que se desató cuando Brian y yo salimos del edificio. La acera desde la entrada principal hasta donde estaba esperando el aparcacoches medía entre diez y quince metros o así, pero cuando ambos lados estaban abarrotados de fans y reporteros, que el cuerpo policial de Los Ángeles no dejaba de contener y empujar hacia atrás, el camino hasta la limusina se nos antojó una eternidad. Sobre todo porque yo era la persona más lenta del mundo.

Intenté darme prisa y estuve a punto de pedirle a Brian que me llevase en brazos, porque esta muchedumbre era una completa locura. El personal del cine había sacado unas cuantas cuerdas de terciopelo para acordonar la salida, y la policía se encargaba de mantener al gentío tras ellas, pero no me sentía del todo segura. Esta multitud estaba mucho más alborotada que la de la FantasyCon o la del preestreno de *El príncipe druida*.

Esta gente había tenido sus buenas dos o dos horas y media para reunirse aquí. Todos los *paparazzis* de la ciudad habían venido, así como todas las cadenas locales de televisión. También había gente corriente. Gritaban lo valiente que era, lo orgullosos que estaban de mí y lo preciosa que era.

Eso no estuvo tan mal, pero aparte de los gritos normales de emoción, esta multitud en particular era mucho más odiosa que las demás. La primera mujer que me hizo darme cuenta del lío en el que estábamos metidos se lanzó contra un policía y gritó:

—¡Olvida a Ella, Brian! Si ella no satisface tus necesidades como hombre, ¡yo lo haré!

—¡Y yo! —chilló otra persona.

—¡Yo también!

—¡Puedes quedarte con las dos!

Brian las ignoró y me mantuvo bien pegada contra su costado. Se centró por completo en la limusina que teníamos enfrente.

Luego, un grupo de chicos universitarios me abuchearon y me lanzaron bragas cuando pasamos por su lado.

—¡Yo también te he traído un regalo, Ella!

—¡Póntelas para mí, sexy!

—¡Olvídate de las bragas! ¡Enséñanoslo todo, nena!

Junto a ellos, otro hombre gritó.

—¡Que le den a esa zorra fea y deforme! ¡Yo quiero a las hermanastras guapas!

—¡Ya ves! —convino alguien más.

—¡Yo me pido a la putilla!

El grito ahogado que oí a mi espalda hizo que mirara hacia atrás. Ana se había detenido y miraba boquiabierta al chico que se había dirigido a ella. Cuando el muchacho captó su atención, le sonrió y dijo:

—Eh, Ana, ¿por qué no dejas al soso de tu novio y te vienes con un hombre de verdad?

Su amigo le dio un codazo y se rio.

—Al menos enséñanos qué llevas puesto hoy bajo la ropa, provocadora.

Hizo un gesto muy grosero con los dedos y la lengua, y Ana jadeó y ocultó su rostro en el pecho de su padre. La muchedumbre se rio a carcajadas y silbó cuando nuestro padre la envolvió entre sus brazos.

—¡Idos! —le grité—. ¡Daos prisa y entrad en el coche!

Mi grito hizo que mi pobre y conmocionada familia se pusiese en movimiento y nos adelantaran.

—Madre mía, Ella —exclamó alguien al tiempo que ellos se subían al vehículo—, tu madrastra es toda una madurita sexy. ¿Me das su número?

Me ardieron los ojos mientras continuábamos andando, pero me negué a llorar. Si veían que esto me afectaba, todo empeoraría. Seguí caminando con

la cabeza bien alta y con una expresión impasible en el rostro, pero estaba segura de que Brian notaba cómo me temblaba el cuerpo. Aligeramos el paso y nos movimos tan rápido como fui capaz.

Lo peor llegó cuando nos acercamos a la limusina. Un hombre que parecía rondar los cincuenta había estado esperando junto al cordón rojo de terciopelo cercano al coche, y como estaba tan calmado, la policía se centró en otras personas. A medida que nos acercamos, me sonrió de tal forma que me dieron escalofríos. Su mirada lasciva me hizo sentir sucia.

—¿Quieres ver lo sexy que eres, nena? —me dijo.

Antes de que alguien pudiese detenerlo, saltó la cuerda de terciopelo y se detuvo frente a nosotros. Se abrió el abrigo para mostrarme que tenía los pantalones desabrochados y que estaba completamente excitado.

—Aquí tienes la prueba. ¿Ves lo que me haces, nena?

Ocurrió tan rápido que no pude evitar ver cómo se llevaba una mano a su miembro antes de girarme y esconder el rostro en el pecho de Brian. Intenté bloquear los sonidos lujuriosos que emitía el hombre mientras la policía lo tiraba al suelo, pero no pude, y eso fue suficiente para perder el control. Empecé a llorar mientras esperábamos a que la policía nos dijese que era seguro entrar en la limusina.

El hombre seguía gritándome cosas tremendamente groseras mientras Brian entraba en el vehículo tras de mí y cerraba la puerta. Temblaba tanto que Brian tuvo que abrocharme el cinturón a medida que nos alejábamos del cine. Me abrazó tan fuerte como nuestros cinturones nos lo permitían y se disculpaba entre susurros una y otra vez. Que se culpaba por aquel desastre solo me hacía sentir peor.

Al otro lado del vehículo, Juliette me observaba con preocupación, y tanto Ana como Jennifer estaban llorando. Mi padre tenía a estas dos últimas pegadas a cada costado y las abrazaba con fuerza para consolarlas lo mejor que podía. La mirada que nos lanzó a Brian y a mí por encima de sus cabezas nos aseguró que toda esa fachada de calma era tan solo por el bien de su familia. Nos culpaba de esto a Brian y a mí.

Capítulo 14

Nadie habló durante el viaje de vuelta a casa. No fue hasta que salimos de la limusina, y Brian le indicó al chófer que podía irse porque iba a quedarse conmigo un rato, que mi padre por fin explotó.

—En realidad —le dijo a Brian—, puedes montarte otra vez en ese coche pijo y marcharte. Ya no eres bienvenido en mi casa.

—¡Papá! —ahogué un grito.

Jennifer, Juliette y Ana se detuvieron antes de entrar en casa y se giraron para ver qué estaba pasando. Brian le pidió al conductor que esperase unos minutos y el hombre asintió; luego, subió amablemente la ventanilla para darnos un poco de privacidad. Cuando Brian volvió a girarse para encarar a mi padre, parecía sorprendentemente calmado. Aunque yo sabía que le estaba costando horrores.

Se alejó un paso del coche y me tendió la mano sin apartar los ojos de mi padre en ningún momento. Se me derritió el corazón al ver cómo buscaba mi contacto. Incluso cuando mi padre le decía que se marchase y no volviese nunca, quería tenerme a su lado. Yo le di el gusto, feliz. Me acerqué y me apoyé contra él cuando me rodeó la cintura con un brazo.

—Señor Coleman —se disculpó con la voz cargada de emoción—. No puedo expresar cuánto lamento lo que ha ocurrido hoy. El comportamiento de mi padre ha estado fuera de lugar y tiene mi palabra de que nunca volveré a juntar a su familia con él. Pienso tener una larga discusión con él más tarde.

Mi padre ni se inmutó por la disculpa de Brian.

—Bueno, bien por ti —escupió—. Pero aun así no quiero volver a verte

cerca de mi familia. No fue culpa de tu padre que mis niñas se viesan hoy en esa horrible situación.

—Sí que lo fue, papá. Max publicó nuestra ubicación en internet. Él...

—¡Deja de excusarlo, Ellamara! —Mi padre me lanzó una mirada tan envenenada que hasta Brian se tensó y me abrazó con más fuerza—. No fue Max Oliver el que hizo que Erik Clarke os siguiese en el centro comercial el otro día. No ha sido el padre de Brian el que te ha destrozado la vida y te ha robado toda tu privacidad. Os han bombardeado hoy a las tres por su culpa. —Señaló a Brian con un dedo—. Todo esto ha sido por su culpa, y esto termina aquí.

Puede que afirmar que Brian me había arruinado la vida fuese la gota que colmó el vaso de Brian, pero sospecho que fue más por que mi padre me estuviese gritando, que estuviese pagando su frustración y su cabreo conmigo y, en resumen, que me estuviese culpando por lo que había pasado debido a mi relación con Brian.

—¿Culpa mía? —rugió—. Puedo ser famoso, y puedo haber puesto a Ella en el punto de mira, pero lo que ha pasado hoy no ha sido culpa mía. ¿Ha visto el vídeo? Yo no soy quien sugirió a Ella que me regalase su virginidad por Navidad. ¡Yo no la arrastré hasta una tienda de lencería ni la presioné para que saliese de su zona de confort!

—Brian —susurré, intentando calmarlo un poco.

Pero él no se detuvo.

—¿Quién arrastró a Ella hasta esa tienda y le eligió un montón de lencería? ¿Quién bromeaba con su novio sobre dejarlo elegir ropa interior sexy para ella con tan solo diecisiete años? ¡Esos perversos han atacado a sus hijas por culpa de las malas decisiones de Ana! Si ella no hubiese estado en el centro comercial con Ella la semana pasada, Erik Clarke puede que hubiese conseguido un vídeo gracioso de Ella haciendo el tonto en Barnes & Noble o en Wizards of the Coast. Habrían descubierto mi lado friki y ya está. Nadie estaría pidiendo a Ella que se quitase la ropa para reivindicar algo al mundo, ni le estarían tirando tangas a la cara o desnudándose frente a ella. Hoy solo habrían sido unos cuantos fans deseosos de sacarse una foto con nosotros, y su familia seguiría estando en el maravilloso anonimato. Si quiere culpar a alguien del desastre de hoy, culpe a Ana. Todo esto ha sido culpa suya, y, de hecho, ella ha sido la causa de todas las cosas horribles que ha

tenido que soportar Ella desde que se mudó a su casa. Si tan preocupado está por el bienestar de su hija, dónde demonios estaba usted estos últimos meses mientras su otra hija la torturaba y le hacía la vida imposible, ¿eh? ¿O es que en realidad solo le preocupan las gemelas?

—*Brian.*

Le tiré del brazo para llamar su atención y lo saqué de su retahíla. Él se encogió y respiró hondo varias veces cuando me miró a los ojos.

—Lo siento.

—No pasa nada. Sé qué estás molesto por todo esto, pero no ha sido culpa de Ana. Ella no quería que todo esto pasara. La engañaron y emboscaron igual que a mí.

Eché un vistazo a Ana. Ella, Juliette y Jennifer miraban boquiabiertas a Brian. El semblante de Ana estaba pálido como nunca antes lo había visto. Se percató de que la estaba observando y, en vez de fulminarme con la mirada como esperaba, la desvió hacia el suelo.

—Lo siento —se disculpó Brian de nuevo. Después de volver a coger aire, alzó un poco la voz y dijo—: Ana, lo siento. Ella tiene razón. Tampoco ha sido culpa tuya. No debería haberte echado la culpa; solo estoy frustrado. No quería que le pasara esto a Ella ni a ninguna de vosotras.

—Entonces no deberías haberla involucrado en tu vida —espetó mi padre—. Mientras estés con ella, seguirás haciéndole daño. Continuarás arrastrándola a los medios, y nunca serás capaz de controlarlo. Y, ahora, tu fama está perjudicando al resto de mi familia. No me importa quién sea el culpable de lo de hoy. Lo cierto es que, si no estuvieses saliendo con Ella, nada de esto habría pasado. No puedo prohibirle que salga contigo, pero sí puedo hacer que te mantengas alejado del resto de mi familia. Quiero que te vayas de mi propiedad, y quiero que mantengas las distancias con mi familia. Si no lo haces, te impondré una orden de alejamiento o haré que te encierren en prisión cada vez que te acerques a cualquiera de ellos.

—¡PAPÁ! —No me podía creer que estuviese pasando esto. Sí, mi padre era fiscal, pero nunca imaginé que usaría su influencia para hacer daño a alguien a quien quería—. Estás siendo injusto.

—No, Ella —replicó Brian. Su ira se había esfumado. Estaba tranquilo de nuevo. Negó con la cabeza mientras miraba a mi padre fijamente—. Tiene derecho a proteger a su familia. Lo respetaré.

Quería darle un puñetazo a mi padre en esa cara de suficiencia que tenía. Me tembló el mentón mientras intentaba contener las lágrimas.

—Brian, esto no es culpa tuya. —Respiré hondo e intenté que mi voz dejara de temblar—. No dejes que te haga sentir como si merecieses este trato. Porque no es así.

Cuando Brian esbozó una sonrisa triste, se me detuvo el corazón. Di por hecho que finalmente le afectaron las palabras de mi padre y que iba a romper conmigo por mi propio bien.

—Brian —susurré mientras el color me abandonaba el rostro—. No lo escuches, ¿vale? No me importa la fama. Te lo juro. Tú eres el que más felicidad ha aportado a mi vida aparte de mi madre. Te necesito.

Me sorprendió cuando me abrazó y me dio un beso en la frente.

—Yo también te necesito, Ellamara. No te preocupes; soy demasiado egoísta como para dejarte ir.

Gracias al cielo por que este hombre estuviese tan consentido.

Me estrechó entre sus brazos con fuerza y, luego, se echó hacia atrás para mirarme a los ojos.

—Respetaré la decisión de tu padre, porque está en su derecho de pedirme que me vaya. Pero... —Vaciló, y un destello de inseguridad nada habitual en él cruzó su rostro. Tragó saliva y levantó el brazo para colocarme un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Te vienes conmigo?

—Por supuesto. —¿Cómo podía pensar que no lo haría? Como si quisiese cenar con mi padre el día de Navidad después de lo que acababa de hacer.

—No. Quiero decir... ¿te vienes conmigo de forma permanente? ¿Accederías a mudarte conmigo ahora mismo?

Mi padre ahogó un grito.

—¿Qué?

Ambos hicimos oídos sordos a su arrebató.

—Ves a lo que me refiero cuando te dije que la casa de Vivian no sería segura para ti, ¿verdad? —preguntó Brian—. Adoro a Vivian y a sus padres, y ojalá pudieses irte allí porque sé que serías feliz y estarías cómoda, pero no puedes. Lo siento mucho.

—Lo sé —admití, temblando de impotencia—. No voy a ir a casa de Vivian.

Después de los sucesos de hoy en el cine, me negaba a irme a vivir a algún lugar donde cualquiera pudiese acercarse y mirar por las ventanas. O entrar directamente. Y tampoco quería meter a Vivian o a sus padres en esa clase de embrollo. Ya era bastante malo que Juliette y Anastasia se hubiesen visto envueltas en todo ese drama.

—Entonces, ¿vendrás?

Antes de que me diera tiempo a responder, mi padre se metió en la conversación.

—No, por supuesto que no irá —gruñó—. Ella se queda aquí.

Brian cerró los ojos y respiró hondo para intentar mantener su temperamento a raya una vez más.

—La casa de tu padre es mejor que la de Vivian. Entendería que quisieses quedarte. Pero me sentiría mejor si te vinieses conmigo. —Frunció el ceño—. Sobre todo, porque me acaban de prohibir la entrada a la propiedad.

Al recordarme eso, fulminé con la mirada a mi padre. Él alzó el mentón y se cruzó de brazos; no iba a ceder ni un ápice. Estaba siendo tan imposible como la situación en sí.

—Vale. —Volví a mirar a Brian y me obligué a esbozar una sonrisa—. Está bien. —Solté el aire de mis pulmones cuando realmente asimilé la enormidad de lo que estaba accediendo a hacer—. Vale, sí. Me iré contigo.

Brian abrió los ojos de par en par al oír mi respuesta, como si hubiese dado por hecho que me iba a quedar en casa.

—Estamos juntos en esto —dije, estremeciéndome de miedo. No estaba preparada para esto, pero era lo único que podía hacer—. Te necesito, y si no eres bienvenido aquí, entonces... —Volví a respirar hondo en un intento de calmar los nervios—. Quedarme no es una opción.

Solo por ver la expresión que cruzó el rostro de Brian en ese momento mereció la pena todo por lo que había pasado esta semana. Era una que solo le había visto una vez: cuando cenamos juntos en la FantasyCon. Era el semblante maravillado de un hombre que creía que todos sus sueños acababan de hacerse realidad. Su pequeña y azorada sonrisa me dejó sin respiración. Del mismo modo que el ligero contacto de sus dedos cuando me acunó el rostro.

—Gracias —musitó con voz ronca, y acercó mis labios a los suyos para darme un suave beso—. Prometo ser un perfecto caballero. —Hizo una pausa,

se lo pensó, y la sombra de una sonrisa cruzó su rostro antes de continuar—. La mayor parte del tiempo.

Se me escapó una carcajada silenciosa y medio histérica. Brian advirtió mi miedo y apoyó su frente contra la mía.

—No estés nerviosa —susurró—. Todo esto no tiene nada que ver conmigo, ¿vale? Se trata de lo que tú necesitas. No temas nada de mí.

—Vale. —Asentí y me di mentalmente un discurso motivacional. Confiaba en él. De verdad. Pero aun así estaba asustada y me abrumaba la idea de mudarme con él—. Vale, dame unos minutos para que prepare una bolsa. Ya me preocuparé por lo demás más tarde.

Me soltó y dio un pequeño paso hacia atrás. Lo iba a hacer de verdad. Me iba a mudar con Brian Oliver. Con Cinder.

Miré a mi hermanastra a los ojos.

—Eh... ¿Jules? —dije en voz baja—. ¿Me ayudas a hacer la maleta?

Juliette parecía sentirse igual de abrumada que yo. Se la veía triste, pero lo comprendía. Me regaló una pequeña sonrisa y asintió. Solo había dado un paso cuando mi padre me detuvo. A juzgar por la expresión de su rostro, seguía sin creerse lo que estaba pasando.

—Ellamara, no. Juliette, no te molestes. —Le lanzó una mirada de advertencia y, luego, volvió a negar con la cabeza en mi dirección. Abrió y cerró la boca varias veces, hasta que su semblante enrojeció de ira y frunció el ceño de nuevo—. No te vas a mudar con él. No hace ni dos semanas que lo conoces. Es... es... absurdo. Imposible.

Brian se acercó a mi padre y le devolvió una mirada calmada y confiada.

—Eso no es decisión suya.

Brian habló con respeto, pero mi padre no estaba dispuesto a recibir ningún tipo de orden por parte de él.

—¡Y una mierda que no! Ella es mi hija.

—Es adulta —rebatía Brian—. Y está mejor conmigo.

Mi padre inspiró con tanto ahínco que hasta le silbó la nariz.

—¿Crees que puedes cuidar de mi hija mejor que yo?

Mi padre rechinaba los dientes con tanta fuerza que creo que escupió la pregunta con la mandíbula cerrada por completo. Brian también se puso tenso y se inclinó hacia él; parecía un pitbull a punto de atacar.

—Sin duda —gruñó—. Ya llevo tres años siendo el hombre más importante de su vida. Puede que usted la haya traído al mundo, pero no merece llamarse su padre.

El rostro de mi padre pasó del rojo al morado.

—¿Cómo te atreves a sugerir que no me merezco...?

—¿Cómo se atreve a suponer que sí! —gritó Brian—. No tiene ningún derecho a regañarle por sus elecciones ni a intentar decirle lo que tiene que hacer. Ella es diez veces más adulta que usted a su edad. ¿Quiere darnos una charla a Ella y a mí sobre nuestra relación? ¡JA! A su edad, usted dejó embarazada a una mujer que ni siquiera era su novia y, luego, culpó a su hija cuando la mujer se negó a abortar. Como si fuese culpa de Ella que no tuviese ningún autocontrol.

Todos ahogaron un grito menos yo. Era incapaz de respirar lo suficiente como para hacerlo. Estaba petrificada y atónita mientras observaba cómo se estrellaba nuestro tren. No intenté detener a Brian. Desde que se conocieron, no le había gustado la actitud de mi padre. Había sido horrible, sentencioso e injusto con Brian desde el principio y, francamente, Brian se merecía despotricar contra él para variar.

—Ni siquiera tuvo los huevos de divorciarse de su mujer antes de ponerle los cuernos. Ni tampoco se molestó en despedirse de su hija cuando finalmente decidió abandonarla. La dejó tirada durante *diez años*, capullo. No es más que un cobarde irresponsable e infiel que nunca quiso a su hija. No tiene ni idea de quién es Ella ni de lo que necesita. Así que no. No se la merece, y por supuesto que puedo cuidar de ella mejor que usted. ¡Ya lo hago!

El pecho de Brian subía y bajaba mientras intentaba recuperar la compostura ahora que ya había dicho todo lo que tenía guardado dentro. Cuando vio mi expresión sorprendida, volvió a ofrecerme la mano. Esta vez no se disculpó por las cosas que había dicho en caliente. Dudaba que fuese a disculparse alguna vez. No lo sentía ni lo más mínimo.

—Muy bien —escupió mi padre cuando volví a tomar la mano de Brian. Esta vez, nos atravesó a ambos con la mirada—. Si tanto la quieres, entonces llévatela, maldito hijo de puta. Y adiós muy buenas.

Cogí aire de golpe y casi me ceden las rodillas del dolor que me atravesó el pecho. Mi bastón de chuches era lo único que me mantenía en pie hasta que Brian me rodeó con el brazo y me estrechó contra su pecho.

—Ella quizá esté dispuesta a aguantar tus gilipolleces —continuó mi padre—, pero mi familia no. No quiero que vuelvan a estar expuestas, así que vete de aquí de una vez y no vuelvas jamás.

Esperé a que las lágrimas llegasen, pero no lo hicieron. En ese momento, estaba demasiado bloqueada como para llorar. Me había hecho muchísimo daño esta vez. Mi padre se contuvo cuando vio la expresión de desolación en mi rostro, pero ya era demasiado tarde. Después de eso, una disculpa no significaría nada para mí.

—¿Tu familia? —pregunté. Mi voz sonaba tan vacía como yo me sentía—. Así que, una vez más, todo se reduce a ti y a tu familia, y a mí. Dos cosas separadas. Y solo estás reclamando una de las dos.

Tras darse cuenta de su error, su rostro se ensombreció y pronunció mi nombre a modo de disculpa estrangulada. Cerré los ojos con fuerza y negué con la cabeza; no quería oír sus excusas.

—No, lo entiendo. Adiós muy buenas para mí. Soy un problema que tu familia de verdad no ha pedido. Ni tú tampoco. ¿No es cierto?

—Ella, yo no he dicho eso.

—¡No hacía falta! —chillé.

Se me quebró la voz, y Brian me abrazó con más fuerza todavía. Me sujetaba tan fuerte que apenas podía respirar, pero ojalá pudiese apretujarme más. Me estaba rompiendo en pedazos, y él era el único que los mantenía unidos.

—No te preocupes, papá —murmuré. La voz me temblaba tanto de ira como de desesperanza—. Ya has conseguido lo que siempre has querido. Te has librado de mí. Estás absuelto. Ya no soy tu problema.

—Ella... yo no...

—No. —Asentí en dirección a Jennifer y a las gemelas. Ana seguía pálida, y tanto Jennifer como Juliette tenían lágrimas en las mejillas—. Cuida de ellas. Son a las que quieres de verdad. Las elegiste a ellas, al fin y al cabo. Ahora me toca a mí decidir. No te he necesitado durante años, y ahora tampoco te necesito. Brian estuvo ahí cuando tú no. Él me quiso cuando tú no. Él me quiere sin condiciones, mientras que tú eres incapaz.

Hice una pausa; una parte de mí esperaba que mi padre me corrigiese. No lo hizo. Fue otra puñalada en el corazón, pero no me sorprendió. Asentí al aceptar la verdad y susurré:

—Si tú puedes elegir una familia nueva, entonces yo también. —Separé el rostro del pecho de Brian y lo miré a los ojos—. Si me aceptas.

Brian cerró los ojos al tiempo que volvía a apoyar mi cabeza contra su pecho. Temblaba un poco mientras me abrazaba.

—Siempre —me prometió con vehemencia—. Lo sabes.

Asentí contra su pecho, y mis ojos por fin se anegaron en lágrimas. Me sentía tan herida por las puñaladas de mi padre que la total y completa devoción de Brian fue igual de profunda que mi congoja. Estaba tan abrumada por su amor que apenas podía respirar. Los sentimientos que me provocaban el rechazo de mi padre y la aceptación de Brian eran tan intensos que me sentía al borde del colapso. Temblaba tanto que hasta los dientes me castañeteaban.

—¿P-podemos p-por f-favor i-irnos d-de a-aquí? —tartamudeé.

Brian me guio de vuelta a la limusina sin pronunciar palabra. Mientras me abría la puerta, me negué a mirar atrás, ni siquiera cuando mi padre me llamó con tono de súplica.

—Ella, espera.

Fue Brian el que respondió.

—No. —Su voz sonó tan fría, dura y afilada como el hielo—. Esto se ha acabado. Esta es la última vez que le partes el corazón.

La afirmación era más bien una advertencia. Una que ni siquiera mi padre, un hombre que se reía de las amenazas que le profesaban los delincuentes más peligrosos del estado, se atrevió a contradecir.

—Vámonos, Ella.

Al oír su dulce susurro, me subí al vehículo. Él se acomodó a mi lado, le dio la dirección al conductor y me abrazó en silencio durante todo el camino hasta su casa.

Después de cruzar el umbral de la puerta de casa de Brian y de que esta se cerrara a nuestras espaldas, la realidad de todo lo que acababa de suceder por fin me dio de lleno en la cara.

—Lo ha vuelto a hacer —susurré. Di un paso y trastabillé debido al entumecimiento de mi cuerpo—. Me ha abandonado. Me ha dicho que me vaya. Ha elegido a su nueva familia por encima de mí. *Otra vez.*

Brian parecía tan atormentado y desolado como yo.

—Ella, lo siento mucho.

Me envolvió entre sus brazos y, esta vez, cuando enterré mi rostro en su pecho, el muro que contenía mis emociones por fin se derrumbó. Sollocé con tanta violencia que apenas me di cuenta de que Brian me levantó en brazos y me llevó hasta su cama. Me tumbó y, luego, se acomodó a mi lado. Me acurruqué contra él y me rompí en un millón de pedazos.

—Estoy aquí —susurró Brian mientras me abrazaba—. Te tengo, Ellamara, y no te voy a soltar nunca. Nunca.

Y no lo hizo. Ni cuando lloré envuelta en sus brazos durante horas, ni tampoco cuando por fin me quedé dormida. Se quedó en la cama toda la noche, abrazándome fuerte. Nos perdimos la cena, y tampoco nos molestamos en cambiarnos de ropa. Brian ni siquiera se levantó para ir al baño. Literalmente, me abrazó y no me soltó hasta mucho después de que el sol saliese a la mañana siguiente.

Capítulo 15

Brian

Cuando me desperté al sentir que Ella se acurrucaba contra mí como si inconscientemente quisiese sentir la calidez de mi cuerpo, me di cuenta de que era un cabrón con suerte. Había ganado lo que su padre había perdido. Ella no habría accedido a mudarse conmigo de tener otra opción. Sabía que no estaba preparada, aunque no entendía por qué.

Puede que fuera un capullo por estar agradecido de que se hubiese visto forzada a hacerlo, pero no me sentía mal por haber conseguido lo que quería. Aquí estaba más segura, y yo la quería conmigo. La quería en mi cama cada noche. Quería que fuera lo primero que viera al despertar cada mañana. La quería siempre a mi lado: pasando tiempo juntos, riendo juntos, tomando decisiones juntos y haciendo el amor. Me casaría con ella en este instante si pensase que la ayudaría, pero estaba seguro de que proponerle eso la asustaría todavía más.

Ella se despertó y se estiró, lo cual me devolvió a la vida real. Le besé la frente y esboqué una sonrisa cauta. No sabía qué estaría pensando.

—Buenos días.

Me miró somnolienta y jadeó al darse cuenta de que estábamos acurrucados en la cama. Abrió los ojos como platos y me acarició el estómago despacio, como si necesitase confirmar que había dormido sobre mi torso desnudo y estuviese demasiado avergonzada como para mirar. Sus dedos llegaron a mi ombligo y soltó un pequeño chillido. Era adorable.

—No te preocupes. Aún tengo puestos los pantalones y lo único que te quité fueron los zapatos.

Sus ojos por fin se desviaron hacia mi pecho y se apresuró a alejarse de mí, pues necesitaba algo de espacio. Sentí frío al instante y eché de menos sentirla contra mí, pero dejé que se apartara. Ella se levantó jadeando.

—Dios mío, anoche me fui de casa —murmuró, frenética. Se giró para mirarme con los ojos muy abiertos, presa del pánico—. He renegado de mi padre y me he ido de casa. Ni siquiera hice una maleta. No tengo ropa ni cepillo de dientes ni...

—Oye. —Me levanté y la estreché entre mis brazos—. No pasa nada. Todo irá bien. No hay por qué agobiarse.

Ella comenzó a temblar, así que alcé su barbilla con suavidad y la obligué a mirarme.

—Todo irá bien, Ella. Estoy aquí. Estamos juntos en esto y solucionaremos las cosas. Poco a poco, ¿vale? —Ella cogió una bocanada aire—. ¿Vale?

Finalmente asintió.

—Vale. —Le sonreí—. Primero, estoy bastante seguro de que tengo un cepillo de sobra por algún lado; y segundo, me parece bien que la ropa sea opcional.

Como ya sabía que pasaría, eso la hizo reaccionar.

—Sí, claro —resopló—. Buen intento.

Me reí. Me lo ponía demasiado fácil.

—Tenía que intentarlo.

Ella puso los ojos en blanco, pero logró sonreír. Y cuando apoyé los cojines contra el cabecero, me eché hacia atrás y abrí los brazos, ella se acurrucó sobre mí sin dudar. Se acomodó contra mi pecho y apoyó su cabeza en mi hombro; simplemente nos abrazamos el uno al otro durante varios minutos.

Estaba tan cómodo que se me cerraron los ojos. Debí de haberme quedado dormido del todo, porque me llevó un segundo entenderla cuando finalmente habló.

—¿Y ahora qué hacemos? —interrogó.

Gemí y la acaricié con la nariz hasta tenerla donde quería. El único plan

que tenía era quedarme así durante el resto del día. Bueno, quizá añadiese comida en algún momento a la ecuación.

—Ahora... nada —murmuré—. Estoy bien.

Ella se rio suavemente y yo le dediqué una sonrisa perezosa.

—Lo digo en serio. Ahora sí que tengo todo lo que quiero. Estaba bromeando cuando dije que te quería a ti por Navidad, pero ya que has decidido tomarlo de forma literal, acepto sin dudar y no puedes echarme para atrás. Ahora tienes que quedarte conmigo.

—Ja, ja, Señor Divertido.

Prácticamente sentí cómo ponía los ojos en blanco, y aquello despertó la parte de mí que siempre se tomaba su sarcasmo como un desafío personal.

—No bromeo.

Si mi tono de voz no la alertó de mi cambio de humor, el fuego que ardía en mis ojos cuando junté nuestros labios sí lo hizo. Me sorprendió gratamente que me devolviera el beso con entusiasmo. Se inclinó hacia mí y me rodeó el cuello con los brazos, facilitándome que la colocara en mi regazo.

Debido a su cadera mala, no sabía si podría sentarse a horcajadas sobre mí como yo me moría por que hiciese, así que la acomodé de lado encima de mí y la acuné. Separó los brazos, y enterró una mano en mi pelo y posó la otra en mi pecho.

Escalofríos me recorrieron los brazos cuando Ella se permitió a sí misma explorar mi cuerpo por segunda vez. Sus caricias eran tímidas y apenas rozaba mi piel con las yemas de sus dedos; pero, a pesar de querer mucho más, me olvidé de mis necesidades porque no quería asustarla y hacer que se detuviese. Ella tenía que ser la que marcara el ritmo.

Deslizó la mano por mi pecho y llegó hasta mis abdominales, para después seguir la línea desde mi ombligo hasta la cinturilla de mis vaqueros. Pasó los dedos una y otra vez por esa zona, como si disfrutase del tacto del fino vello. La sensación fue tan increíble que puse los ojos en blanco.

Ninguna mujer había ejercido tanto poder sobre mí físicamente hasta el punto de hacerme perder el control con un simple roce. Eché la cabeza hacia atrás para apoyarla contra el cabecero de la cama y tomé una gran bocanada de aire.

Sus dedos se alejaron de mi cuerpo de inmediato.

—No pares, por favor —murmuré—. No te haces una idea de lo mucho que me encanta que me toques.

Abrí los ojos justo a tiempo para ver cómo enrojecía. Cuando clavó sus ojos en mí, giró la cabeza y se mordió el labio. Le alcé la barbilla y esperé a que volviese a mirarme. Tenía las mejillas sonrojadas, pero finalmente me devolvió la mirada.

—Solo para lo que estés preparada —le prometí al tiempo que mantenía sus preciosos ojos azules fijos en los míos—. Nunca más allá de eso, ¿vale? Si me dices que pare, me detendré.

Nos miramos unos segundos más y, entonces, se humedeció los labios y asintió brevemente.

—Vale —susurró.

Se mordió el labio inferior y permaneció inmóvil, como si no supiese qué hacer a continuación. Le cogí la mano, le besé la palma y la coloqué sobre mi torso, guiando sus dedos por mi piel y rozando su pulgar por uno de mis pezones porque antes había sido demasiado tímida para tocarme ahí. Ella se estremeció y tragó saliva.

Hice todo lo posible para controlar mi excitación. Nunca había tenido que hacer algo así. Ni una vez había tenido que insistir a una mujer o animarla a tocarme. Perdí la virginidad a los quince, cuando una actriz de diecisiete años con la que trabajaba en ese momento se lanzó sobre mí. Yo, siendo el estúpido y ansioso adolescente que era, dejé que me introdujese en un mundo para el que no estaba preparado.

Era demasiado joven e inmaduro como para darme cuenta, pero mi madre ya estaba en Wisconsin por aquel entonces y a mi padre no le importaba lo suficiente como para darme algún tipo de consejo que mereciese la pena. Después de hacerlo, me sentí abrumado. Cuando se lo conté a mi padre, se limitó a darme una palmada en la espalda y me felicitó por convertirme en un hombre y, además, haberlo hecho por primera vez con una tía buena que era mayor que yo y que podía enseñarme lo básico.

La primera vez marcó un precedente en mi vida sexual. Las mujeres se abalanzaban sobre mí y yo dejaba que hicieran lo que querían porque me sentía bien; estaba solo y, de alguna forma, buscaba una conexión más profunda. A medida que pasaban los años me sentía más seguro de mí mismo y, ahora, no me importaba estar al mando en la cama, pero no quería

convertirme en aquella mujer de diecisiete años que se aprovechó de alguien más joven e inexperto.

Todavía con sus dedos sobre mi piel, pregunté:

—¿Quieres parar?

Volvió a mirarme, y esperé. Mi cuerpo ansiaba más, pero esto era para ella, no para mí. Ella volvió a morderse el labio y negó con la cabeza.

—¿Podrías decirlo, por mí? —Necesitaba su confirmación verbal para asegurarme de que no la estaba presionando—. En voz alta.

Ella respiró hondo.

Yo esperé un poco más.

—No quiero parar —susurró.

Jamás había escuchado unas palabras tan *sexys*.

Presioné con firmeza su mano contra mi pecho para instarle a que la dejara allí; luego, la solté y levanté el brazo para acariciarle el rostro.

—Bien —dije antes de besarla en la comisura de los labios—. Porque de verdad, de verdad que no quiero parar aún.

Acaricié su mandíbula con los labios y empecé a repartir besos por su cuello. Ella volvió a estremecerse, pero pronto recuperó el valor que sintió antes de bloquearse.

Tras varios maravillosos minutos, estaba a punto de estallar. Que me tocara así, sentir tanto su vulnerabilidad como su deseo, era enloquecedor. Necesitaba saborearla, sentirla todavía más. La tumbé de nuevo en la cama sin romper el apasionado beso en el que estábamos inmersos.

Ella jadeó con suavidad cuando me incliné sobre ella y apoyé gran parte de mi peso sobre ella, hundiendo el colchón. El estremecimiento de placer que experimentó me dijo que era un jadeo de los buenos, así que intensifiqué el beso y dejé que mis manos vagasen a su aire.

Ella aún estaba vestida con el suéter de manga larga y los vaqueros ceñidos del día anterior. La cubrían de pies a cabeza. Sabía que tenía que dejarle la ropa puesta, pero me permitió acariciarla libremente sobre las prendas más de lo que había esperado en un principio. No me detuvo hasta que me apreté contra ella para aliviar la presión que sentía bajo los pantalones.

—*Brian*. —Jadeó de tal forma que me aseguró que le gustaba sentirse así

a pesar de lo abrumada que estaba—. Vale, ya estoy lista para parar.

Inhalé con fuerza y me separé de ella de inmediato. Le di un último beso y, después, me situé de costado a su lado. Ella estaba tumbada bocarriba y miraba al techo mientras trataba de coger aire. Era increíble verla con el pelo revuelto, los ojos hinchados y la cara sonrojada.

Cogí su mano y me la llevé a los labios antes de entrelazar nuestros dedos y dejarlos sobre mi pecho. Me veía incapaz de soltarla. Habíamos dejado de besarnos, pero todavía la necesitaba de cualquier forma posible. Ella miró nuestras manos y se llevó la que le quedaba libre a su cara sonrosada.

—Lo siento —susurró, esquivando mi mirada por la vergüenza.

Deseaba desterrar esa mirada para siempre. No quería que se sintiese mal por no estar preparada para hacerlo. No es algo por lo que debería disculparse. De ser así, significaba que aún la presionaba demasiado. Podría decírselo, pero no quería que sonara como un sermón, así que decidí que el humor era la mejor opción.

—Yo no. He llegado a la segunda base.

Le regalé mi sonrisa más traviesa y arqueé las cejas. La táctica funcionó. Durante una milésima de segundo, vi que estaba sorprendida, pero después puso los ojos en blanco y sonrió.

Acaricié su mejilla sonrosada y pasé el pulgar por sus labios hinchados.

—Ellamara, eres la mujer más hermosa que he visto nunca —murmuré. Le di un suave beso y me alejé de nuevo. Mis ojos se dirigieron a su coronilla y no pude evitar añadir—: Con el pelo revuelto más escandaloso que jamás haya visto.

—Anda, cállate.

Volví a tomar su mano después de que me diese un suave golpe.

—Lo digo en serio. Eres preciosa, y no me puedo creer que vaya a despertarme contigo cada mañana a partir de ahora.

Ella palideció, lo cual me recordó que aún quedaba algo de drama por solucionar. Teníamos que aclarar varias cosas. Suspiré.

—Supongo que es momento de tener la conversación que me prometiste el otro día.

Capítulo 16

Brian

Ella sabía exactamente de lo que hablaba. Cerró los ojos y gimió mirando hacia el techo.

—No sé qué decir. Sé que no te importan mis cicatrices y dices que quieres ser paciente conmigo con respecto al sexo, pero...

—Olvídate del sexo y las cicatrices. No me refería a eso.

Ella frunció el ceño. Le sonreí y volví a entrelazar nuestros dedos.

—Sé que te avergüenzan las cicatrices y el sexo. No estás lista para compartir ninguna de esas cosas conmigo y no pasa nada; lo entiendo. Lo apoyo. No quiero que te preocupes por eso. Cuando estés preparada, sucederá. Es así de fácil.

Ella se sonrojó, porque eso era lo que hacía siempre que sacaba a colación el tema del sexo. Pero su cara todavía reflejaba su confusión.

—¿Qué más hay?

No estaba seguro de poder explicarlo con palabras. La otra mañana había puesto las noticias mientras preparaba el desayuno y, cuando los presentadores mencionaron la primera entrevista pública de Ella desde el estreno, casi derramé el café en la encimera. No tenía ni idea de a qué se referían. Por lo que yo sabía, no había dado ninguna. Cuando hablaron de Erik Clarke y su web, casi di un puñetazo a la pared. Sabía a qué jugaba ese capullo, lo bien que se le daba, y era capaz de imaginar lo mucho que mi divertida, juguetona, enérgica y sincera Ella le confiaría a un tipo como ese.

Cuando vi el vídeo, sentí como si me hubieran abofeteado en la cara con un todoterreno. Lo que me entristeció no fue las cosas que dijo Ella, sino las que no.

—Es normal que no estés lista para compartir tanta intimidad enseguida, Ella. Pero cuando hablaste en ese vídeo, sonabas asustada y confundida sobre nosotros.

Ella negó con la cabeza.

—No lo estoy.

Quería creerla, pero había algo que me lo impedía. Todavía se contenía.

—Pero lo estás —insistí—. Al menos, en cierta medida. Lo noto. Te asusta vivir conmigo. Hay algo sobre nosotros, sobre nuestra relación, con lo que no estás segura o cómoda.

Ella se mordió el labio, y aquello hizo que se me revolviera el estómago. Tenía razón. Había algo que le preocupaba. Automáticamente empecé a pensar en mi vida de locos. Me aseguró que la fama no le importaba, pero tras lo sucedido ayer, quizá se preguntaba si estar conmigo era un error.

—Ella... sea lo que sea... por favor, dímelo. —Me preparé. No podría dejar que se quedara conmigo si no quería mi estilo de vida. La quería demasiado como para tenerla prisionera. No quería dejarla ir, pero si eso era lo que necesitaba... —. No quiero que haya secretos entre nosotros. No quiero que te contengas. Sea lo que sea que sientas, quiero saberlo. Y te prometo que, sea lo que sea, encontraremos una forma de solucionarlo. Si tengo que dejar mi carrera y mudarme a Alaska y vivir bajo una piedra, o someterme a una cirugía estética para que nadie me reconozca, lo haré.

Ella sonrió y me apretó los dedos.

—Tu inseguridad es adorable —exclamó, para mi sorpresa—. Y lo agradezco. Me hace sentir más normal. —Sacudió la cabeza—. Ya te dije que la fama no me importa. Lo que pasó ayer en el cine fue terrible, pero no fue nada comparado con tenerte a mi lado ayer cuando mi padre me rechazó. Tu fama nunca podrá borrar la forma en que diste un paso adelante y afirmaste que era tuya cuando él no me quería. Nunca se sobrepondrá a la manera en que me abrazaste toda la noche mientras lloré durante horas. La fama es un precio muy pequeño que pagar, y permaneceré con gusto a tu lado pase lo que pase si eso es lo que supone estar contigo.

Joder, esta mujer iba a matarme. Se me contrajo tanto el pecho que fui

incapaz de respirar, y sentía el pulso en mis oídos. Jamás pensé que podría sentirme así. Creía que entendía el amor. Ella me había importado durante tanto tiempo que me había convencido de que sabía lo que era, pero esto... esto era mucho más que cualquier cosa que hubiera imaginado.

Carraspeé para bajar el nudo de emociones que tenía en la garganta.

—Entonces, ¿qué pasa? No soporto pensar que estás asustada o confusa por algo, sobre todo si tiene algo que ver con nosotros. Por favor, habla conmigo.

Ella debió detectar mis sentimientos a flor de piel, porque se inclinó hacia delante y posó sus labios sobre los míos. Después de darme un rápido beso, se acurrucó a mi lado. Apoyó la cabeza en mi hombro y puso la mano sobre mi pecho. Me sentí tentado de colocar su muslo sobre el mío como cuando nos habíamos despertado esta mañana, pero puede que no fuera capaz de detenerme, y no era momento de volver a empezar algo.

—No me siento insegura acerca de nosotros —insistió en cuanto se acomodó—. De hecho, puede que nuestra relación sea lo único de lo que estoy segura. —Alzó la cabeza para mirarme a los ojos—. Y tú no me asustas.

Arqueeé una ceja cuando dijo eso.

Ella negó con la cabeza.

—De verdad. Te lo prometo. No es eso. Es solo que... —Suspiró e, inconscientemente, empezó a acariciarme el pecho con los dedos. El ligero roce de sus uñas me dio escalofríos de nuevo.

—¿Solo que qué? —susurré con voz entrecortada.

—Creo... creo que estamos en puntos diferentes ahora mismo.

Como necesitaba el contacto físico tanto como ella, empecé a recorrer la longitud de su brazo con la mano.

—¿A qué te refieres?

—Sé que estás listo para nuestro «Felices para siempre» —afirmó—. Quieres jugar a las casitas y hacer cosas de adultos.

Sonreí ante la imagen mental que acababa de poner en mi cabeza. No se hacía una idea de lo mucho que quería eso con ella.

—Me encanta que quieras esa vida conmigo, y yo también la quiero, de verdad.

—¿Pero...? —insistí.

—Pero... aún no estoy preparada. —Volvió a suspirar—. Nunca he vivido por mi cuenta. Todavía no he tenido tiempo para madurar. No estoy preparada para llevar una vida adulta.

Empezaba a entender a qué se refería, y tenía razón. Había una diferencia entre convertirse en adulto y madurar.

—Se supone que hay una transición entre ser una adolescente que vive en casa de tus padres y tener una casa con una valla blanca, dos niños y un perro.

—Gato —dije, y solté una risita.

—¿Qué?

—Prefiero los gatos —admití, avergonzado—. Los gatitos son más monos y, después, crecen hasta convertirse en gatos energéticos y fantásticos.

Ella alzó la cabeza de mi pecho para mirarme y frunció los labios hasta que finalmente se echó a reír, a pesar de sus esfuerzos por contener la risa.

—Vale, gran estrella del cine. Algún día tendrás un gatito suave y pequeño.

Mi sonrisa se ensanchó. Iba a llevarla a la protectora de animales esta semana.

—Volvamos al tema —dijo, y puso los ojos en blanco antes de volver a colocar la cabeza en mi hombro.

—Lo siento. —En realidad, no lo sentía tanto. No quería tomarme el tema a la ligera, pero estaba muy contento. Hablaba de un futuro juntos que nunca pensé que iba a tener. Cuando me convertí en una superestrella, di por hecho que terminaría como mi padre. Supuse que esa sería mi única opción. La casa de Ella con los niños y la valla blanca me hizo pensar en todo tipo de posibilidades. Quizá fuera posible tener mi carrera y el típico sueño americano.

—Creo que necesito esa transición. No he estado bien desde el accidente; física, psicológica o emocionalmente.

Al instante, me sentí como un idiota por tomarle el pelo, así que dejé de lado la actitud juguetona y le di un beso en la sien para que supiera que me lo tomaba en serio. Tomó una profunda bocanada de aire y exhaló despacio.

—Necesito tiempo para adaptarme. Por una vez en mi vida, necesito estabilidad, un ambiente en el que me sienta segura y al mando.

—Puedo proporcionarte eso —le prometí.

Su mejilla se movió contra mi pecho y noté su sonrisa cuando me respondió.

—Lo sé. Ese es el problema. Tengo miedo de que hagas tu trabajo *demasiado* bien. Mientras que yo soy el pajarillo que acaba de volar del nido, tú ya has construido el tuyo y buscas un pájaro hembra para poner huevos. — Me reí por la metáfora, y Ella frunció el ceño—. Has estado solo durante años y por fin estás entrando en terreno de adultos.

Resoplé.

—Mi padre estaría encantado de oír eso. Me ha llamado estúpido inmaduro durante años, diciéndome que *madurara*.

—Quizá debería mirarse al espejo —espetó Ella en voz baja.

Volví a soltar una carcajada y la abracé.

—Oye. Entiendo a lo que te refieres y quizá tengas algo de razón, pero puedo esperar. ¿Qué importa pasar unos años más siendo un estúpido inmaduro?

Ella me golpeó el pecho.

—Calla. Lo digo en serio.

—Lo sé. —Puse la mano sobre la suya y la mantuve contra mi pecho—. Yo también hablo en serio. No bromeaba cuando te dije que podemos ser compañeros de piso. Si es lo que necesitas para sentirte cómoda, podemos ir despacio. Joder, me llevó tres años reunir el valor para darte mi número.

—Ya —se burla Ella—. Y, después, tardaste una semana en pedirme que me mudara contigo.

La chica tenía razón. Había tardado tanto porque temía decirle quién era. Había conseguido algo bueno en mi vida y pensaba que revelar mi identidad lo arruinaría. En cuanto supe que no sería así, enseguida me propuse recuperar el tiempo que había perdido durante esos tres años.

—Vale, de acuerdo. No ha sido despacio. Pero ahora puedo tener paciencia. Estoy totalmente a gusto con nuestra situación actual.

—Claro que lo estás. Te has salido con la tuya, famoso mimado.

Sonreí para mis adentros, incapaz de ocultar mi orgullo. Sí que me había salido con la mía. Tenía exactamente lo que quería y estaba en las nubes por eso. No lo había hecho a propósito, así que no iba a sentirme mal por ello.

Ella alzó la mirada y me pilló con una sonrisa triunfante. Su rostro se

tornó exasperado.

—Eres imposible.

—Por eso me quieres.

Dudo que quisiera sonreír cuando dije eso, pero lo hizo. Incliné la cabeza y la besé.

—Entiendo lo que dices y te prometo que seguiré tu ritmo de aquí en adelante. Tienes todo el control de la relación, mujer. Te conozco. —Cuando arqueó una ceja, sonreí—. No eres la única que sabe dónde se estaba metiendo. Pero no te preocupes. Renuncio a mis pantalones. Eres bienvenida a llevarlos.

Volvió a golpearme. Esta vez, con más fuerza. Valió totalmente la pena.

—Eres un tonto, Cinder.

Aquello pudo conmigo. Me llamó *Cinder* con ese acento de Boston suyo, como hace de vez en cuando, y mi boca estuvo sobre ella antes de que pudiese decir nada.

Me dio el gusto durante un minuto, pero luego nos separamos y se sentó. Supongo que nuestra sesión de besos matutinos había acabado. No pasaba nada. Teníamos todo el día —toda la vida, más bien— para tener más momentos así. Las sesiones del mediodía, la tarde, el crepúsculo y la noche también me parecían bien. Si quería parar para desayunar y tomarse una taza de café, no me iba a quejar.

—Bueno... —Exhaló y se pasó una mano por el pelo desordenado mientras observaba la habitación.

Nunca la había visto ya que se encontraba en el piso de arriba. Le había enseñado la planta principal la primera vez que vino, pero no habíamos subido porque era algo difícil para Ella. No estaba seguro de qué haríamos acerca de eso, pero cada cosa a su tiempo.

La habitación no era nada del otro mundo. Tenía la misma decoración moderna que el resto de la casa. Tonos fríos con un toque de colores vivos aquí y allá. Una cama extragrande con mesillas a ambos lados, una televisión en la pared, puertas correderas de cristal que llevaban al balcón, una silla en la esquina... muy básico.

—Hogar dulce hogar, supongo —murmuré al tiempo que me encogía de hombros—. Nada elegante. Compré la casa ya amueblada hace poco más de un año y no me molesté en redecorarla.

Asintió como si eso lo explicara todo.

—Está bien; solo es algo... impersonal.

—Ya, no es algo que hubiera escogido, pero tenía prisa por irme de casa sitio y esta tenía todo lo que buscaba. Está aislada, tiene una valla privada alta gracias a la cual no se ve nada excepto el tejado desde la carretera, y hay cámaras y una alarma de última generación por toda la propiedad.

—¿Así que nada de acosadores mirándote por la ventana o *paparazzis* sacando fotos con las cámaras a tope de *zoom* desde árboles cercanos?

—Exacto. Siento que no haya una habitación en la planta baja. Ni siquiera lo había pensado.

Ella negó con la cabeza.

—Ya lo solucionaremos.

—O podría llevarte a la cama cada noche —dije, y meneé las cejas de manera sugerente para quitarle hierro a la oferta.

Puede que por ahora esa fuera nuestra única opción, pero sabía que ella odiaría la idea. Si iba a vivir conmigo, quizá fuera hora de volver a llamar al agente de la inmobiliaria.

Había algo muy atrayente en la idea de que Ella y yo buscásemos casa juntos y eligiéramos algo que quisiéramos ambos; discutir sobre colores y negociar lo que debía tener. No me cabía duda de que querría una cocina grande y un buen baño principal, mientras que yo solo quería un garaje lo bastante grande como para albergar una futura colección de coches y un gran patio trasero para las visitas. Pero no tenía intención alguna de mencionárselo a Ella, teniendo en cuenta que acababa de prometerle que no actuaría como un adulto. Buscar casas para nuestro primer nido de amor, donde algún día formaríamos una familia, entraba en esa categoría.

Interrumpió mis ensoñaciones con un suspiro.

—Es solo una cosa más que añadir a la lista de cosas que hacer, pero podemos lidiar con eso más tarde. Ahora... —Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Un momento después, se frotó las sienes y volvió a suspirar con pesadez—. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—¿Y si *no* empezamos? —le sugerí mientras me tumbaba en la almohada y apoyaba la cabeza en el brazo. Cuando me lanzó una mirada poco impresionada, sonreí y la acerqué a mí—. ¿Y si hoy solo nos quedamos

tumbados todo el día y fingimos que no existe nada fuera de esta habitación? La vida pronto volverá a su curso, pero no es necesario que sea hoy. Creo que, después de lo de ayer, nos hemos ganado un día de tranquilidad.

Ella sonrió como si le gustara la idea tanto como a mí y volvió a acurrucarse contra mi cuerpo, pero entonces frunció el ceño y le cambió la expresión.

—Puede que la vida vuelva pronto a su curso para *ti*. Pero, en realidad, yo no tengo vida. Ya he hecho los exámenes y no tengo instituto, ni trabajo, ni planes de futuro...

Lo dijo como si fuese algo malo. A mí me parecía el paraíso.

—Tienes tiempo para decidir qué quieres hacer.

—Supongo que podría empezar la universidad. Pronto comenzará un nuevo semestre. Podría matricularme a un par de asignaturas en la universidad pública para mantenerme ocupada mientras me decido.

Me estremecí. Iba a tener que explotar esa burbuja y, de nuevo, era debido a mi vida.

—Puede que, de momento, no sea una buena idea. Después de lo mal que fueron las cosas ayer, creo que toda esta expectación tardará un poco en calmarse.

Ella se tensó a mi lado y habló con voz cortante, mostrando su frustración.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Quedarme encerrada en esta casa como una prisionera? ¿Soy una princesa encerrada en su torre? ¿Así será nuestra vida a partir de ahora?

—No es para siempre —le prometí, y le aparté el pelo de la cara. Parecía que ambos nos calmábamos cuando la tocaba—. Imagínate que somos Bonnie y Clyde y tenemos que mantener perfil bajo durante un tiempo. Podemos salir, pero de forma imprevista. Probablemente no quieras tener algo tan rutinario como horarios de universidad hasta que dejes de salir en todos los medios. Las cosas se calmarán, como has dicho, aunque puede que tarde un tiempo. Además, tenemos que instalarte y en unas semanas tienes prevista una operación. Ya tienes bastante de lo que preocuparte por ahora. La universidad puede esperar un semestre.

Ella se levantó como si acabase de despertarse de una pesadilla.

—¡Oh, mierda! —Me lanzó una mirada llena de pánico—. ¡Mi operación! No puedo dejar que mi padre siga pagando todos los gastos médicos. No

después de haber cortado lazos con él.

¿Por eso estaba tan preocupada?

—Ella, tranquilízate. Eso no supone ningún problema. Transferiremos todo a mi cuenta. Puedo ocuparme de cualquier deuda pendiente y le pediré a Scott que investigue lo de meterte en mi póliza de seguros. Apuesto a que podré añadirte si vivimos juntos y, si no, lo pagaremos según llegue.

Ella palideció y vi cómo trataba de encontrar la forma de rechazar mi oferta.

—Brian... —Frunció el ceño todavía más al tiempo que intentaba dar con las palabras adecuadas. Al final, se limitó a sacudir la cabeza—. No puedo dejar que hagas eso. Es demasiado.

—Ella, gané quince millones solo con *El príncipe druida*, y mis agentes ya me han asegurado que podrán conseguir treinta por cada una de las cuatro siguientes. Y eso ni siquiera incluye mis ahorros, inversiones, *royalties* ni derechos subsidiarios. Créeme, *no* es mucho.

Me atravesó con la mirada.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Ignoré su mirada. Ella se había criado con una madre soltera y siempre habían vivido de manera austera. Por eso era tan independiente. La admiraba por ello, y sabía que tenía que ser extremadamente duro para ella ser tan dependiente tras su accidente, primero de su padre y, ahora, de mí. Ojalá hubiera otra solución, pero no la había, y no le quedaba de otra. Ambos sabíamos que tenía que dejar que me ocupara de ello; solo deseaba saber cómo hacérselo más fácil.

—¿Ayudaría decir que *quiero* hacerlo por ti? ¿O que, si no me dejas, probablemente me gaste todo ese dinero en un ostentoso coche o dos para hacerle compañía a Tesoro o en otras cosas sin sentido que solo me harán más consentido de lo que ya soy? Sin mencionar la cantidad de regalos que acabaría comprándote porque soy una estrella asquerosamente rica que no tiene nada mejor que hacer con sus millones de dólares.

Ella se frotó la cara como si eso fuera a eliminar la tensión que se acrecentaba en su interior o resolviese su problema milagrosamente. Cuando nada de eso pasó, me fulminó con la mirada.

—Juegas sucio.

Sonreí. Otra victoria para mí.

—Lo siento. Sé que no te gusta la idea, pero me alegra poder ayudarte con esto.

—Lo sé —suspiró, derrotada—. Te dejaré hacerlo, porque ahora mismo no tengo otra opción, pero desearía no tener que pedírtelo.

—No se me ocurre otra cosa mejor para utilizar mi dinero que en tu salud y bienestar. De hecho, puede sonar mal, pero me alegra poder pagar todas tus facturas médicas.

Ella resopló.

—Mal, no. Perverso.

Me senté y la abracé, colocándola entre mis piernas con su espalda en mi pecho. Apoyé la cabeza encima de la suya y la estreché con fuerza durante un momento.

—Gracias por dejarme hacer esto.

Se relajó poco a poco.

—Gracias por hacerlo. No es que no esté agradecida; es que no quiero ser responsabilidad tuya. Eres mi novio, no mi cuidador. Quiero ser tu *pareja*, no depender de ti. ¿Lo entiendes?

Sentí calidez en mi interior.

—Sí, y respeto esa actitud más de lo que crees. Me han usado por mi dinero muchas veces. Que no quieras que gaste tanto en ti solo lo hace más fácil. Pero no quiero que sientas que nuestra relación está desequilibrada. Estamos juntos en esto. Yo también quiero que seamos pareja, no tu viejo forrado.

Ella resopló y yo me reí en voz baja.

—Vale, la verdad es que no me importaría serlo, pero encontraremos la manera de estabilizarte. Ahora mismo, puede que yo tenga que lidiar con un poco más de responsabilidad, pero idearemos un plan para ti para que no tenga que ser siempre así. O... —Apreté su muslo brevemente y le di un beso en la sien—. Siempre podríamos fingir que hemos vuelto a los cincuenta. Yo puedo ocuparme del dinero y las facturas y tú, de cocinar, limpiar y esas cosas. —Aquello le arrancó una carcajada, así que añadí—: A ver, una vez a la semana viene una señora de la limpieza, pero siempre puedo despedirla y enseñarte dónde está la escobilla del váter.

—*Mmm...* —murmuró Ella—. Mejor nos quedamos con la señora de la

limpieza y me enseñas dónde están los delantales. Puedo encargarme de cocinar.

Me sonrió y me ofreció sus labios. Besé a esas preciosidades y, después, le susurré al oído:

—Si te consigo un delantal, ¿considerarías la posibilidad de prepararme el desayuno vestida solo con él? Porque eso sería de lo más sexy...

—¡Dios mío, Brian! ¡No pienso darte un espectáculo de cocina al desnudo! ¡Para!

Me eché a reír.

—Es tan fácil provocarte...

—Ya, claro. Como si lo dijese en broma.

—Así es.

—Solo porque sabías que diría que no.

—¿Y?

—¡Y nada! Eres un perverso.

Puse los ojos en blanco.

—Odio tener que decirte esto, mujer, pero soy un hombre de lo más normal. Tú eres la mojigata. —Ella arrugó la cara en un puchero que me hizo reír—. Una adorable, pero sigues siendo una mojigata. No hay hombre en el mundo al que no le encantaría observar a su novia prepararle el desayuno llevando solo un delantal.

—Vale. Si tanta gracia te hace la idea, ¿por qué no me preparas el desayuno *tú a mí* solo con el delantal y comprobamos si te gusta?

Joder, sí. Esa era la luz verde que necesitaba.

—Trato hecho.

Me levanté tan rápido de la cama que ella solo pudo chillar de la sorpresa antes de que saliese por las puertas dobles del cuarto.

Capítulo 17

Brian

Ella chilló cuando salí de la habitación y me dirigí a la planta de abajo.

—¡Brian! ¡Por Dios, *Brian!* ¡Estaba de broma! ¡No te atrevas!

Una de las cosas que sí me gustan de mi casa es que es muy abierta. Toda la parte frontal tiene el techo abovedado y muy alto. La escalera da a una sala de estar abierta al salón y al comedor de abajo. Da la sensación de que la estancia es muchísimo más grande de lo que es en realidad.

En ese momento, también implicaba que Ella me oía trastear en la cocina desde el dormitorio principal. Para cuando llegó a la barandilla de la sala de estar y se inclinó sobre ella para gritarme, yo ya me había quitado los pantalones y los había dejado a propósito colgando del respaldo del sofá del salón, donde ella pudiera verlos desde la planta superior.

—¿Brian? —La misma voz que acababa de soltar una ristra de palabras que estaba bastante seguro de que se ganarían la clasificación para mayores de dieciocho en una película, ahora sonaba como si estuviese haciendo una audición para ponerle voz a una ratoncita en una película de animación. No una ratona adulta, sino una chiquitita y asustadiza—. Brian, no estarás desnudo ahora mismo, ¿verdad? Por favor, dime que llevas algo puesto.

¿He mencionado lo mucho que me gusta que sea tímida? Estaba sonriendo como un idiota cuando le hablé a gritos desde la cocina.

—¿Sabes? No creo tener siquiera un delantal. Tendremos que comprar uno la próxima vez que vayamos de compras. Pero si bajas y te sientas en la barra,

probablemente no verás mucho porque estoy detrás de la encimera. ¿Por qué no bajas? Estoy preparando café. Y es del bueno. Una especie de café tostado francés. Muy pijo.

—¡No voy a bajar hasta que vuelvas a ponerte los pantalones! —vociferó con altanería.

Sonreí con suficiencia.

—Tengo los bóxer puestos, nena. Y sé de primera mano que viste las dos comedias adolescentes que hice hace un par de años. Lo cual significa que ya me has visto en calzoncillos. No me voy a poner los pantalones. ¡Baja! Te prepararé huevos y tostadas.

—Eso es diferente, y lo sabes.

—¿Necesitas ayuda? Puedo ir a por ti, si quieres.

Con eso me gané un gruñido de frustración. Joder, qué divertida era.

—Me vuelvo a la cama. Puedes traerme el desayuno allí cuando dejes de actuar como un niño mimado.

La puerta de mi dormitorio se cerró unos pocos segundos después. Me reí por lo bajo y rebusqué por la cocina en busca de una bandeja. Desayunar en la cama sonaba maravillosamente bien. Me puse manos a la obra y terminé de preparar café, zumo, huevos revueltos, tostadas, y yogur para dos. Solté un leve suspiro cuando me volví a poner los pantalones. En otro momento, habría sido cabezota y no me los habría puesto, pero Ella acababa de llegar, y no quería presionarla demasiado. Quería que se divirtiese y se relajara conmigo, sí, pero también quería que confiara en mí y se sintiese cómoda y segura en mi casa.

—Llevo los pantalones puestos —la avisé mientras me adentré en el cuarto. Los platos tintinearón en la bandeja cuando me acerqué a la cama. Ella no estaba allí.

—Bien —me respondió desde el balcón—, porque hace un poco de frío aquí fuera y te he robado la bata.

Su voz sonaba juguetona otra vez al otro lado de la puerta corredera de cristal. Coloqué la bandeja con cuidado sobre la cama y me dirigí al armario. Por suerte para ella, tenía repuesto de casi todo. Encontré otra bata y, luego, le llevé a Ella su desayuno.

El sol brillaba y solo había un par de nubes blancas y esponjosas surcando el cielo azul sobre el cañón en el cual se erigía la casa. No hacía

mucho frío, pero sí el suficiente como para helar cualquier trozo de piel expuesta y hacer que el contacto con la bata fuese cálido y reconfortante.

Ella estaba sentada en la pequeña mesita que había en el balcón, con los ojos cerrados y el rostro girado hacia el sol. Tenía una sonrisilla en los labios, como si le encantara sentir los rayos del sol en su piel. Mi bata le quedaba enorme, y su pelo era un completo desastre, pero nunca había estado más guapa.

Podría acostumbrarme a esto.

Posé la bandeja sobre la mesa, delante de ella, y le di un beso en la mejilla.

—Estás cautivadora ahora mismo.

Su mejilla se movió bajo mis labios cuando sonrió. Esperé a que hiciese algún comentario gracioso o me llamase cursi, pero simplemente miró la comida frente a ella y dijo:

—Gracias por el desayuno.

No solo aceptó el cumplido, sino que me recompensó con un beso. Me reí a la vez que me sentaba a su lado y repartía la comida de la bandeja.

—Eso ha estado mucho mejor.

Ella me lanzó una mirada cargada de ironía.

—Me ha gustado ese.

—Bueno es saberlo.

Le di un sorbo al café mientras Ella le echaba sal y pimienta a sus huevos antes de hincarle el diente. Ambos nos saltamos la cena anoche. Tras un par de maravillosos minutos, decidí ir al grano.

—Entonces hoy... ¿quieres ir a por algunas de tus cosas, o prefieres que vayamos a comprar y esperar una semana o así antes de intentar ponerte en contacto con tu familia?

Ella frunció el ceño con la vista fija en el plato.

—No sé. Llamaré luego a Juliette para ver cómo están las cosas. Una parte de mí no quiere volver nunca allí, pero tengo algunas cosas, como las cosas de mi madre, que quiero conservar.

—Vale. Bueno, ¿por qué no...? —Se me olvidó lo que estaba a punto de decir cuando el timbre del portón principal comenzó a sonar.

—¿Quién narices...?

Ella dejó el tenedor sobre la mesa.

—¿Qué pasa?

Levanté el teléfono antes de desbloquearlo.

—Lo tengo programado para que suene cuando alguien pique al timbre.

—¿Hay alguien aquí? ¿Quién?

Sonreí. No entiendo mucho de tecnología, pero me divierto con mi sistema de seguridad.

—Mira. Cuando responda, me mostrará la imagen de la cámara de seguridad de abajo.

Respondí la «llamada», y una pequeña pantalla apareció en mi teléfono y me mostró a la última persona que esperaba ver.

—¿Mamá?

—¿Hola? Brian, cariño, ¿eres tú? ¿Hola?

Por poco no se me cayó la taza de café. ¿Mi madre estaba aquí? No me lo podía creer. Mi madre odia viajar casi tanto como odia a mi padre. Viajar a la ciudad donde mi padre residía era lo peor de ambos mundos, según ella. Nunca venía a Los Ángeles si podía evitarlo. Siempre tenía que ir a visitarla yo. Llevaba sin venir a verme a Los Ángeles tres o cuatro años.

—Mamá, ¿qué estás haciendo aquí?

Cuando hablé, ella se giró hacia el sonido de mi voz procedente del pequeño altavoz que había junto al interfono. Encontró la cámara y frunció el ceño con petulancia.

—¿Qué crees que hago aquí? Darle una sorpresa a mi hijo por Navidad. —Sacó el brazo por la ventanilla del coche y pulsó varias veces más el timbre antes de resoplar, molesta—: Brian, cielo, esta cosa no funciona. La puerta no se abre.

Negué con la cabeza y reprimí una carcajada.

—Eso es el timbre, mamá. Solo sirve para llamar a la puerta, no la abre.

—Ah. Bueno, entonces, ¿cómo narices abro la puerta?

Miré a Ella. Observaba mi teléfono con fascinación a la vez que se mordía los labios, como si estuviese intentando contener la risa. Me alegraba ver su emoción. Aunque no era el momento ideal, estaba seguro de que a Ella le encantaría mi madre, y me moría de ganas de que se conociesen. Le guiñé un ojo y me reí de mi madre.

—No puedes abrirla. Tengo que dejarte entrar yo.

Mi madre retrocedió como si la hubiera ofendido personalmente.

—Bueno, ¿te importaría dejarme entrar, hijo? Tuvimos que estar en el aeropuerto a las cuatro de la madrugada de nuestra hora; era el único vuelo que tenían para dos días. Llevamos horas viajando, y me encantaría entrar, cambiarme de ropa y descansar en algún sitio cómodo.

—¿Llevamos? —Entorné los ojos al centrar la mirada en la diminuta pantalla para intentar ver más allá de mi madre, en el asiento del copiloto—. ¿Está Doug contigo?

—Pues claro. ¿Quién si no?

—¡Hola, Doug!

—¿Qué tal, Brian? —contestó mi padrastro, y, luego, murmuró—: ¿Ves? Te dije que tendríamos que haberlo llamado primero.

—Por amor de Dios, Douglas. ¿Cómo íbamos a sorprenderlo si lo llamábamos antes? —Se giró hacia la cámara—. ¿Te hemos sorprendido, cariño?

—Yo... —No estaba sorprendido. Estaba impactado. Sin habla—. Sí. Me habéis sorprendido.

—¿Tanto como para no abrirle la puerta a tu pobre madre?

A mi lado, Ella se cubrió la boca con la mano. La risa era evidente en sus ojos.

«Lo siento», articulé con los labios.

—Será mejor que abras la puerta pronto, o tu madre te retirará la palabra en cuanto entre en casa —me susurró, riéndose.

Puse los ojos en blanco, pero Ella no iba muy desencaminada, así que tecleé el código para abrir la puerta y colgué. Dejé el teléfono sobre la mesa y me lo quedé mirando durante un momento.

—¿Acaba de pasar lo que acaba de pasar?

—Parece divertida.

—Divertida. —Solté el aire de mis pulmones y me pasé una mano por el pelo—. Si sobrevivimos, sí. —Miré a Ella, y me pregunté cómo prepararla en condiciones para lo que estaba a punto de echársenos encima. Mi madre era... difícil—. Quiero muchísimo a esa mujer —le juré—. Y tú también lo harás, pero es...

—¿Entusiasta?

Me reí por lo bajo.

—Tenaz.

El timbre de la puerta sonó cuatro veces seguidas, lo cual me arrancó un gemido.

—Mucho le estábamos pidiendo a la semana de tranquilidad. —Miré a Ella de nuevo—. Me disculpo de antemano. No tienes nada que temer, pero pronto entenderás por qué es necesaria la disculpa.

El timbre volvió a sonar, al igual que mi teléfono.

—Ya voy, mamá —gruñí en cuanto descolgué—. Deja que me ponga una camiseta, y voy.

—¿Ponerte una camiseta? Brian, son las diez y media. ¿Sigues en la cama?

—No. Algo así. Espera un segundo. Ahora voy.

Ella me siguió adentro —por ahora, nos olvidamos de nuestro desayuno— y se rio cuando me puse la camiseta arrugada que llevaba ayer.

—Cállate —le advertí—. No tiene gracia. —Al ver su sonrisa malvada, añadí—: Búrlate todo lo que quieras, pero de momento está centrada en mí porque todavía no sabe que estás aquí. En realidad, no ha venido a verme a *mí*.

Eso borró la sonrisa de su rostro. Debería haberme sentido mal cuando se mordió el labio e intentó peinarse el pelo enredado con los dedos. Pero no lo hice. No tenía nada de lo que preocuparse aparte de verse sofocada por un afecto maternal asfixiante, y me daba la sensación de que a Ella aquello no le iba a importar después del año que había pasado. Le di un beso en la frente antes de dirigirme hacia la puerta.

—Estás genial, le vas a encantar. Te lo prometo.

Mi madre me esperaba de pie con la ceja arqueada y los brazos cruzados sobre el pecho; estaba golpeando el suelo con sus botas de marca con impaciencia para cuando abrí la puerta principal. Quería estar molesto con ella, pero en cuanto vi a la pequeña fiera morena, volví a ser un crío muerto de emoción.

—¡Hola, mamá!

La abracé y ella se derritió; estaba tan emocionada como yo.

—¡Ahí está mi niño! —chilló, y me envolvió con tanta fuerza como le

permitieron sus brazos.

La solté y le di a Doug un breve e incómodo abrazo. Me caía bien el hombre, pero no habíamos pasado suficiente tiempo juntos como para considerarlo realmente un padre para mí.

—Me alegro de verte, Doug. Espero que el viaje no haya sido muy extenuante.

Doug se rio por lo bajo a la vez que le lanzaba una mirada a mi madre, y yo me reí. Me imaginaba a mi madre teniendo que volar en un avión lleno de gente a una hora intempestiva de la mañana. Probablemente Doug estuviese exhausto y se moría de ganas de descansar un rato de mi madre.

Retrocedí y volví a mirarlos después de que entraran al recibidor y yo cerrase la puerta.

—Guau. —Todavía intentaba recuperarme de la impresión—. No me puedo creer que estéis aquí. Gracias por venir.

—¿Estás de broma? —La emoción de mi madre había desaparecido, y había sido sustituida de nuevo por su mirada de «estás en problemas»—. ¿Después de que cancelases tu viaje en el último minuto? ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Obviamente, tuvimos que esperar hasta después de Navidad porque Doug no podía dejar a sus hijos, pero Brian, no me puedo creer que dejaras plantada a tu madre en Navidad.

Esta vez, no pude contener el quejido.

—Mamá. Te dije por qué no podía ir. No podía dejar sola a Ella cuando acababa de ponerla bajo el foco de la prensa.

Mi madre resopló.

—Esperaba que fueras capaz de convencerla para que viniera a Wisconsin. ¿Lo intentaste siquiera?

Puse los ojos en blanco.

—Sabes que no, y te dije por qué. No es que ella no quisiese ir. Estaba demasiado abrumada por todo. Necesitábamos un poco de tiempo para nosotros.

Mi madre soltó un suspiro de desaprobación y me llevó del brazo hasta el sofá del salón, todavía con la intención de soltarme una reprimenda.

—Francamente, Brian, ¡vaya hijo más desagradecido eres! Mi único hijo declara al mundo entero que ha encontrado al amor de su vida, ¿y no fue capaz

de llamar a su propia *madre* para contárselo primero? Y, luego, ni siquiera la traes para que la conozca en Navidad.

Me reí. Liz Crawford era una mujer formidable; cabezota, obstinada y decidida. Creo que por eso se casó con mi padre hace tantos años. También puede que sea la razón por la que se divorciaron menos de tres años después. Nunca entenderé cómo acabó en un lugar como Green Bay, en Wisconsin, con un profesor de matemáticas de la universidad, pero me alegraba que fuese feliz.

—Mamá. Dame un respiro. Solo llevamos saliendo una semana.

—*Amor*, Brian. Usaste la palabra amor. La gente no se enamora en una semana. Tuviste tres años para hablarme de esta muchacha misteriosa, y nunca te oí hablar de ella. Soy tu madre.

Tenía razón, pero no me sentía mal por no haberle hablado de Ella. No le hablé a *nadie* de Ella. Había sido demasiado especial desde el principio. Mi secreto. Solo mío. Siendo el friki redomado que era y robándole las palabras a Gollum, ella había sido mi tesoro. Había sido mi anillo único y tenía que mantenerlo en secreto y a salvo.

No me había dado vergüenza hablar con una extraña por internet. Mi vida nunca había sido normal, y Ella era tan... corriente. No es que fuera normal y corriente. Siempre supe que era especial. Pero tenía una vida normal. Ella era mi vínculo a un mundo para el que nunca sería apto, pero del que, en secreto, anhelaba formar parte. Parecía demasiado buena para ser verdad y tenía miedo de que, si le hablaba a alguien de ella, desaparecería. Ahora que sabía que no se iría a ninguna parte, ya estaba preparado para mostrarle al mundo entero el tesoro que había encontrado.

—Vale, vale, lo pillo. Tendría que haberte hablado de ella. Y si dejas de regañarme lo suficiente como para dejarme hablar, te la presentaré.

Mi madre se quedó boquiabierta.

—¿A que te...? ¿Está *aquí*?

Me deleité con la mirada sorprendida de mi madre; ahora le tocaba a ella quedarse sin habla.

Capítulo 18

Brian

Con una sonrisa de suficiencia en el rostro, alcé la vista hasta la barandilla que había sobre nosotros, donde Ella observaba la escena con los labios curvados de la diversión. Mi madre siguió mi mirada y chilló.

—Oh, Ellamara, ¡hola, querida! —Se llevó las manos a la boca y contuvo su excitación—. Lo siento, es solo que estoy muy emocionada por conocerte. Baja y dale a tu futura suegra un fuerte abrazo.

Me llevé una mano a la cara y gemí.

¿Futura suegra? No es que no pensara que fuese un título acertado, pero me acababan de acusar de ser demasiado adulto y de estar preparado para cosas que Ella no. Como el matrimonio. Algo que, con toda probabilidad, mi madre iba a mencionar cada cinco minutos durante todo el tiempo que planeara quedarse.

Por suerte, Ella estaba centrada en otra cosa.

—Yo también estoy encantada de conocerla —dijo—. Y bajaría, pero... eh... —Hizo una mueca y me miró a los ojos—. Las escaleras están un poco empinadas, y no hay pasamanos. No creo que pueda bajarlas sola.

La sangre abandonó mi rostro y me apresuré a subir las escaleras, dándome de tortas mentalmente durante todo el trayecto. Menudo idiota era. Ni siquiera había considerado la posibilidad de que no había bajado porque, literalmente, no podía. Debió de ser horrible tener que decirlo en voz alta delante de mi madre.

—Mierda, Ella, lo siento —susurré cuando llegué a la planta superior.

Ella le restó importancia, pero su sonrisa era forzada. De verdad que me daría de hostias ahora mismo.

—¿Necesitas que te lleve en brazos? —Odiaba preguntarle, pero no estaba seguro de cuánta ayuda necesitaba, y no quería obligarla a pedirme nada.

Cogió aire y negó con la cabeza.

—Puedo hacerlo, solo necesito algo para apoyarme. —Me agarró el brazo y lo entrelazó con el suyo.

Continué disculpándome entre murmullos mientras caminamos hacia las escaleras.

—Soy un idiota, Ella. Ni siquiera...

—No pasa nada, Brian. No es culpa tuya.

Parecía que sí lo era. ¿Cómo demonios iba a vivir aquí si ni siquiera podía bajar o subir las escaleras por sí sola?

Ella se detuvo en lo alto de los escalones y frunció el ceño. Empezó a morderse el labio inferior de nuevo.

—¿Estás bien?

Hizo otra mueca.

—Eh... bueno, es solo que... —Miró los escalones y suspiró—. Me va a llevar un rato, y dolerá, y no me he duchado ni nada todavía. Si voy a tener que volver a subir...

No la dejé terminar.

—¿Mamá? ¿Doug? ¿Podéis subir un momento?

El alivio que recorrió el rostro de Ella me hizo querer darme de tortas otra vez.

—Decidido. Esta tarde llamaré al agente inmobiliario.

Ella abrió los ojos como platos.

—No seas ridículo. No puedes mudarte solo porque yo lo pase mal con las escaleras.

Y una mierda que no.

—Ya lo creo que sí.

No le gustó mi respuesta, pero estaba dispuesto a ser realmente terco con respecto a este asunto. Nunca quise volver a ponerla en esta situación. Y

tampoco quería que tuviese que vivir en un lugar donde tuviese que depender de alguien para moverse —algo que detesta— o sufrir mucho dolor para llegar a la cama cada noche.

Todavía nos atravesábamos con la mirada cuando mi madre y mi padrastro llegaron al piso de arriba. Mi madre tenía la frente arrugada debido a la preocupación.

—¿Qué pasa, cielo?

—No pasa nada. Es solo que las escaleras no son tarea fácil para Ella. Quería conocerte, pero no está lista para bajar todavía.

Las cejas de mi madre desaparecieron tras su flequillo.

—Bueno, ¿y por qué no lo dijiste desde el principio? ¿Dónde están tus modales?

Medio esperé que me diera una colleja, pero, en cambio, se giró hacia Ella.

—Cariño, es maravilloso conocerte por fin. Me encantaría decir que he oído hablar mucho de ti, pero Brian se lo ha guardado absolutamente todo sobre vosotros dos. —Me lanzó una mirada de desaprobación y le dio un abrazo a Ella—. Supongo que eso ya no importa. Ahora estás aquí, y tenemos todo el tiempo del mundo para conocernos. Debes de ser una mujer hecha y derecha para que mi niño haya dejado de comportarse como un horrible mujeriego. ¡Y mírate!

Se echó hacia atrás e inspeccionó a Ella de pies a cabeza.

—Eres... —Hizo una pausa y ladeó la cabeza para observar mejor el aspecto de Ella. Su sonrisa se transformó en una mueca—. Bueno, tienes un aspecto horrible, en realidad, y... ¿has estado llorando?

—*Mamá.*

Hasta Doug la advirtió esta vez.

—*Liz.*

Mi madre nos ignoró a ambos y arrastró a Ella hacia el pequeño sofá que había junto a la pared de la sala de estar.

—¿Qué diantres te ha pasado? Estás hecha un desastre. Por favor, dime que mi hijo cuida de ti mejor de lo que parece.

El horror en la voz de mi madre hizo que Ella esbozara una sonrisilla.

—Brian me cuida maravillosamente bien —le prometió cuando se

sentaron. Mi madre seguía aferrada a una de sus manos y, ahora, también le acariciaba el pelo—. Me trajo anoche de improviso porque ayer tuve un día horrible. Me dejó ser toda una chica y llorar sobre su hombro durante horas hasta que me quedé dormida. Incluso me preparó el desayuno y me lo trajo a la cama esta mañana con la esperanza de animarme.

Esa era mi chica. Me estaba dejando bien ante mi madre, aunque solo le hubiese llevado el desayuno después de que me lo hubiese exigido en represalia por haberla torturado con mi desvergüenza. Aun así, sí que había intentado animarla, y sí que había hecho todo lo demás, así que diría que el cumplido contaba.

El pecho se me hinchó de orgullo cuando el rostro de mi madre se suavizó. Me sonrió como si todavía fuese el niño pequeño al que arropaba en la cama por las noches y le cantaba nanas. No pude evitar devolverle la sonrisa. La aprobación de mi madre era difícil de conseguir.

—Me alegra oír que tiene cierto decoro —bromeó.

Me encogí de hombros.

—Tuve una madre muy loca que me amenazó con la ira de Dios si no trataba bien a las mujeres.

Doug se rio entre dientes, y mi madre puso los ojos en blanco.

—Bueno, alguien tenía que hacerlo. Tu padre claramente no estaba por la labor. —Volvió a centrar su atención en Ella con un suspiro—. Me alegro muchísimo de que haya encontrados al fin a una buena chica que cuide de él. Es evidente lo feliz que lo haces. —Sus ojos se humedecieron, y sorbió la nariz—. Anoche vi lo que ocurrió en las noticias. Fue horrible. Siento que hayas tenido que pasar por eso. Siento que su vida haya hecho la tuya más difícil, pero gracias por estar con mi niño durante toda esa locura.

Ella le dedicó a mi madre una sonrisa llorosa y la sorprendió con un abrazo. Le susurró algo que no pude oír, pero hizo que mi madre estrechara a Ella con más fuerza.

—Que Dios te bendiga, cariño.

Miré a Doug, y él simplemente se encogió de hombros y me lanzó una mirada que decía: «mujeres». Cuando se separaron, mi madre me sonrió de oreja a oreja.

—Esta muchacha es de las buenas, Brian —declaró mi madre.

Sonreí a Ella.

—Lo sé.

Me permitió ponerla de pie y me dio un beso en la mejilla cuando deslicé un brazo alrededor de su cintura. Mi madre nos observó como si estuviese tratando de no llorar.

—Bueno. —Dio una palmada y, en menos que canta un gallo, se volvió a transformar en la mujer formidable que sabía que era—. Supongo que todos deberíamos asearnos y salir a comer para celebrarlo. ¿O ya teníais planes con la familia de Ella? Me gustaría conocerlos ahora que estoy aquí.

Ella y yo nos encogimos. Cuando le dediqué una mirada interrogante, ella suspiró; sabía que tendríamos que explicárselo. Mi madre lo averiguaría tarde o temprano. La estreché todavía más contra mí y la dejé hablar a ella.

—En realidad... anoche rompí mi relación con ellos.

Mi madre ahogó un grito y se llevó la mano a la boca. Doug se acercó y envolvió a su mujer con un brazo para apoyarla mientras nos miraba tanto a Ella como a mí con preocupación.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

—Mi padre se enfadó porque hostigaron a mis hermanastras. Nos peleamos. La cosa se puso fea. Eligió a su nueva familia por encima de mí, tal y como hizo cuando tenía ocho años. —Ella se encogió de hombros como si no tuviese importancia, pero temblaba de nuevo—. Me dijo que, si iba a seguir saliendo con Brian, entonces tenía que irme, así que eso hice. Ni siquiera preparé una bolsa. De ahí el aspecto tan horrible que tengo esta mañana. Brian es básicamente lo único que tengo ahora.

Tras esa última declaración, la envolví con los dos brazos y la abracé con fuerza. De repente, me sentía tan abrumada como ella.

—¿Fue por lo que sucedió ayer en el cine? —preguntó mi madre en voz baja. Cuando su mirada preocupada se topó con la mía, supe lo que estaba pensando: que mi fama le había costado a Ella su familia.

Ella también percibió el temor de mi madre y enseguida negó con la cabeza.

—Puede que ese fuese el catalizador —respondió con la voz entrecortada—, pero mis problemas con mi padre iban mucho más allá de eso.

—Oh, pobre niña —susurró mi madre. Apartó a Ella de mí y le dio otro abrazo fuerte—. Bueno, bienvenida entonces a la familia, cielo. Estamos

encantados de tenerte. ¿Verdad que sí, Douglas?

—Por supuesto.

Sonreí al ver cómo se suavizaba el rostro de Doug cuando asintió en dirección a Ella. Las chicas eran su debilidad. Probablemente fuese positivo que nunca hubiese tenido hijas, porque lo tendrían completamente a su merced. No tenía duda de que Ella también lo conseguiría antes de que él y mi madre regresaran a Wisconsin.

Doug era un buen tipo. Era un tío tranquilo y de muy buen corazón. Pero también era listo como un lince y agradecía una buena dosis sana de humor. Y, obviamente, desde que se casó con mi madre, le gustaban las personalidades fuertes, cabezotas y peleonas. Probablemente querría a Ella casi tanto como a mi madre. De hecho, ambos serían unos buenos padres sustitutos para Ella, si lo necesitaba.

—Llevo esperando tener una hija toda mi vida —dijo mi madre—. Incluso después de casarme con Doug, solo heredé más varones; Doug tiene tres de su primer matrimonio, ¿sabes? Son un poco más jóvenes que Brian, así que todavía no he tenido la oportunidad de tener hijas.

Empezaba a dolerme la cabeza.

—Mamá, relájate un poco. —Ella parecía un cervatillo asustado a punto de salir huyendo—. Apenas llevamos dos semanas saliendo. No estamos buscando alianzas de boda ni nada. Vas a asustarla.

Mi madre evaluó la expresión abrumada de Ella y, luego, me frunció el ceño.

—Oh, no seas ridículo, Brian. Nadie estaba pensando en anillos ni en matrimonio. —Me inspeccionó con los ojos entrecerrados—. A menos que... *tú sí.*

Sus ojos brillaron con un deseo que reconocí a pesar de no haberlo visto antes.

—Mamá, no. No vayas por ahí.

Cuadró los hombros y levantó el mentón en el aire.

—No pensaba en eso. Pero tú, sí. —La sonrisa engreída que me lanzó era totalmente devora-hombres—. Cielo, si estás pensando en...

—*¡Mamá!* —espeté con una mordacidad que la hizo callar. Abrió los ojos como platos, pero cerró la boca y esperó a que yo hablase. Era la primera vez

que lo hacía. Ella también me observaba, boquiabierta. La mirada febril de sus ojos denotaba una mezcla de sorpresa y pánico. Gemí. ¿Cómo se había torcido tan rápido esta conversación?

Me masajeeé las sienes, solté un largo suspiro y miré a mi madre con la expresión más seria que logré poner.

—Nadie está hablando de matrimonio, ¿vale? Solo quería decir que te relajaras un poco porque estás siendo extremadamente intensa, y Ella ya ha tenido que lidiar con suficiente drama en las últimas veinticuatro horas. Relájate o la vas a asfixiar, y ella es demasiado educada para decirlo.

Mi madre y yo nos miramos durante un momento, y cuando volvió a abrir la boca para hablar, arqueé una ceja con obstinación.

—Resiste la tentación, mamá.

—Pero tú has sido el que...

—Para.

—Pero si estáis...

—No.

—Cielo, solo creo que...

—No creas nada. Se acabó el tema.

Me crucé de brazos y acallé la frenética emoción en sus ojos. Permaneció allí de pie, empecinada, durante un rato más, alternando la mirada entre Ella y yo. Cuando se giró hacia Doug en busca de ayuda, él negó con la cabeza.

—Ya has oído al chico, Liz. Será mejor que lo dejes.

—Bueno. —Resopló, y, luego, refunfuñó algo en voz baja—. No estaba siendo demasiado intensa. De todas las cosas ridículas... —Negó con la cabeza y le sonrió a mi novia—. Ella. Cariño. ¿Qué me dices si dejamos que estos hombres hagan lo que realmente quieren hacer hoy, que es abrir un *pack* de cervezas y ver el fútbol, mientras tú y yo nos vamos de compras? Si ni siquiera pudiste preparar una bolsa, vas a necesitar lo básico hasta que puedas hacer que te manden las cosas aquí.

—No —dije antes de que Ella pudiese responder.

Me encogí ante las miradas de estupefacción que ambas me dedicaron. Todavía estaba demasiado alterado. No pretendía sonar tan cortante.

—Lo siento. Ir de compras me parece bien, pero no quiero que vayáis solas por ahora. No después de todo lo que ocurrió ayer. Hay mucha

expectación con Ella ahora mismo, y no es seguro. Podemos ir de compras todos juntos, después de que almorcemos o algo, si queréis, pero llamaré a un guardia de seguridad para que nos siga si vamos a algún sitio demasiado público.

Ella asintió. Los sucesos de anoche realmente la había afectado. Mi madre accedió a regañadientes tras percatarse del escalofrío que le dio.

—Bueno, vale. Supongo que es razonable. Brian, cielo, sé un buen hijo y ve a ayudar a tu padrastro a traer el equipaje del coche mientras yo me encargo de Ella.

Sin esperar a que respondiese, empezó a arrastrar a Ella hacia mi dormitorio tratándola como si tuviese cuatro años.

—Te daremos un buen baño caliente, y estoy segura de que tengo algo en la maleta para que te pongas hoy. Te sentirás muchísimo mejor en cuanto te hayas lavado un poco.

Las observé irse mientras me preguntaba si tenía que intervenir, pero Ella me miró con una sonrisa tranquilizadora que me permitió dejarla marchar. Mi madre seguía parloteando cuando finalmente desaparecieron de mi vista.

Una mano me dio una palmadita juguetona en el hombro y me sacó del aturdimiento en el que mi madre me había dejado.

—Míralo por el lado bueno —dijo Doug, riéndose entre dientes—, tu madre tiene a alguien nuevo al que atosigar esta semana, lo que significa que tú estás a salvo.

Cuando solté una carcajada de sorpresa, él añadió:

—No te preocupes demasiado. Tu madre sabe lo que hace y, por lo que parece, a tu chica le vendrían bien un poco de amor y cuidado extra durante unos días.

Tenía razón.

—Eso no te lo puedo discutir. Es su primera Navidad sin su madre, y sé que la echa muchísimo de menos. Su relación con su padre ha sido una lucha constante durante todo el año, pero sé lo mucho que deseaba que las cosas saliesen bien. Anoche estaba destrozada. De hecho, puede que mamá sea la distracción perfecta para ella.

Doug sonrió, orgulloso de su mujer.

—Bueno, dejémoslas, pues. Tardarán un buen rato en hacer sus cosas de

chicas.

—Sí, supongo que tienes razón.

Doug señaló las escaleras con la cabeza.

—Vamos a por esas maletas.

Me reí mientras lo acompañaba hasta la planta inferior.

—¿Se ha traído la casa entera?

—Solo la mitad. —Doug sonrió con suficiencia—. Ya no le quedaban más maletas.

Capítulo 19

La madre de Brian era increíble. Ahora entendía por qué se había disculpado Brian con antelación y se había preocupado por que apareciera después de todo lo que había pasado la noche anterior, pero la verdad era que ella era justo lo que necesitaba. Se parecía mucho a mi madre; era enérgica y entusiasta, con unas ganas locas de vivir. Era autoritaria, terca, obstinada y franca, pero tenía un gran corazón y era muy tolerante. Ya estaba preparada para quererme mucho antes de conocerme.

Sin embargo, era extraño, porque en algunas cosas se parecía a mi padre. Era ambiciosa. Organizada y eficiente, algo que el espíritu libre que era mi madre nunca logró ser. No creía que hubiese tenido que mantenerse ella sola, pero se esforzaba en hacer obras de caridad y trabajaba para alumnos y organizaciones propagandistas en la universidad de Doug. Se había criado en una familia adinerada y siempre se había movido en círculos importantes. Apostaba a que se llevaría muy bien con el elitista de mi padre. Pero ella no era prejuiciosa ni una esnob. Tanto Liz como Doug eran geniales y, sinceramente, me aliviaba saber que entre Brian y yo tuviéramos al menos un par de padres a los que admirar.

Brian se fue con Doug a recoger su coche del cine mientras yo me duchaba. Cuando acabé, Liz me ayudó a bajar y, cuando llegamos a la planta baja, me estaba replanteando dejar que Brian llamase a su agente inmobiliario.

—¿Es siempre así? —me preguntó Liz cuando tuve que ir a por un bote de analgésicos que guardaba en el armario de la cocina de Brian.

Asentí al tiempo que me tragaba la pastilla.

—Bajar y subir las escaleras es la actividad física más difícil que puedo hacer. Que pueda usarlas es casi un milagro. Durante mucho tiempo, los médicos creyeron que no volvería a caminar, pero soy demasiado tozuda y no iba a quedarme en silla de ruedas el resto de mi vida.

Me dirigí al frigorífico para ver qué podía hacer de comer. Brian y yo habíamos desayunado tarde, pero la mayoría se quedó sin tocar. Liz había bajado los platos mientras yo estaba en la ducha e insistió en que comiera algo en condiciones.

—Oh. Todavía quedan gambas. ¿Qué te parece una ensalada de pasta y gambas?

—Qué rico. —Parpadeó y me miró con curiosidad—. ¿Cocinas?

Sonreí a la par que sacaba los ingredientes de la nevera y los dejaba en la encimera.

—Es uno de mis pasatiempos favoritos. A mi madre también le encantaba. Era algo que siempre hacíamos juntas. Mamá trabajaba mucho para pagar las facturas. Muchas veces llegaba tarde y, con el tiempo, empecé a esperarla a la hora de la cena para que pudiéramos cocinar juntas cuando llegara a casa. Le ayudaba a sentirse menos culpable por estar tan ausente. Después de aquello, la cocina se convirtió en algo nuestro.

Liz sonrió al oír la historia, y yo me di cuenta de que había hablado abiertamente de mi madre sin tristeza o miedo de hacer que las cosas se volvieran incómodas. Fue una sensación muy agradable. Nunca mencionaba a mamá en casa porque sabía que era un tema delicado para papá. Suponía que también era incómodo para Jennifer, y Ana parecía tener algún tipo de problema con ello. Juliette era la única que me había preguntado por ella alguna vez y, a no ser que estuviésemos solas, siempre le contestaba lo más brevemente posible.

Aquí, en casa de Brian, mamá no era un tema tabú. Era algo inesperado, pero también un soplo de aire fresco que agradecía. Otra ventaja de irme de casa de mi padre. Quizá pudiera empezar a aceptar de verdad la muerte de mi madre y superar el luto. Tomé una nota mental para recordar esto en mi siguiente sesión con la doctora Parish, para que no me acusara de huir de mis problemas cuando le explicase que había roto mi relación con mi padre. No tenía ganas de hablar de ello, pero todavía quedaba otra semana hasta nuestra próxima cita.

Mientras yo ponía una olla con agua en el fuego para que hirviera y sacaba una sartén, Liz empezó a rebuscar en los armarios y cajones. Una sonrisa irónica se extendió en mi rostro cuando me percaté de lo que buscaba.

—Dudo que Brian tenga un delantal.

—Ah. —Cerró un cajón y cogió una tabla de cortar—. Entonces, tendré cuidado. —Se rio, exasperada, mientras empezaba a cortar uno de los aguacates que había sacado—. Ese chico. Es tan parecido a su padre. Me preocupaba que se quedara soltero para siempre. Me sorprende que tenga algo en el frigorífico que no sean restos de comida a domicilio.

Me reí y eché las gambas a la sartén junto con un poco de aceite de oliva, ajo y zumo de limón.

—No había la primera vez que vine. Lo obligué a llevarme a comprar comida. No soportaba ver cómo una cocina tan bonita como esta se echaba a perder. —Cuando oí el suspiro de Liz, añadí—: Pero no es un caso perdido. Cuando cocino, hace las cosas que le pido sin quejarse.

—Eso es gracias a que yo lo haya criado. —Me lanzó una sonrisa y me guiñó el ojo—. Está acostumbrado a acatar órdenes.

—Debería agradeceréte, ya que se me da mejor darlas que recibirlas.

Ambas nos echamos a reír y disfrutamos de la mutua compañía hasta que se abrió la puerta principal y una voz desconocida exclamó:

—¿Hola?

Tanto Liz como yo nos sorprendimos de la intrusión. Tras la locura en el cine de ayer y la insistencia de Brian sobre necesitar tanta seguridad, ambas nos asustamos.

—¿Quién es? —exclamé al tiempo que Liz cogía una sartén del cajón.

Reconocí al joven rubio y bien vestido que entró en la cocina justo a tiempo para detener a la madre de Brian, que iba a golpear al pobre chico con una sartén de hierro.

—¡Oh! Liz, espera. No pasa nada. Es el asistente de Brian.

Scott pegó un bote hacia atrás y alzó las manos en señal de rendición.

—¡Vaya! ¡Lo siento! No quería asustaros. No sabía que había alguien aquí; de lo contrario, habría llamado. Brian nunca tiene compañía y siempre dice que entre por si está haciendo ejercicio, durmiendo o escaqueándose de una reunión a la que no quiere ir.

La adrenalina recorría mi cuerpo a una velocidad alarmante, pero al final me reí. No me costaba imaginar a Brian quedándose dormido cuando tenía algo importante que hacer o no abriendo la puerta a propósito.

—¿Sucede a menudo?

Mi risa relajó a Scott.

—Sí —admitió a la vez que sacudía la cabeza—. Con bastante frecuencia. Me tendió la mano con una sonrisa avergonzada.

—Me alegro de volver a verte y conocerte oficialmente.

Me encogí al tiempo que se la estrechaba.

—Ya, no nos presentamos la otra vez, ¿no? ¿Te llamas Scotty, verdad?

—Prefiero Scott, si no te importa. Mi abuela es la única que me llama Scotty. Bueno, y Brian, porque le divierte molestarme.

Volví a reír.

—Muy propio de Brian.

Scott se encogió de hombros.

—No pasa nada. No hay mucha gente que a Brian le caiga bien de verdad, así que supongo que sus provocaciones son algo positivo.

Sonreí cuando dijo aquello.

—Eso es cierto. No es muy sociable. Y, sin duda, que te torture es algo bueno. Solo se mete con la gente que le cae bien. Te *adora*. No hay conversación en la que no te nombre.

La sonrisa de Scott se tornó irónica.

—¿Cuántas veces lo ha usado en frases como «seguro que a *Scotty* no le importa» o «Scotty puede hacerlo por mí»?

—Solo unas seis de diez —le prometí con otra sonrisa—. El resto son «necesitamos encontrarle a Scotty una buena chica» o «deberíamos invitar a Scotty. Tiene que salir más».

Scott negó con la cabeza mientras dejaba su maletín en la encimera.

—Ya veo por qué le gustas a Brian.

El halago me sorprendió, pero fue fácil devolvérselo.

—Lo mismo digo, Scotty.

Él se rio de mi mofa y le ofreció una sonrisa amigable a Liz cuando la señalé.

—¿Conoces a la madre de Brian?

Arqueó las cejas de la sorpresa y le estrechó la mano.

—Encantado de conocerla.

Me dispuse a terminar de hacer la comida mientras ellos se ponían al día.

—¿Qué te trae por aquí? —le pregunté cuando murió la conversación—. Espero que Brian no te haya hecho venir el día después de Navidad.

—Sí que mencionó que teníamos que sentarnos contigo esta semana para revisar varias cosas, pero la verdad es que le he mandado un mensaje esta mañana. Me prometió que podía usarle como excusa si necesitaba escapar de casa durante las vacaciones, así que le pregunté si esta tarde le venía bien para la reunión. Me dijo que probablemente lo mejor fuera tenerla lo antes posible. Decidí tomármelo en sentido literal y aquí me tienes.

Solté una carcajada.

—¿Tantas ganas tenías de escapar?

Scott asintió con seriedad.

—Todas mis hermanas han vuelto por Navidad.

—¿*Todas*? ¿Cuántas tienes?

—Seis.

—Guau.

—Sí. Y ahora mismo están ayudando a mi abuela a crear un perfil en una web de citas para su pobre y soltero hermano pequeño.

En cuanto digerí sus palabras, estallé en carcajadas.

—Vaya. En ese caso, siéntete como en casa. Pero no le digas a Brian lo que se traen entre manos. Seguramente iría y las ayudaría.

El suspiro con el que Scott me respondió fue adorable. Él era adorable. Entendía por qué la gente siempre intentaba emparejarlo.

—¿Tienes hambre? —pregunté—. He hecho de sobra.

La cara de Scott se iluminó.

—¿Seguro? No quiero entrometerme si es una comida familiar. Brian no me dijo que vendrían sus padres.

—Brian no sabía que veníamos —contestó Liz—. Decidimos darle una sorpresa. Y no te preocupes. Con la nueva situación de Ella, pensar en un plan para ella ya estaba en la lista de tareas del día. ¿Por qué no buscas los cubiertos y lo hablamos durante la comida? Brian y Doug deben de estar al caer.

Scott se levantó de inmediato.

—Por supuesto. —Mientras abría los cajones, preguntó—. ¿Nueva situación? ¿Te refieres a lo de Erik Clarke?

Sabiendo que no había forma de evadir la conversación, empecé a llevar la comida a la mesa y le conté a Scott lo de la pelea con mi padre y que me quedaría con Brian hasta tener un plan más sólido.

—¿No vas a quedarte con Brian? —inquirió Liz, sorprendida.

Su cara reflejó decepción y preocupación cuando negué con la cabeza. Odiaba chafar los planes de boda que había estado diseñando mentalmente desde el desliz que tuvo Brian antes.

—Quiero a Brian, Liz; no te preocupes por eso. Es solo que aún no estoy lista para vivir con él.

Su ceño se volvió más pronunciado, así que le di una excusa que no podría cuestionar.

—Además, esta casa no es la más indicada para mí. En cuanto averigüe cómo pagarlo, tendré que encontrar un apartamento o algo más accesible a mi condición física.

—Quizá eso no sea tan complicado como crees —exclamó Scott con los ojos brillantes de emoción—. Brian me comentó que teníamos que hablar de varias cosas. ¿Te dijo de qué?

—No profundizamos en ello, pero escuché algo sobre los derechos audiovisuales de mi historia y sobre tener que buscar un agente para que me represente.

Scott asintió mientras dejaba cinco platos encima de las esterillas.

—Los derechos audiovisuales son solo una de las cien ofertas que has recibido y que podrían aportarte ingresos.

Abrí la boca de par en par. Ese número tenía que ser una exageración. Pero Scott no parecía ser de los que adornaban las palabras, y tenía una expresión la mar de centrada en ese momento, como si se hubiera puesto en modo «negocios». Le sentaba bien, considerando que había venido en pantalones de vestir, camisa blanca y corbata. Era un *look* que le iba como anillo al dedo, y me hizo preguntarme si sabía cómo relajarse. Su aspecto cuidado le hacía parecer más serio de lo que estaba en ese momento.

—¿Tantas? —pregunté.

Él asintió, como si el número fuera insignificante.

—Más o menos, sí. No te preocupes; te he hecho una lista y he priorizado lo mejor que he podido. Brian y yo le echaremos un vistazo contigo.

—Guau. —Tuve que sentarme.

Me dejé caer en una de las sillas de la mesa y Liz me trajo un vaso de limonada sin preguntarme siquiera.

—No te preocupes, Ella. Brian sabe lo que se hace con todo esto. Se asegurará de que no te veas superada. Y yo ayudaré en todo lo que pueda hasta que tengamos que regresar a casa.

Scott se entretuvo con los cubiertos y los colocó alrededor del plato que tenía delante. Me sonrió con seguridad.

—No es tan malo como suena. Y la mayoría pagarán extremadamente bien, así que, aunque solo aceptes unas pocas, no tendrás problema en conseguir un apartamento, si es lo que quieres. Además, he tenido la idea para convertir tu blog en un negocio viable, si te interesa.

—¿En serio? —Me animé ante la idea de que mi blog fuera más que una afición.

—Sí. Si lo haces bien, podrías asentarte de por vida.

Con la mesa puesta y la comida preparada, Liz se disculpó para ir a retocarse para la comida. En cuanto subió, Scott se sentó enfrente de mí.

—¿Crees de verdad que podría ganar dinero con mi blog? —interrogué—. Es decir, ¿convertirlo en mi profesión?

Scott se rio con incredulidad.

—¿Bromeas? Ya lo has hecho, Ella. Solo necesitas empezar a obtener dinero por ello.

—¿A qué te refieres?

—Con los seguidores que has conseguido desde que se reveló tu identidad en la FantasyCon, un montón de patrocinadores han contactado contigo. La gente está desesperada por darte su dinero.

—¿Ah, sí? —Me quedé boquiabierta de nuevo y el corazón me latía con fuerza.

Scott sonrió.

—Están acechando a Brian porque tú no tienes información de contacto, por lo que yo recibo los correos.

—No... ya... lo siento. Tuve que cerrar todas las cuentas después de lo de Kaylee y no he tenido tiempo de volver a activarlas desde que salí del hospital. Planeaba hacerlo después de las vacaciones.

—Bueno, cuando lo hagas, tus opciones serán ilimitadas. Se me ha ocurrido que podrías convertir tu blog en una pequeña revista digital. Mantener sobre todo tus reseñas, pero podrías añadir temas como la música y los videojuegos al contenido. También podrías crear una columna de noticias de entretenimiento y contratar a un reportero para que se ocupe de los titulares como hace la revista *Variety*. Y podrías entrevistar a famosos. Ya tienes los seguidores y los contactos de Hollywood que necesitas. Como mínimo, deberías considerar hacer un canal de YouTube y hacer algún programa semanal de reseñas. Si lo hicieras correctamente y lo monetizaras, ganarías lo suficiente como para vivir de tu primer vídeo.

Me desplomé en la silla y mi cerebro trató de mantener el ritmo de Scott. Llevaba escribiendo en el blog muchísimo tiempo, y *me encantaba*. Me encantaba. Si pudiera hacerlo de forma profesional y vivir de ello de alguna forma... Básicamente, me estaba diciendo que mi sueño estaba al alcance de mi mano.

Y además de encantarme mi trabajo, era algo que podría desempeñar con facilidad pese a mis limitaciones físicas. Nunca tendría que preocuparme de encontrar trabajo o preguntarme si podría hacerlo físicamente. Esto era algo que podría hacer desde la comodidad de mi propia casa y según mis propios horarios. Y podría llevármelo conmigo si, en un futuro, Brian tenía que irse durante meses a rodar en algún sitio y quería que me fuera con él. Sería perfecto.

—Eso es —murmuré, alucinada—. Es *perfecto*. Hacer esto sería genial para mí. Es la solución a mis problemas y responde a esa gran incógnita que es mi futuro.

Me encontré con la mirada de Scott y me sorprendió ver tanto apoyo en sus ojos. Parecía tan entusiasmado como yo.

—Podrías conseguirlo —me dijo—. No te resultaría nada complicado.

Negué con la cabeza mientras seguía dándole vueltas. Ojalá tuviera tanta seguridad en mí misma como él.

—Supongo... en teoría, pero... —Por muy emocionada que estuviera, la idea de hacerlo realidad era abrumadora—. No tengo ni idea de cómo se

hace. Quiero decir, escribir reseñas es una cosa, pero convertir mi blog en una revista *online* legal implicaría un gran cambio en la programación de la página web, contratar gente que supervise las columnas, otros que lleven el marketing y la publicidad... En pocas palabras, empezaría mi propio negocio. Mi propia empresa. Puede que tenga los seguidores para levantar los cimientos, pero no estoy equipada para nada de eso. No sabría ni por dónde empezar.

—Bueno, de hecho... —Scott se frotó la nuca, con las mejillas sonrosadas—. Yo... eh... ya he escrito una propuesta de negocio para ti... si te interesa.

Me llevó un minuto decir algo. Estaba tan sorprendida y Scott parecía tan nervioso que era hasta adorable.

—¿Una propuesta de negocio? —pregunté por fin—. ¿A qué te refieres? ¿Qué tipo de propuesta?

—Bueno... —Scott respiró hondo y cuadró los hombros—. Me gradué en UCLA con un máster en Dirección de Empresas la primavera pasada. Me especialicé en estudios empresariales, así que transformar tu blog en una empresa de verdad que obtenga beneficios... es exactamente lo que quiero hacer. Este proyecto en concreto es perfecto para mí porque ya conozco la industria del entretenimiento. Trabajar con Brian me ha dado una serie de habilidades específicas que serían increíblemente útiles en este caso.

—Así que estás hablando de un contrato de asociación. ¿De hacerlo juntos y dividirnos ganancias?

Asintió, avergonzado.

—Sí. Tú serías la encargada de la parte creativa del negocio y la editora de contenido, y yo llevaría la parte comercial; sería el tío entre bastidores. Todavía no tengo experiencia, pero sé que puedo hacerlo, y confío en que tú también. Entretienes y caes bien, y eres inteligente. Tienes un don para crear contenido que le gusta a la gente. Creo de verdad que, juntos, podríamos tener mucho éxito.

Algo se instaló en mi estómago. Nunca podría hacer algo así yo sola, pero con ayuda de Scott... Scott era como Superman. Brian siempre lo había dicho. Si alguien podía ayudarme a que esto funcionara, era él. Y tenía razón con respecto a ser idóneo para el trabajo. Sabía de la industria mucho más que yo, y con su educación...

—Ya he hablado con Brian de ello —me contó Scott—. No intento actuar

a sus espaldas ni nada. Solo me percaté de lo que pasaba y pensé que sería una muy buena oportunidad para ambos.

Desearía haber sido testigo de esa conversación. A lo que Scott se refería era que sería un trabajo a tiempo completo para los dos. Quizá no enseguida, pero en cuanto trazásemos un plan definitivo, habría mucho que hacer. Con el tiempo, Scott tendría que dejar de trabajar para Brian. Sonreí un poco al preguntar:

—¿Cómo fue esa reunión?

Scott se estremeció, pero sus ojos brillaron con diversión.

—Se parece bastante a lo que estás imaginando.

—¿Muchos pucheros? ¿Quejas por tener que buscar un sustituto? —Scott asintió—. Usó la palabra «traidor», ¿verdad?

Los hombros de Scott se relajaron y negó con la cabeza al tiempo que se reía.

—Varias veces. Pero también me dio su bendición, porque sabe lo mucho que te gustaría una oportunidad así; esas fueron sus palabras.

No dudaba que fuera cierto. Esta era la oportunidad de mi vida. Estaba segura de que Brian lo sabía. No tendría que depender de él y podría desarrollar una profesión haciendo algo que me encantaba y apasionaba.

Nos envolvió un largo silencio mientras yo le daba vueltas a la idea una y otra vez. Quizá solo estaba emocionada, pero no encontraba nada malo excepto que Brian perdería a su asistente favorito. Sin embargo, quizá le vendría bien. Scott tenía razón al decir que a Brian no le importaba mucha gente, pero sí que apreciaba a Scott. Si dejaba de ser su empleado, su relación se transformaría en la amistad verdadera que Brian trataba de forjar pero que Scott no permitía porque era demasiado profesional.

Cuando miré a Scott a los ojos, se revolvió en su asiento. Parecía estar aguantando la respiración, a la espera de mi reacción.

—Acepto —dije—. ¿Dónde firmo, socio?

Scott soltó una risa nerviosa y volvió a sonrojarse.

—Bueno... eh... deberías leer la propuesta primero y hablarlo con Brian antes de aceptar. Y sé que está al final de una larga lista de ofertas y oportunidades para ti, así que...

—Deja de intentar disuadirme. —Me reí—. Siempre he querido hacer lo

que acabas de decir, era la razón por la que quería ir a la universidad, y no me cabe duda de que podrás manejarlo.

Cuando se puso rojo, sonreí.

—Brian te llama «Super Scott» a tus espaldas. Tuve que convencerle de que no te comprara un disfraz de superhéroe personalizado para Navidad.

Alzó una comisura de la boca y su rubor desapareció.

—¿En serio?

Me eché a reír.

—Sí. Pensaba hacer que te lo pusieras como uniforme de trabajo.

El hecho de que Scott abriera los ojos como platos mostraba lo bien que lo conocía. Cualquiera hubiera pensado que estaba bromeando. No era así. Brian se había puesto en contacto con su dibujante de cómics favorito y le pidió que nos dibujase como superhéroes para una nueva *webserie* para mi blog. La llamaríamos «Las aventuras de Cinder y Ella». También había hecho que dibujase a Super Scott. Me costó bastante quitarle la idea de la cabeza de que le hicieran un traje de verdad a Scott.

—Agradezco que lo hicieras —exclamó Scott, sonriendo solo de pensarlo—. Pero quizá deberías dejar que lo hiciera.

Arqué una ceja.

—¿Te va eso de correr en trajes ceñidos de goma y fingir ser un Vengador?

—No mucho, pero... ¿Sabes lo que me ha comprado en su lugar?

Me olía a chamusquina y temía preguntar.

—No... ¿Qué?

Puso los ojos en blanco.

—Te daré una pista. Está aparcado en la entrada y cuesta más o menos lo mismo que me ha pagado durante todo el año.

¿Un coche?

—No puede ser.

La mirada descorazonadora de Scott me lo dejó claro.

Brian y Doug regresaron antes de que pudiese preguntar nada más. Doug entró primero y esbozó una gran una sonrisa al tiempo que inhalaba.

—Huele de maravilla.

—Así es —exclamó Liz, que bajaba por las escaleras tras haber

escuchado llegar a su marido—. Ella es una chef *gourmet* encubierta y nos ha preparado a todos una comida espectacular.

Doug sonrió mientras se dirigía a la mesa. Miró la comida y volvió a inhalar.

—Qué buena pinta. Tienes que quedarte con ella, Brian.

Brian había entrado por la puerta tras él y me besó la mejilla, orgulloso por el consejo de su padrastro.

—Esa es la idea.

—Bienvenido —lo saludé—. Imagino que Tesoro está sana y salva y de vuelta en el garaje, donde debe estar.

—Sí. Todo vuelve a ir bien. Y ya he visto que tiene un acompañante sexy. —Brian se sentó a mi lado y sonrió a Scott—. ¿Cómo ha llevado las curvas del cañón de camino hacia aquí?

La cara de Scott se desencajó y arqueó una ceja.

—¿Un coche, Brian?

Quería ponerme del lado de Scott en esta discusión —el regalo era completamente inapropiado—, pero el entusiasmo de Brian me impidió decir nada.

—No es un coche cualquiera. Es un Audi A8. El coche que llevaría un chulo.

Scott sacudió la cabeza.

—Gracias por tu generosidad, pero no puedo aceptarlo. Es demasiado.

—«Demasiado» es un término relativo, amigo mío. —Cogió su servilleta y la colocó sobre su regazo de un solo movimiento. Se movía con entusiasmo, como si sorprender a Scott con el coche le hiciera increíblemente feliz—. Y, además, no puedo devolverlo. Lo he pagado en metálico y está a tu nombre, así que, técnicamente, ya es tuyo.

Scott se rio con incredulidad y se pellizcó el puente de la nariz a la vez que negaba con la cabeza.

—Estás loco, jefe.

Brian se lo tomó como un cumplido y sonrió todavía más al tiempo que sacaba pecho.

—Puede, pero aun así me quieres. Y, ahora, la única forma de deshacerte del coche sería venderlo, pero eso sería un despilfarro. Lo he elegido

personalmente y, tío, tu Toyota estaba en las últimas.

—Pero...

—Mira. Trabajas duro, te lo mereces y lo necesitas. Disfrútalo. Cuídala bien, no le pongas un nombre estúpido y te perdonaré que me abandones por mi novia.

Brian me guiñó el ojo antes de mirar seriamente a su sorprendido asistente.

—Sé que ya les has contado tu plan traidor. Lo noto. Ella está *radiante*. —Me miró y su mirada seria se transformó en un puchero—. Va a ser un socio de mierda, ¿sabes? Absolutamente horrible.

Scott resopló y yo intenté no reírme ante el berrinche de mi novio.

—¿Ah, sí?

—Pues claro. Es mandón, correcto hasta la locura y extremadamente perfeccionista. Te va a volver loca.

—Vaya, gracias, jefe.

—¡Brian! —Lo amonestó Liz—. Deja de ser tan grosero. Scott parece muy buen chico.

Brian volvió a mirar fijamente a Scott.

—Excepto que es un traidor que me abandona por mi novia. Y hablando de traidores... —Ahora dirigía su vista hacia mí—. El amor de mi vida acaba de robarme a mi maravilloso asistente.

Finalmente, mi compostura se resquebrajó.

—Siento tener que robarte a tu maravilloso genio e irremplazable asistente. —Solté una risita—. Pero mejor yo que otro, ¿no?

Cuando le lancé una sonrisa inocente y pestañeeé, él trató de mantener su puchero, pero claudicó. Me respondió con una sonrisa sardónica.

—Tienes suerte de que te quiera.

La cuasi amenaza hizo que sonriera de verdad.

—Lo sé. Y gracias. Es una oportunidad increíble. Estoy muy ilusionada por esto.

Brian suspiró, resignado.

—Lo sé. También es una buena oportunidad para Scott, y, para ser sinceros, no estoy seguro de poder confiarle tu futuro a otra persona. Haréis muy buen equipo.

Capítulo 20

La semana siguiente pasó deprisa. Tras mandarle varios mensajes a Juliette, conseguí que me trajeran algunas de mis cosas a casa de Brian. (Gracias al cielo por Vivian y sus padres, que estuvieron dispuestos a ser los intermediarios). Después, informé a mi nuevo equipo de rehabilitación de los cambios de mi situación, y se reanudaron mis citas con ellos.

Mi equipo informó a Brian de que, debido a mi discapacidad física, no podría quedarme en esta casa de forma permanente, lo cual él ya sabía. Había llamado a su agente inmobiliario el mismo día que se reunió con mi fisioterapeuta y le pidió que viniera de inmediato para que pudiera hablar con Daniel sobre el tipo de lugar que sería mejor para mí. La mujer estuvo más que dispuesta a partirse la espalda por su cliente millonario.

Les dije que quería buscar un apartamento en un edificio con la suficiente seguridad como para mantenerme a salvo y, a la vez, me ofreciera privacidad. Brian, por supuesto, odiaba la idea e hizo un berrinche como un bebé. Decidió que encontraría una casa nueva adecuada para mí lo antes posible.

Liz tenía su propia opinión con respecto al tema, la cual consistía en ponerse de parte de Brian, alegando que no debería malgastar ni dinero ni tiempo en un apartamento propio, y que deberíamos pensar en el futuro de nuestros hijos cuando comprásemos nuestra primera casa. También soltó varias indirectas sobre los colegios en Wisconsin.

Adoraba a esa mujer, pero era tan intensa como Brian me había advertido, y, cuando Doug y ella se fueron en la víspera de Año Nuevo, estaba más que lista para unas vacaciones. Nos despedimos con la mano desde la acera y, en cuanto la verja se cerró tras ellos, entramos y nos dejamos caer en el sillón,

exhaustos.

—Por fin tenemos la casa para nosotros solos —murmuró Brian.

Apoyé la cabeza en su regazo y, tras soltar un gemido y estirarme, me acurruqué a su lado, dispuesta a echarme una larga y reparadora siesta.

—Podría dormir durante días.

Brian empezó a acariciarme el pelo con los dedos.

—Suenan bien, pero tendrás que esperar hasta mañana.

Volví a gemir.

—¿En serio tenemos que ir?

Él se echó a reír.

—Será divertido. Lo prometo.

—Si tú lo dices.

Esta noche se celebraba la fiesta anual de Año Nuevo de su agencia. Era importante. En su mayoría, sería gente influyente en un ambiente muy elegante y vanguardista. Esta era la primera invitación que Brian había recibido para el evento. Solo había estado con esta agencia desde que se cambió tras el desastre de la FantasyCon y, antes, no se le consideraba lo suficientemente importante como para recibir una invitación.

Estaba orgulloso y entusiasmado por haber dejado atrás su estatus de rompecorazones adolescente y que lo reconocieran como un actor de verdad. Yo también estaba orgullosa de él, así que lo acompañaría y lo haría con mi mejor sonrisa, aunque por dentro estaba aterrorizada.

Sería mi primera aparición pública con Brian en su mundo sin contar con el preestreno de *El príncipe druida*. Aquella noche estaba tan alucinada que Brian solo me presentó a un puñado de gente y la conversación no llegó más allá del «Hola, encantada de conocerle». Esta noche sería distinto.

—No tenemos que ir si no quieres —ofreció Brian después de que me quedase en silencio, inquieta.

—Claro que sí. Lo estás deseando, y sería grosero que no asistiéramos. Seguro que es divertido. Solo estoy nerviosa.

—No tienes por qué —respondió Brian—. La mayoría se dedicará a besarte el culo, señorita Reseñadora de Entretenimiento Popular.

Resoplé, pero él arqueó una ceja hacia mí, desafiante.

—Ella, ahora tienes poder en mi mundo. ¿No te acuerdas de lo que hiciste

por mi padre en Navidad?

Solté un gemido de diversión y disgusto a partes iguales.

—No me puedo creer que haya sido en parte responsable de la monstruosidad de Max Oliver y *Drive Hard*.

Brian soltó una carcajada.

—Hay bastante gente que la disfrutará. *Drive Hard* es un videojuego muy bueno. Y tienes que admitir que mi padre es el director perfecto para ese tipo de películas.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, le dará un toque sexy con mujeres semidesnudas y explosiones enormes, y los adolescentes de todo el mundo irán a verla en tropel, tú incluido.

—No hay nada de malo en una buena película de acción.

—No cuando hay argumento, historia y evolución de personajes. En ese caso, son geniales. Pero solo tetas y armas no equivalen a una buena película.

—Te desafío a que impartas esa sabiduría a mi padre, Yoda. —Brian me dio un ligero toque en la nariz—. Y te advierto que serás mi cita en los preestrenos de todas las películas de mi padre de aquí en adelante, así que será mejor que te vayas preparando mentalmente.

Volví a gemir.

—¿Crees que a mí también me desheredará en cuanto lea la reseña que le haga?

Brian se echó a reír.

—Probablemente no tengas que preocuparte. Es lo bastante egocéntrico como para dar por hecho que te encantará y no leerá tu reseña. —Negó con la cabeza y se rio de nuevo—. Pero los medios se lo pasarán pipa. «La Ella de Cinder pone verde la película de su padre». Sería un buen titular.

La diversión en su voz me hizo sonreír.

—Bueno —empecé a decir—, mientras tengas claro que sucederá y no te ofendas cuando pase, entonces no importa.

Brian soltó una risita.

—Me sorprendería y preocuparía si fuera menos que mordaz. Y, ahora, sobre la fiesta de esta noche y ese vestido súper sexy que cuelga en tu armario... ¿vas a necesitar ayuda para ponértelo?

—¡Ja! Es muy probable. Pero Vivian y Juliette vendrán para maquillarme y peinarme, así que está todo controlado.

—¿Viene Juliette? —inquirió Brian—. ¿Tu padre le ha dado permiso para que venga a casa de la superestrella maligna?

Se me cerró la garganta al oír la sorpresa en la voz de Brian.

—Sí. Supongo que cree que, si deja venir a Juliette, empezaré a responder sus llamadas.

Brian se quedó callado un momento y, luego, preguntó con vacilación:

—¿Lo harás?

—No. —Resoplé.

Brian volvió a relajarse. Me apoyaría en cualquier decisión que tomase en lo que respectaba a mi padre, pero sabía que se sentía aliviado por que hubiera finalizado nuestra relación por completo. Había sido testigo demasiadas veces del daño que me hacía mi padre y temía que, si le dejaba volver a entrar en mi vida, sucediera de nuevo. No era el único que se sentía así, lo cual era la razón principal de que ignorase todas las llamadas de mi padre durante esta semana pasada.

—Bueno, me alegro de que Juliette y tú podáis seguir siendo amigas —admitió Brian.

—Yo también. La echo de menos —confesé.

—No le digas que lo he dicho, pero yo también. Es divertido picarla. Incluso Ana no es tan mala, dentro de lo que cabe.

Abrí la boca de par en par ante esa confesión, y Brian sonrió con suficiencia.

—Tiene chispa. Me gusta eso en una mujer.

Me lanzó una mirada penetrante y yo puse los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. Ayúdame a subir antes de que lleguen Jules y Vivian. Va a llevarnos mucho tiempo convertirme en alguien digno de una fiesta llena de famosos.

Poco después, me encontraba vestida y en proceso de chapa y pintura.

—Deja de moverte o te meteré la brocha del rímel en el ojo —me advirtió

Juliette.

Era la primera vez que la veía desde la pelea con mi padre, y su apoyo no podía haber venido en un momento mejor.

—Lo siento. Estoy nerviosa.

—No tienes por qué estarlo —prometió Vivian—. No mientras lleves este vestido.

Tenía razón acerca del vestido. Me había entrado el pánico cuando Brian me informó de que sería una fiesta formal, así que para aliviar mi ansiedad, les había pedido a los padres de Vivian que me confeccionaran un vestido. Lo que me habían dado no era eso, sino una obra de arte. Era un vestido de un tono rojo brillante, con cuentas y de una manga; la falda llegaba hasta el suelo y se ceñía a mí como una segunda piel.

La manga que tenía me llegaba hasta la muñeca. Prescindir de la otra y dejar mi hombro bueno al descubierto le daba a mi vestido un toque sexy que hacía de él algo tan clásico y hermoso como cualquier otro que alguien llevase esta noche, y, aun así, cubría casi todas mis cicatrices. Era realmente maravilloso, y los ojos se me humedecieron la primera vez que me lo probé.

—¿Habéis terminado ya? —exclamó Brian, llamando a la puerta por tercera vez—. La espera me está matando. Quiero ver a mi guapísima novia.

Nos habíamos encerrado en la habitación de invitados de Brian, y él había estado paseando arriba y abajo del pasillo desde que hubo acabado de arreglarse.

—Madre mía, es *tan* romántico —canturreó Vivian mientras me echaba otra nube de laca en el pelo.

Había optado por un recogido clásico que me dejaba el cuello a la vista y acentuaba el hombro desnudo. Un leve atisbo de mis cicatrices se asomaba por debajo del cuello, pero no era mucho, y la purpurina corporal que Juliette me había obligado a ponerme desviaba la dirección bastante bien.

—Si por *romántico* te refieres a *impaciente* y *dependiente*, entonces sí —bromeé mientras sacudía las manos para calmar los nervios. A mí tampoco me habían dejado mirarme desde que habían llegado.

—Ella, a un hombre tan guapo como el tuyo se le permite depender de cualquier cosa o persona que quiera.

—Bueno, desde luego él estaría de acuerdo contigo. —Me aclaré la garganta y grité—. ¡Paciencia debes tener, joven Padawan!

Soltó un murmullo amortiguado de «idiota» con tanta irritación que me hizo sonreír.

—Es divertido molestarlo.

Juliette me miró con incredulidad mientras me aplicaba pintalabios rojo en los labios.

—Sois tan... ni siquiera sé cómo describiros. Mancha. —Me dio un pañuelo y me limpié los labios. La marca que dejé en él era tan brillante como mi vestido.

—¡Listo! —declaró, y me permitió levantarme para que fuese a mirarme al espejo de cuerpo entero.

Cuando me acerqué a él y finalmente vi la beldad de cuento de hadas en la que mis amigas me habían convertido, solté todo el aire de mis pulmones. No me podía creer que después de todo lo que había pasado tras el accidente, todavía fuera capaz de verme así.

—¡Espera! —chilló Vivian—. ¡Lo había olvidado!

Fue corriendo hasta la bolsa en la que había traído el vestido y sacó un nuevo bastón. Al igual que Chuches, a este también le había hecho un cambio de imagen. Había usado el mismo material rojo que mi vestido sobre un trozo de tela blanca. Además, era uno de esos bastones que tenía un mango curvado, así que, literalmente, se parecía a un bastón de chuches.

—Pensé que como es Navidad y todo eso...

El bastón completaba el conjunto como si hubiese salido de un sueño que jamás hubiese podido imaginar. La creatividad de Vivian era alucinante y única.

—Viv... —Mi voz amenazaba con quebrarse—. Es perfecto. No tenías por qué hacerlo.

—Oh, pero lo he hecho —contestó al tiempo que dejaba que la abrazara con fuerza—. Por mucho que adore a Chuches, no pegaba con tu vestido para nada, y no podía permitir que fueses con un bastón normal de aluminio que recuerda a una muleta. Supuse que, si teníamos este segundo de repuesto, podríamos hacerle cambios siempre que la ocasión lo requiriese, y así no tendremos que tocar al viejo Chuches. Porque cambiarlo ahora probablemente me rompería el corazón tanto como verte vestida con tanta elegancia y tener que usar un bastón que no pega nada.

Me reí con incredulidad y abracé a la loca y genio de la moda de mi amiga.

—¿Qué haría sin ti, Vivian?

—Desentonar —bromeó.

Todas nos volvimos a reír y, después de abrazar a Juliette, nos giramos hacia el espejo para ver la maravilla invernal en la que me había convertido.

—Eres una señorita muy sexy —exclamó Vivian—. Vas a dejar a todas esas estrellas eclipsadas.

Juliette movió las cejas de forma sugerente y añadió:

—Sobre todo a esa perra de Kaylee Summers.

Le sonreí con suficiencia a mi hermana a través del espejo.

—A menos que haya conseguido que alguien la lleve como acompañante, no creo que la hayan invitado. —Me encogí de hombros—. No es tan importante.

Era malvado, pero en parte me sentía orgullosa de haber conseguido mi propia invitación a la fiesta mientras que Kaylee no. Era cierto que iba en calidad de cita de Brian, pero su agencia intentaba convencerme para representarme y me habían extendido la invitación. Brian me había asegurado que Kaylee no formaría parte de su lista por sí misma cuando le pregunté si tendría que lidiar con su presencia esta noche.

La voz irritada de Brian nos llegó a través de la puerta.

—¡Chicas, vamos a llegar tarde si no me entregáis pronto a mi cita!

Todas nos echamos a reír. Juliette decidió apiadarse de Brian y quitó el pestillo.

—¿Estás preparado? —preguntó, manteniendo la puerta cerrada para que no pudiese entrar.

—Llevo preparado desde hace media hora —gruñó.

—Te prometo que la espera vale la pena —dijo, y abrió la puerta de par en par.

Brian entró justo cuando me volví para mirarle, y se quedó sin respiración al verme. El calor de sus ojos cuando me miró de arriba abajo hizo que me cosquilleara todo el cuerpo. Sonrojada, di un paso hacia él.

Él tampoco estaba nada mal. Llevaba un esmoquin a medida y estaba tan guapo como cualquier príncipe. Pero esta noche no era el príncipe Cinder; se

parecía más al Príncipe Encantador. Su pelo oscuro estaba peinado con cuidado y sus ojos color chocolate brillaban con calidez mientras me observaba.

Cuando me moví, conseguí que despertara de la impresión y nos encontramos en mitad de la habitación. Posó las manos en mis brazos con una gentileza casi reverente.

—Guau —suspiró.

—Lo mismo digo, guapo. —Me giré un poco de lado a lado—. ¿Qué dices, te avergonzaré demasiado delante de toda esa gente importante?

—¿Qué gente importante? Es imposible que llegemos a la fiesta esta noche. —Se acercó todavía más a mí y rodeó mi cintura con los brazos. Cuando su mirada cayó sobre mis labios rojos pasión, inhaló con fuerza. Al volver a clavar la vista en mis ojos, se dirigió a mis amigas—. Jules, Vivian. Os estaré eternamente agradecido por el trabajo que habéis hecho esta tarde, pero ahora necesito que os vayáis. Idos a casa. Marchaos. Y cerrad la puerta al salir. Tengo que desenvolver este regalo que acabáis de darme y ver si sabe tan bien como parece.

Le hubiera chillado y golpeado en el pecho o algo, pero no estaba bromeando, y su intensidad me dejó paralizada e incapaz de respirar. Estaba completamente a su merced en ese momento y, si me quitaba el vestido, no creía que intentaría detenerlo. Incluso me había puesto el conjunto de braguitas y sujetador más sexy que había llevado en mi vida.

En cuanto vi el vestido, fui incapaz de ponerme unas braguitas de abuela debajo y, en secreto, rebusqué en la bolsa de la Boutique de Lindon que había llegado esta semana junto con las maletas que Juliette me había preparado. En aquel momento, me había cabreado mucho con ella por que me las hubiera enviado, pero ahora... ataviada con un sujetador y unas braguitas rojo pasión de encaje bajo el vestido más sexy del mundo y sintiéndome como si realmente mereciera la oferta de Lindon para modelar para ellos, bueno, me alegraba haberlos tenido a mano.

Brian y yo salimos de nuestra ensoñación cuando él inclinó la cabeza y Juliette chilló:

—¡Nooo! ¡Ni se te ocurra!

Brian echó la cabeza hacia atrás y me miró como si acabara de despertarse de un largo sueño. Ambos fruncimos el ceño hacia Juliette.

—¡Arruinarás el maquillaje que he estado media hora perfeccionando! —gritó—. Nada de besos en la boca. Cuello, mejilla, hombro... vale. Pero aléjate de los labios. No va a estar en la fiesta de esta noche con borrones en la cara como en el preestreno.

Brian le lanzó una sonrisa de suficiencia.

—Pero fue sexy.

—Quieto, chico —exclamó Vivian mientras nos separaba—. Una vez es gracioso, pero dos, no cuela. Ahora, sé un caballero y acompaña a tu preciosa cita a la fiesta del año y presume de ella ante tus amigos.

Brian sonrió a Vivian y, por fin, volvió en sí.

—Sí, señora.

Capítulo 21

El Standard era un hotel pijo y vanguardista en el centro de Los Ángeles. Era muy moderno y el mejor hotel en el que hubiese estado nunca. Era una pobre chica latina, criada en plena ciudad de Boston por una madre soltera. Me sentía como pez fuera del agua aquí.

La fiesta se celebraba en la terraza del hotel, con piscina y una zona de bar y de descanso. Se me aceleró el corazón mientras Brian y yo esperábamos el ascensor, pero sorprendentemente, no era la única nerviosa. Brian también estaba muy inquieto. Me consolaba ver que él estaba tan histérico como yo. Bueno, puede que no tanto como yo, pero aun así, mostraba cierta incomodidad, y era bueno saber que no era la única.

—¿Nervioso? —Le agarré la mano cuando se abrieron las puertas del ascensor.

Brian se sobresaltó al sentir mi tacto y se giró hacia mí con una sonrisa avergonzada a la par que entrábamos en el cubículo.

—Un poco. —Eché la cabeza hacia atrás para mirar al techo después de pulsar el botón de la terraza—. Estarán todos los peces gordos allí. Es la primera vez que me siento en la mesa de los adultos.

La analogía me hizo sonreír.

—Estarás genial. Van a recibirte en el club de los *guays* con los brazos abiertos y se preguntarán por qué no te invitaron hace años.

Soltó una carcajada y, luego, un suspiro.

—Si lo hacen, será porque la mujer a mi lado los tiene a todos bajo el efecto de un hechizo mágico. ¿Qué me decís, oh, gran sacerdotisa Ellamara?

¿Estáis preparada para conquistar nuestro nuevo reino juntos?

—No sé —bromeé—. ¿Vas a abandonarme por una princesa guerrera tonta como el Cinder de la película?

Brian se rio entre dientes.

—Por supuesto que no. —Tras besarme la mano, me sonrió por encima de los dedos—. Además, no estará aquí. No es lo bastante importante, ¿recuerdas?

Si estaba intentando hacerme sentir mejor, funcionaba. Le sonreí de oreja a oreja y le transmití con ella que agradecía la crítica a Kaylee. Él me la devolvió.

—Eres la mujer más preciosa que he visto nunca. Gracias por venir conmigo esta noche.

Él se veía igual de impresionante que como aseguraba que yo estaba. Tenía suerte de ser su acompañante.

—De nada. Solo... por favor, no me dejes sola ahí arriba esta noche.

—Te lo prometo. —Levantó nuestras manos entrelazadas—. Esto de aquí no se va a romper por nada del mundo. Tienes mi palabra.

—Gracias —murmuré cuando el ascensor se detuvo.

Ambos respiramos hondo en el momento en que las puertas se abrieron.

—¿Preparada? —me preguntó.

No tuve oportunidad de responder, porque dos personas nos vieron bajar del ascensor y nos llamaron de inmediato. Un hombre con un esmoquin tradicional nos saludó como si fuésemos viejos amigos, con un estrechamiento de manos firmes y un beso al aire en mi mejilla.

—¡Brian! ¡Ella! Me alegro de que hayáis podido venir. —Se separó y me repasó con la mirada de la cabeza a los pies—. Señorita Rodríguez, está *radiante* esta noche.

—Gracias. —Miré a Brian en busca de ayuda, y él hizo un gesto hacia mi nuevo amigo con una pequeña pero genuina sonrisa.

—Ella, estos son Samuel Weinhardt y Afton Marks. —Señaló a la mujer, y ella imitó el saludo de Samuel de la mano y el beso—. Samuel y Afton son los cabezas de mi equipo de gestión.

—Entonces, ¿son tus agentes? —inquirí, tratando de entender cómo funcionaba.

—Dilo, y también seremos los tuyos, Ella —intervino Samuel—. Tenemos un montón de ofertas que nos han llegado para ti; se han puesto en contacto con nosotros a través de Brian, ya que nadie sabe cómo contactar contigo directamente. Ya hemos empezado a trazar un plan para ti. Nos encantaría concertar una reunión contigo esta semana para poder ir concretando los contratos.

La inmediata charla sobre negocios me sorprendió, ya que esto técnicamente era una fiesta para celebrar la Navidad, pero supuse que no tendría que haberlo hecho. Brian siempre comparaba esta industria con un tanque lleno de tiburones hambrientos. Estos dos no solo habían oído a una nueva clienta, sino que ya tenían cientos de formas de ganar dinero conmigo en sus bandejas de entrada. Por supuesto que no querían perder la oportunidad. Lo entendía, pero ni siquiera me habían dicho: «Encantados de conocerte. ¿Qué tal estás?» antes de asumir que podían engatusarme. Me molestaba.

—Es muy considerado por vuestra parte —dije, esbozando la misma sonrisa falsa que había usado con aquellos productores ejecutivos y con el padre de Brian—. Estoy muy interesada en ver qué ideas tenéis planeadas para mí. Llamaré a vuestra oficina el lunes por la mañana y concertaré una entrevista con vosotros.

Afton se rio; fue una risa educada, pero también condescendiente.

—Oh, no, cielo, eso no será necesario. Estamos ofreciendo representarte. No necesitas ninguna entrevista.

¿Esta mujer iba en serio? Podía ser nueva en esta industria, pero no era tonta. Me había pasado el último año intentando mantener a raya a profesionales médicos diez veces más inteligentes que yo, negándome a que me tratasen como a una niña. Así que no iba a permitir que esta mujer, que no era ni diez años mayor que yo y que no tenía mi vida en sus manos, lo hiciera.

Imité su risa condescendiente y dije:

—Me refería a una entrevista para vosotros. Entiendo que me habéis ofrecido representarme, pero también lo han hecho todas las demás agencias de la ciudad. Me reuniré con todas antes de tomar una decisión o de firmar ningún contrato.

El corazón me dio un vuelco cuando Brian ahogó una risa de estupefacción. ¿Había sido demasiado directa? ¿Había perdido los estribos?

Él fue quien me dijo que no podía dejar que la gente me mandoneara. Pero no quería cabrear a sus agentes o dejarlo en mal lugar.

Sin embargo, cuando me giré hacia él me percaté de que estaba intentando contener la risa. Me miró a los ojos y, aunque no me guiñó, su mirada reflejaba tanto orgullo como diversión. Su aprobación me dio un subidón de confianza y relajé todo el cuerpo.

Afton y Samuel, por el contrario, ya no parecían tan a gusto como antes.

—Ah —articuló Afton con voz entrecortada y forzada amabilidad—. Ya veo. Bueno...

—Bueno, pues tendrán que estar altamente preparados para su cita la semana que viene, ¿no es cierto? —intervino una nueva voz.

El recién llegado era mayor; quizá rondaba los sesenta. Sonreía abiertamente, pero por alguna razón parecía todavía más autoritario que sus colegas. Siempre me sorprendía que alguien pudiese ser más dominante que Brian, pero este tipo lograba que Brian y sus agentes parecieran niños asustadizos.

—No se haga tanto la ofendida, señora Marks —le dijo a Afton—. Es de sabios ser cauto en esta industria. Es evidente que la señorita Rodríguez es una mujer muy capaz. Lo cual no es ninguna sorpresa. —El extraño me tomó de la mano y me dedicó una sonrisa que hizo que las comisuras de sus ojos se arrugaran—. Las críticas de libros y películas tan profundas que escribes en tu blog dicen mucho de tu inteligencia, y cualquier mujer que pudiese conquistar el corazón del señor Oliver ha de tener una mente sensata sobre los hombros. Es maravilloso conocerte, querida. Soy Harvey Buchman.

—El señor Buchman es el director de la agencia —murmuró Brian.

Harvey volvió su amigable sonrisa hacia mi muy estupefacto novio.

—Por favor, Brian, llámame Harvey.

Brian, impactado, estrechó la mano del hombre y dijo:

—Lo haré. Gracias, Harvey. Es un honor conocerlo por fin.

—El placer es mío, Brian. He oído mucho de ti desde que firmaste con nuestra agencia. —Harvey se rio con sincero regocijo y me sonrió—. Menuda sorpresa nos dio este joven el día que nos reunimos por primera vez.

Brian se rio por lo bajo, pero había cierto nerviosismo en su risa que me hizo preguntarme cuán grande fue el alboroto que causó el día que despidió a

sus antiguos agentes. Quizá debería haber mantenido el misterio, pero Harvey parecía de buen humor, así que no pude resistirme a indagar.

—¿De verdad? ¿Y eso?

Harvey se rio de nuevo. Nos inspeccionó a los dos antes de decidir ser sincero.

—Francamente, con su anterior currículum y reputación, y con la treta que su antigua agencia llevó a cabo después de la FantasyCon, esperábamos a un niño mimado e inmaduro, y estábamos más que preparados para lidiar con un adolescente con demasiados aires de grandeza.

Brian se rio entre dientes. Aquello me facilitó la tarea de tomarle el pelo. Miré a Harvey con incredulidad.

—¿Me está diciendo que no tuvo que tratar con un adolescente mimado e inmaduro con demasiados aires de grandeza ese día en la oficina?

El señor Harvey parpadeó en mi dirección y, luego, se rio.

—Quizá sí que hubo algo de eso, aunque no es que lo culpáramos cuando supimos la verdad de lo que había hecho su antigua agencia. No, fue su inteligencia lo que nos sorprendió. Sus escrúpulos, su astucia para los negocios y su auténtica determinación para hacer las cosas bien contigo. Tuvo a toda mi agencia aturullada en cuestión de minutos.

Vale, *eso* sí me lo creía. Brian era formidable cuando quería serlo. Al igual que su madre.

—Apuesto a que sí —convine—. Suelen infravalorar a Brian. —Cuando Brian me miró, yo me reí—. Sí, yo también fui culpable de ello.

Harvey suspiró.

—Ese es el mayor problema con nuestro joven señor Oliver, ¿no es cierto?

Brian frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

Harvey apoyó una mano en el hombro de Brian y nos guio hasta la barra.

—Bueno, siendo el imán de *paparazzi* que eres; algo que, por desgracia, solo unas estrellas tienen la suerte de ser.

Brian resopló.

—Y —continuó Harvey con un deje de desasosiego—, siendo tu padre quien es, la mayoría de la gente en esta ciudad ya se ha formado una opinión

de ti. Ha afectado a tu carrera más de lo que crees, pero estás esforzándote en corregirlo.

—No lo entiendo —dije—. Creía que Max Oliver tenía mucha influencia en Hollywood.

—Influencia, pero no respeto —respondió Brian con voz monótona.

—Ah. —Con eso fue suficiente—. Y supongo que películas como *Viaje de fin de curso* y *Qué le den a la reina del baile* no han ayudado mucho tampoco.

—No. En mi antigua agencia no me hicieron ningún favor con los proyectos que me consiguieron.

Harvey asintió.

—Muy cierto.

Llegamos a la barra y, tras asegurarse de que tanto Brian como yo teníamos una bebida en la mano —ni siquiera parpadeó cuando yo pedí agua, lo cual estuvo bien—, Harvey volvió a sonreír a Brian.

—Por suerte, tenemos intención de cambiar la opinión que esta ciudad tiene de ti.

Brian dio un pequeño sorbo de su Martini.

—¿De verdad crees que es posible?

—Oh, por supuesto. Y empezaremos esta noche —añadió con entusiasmo—. Ya has logrado conseguir lo más difícil, que es obligar a la gente a cuestionarse la opinión que se ha formado de ti.

Brian y yo intercambiamos una mirada llena de curiosidad y esperamos a recibir una explicación.

—Tu actuación en *El príncipe druida* sorprendió mucho a la ciudad —aclaró Harvey—. Todos se quedaron impresionados con la profundidad y la habilidad que demostraste al coger una película de Max Oliver, actuando junto a Kaylee Summers, y transformarla en un filme conmovedor. Y, ahora, los has vuelto a sorprender al salir con una muchacha desconocida que tiene una minusvalía física; perdóneme por exponerlo de forma tan brusca, señorita Rodríguez, no va con mala intención. Nadie sabe qué pensar realmente de ustedes dos.

Harvey nos llevó hasta un pequeño sofá vacío. Era uno de los cuatro que rodeaban una mesita repleta de platos con aperitivos. Me alegraba no estar de

pie y me moría de ganas de probar los pimientos rellenos que tenía delante. Brian se percató de mi interés en ellos y sonrió. A la vez que llenaba un platito para los dos, Harvey entró en materia.

—Bueno, señorita Rodríguez —dijo tras tomar asiento en el sofá más cercano a mí—. Los rumores hablan de que no tiene pensamiento de aceptar el contrato que Lindon le ofreció para hacer de modelo de la firma.

Me reí con aspereza.

—Correcto. No tengo interés en ser modelo de lencería para Lindon, ni para ninguna otra marca. Y tampoco tengo intención de quitarme la ropa y dejar a la vista mi cuerpo mutilado y lleno de cicatrices solo para satisfacer la mórbida curiosidad de la gente.

Harvey arrugó el ceño.

—Entiendo su reticencia, pero creo que sería un error dejar pasar esta oportunidad.

—¿Perdone? —Negué con la cabeza; me desconcertaba que pudiese pensar así—. Mire; en primer lugar, el público puede pensar que la sugerencia de Erik Clarke de que modele el conjunto de lencería ganador es una especie de juego divertido, pero son mi dignidad, mis sentimientos y mi reputación los que están en juego. No es una broma, es mi *vida*. Y, en segundo, ¿por casualidad vio las noticias el día de Navidad? Esa clase de atención no es algo que quiera tener por propia voluntad.

Brian me apretó la mano en un intento de recordarme que controlara los nervios antes de perderlos del todo. Luego, me pegó contra su costado para crear una imagen de unidad bastante evidente. Cuando habló, estuve segura de que el gesto había sido totalmente intencionado.

—Con todo el debido respeto, señor Buchman, usted no entiende la reticencia de Ella con respecto a este asunto. No podría entender las cosas por las que ha pasado este último año. No sabe lo que es que le arrebaten un cuerpo perfectamente sano y bonito y que se burlen y la miren mal por haberlo perdido. Como si ahora fuese menos persona que antes debido a sus lesiones. Puede que esto solo sea un juego de poder para usted, una mera cuestión de sonreír en unas cuantas fotos, pero quizá eso sea un uno por cierto de los factores que intervendrían en una decisión como esta.

Me estalló el corazón al ver a Brian defenderme de esa forma. No era el hecho en sí de que me defendiera, sino de que lo entendiese. Comprendía que

esto no se trataba únicamente del mensaje que podría enviarle al mundo.

Harvey no se dio por vencido.

—Por eso —insistió—, Ella debería firmar con mi agencia. —Desvió su mirada penetrante hacia mí—. Puede que no sea capaz de empatizar con su situación, señorita Rodríguez, pero sí que entiendo que sería un tema muy difícil y sensible para usted. Lo que no está teniendo en cuenta es que los medios ya la han lanzado a los tiburones, lo quiera usted o no. No va a desaparecer. Pero si lo acepta, si toma las riendas en lugar de dejar que la situación la controle a usted, no sería tan doloroso.

Odiaba que tuviese razón. Tenía razón en lo de que este problema no iba a desaparecer por más que agachara la cabeza. En algún momento tendría que enfrentarme a él.

—Sí que vi las noticias el día de Navidad —siguió diciendo—. Mi corazón estuvo con usted y su familia por haber tenido que soportar aquello. Especialmente porque se debía a un vídeo que publicó *Erik Clarke*. —Pronunció el nombre de Erik con tanto odio como yo sentía hacia aquel gilipollas, lo cual me ablandó e incluso hizo que simpatizara un poco con el señor Buchman—. Oí las cosas que le gritaron —prosiguió—. Sé por qué tumbaron a ese hombre en el suelo, aunque no lo mostrasen en las imágenes. No era difícil de suponer. Señorita Rodríguez, odio tener que decirlo, pero ese pervertido que se exhibió frente a usted no será el último si no toma cartas en el asunto. Eso es lo que mi equipo querría hacer por usted. Podríamos ayudarla a limitar esa clase de experiencias.

—¿Cómo? —Sonaba muy seguro de sí mismo, pero a mí se me antojaba imposible.

—Convirtiéndola en una heroína en lugar de en una mártir.

La potencia de su afirmación me caló muy hondo, así como lo que implicaba. El aire abandonó mis pulmones, y tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no mostrar a este hombre lo mucho que me habían afectado sus palabras.

—Se le acaban de abrir muchas puertas. Oportunidades que ni siquiera sabe que existen. Patrocinios. Modelaje para básicamente cualquier empresa que elija. Numerosas organizaciones benéficas que les encantaría que las respaldase o que ayudara a su causa. Su biografía. Un documental. Todo desde la venta de sus derechos cinematográficos, hasta tener su propio programa de

televisión, o incluso hacer una gira mundial de charlas motivacionales. Hay muchísimas maneras en las que podemos conducir su situación actual.

Me quedaba más y más boquiabierta con cada sugerencia que me ofrecía. Brian y Scott me habían enseñado la lista de correos electrónicos que tenía Scott, que estaba llena en su gran mayoría de invitaciones por parte de Kenneth Long, Connie Parker y *Cotilleos de Famosos*, y de una larga lista de editoriales y estudios cinematográficos que estaban interesados en poner anuncios en mi blog o en que reseñara sus proyectos.

Lo que el señor Buchman estaba sugiriendo iba muchísimo más allá. ¿Una gira mundial de charlas motivacionales? ¿Mi propio programa de televisión? No es que quisiese ninguna de esas cosas, pero ¿quién podría estar tan interesado en mí? No era una heroína. Era un completo desastre. Un desastre emocional e inseguro.

Al ver que me había abrumado, el señor Buchman bajó la intensidad y suavizó la voz para intentar que sus siguientes palabras sonaran con menos severidad.

—Si no hace nada, señorita Rodríguez, todos los que la han denigrado ganarán. Dé la cara y todos esos patéticos y débiles acosadores verán que no es una víctima. Hasta ahora, todo lo que ha hecho desde aquel vídeo de ustedes dos en la FantasyCon, pasando por la falta de actividad en su blog y la eliminación de su información de contacto y de la posibilidad de dejar comentarios, hasta evitar a los medios y el horrible paseo hasta su coche el día de Navidad, e incluso el modo en que Brian la protege esta noche, le muestra al mundo que, en efecto, es el corderito indefenso y aterrorizado a punto de recibir su San Martín. Toda esa gente del día de Navidad se comportó así porque veían a una víctima. Percibieron en usted a una presa.

»Puede que se sienta abrumada y sobrepasada ahora mismo, pero tras haberla visto con mis agentes hace unos minutos, sé que puede con ello. Demuéstreles que es fuerte y la dejarán en paz. La temerán. Hay una fuerza interior en usted. La misma fuerza hizo que mis agentes cayeran a los pies de Brian cuando se presentó exigiendo que cortásemos el rollo porque ya no iba a aguantar más estupideces de nadie.

Resoplé de la risa y de la sorpresa, lo cual hizo que Brian se riera entre dientes.

—Sí, eso parece propio de Brian.

—También lo es de ti, pequeña señorita *Las palabras de sabiduría de Ellamara* —bromeó Brian.

Tanto Harvey como yo agradecemos que la tensión desapareciese. Asintió y volvió a esbozar una preciosa sonrisa.

—Deje que mi agencia la ayude a sacar la cabeza del agua. Podemos aprovechar todo el caos en el que está envuelta ahora mismo y usarlo en su beneficio. No fue la sugerencia que hizo Erik Clarke en *Cotilleos de Famosos* lo que está espoleando a la gente; él simplemente lanzó una idea. Esas personas están reaccionando a usted y a las afirmaciones que hizo en aquella tienda de lencería. Ha inspirado al mundo, Ella, y ahora tiene mucho poder a su disposición. No lo desperdicie.

Solté un suspiro cuando llegó al final de su discurso. Había sido bueno, tenía que reconocerlo.

—Me ha dado mucho sobre lo que pensar, eso está claro —dije con sinceridad.

—Bien. —La sonrisa con la que me respondió estaba cargada de orgullo, casi tanto por mí como por él mismo—. Con suerte, la he persuadido.

El hombre era implacable... y muy bueno en su trabajo.

—Me ha impactado —sonreí, y él imitó mi sonrisa irónica; ya sabía lo que venía—. Aunque todavía pretendo reunirme con todas las demás agencias.

Se rio y aceptó su derrota con gracia, porque estaba seguro de que terminaría volviendo a él.

—Hágalo —replicó—. Pero hágame un favor. —Sacó una tarjeta de visita del bolsillo interior de su esmoquin y me la tendió. Brian ahogó un pequeño grito cuando vio que en la tarjeta se indicaba la información personal de contacto del mismo señor Buchman—. Si decide marcharse con ICM o con el bueno de Bill Morris, tenga la cortesía de llamarme antes de firmar y así poder tener una última oportunidad para hacerle una contraoferta sobre aquello que pueda haberla atraído de ellos. La asesoraría yo personalmente, si eso es lo que haría que firmase con nosotros.

Brian volvió a ahogar un grito, esta vez más fuerte. Lo único que fui capaz de hacer fue quedarme mirando la tarjeta que albergaba la dirección de correo electrónico y el número de teléfono personales del director de una de las agencias más grandes y poderosas del mundo. Parecía surrealista. Cuando por

fin encontré la voz, volví a mirar al señor Buchman, que esperaba una respuesta a su petición.

—Lo haré —le prometí—, si me responde a una pregunta. Con sinceridad. Harvey asintió con las cejas arqueadas de la curiosidad.

—¿Por qué tanta insistencia en que firme? Con *usted*, me refiero. Personalmente. Podría haber dejado que los agentes de Brian se encargaran de mí esta noche. Supongo que son dos de sus mejores trabajadores. Si Brian realmente causó el revuelo que usted afirma, no me imagino que le asignara a otro que no fuera su mejor agente. ¿Por qué pasarse veinte minutos conmigo cuando todos los demás en esta fiesta probablemente estén deseado llamar su atención en algún momento de la noche?

¿Por qué? No tiene sentido. Puedo estar en boca de todos ahora mismo, pero no soy ninguna estrella. No tengo pensamiento de convertirme en una actriz de renombre, ni de ser la siguiente sensación de la música pop, ni siquiera una supermodelo. Nunca le haré ganar la misma cantidad de dinero que alguien como Brian, así que ¿por qué querría darme su información personal de contacto? ¿Por qué se ofrece a representarme personalmente?

Cuando Harvey entrecerró los ojos y reprimió una sonrisa como si lo hubiese pillado con las manos en la masa, yo negué con la cabeza.

—Con franqueza —le advertí—, o perderá toda mi confianza, y lo tacharé directamente de mi lista de posibilidades aquí y ahora.

Brian no ahogó grito de nuevo, pero tensó el cuerpo entero. Quizá fue muy audaz por mi parte ser tan directa, pero no tenía sentido, y no me gustaba.

Harvey meditó mi petición durante un rato y alargó el silencio entre nosotros hasta que fue casi asfixiante, pero me negué a dejar que se fuera de rositas. Cuando por fin decidió que, fuese cual fuese su secreto, merecía la pena contarlo para evitar que me alejase, dijo lo último que esperaba oír.

—Es porque tengo una hija.

Se dejó llevar por los sentimientos, tragó saliva con fuerza e inspiró hondo para serenarse antes de volver a hablar.

—Tengo una hija lista, divertida y cariñosa un par de años más joven que usted. Es una joven preciosa... con la nariz aguileña, mi pelo fuerte, rizado y encrespado, y las pecas de mi mujer. El gen de la altura parece no haber hecho mella en ella, y nunca estará tan delgada como las chicas de las revistas. Su belleza no es convencional, y piensa que eso es sinónimo de ser

fea. Los chicos en el instituto fingen ser sus amigos debido a mi estatus y se burlan de ella a sus espaldas. Los únicos chicos que le han pedido salir son los que buscaban meter la cabeza en la agencia.

Volvió a coger aire, como si necesitase sofocar la enorme rabia que crepitaba en su interior a causa de su instinto protector. Yo conocía esos instintos muy bien. Mi padre los tenía a montones. Había expulsado a Brian de su propiedad y, básicamente, había roto su relación conmigo porque le cabreaba que hubiesen humillado a Juliette y Anastasia y hubiesen estado en peligro el día de Navidad.

—Las otras agencias la querrán porque les hará ganar mucho dinero fácil con su actual situación y su renombrado novio. No quiero ganar dinero, señorita Rodríguez. Quiero enviar un mensaje al mundo.

Su discurso me dejó sin aliento. Casi se me habían saltado las lágrimas. También estaba aterrorizada, porque tomar una decisión sería infinitamente más complicado ahora, o imposible, más bien. Le había dado realidad a sus palabras. Lo había llevado al terreno personal. De ahora en adelante, cada vez que tuviese que enfrentarme a este tema, me imaginaría a esa adolescente adorable e insegura pasándolo mal en el instituto, con el corazón roto y falta de autoestima porque no se sentía lo bastante guapa.

Una parte de mí deseaba no haber oído nunca esa historia. Pero le había pedido la verdad y, aunque no había querido contármela, lo hizo.

—Gracias por su sinceridad —susurré, todavía intentando encontrar la voz.

—Señor Buchman —intervino Brian con la voz entrecortada—, mi corazón está con su familia. Más de lo que usted cree. Porque, aunque ahora tiene mi apoyo, Ella sigue pasando por lo mismo que su hija. A veces me entran ganas de prenderle fuego al mundo cuando tengo que oír las cosas que la gente dice de ella.

El rostro del señor Buchman se ensombreció un poco, y me dedicó una sonrisa llena de compasión.

—Imagínese —dijo Brian—, a su hija en la tele y en todas las portadas de las revistas en ropa interior, nada menos, así que se siente más vulnerable que nunca en su vida; después, señale con un permanente rojo todas esas cosas que la hacen sentirse fea para que toda la nación pueda contemplarla y debatir si es guapa o no, o si se merece estar con alguien más guapo y perfecto que

ella.

—No puedo —se limitó a decir. Su semblante había palidecido ante la hipotética imagen que le había pintado Brian; luego, tragó saliva con dificultad—. Nunca podría pedirle a mi hija que pasase por eso.

—Y, aun así, es lo que le está pidiendo que haga Ella.

Me apoyé contra Brian; de repente, ya no tenía fuerzas para mantenerme derecha. El señor Buchman volvió a mirarme con los ojos cargados de emoción.

—Lo sé —respondió—. Sé lo que le estoy pidiendo. Y sé que pedirle que lo haga me convierte en un hipócrita. Pero se lo pido igualmente. Se lo *suplico*. Por favor, considérela. Porque ya le está sucediendo, le guste o no, y tiene el poder de hacer algo para cambiarlo. Puede que no cambie el mundo, pero sí las vidas de aquellos que sufren de la misma inseguridad que usted. Podría convertirse en alguien admirado. Alguien que les haga creer: «Si ella es guapa y se merece a un hombre como Brian Oliver, entonces quizá yo también».

Su voz se resquebrajó y tuvo que tomarse un momento para recuperar la compostura. Brian y yo nos quedamos impresionados porque este hombre, probablemente una de las personas más poderosas e influyentes de la fiesta, que ya era decir mucho, estaba prácticamente de rodillas ante mí.

—Brian, tú amas a Ella, ¿verdad? —inquirió.

—Más que a nada en el mundo —respondió Brian, sorprendido ante la inesperada pregunta.

El señor Buchman asintió.

—Algún día tendrás hijos, y el amor que sientes por Ella ahora mismo no se podrá comparar con la felicidad que esos niños traerán a tu vida. Y cuando empiecen a crecer, y los veas sufrir, y no seas capaz de aliviar su dolor, entonces entenderás cómo he podido pedirle tal imposible tarea a la señorita Rodríguez. A ambos.

Respiró hondo, se incorporó y apoyó las manos sobre las rodillas.

—Y, ahora... —Soltó el aire despacio—. Si me perdonáis, creo que teníais razón en que hay otros invitados que probablemente debiera saludar. Gracias a los dos por vuestro tiempo y, por favor, pensadlo. —Se levantó y señaló la tarjeta de visita que tenía en la mano—. No la pierda, y recuerde su promesa. Llámeme primero si decide firmar con otra agencia.

—Lo haré —murmuré.

—Gracias. Disfrutad de la fiesta, y Feliz Año Nuevo.

Tras decir eso, se alejó, y nos dejó a Brian y a mí sin habla y estupefactos en el sofá, con la vista fija en la tarjeta.

Capítulo 22

Brian

Todavía quedaba una hora para la medianoche, pero Ella y yo estábamos exhaustos. Nos acomodamos en un sofá vacío frente a una chimenea y ambos suspiramos cuando nos sentamos para descansar los pies. A Ella le llevó más tiempo de lo normal sentarse, y oí el quejido que intentó esconder.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté.

—Bien. —Su voz sonaba entrecortada. Le lancé una mirada severa y ella me respondió con sinceridad con un suspiro de derrota—. Probablemente deba quedarme aquí el resto de la noche e irnos justo después de las doce.

Era lo que me temía. Había intentado que no estuviese de pie lo máximo posible, pero había tantísima gente reclamando nuestra atención que al final tuvimos que estar sentándonos y levantándonos durante toda la fiesta. Para Ella, estar de pie durante largos períodos de tiempo era arduo, sobre todo cuando no llevaba puestos sus zapatos especiales, pero no se había quejado ni una sola vez. Estaba haciendo lo que siempre hace: actuar con normalidad y negarse a ser una «carga». Esta mujer era muy cabezota. Era fuerte, valiente e increíble, pero terca como ella sola.

—¿Estás segura? Podemos irnos ya, si quieres. No es bueno que te fuerces demasiado, como hiciste cuando fuiste de compras con las chicas.

Ella volvió a suspirar, pero esta vez fue más bien un resoplido lleno de frustración.

—No hace falta que nos vayamos. Estaré bien. Solo que de verdad

necesito quedarme aquí sentada esta vez.

Se recolocó sobre el sofá y gruñó un poquito mientras se peleaba con sus caderas para colocar su pierna mala en una posición cómoda. Conocía esa mirada. Necesitaba estirar la pierna y tenerla en alto. Me levanté, puse un pequeño cojín sobre el reposabrazos y le di un golpecito con la mano para que me entendiera. Ella me atravesó con la mirada, pero sabía que solo era su frustración la que hablaba ahora. Nos quedamos allí mirándonos hasta que por fin cedió.

—Puf, está bien.

Se movió para sentarse a lo largo del sofá, pero se detuvo e hizo una mueca.

—¿Necesitas ayuda? —murmuré. Era la pregunta que más odiaba en el mundo, así que se la hacía lo menos posible.

Hundió los hombros y asintió. Le regalé una pequeña sonrisa mientras le levantaba las piernas con cuidado y la ayudé a colocarlas frente a ella en el sofá. Normalmente no necesitaba este tipo de ayuda. La cadera debía de dolerle a rabiar. Su expresión contraída y la palidez de su rostro cuando se acomodó me confirmaron que tenía razón.

—Ella, tendrías que haber dicho algo antes.

—No quería. —La derrota en su voz me rompió el corazón.

—Ella...

—Tú eres la estrella esta noche. Esto es importante para ti. Solo quería estar a tu lado y apoyarte por haber logrado estar entre los invitados de hoy por primera vez.

Me agaché a su lado, y le sonreí a la vez que le agarraba una mano. *Haber logrado estar entre los invitados*. Era adorable. La noche había sido una locura. Después de que el señor Buchman se fuera, solo pasaron unos cuantos minutos hasta que la primera persona curiosa se nos acercó, pero en cuanto se rompió el hielo, las presentaciones dieron comienzo y no paramos durante las últimas dos horas.

Ella miró nuestras manos entrelazadas con el ceño fruncido.

—Sé lo emocionado que estabas por esta noche. Quería que disfrutaras, no que te pasases la fiesta ayudándome o preocupándote como estás haciendo ahora.

—Esta noche ha sido increíble —convine—, pero no está por encima de tu salud. Sobre todo si solo necesitabas sentarte. ¿No has oído hablar de los tronos? Tú y yo parecemos el rey y la reina de la fiesta. Podríamos habernos buscado unos asientos cómodos y dejar que todos viniesen a nosotros.

Eché un vistazo alrededor para cerciorarme de que nadie estuviese lo bastante cerca como para oír el comentario arrogante que estaba a punto de salir de mi boca. No había moros en la costa, pero igualmente me incliné hacia el oído de Ella y susurré mis palabras.

—Nos habrían besado los pies toda la noche en lugar del culo.

Obtuve la respuesta que sabía que tendría, la que estaba buscando: un resuello y un golpecito en el pecho. Pero se estaba riendo, y eso era lo más importante.

—¡Brian! Ay, madre, cállate antes de que alguien te oiga. —Puso los ojos en blanco—. Aunque sea cierto.

Me reí al oír su comentario. No me podía creer la bienvenida que tanto Ella como yo habíamos recibido esta noche. Gente mucho más famosa e influyente que yo me había felicitado durante toda la fiesta y me había recibido con los brazos abiertos en sus círculos íntimos. Ella y yo habíamos recibido invitaciones para cenar de casi toda la lista de invitados. Fue alucinante.

—¿Me disculpa, señor Oliver?

Uno de los empleados de la fiesta se había percatado de que estaba agachado junto a Ella y me trajo una silla. Me puse de pie, me estiré y estreché la mano del hombre.

—Gracias.

—Por supuesto, señor Oliver. Si hay algo más que pueda hacer por alguno de los dos, por favor, hágamelo saber.

Sus ojos se desviaron hacia Ella con preocupación, lo cual ganó puntos conmigo, pero probablemente a ella le molestase.

—Pues, le agradeceríamos si pudiese traernos algunos analgésicos. Ibuprofeno, paracetamol o algo.

—Por supuesto. —El tipo asintió y le dedicó a Ella una sonrisa—. Volveré en unos minutos.

Ella pareció aliviada al ver que el hombre se iba en busca de algún

calmante. Estaba realmente cansada. Acerqué la silla a ella y volví a cogerle la mano antes de llevármela a los labios.

—Gracias por venir conmigo esta noche. Podemos irnos en cuanto te tomes las pastillas y empiecen a hacerte efecto.

—Nos vamos a quedar. —Ella me lanzó una mirada desafiante—. No me he emperifollado para irnos antes de tiempo y perder la oportunidad de besar a mi actor de primera favorito a las doce en esta terraza tan lujosa.

Mi mente dio saltitos de emoción ante la idea de poder besarla por fin. Esta noche estaba increíble. Glen y Steffan se habían superado con el vestido. Ella nunca había estado más hermosa. Había tenido que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para salir de casa cuando la vi, y había pasado demasiado tiempo imaginando cosas subditas de tono desde entonces. Tenía gracia que me encantara su vestido y, aun así, me muriese de ganas de quitárselo.

Me obligué a centrarme y le regalé a Ella mi mejor sonrisa de estrella de cine.

—Está claro que sabes cómo convencer a un hombre. Nos quedamos, pues.

—Genial. ¿Puedes ir a buscar a Declan Simmons? Creo que está por aquí y ya casi es medianoche.

Se lo había puesto en bandeja. Intenté no reírme, pero Ella sabía que estaba conteniendo una sonrisa. Cuando estalló en carcajadas, perdí la compostura.

—¿Declan Simmons? Qué mala eres.

Ella se rio con más ganas.

—Parece que la verdadera fiesta está aquí.

Dejamos de reírnos, sorprendidos, cuando vimos a Astrid Graves sonriéndonos.

—Espero no haber interrumpido nada. Llevo toda la noche intentando hablar unos minutos con vosotros.

Tuve que hacer gala de mis mejores habilidades como actor para ocultar mi sorpresa. Llevaba toda la noche conociendo a la *crème de la crème*, pero Astrid Graves estaba a otro nivel. Solo era seis años mayor que yo y ya tenía tres Óscars, uno de los cuales ganó con diecinueve años y la convirtió en la

mujer más joven en ganar la estatuilla a la mejor actriz. La preciosa morena con ojos como el hielo tenía un aire regio y formaba parte de la realeza de Hollywood, si es que existía eso; era la Audrey Hepburn de nuestra generación. Nunca había tenido el privilegio de estar en la misma habitación que ella, y muchísimo menos se había acercado a hablar conmigo.

—Por supuesto que no —dije, y me levanté para ofrecerle la mano—. Es un placer conocerte.

—Igualmente. —Me estrechó la mano y, luego, sonrió a Ella.

Ella le tendió el brazo, pero no intentó moverse.

—Lo siento. Necesito estar sentada si quiero aguantar hasta las doce, pero puedes traer una silla, si quieres.

Le ofrecí la mía y enseguida encontré otra para mí. Las dos sillas junto al sofá crearon un círculo pequeño e íntimo frente a la chimenea muy difícil de penetrar para los demás. En cuanto me senté, me encontré a apenas unos centímetros de Astrid y me resultó sorprendentemente difícil concentrarme. Ella debió de percatarse de que estaba aturullado, porque me agarró la mano e intentó con todas sus fuerzas reprimir una sonrisa. La miré con los ojos entrecerrados y ella me guiñó un ojo antes de devolver la atención a la brillante actriz sentada junto a nosotros.

El empleado de la fiesta regresó con algunos ibuprofenos y una botella de agua. Astrid esperó educadamente a que Ella se tragase un par de pastillas y, luego, habló.

—Bueno... —Su mirada se movió de forma intermitente entre Ella y yo, como si nos estuviese estudiando. Al final, negó con la cabeza con incredulidad—. Los famosos Cinder y Ella en carne y hueso.

—Dijo la gran Astrid Graves —bromeó Ella, sacudiendo la cabeza con la misma incredulidad que ella.

Me sorprendió el comentario bromista de Ella. Aquí estaba yo, incapaz de hilar dos palabras con coherencia, y Ella estaba *bromeando* con ella. ¿No había nadie que la intimidara?

Astrid abrió los ojos como platos de la sorpresa, pero enseguida se rio encantada.

—*Touché*, señorita Rodríguez.

—Llámame Ella.

—Solo si tú me llamas Astrid. Es un placer conocerte.

—¿Es demasiado si digo que es un honor? Eres una de mis favoritas.

Mía también.

Astrid aceptó el cumplido con la gracia de una verdadera princesa y, luego, volvió a inspeccionarnos a ambos. Todavía no se me ocurría nada que decirle, así que el silencio se alargó. Justo antes de que se volviese incómodo, Astrid dio una palmada y dijo:

—Vale, hora de confesión. Zachary Goldberg es un muy buen amigo mío, y lleva persiguiéndome durante semanas para que haga de Marguerite en *La pimpinela escarlata*.

Tanto Ella como yo ahogamos un grito. Ella me dedicó una mirada que reflejaba la misma sorpresa y emoción que yo sentía. ¿De verdad podría trabajar tanto con Zachary Goldberg como con Astrid Graves? Era más de lo que nunca habría esperado. Contuve la respiración y esperé a que Astrid continuase hablando.

—Siempre he querido actuar en una película de época —dijo, y logró que el estómago me diese un vuelco—, así que leí el guion en cuanto Zachary me lo envió, y me encantó. —Clavó los ojos en mí—. Pero vacilé cuando me dijo que tú habías firmado para hacer de Sir Percy. Llevo cuatro semanas intentando decidirme.

La emoción que sentía en el estómago se convirtió en agitación, pero me obligué a permanecer calmado. No creía que nos hubiese explicado todo esto solo para decirme que era la razón por la que había rechazado el proyecto. O al menos esperaba que no. No estaba seguro de poder superar tal decepción o rechazo.

Ella me conocía lo suficientemente bien como para saber que estaba histérico por dentro, porque me dio un apretón en la mano. Cuando la miré, me regaló una sonrisa llena de confianza.

—Respira, Brian —dijo con suavidad—. Estoy bastante segura de que la has conseguido.

Estuve a punto de sufrir un ataque al corazón tras el atrevimiento de Ella, pero Astrid se rio y asintió.

—Tiene razón. Sentía curiosidad por todo el revuelo, así que fui a ver *El príncipe druida* el día del estreno, y llamé a Zachary de camino a casa nada más salir del cine para decirle que quería el papel de Marguerite. No firmaré

los contratos hasta la semana que viene, pero Zachary me ha prometido que el papel es mío, así que parece que tú y yo vamos a trabajar pronto juntos.

Cogí aire por primera vez después de un largo minuto y, luego, escapó inmediatamente de mis pulmones en forma de risa escéptica. Intenté hablar, pero no podía articular palabra. Negué con la cabeza mientras intentaba asimilar la noticia. Tenía el papel protagonista en una película de Zachary Goldberg junto a Astrid Graves.

—Parece que lo has dejado sin habla —terció Ella. Me dio un codazo juguetón.

—Lo siento. Es que estoy... guau. Es un honor. Siempre he querido tener la oportunidad de trabajar en una producción seria, pero nunca soñé... — Solté una risa de incredulidad, todavía sin terminar de creerme la suerte que tenía—. Gracias —conseguí decir por fin—. Por darme una oportunidad.

Astrid se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa, aunque estaba seguro de que sabía lo importante que era para mí. Apreciaba su despreocupación.

—Me muero de ganas por empezar —respondió, sorprendiéndome todavía más—. Con Zachary a cargo, va a ser una producción de primera. Tengo curiosidad por ver de lo que serás capaz cuando, por una vez, puedas mostrar tu verdadero talento. —Su sonrisa se volvió cómplice—. Sospecho que impresionarás a esta ciudad muchísimo más de lo que ya lo has hecho. Espero con ansias formar parte del próximo escándalo de Brian Oliver.

Volví a quedarme boquiabierto, y Ella me dedicó una sonrisa de suficiencia y sus ojos azules brillaron con tanta diversión que hicieron que me ruborizara. Sonrió a Astrid, apenas conteniendo la risa.

—Formar parte de un escándalo de Brian es toda una experiencia, te lo aseguro.

Astrid se rio, pero noté que su alegría iba dirigida a Ella en lugar de a mí. Estaba seguro de que esta conversación estaba a punto de centrarse en mi infame novia. Aunque por norma general eso me ponía nervioso, esta vez me aliviaba que la atención se alejara de mí. Necesitaba un minuto para recuperarme de la situación.

—Dijo la mujer protagonista de un escándalo igual de impactante — bromeó Astrid, devolviéndole el comentario que Ella le había dicho antes.

Ella se rio y repitió la anterior respuesta de Astrid.

—*Touché.*

—Y hablando de ese escándalo tan jugoso... —Ella arqueó la ceja, y Astrid se tomó su expresión como luz verde para continuar—. Tengo dos buenos amigos que nos han estado observando desde la barra desde el momento en que me acerqué, y están salivando ante la idea de poder hablar contigo. ¿Te importa si te los presento?

Ella pareció sorprenderse.

—¿Quieren hablar *conmigo*?

—Sí. ¿Te importa?

—Supongo que no.

Capítulo 23

Brian

Ella observó el sofá en el que se encontraba y la falta de sitio para incluir a más gente. Cuando empezó a moverse, me levanté de mi sitio y la detuve.

—Espera. Quédate ahí. —Agarré el extremo del sofá donde estaban los pies de Ella y lo alejé del fuego para crear más espacio. En cuanto lo hice, la estrella de la música *country* Carla Wilson y su famoso hermano fotógrafo Nash se unieron a nosotros; se hicieron con un par de sillas cercanas y ampliaron el círculo.

Tras las presentaciones, Carla miró a Ella de arriba abajo. De la manera en que estaba sentada, enseñaba los pies y los tobillos. Sus bailarinas cerradas ocultaban los dedos y la mayor parte del daño de sus pies, pero aun así algunas cicatrices eran visibles. Pero eso no era en lo que Carla se estaba fijando; observaba su vestido.

—Mi hermano y yo llevamos toda la noche comentando lo preciosa que estás —le dijo finalmente a Ella.

—Muy hermosa —convino Nash.

Teniendo en cuenta que Carla era muy guapa y Nash podía competir conmigo en lo que a atractivo se refería, el cumplido tenía fuerza y consiguió que Ella se sonrojara.

—Gracias.

—Tu vestido —prosiguió Carla, escaneando a Ella de nuevo—, es fabuloso. Es como si hubiese sido confeccionado a medida para ti tanto por tu

físico como por tu personalidad. Es un diseño simple y, a la vez, elegante y sexy. Muestra lo suficiente y supongo que te hace sentir segura.

Daba a entender educadamente que cubría las cicatrices de Ella sin parecer que lo hacía a conciencia. Estaba de acuerdo en que el vestido era increíble por esa misma razón. No me importaban las cicatrices de Ella, pero sabía que a ella sí, y cuando la vi con el vestido y lo feliz que estaba, me di cuenta de que había pagado de menos a Glen y Steffan. Y también supe que no dejaría que nadie más le diseñara algún vestido.

—Así es —estuvo de acuerdo Ella—. Tengo muy buenos amigos que hacen magia con una máquina de coser.

—Pues sí, magia. Sabía que era único. Es demasiado perfecto para ti. —Carla se inclinó hacia delante en la silla—. ¿Quiénes son tus diseñadores? ¿Aceptan otros clientes? ¿Van a confeccionar tu vestido para los Óscar?

Sonreí con suficiencia. Carla era un gato listo para saltar. Aunque entendía su entusiasmo; llevar un gran vestido te daba poder en la industria del entretenimiento y era difícil de conseguir. Y el vestido de Ella era *así* de bueno. Si Glen y Steffan querían cambiar de trabajo, este vestido era todo lo que necesitaban.

—¿*Los Óscar*? —exclamó Ella. Se volvió para mirarme—. No lo había pensado.

Su pánico era adorable.

—Tranquila. Tienes tiempo, y estoy seguro de que Glen y Steffan estarán encantados de hacerte un vestido para los Óscar.

—Glen y Steffan —repitió Carla—. ¿Tienen apellido? ¿Nombre de empresa? ¿Teléfono?

Nash se inclinó hacia delante y posó una mano sobre su rodilla.

—Cálmate, hermanita. Pareces desesperada.

Carla resopló y Nash puso los ojos en blanco y nos ofreció una sonrisa de disculpa.

—Tras los Grammy del año pasado, acabó en la lista de las peor vestidas. Astrid, Ella y yo nos encogimos.

—¿Ves? —murmuró Carla a Nash.

Ella se apiadó de ella.

—Su apellido es Euling. Son los diseñadores de vestuario de *Celebrity*

Dance Off. Confeccionan todos los vestidos para los bailarines.

—*Mmm...* —musitó Carla, pensativa—. No lo he visto. Supongo que mañana me pasaré el día viendo Netflix. —Sus ojos brillaron, esperanzados—. ¿Crees que me diseñarán un traje para los Grammy?

Ella se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—No lo sé. Sé que les encanta su trabajo y no creo que hayan diseñado nada para un cliente privado hasta ahora. Pero estaré encantada de preguntarles por ti.

—Oh, gracias —exclamó Carla con efusividad—. Asegúrate de contarles lo mucho que adoro tu vestido, y yo les diré que estoy dispuesta a que su tiempo valga muchísimo la pena.

Ella se echó a reír.

—Lo haré.

Ella no había traído bolso, así que saqué mi móvil del bolsillo y Carla guardó su número.

—Gracias, gracias, gracias. Oh, espero que digan que sí. No pienso permitir que me consideren la peor vestida nunca más.

—Genial, hermanita; ahora cállate y deja de hablar ya de este maravilloso vestido —dijo Nash, haciendo un gesto con la mano—. Centrémonos en cosas más importantes.

La sonrisa que lanzó a Ella me aseguró adónde se dirigía esta conversación. Era uno de los fotógrafos más reconocidos de la industria y se le conocía, sobre todo, por trabajar con gente de forma creativa; a menudo, desnuda. El pobre desgraciado iba recibir una negativa en breve.

—Ella, he oído que Lindon te ha ofrecido un contrato para hacerles de modelo...

Sus palabras se convirtieron en pregunta. Lo del contrato era de dominio público; lo que le preguntaba a Ella era si tenía pensado aceptar. Ella resopló.

—Ya, pues no va a pasar.

Todos se echaron a reír, pero Nash sonrió como el gato de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Esperaba que dijeras eso. Olvídate de Lindon y su lencería. Deja que yo te revele al mundo.

Incluso sospechando que se lo ofrecería, fue sorprendente escucharlo.

Nash Wilson no hacía ofertas, las aceptaba. Y a precios muy altos. La mayoría de la gente de esta fiesta, gente importante y tal, mataría por una sesión de fotos con él.

Nash debió de haber ocultado sus intenciones a su hermana, porque tanto ella como Astrid ahogaron un grito.

—¡Oh, Nash! —chilló Carla, cogiéndole del brazo—. ¿Lo dices de verdad?

—Si me lo permite. Incluso lo haré gratis. Solo quiero fotografiarla.

Carla volvió a chillar y dirigió todo su entusiasmo hacia Ella.

—¿Te lo puedes creer? Esperaba que te lo pidiera, pero no estaba segura. ¡Estoy impaciente por ver lo que hace contigo! ¡Vas a estar preciosa!

—Espera. —Ella notó la sorpresa de Astrid y la ilusión de Carla, y me miró con el ceño fruncido antes de proseguir—: No lo entiendo. —Señaló a Carla—. A ti te conozco y dijiste que tu hermano... —Miró a Nash—. Entonces, ¿eres fotógrafo?

Las cejas de Nash se arquearon y tanto Carla como Astrid emitieron un grito ahogado. ME reí al ver su sorpresa. Nash pareció llevar bien que no lo reconociera.

—No es un fotógrafo cualquiera —dije, y me llevé su mano a los labios para besarla.

—No —convino Astrid—. Es *el* fotógrafo. Y lo que te está ofreciendo es extremadamente generoso.

Ella me miró buscando una confirmación, así que asentí. Quizá quisiese más información, pero no quería influenciarla. Quería que aceptara su oferta, pero no quería que mi deseo influyera en su decisión. No quería que lo hiciese si se sentía incómoda.

—Es el mejor —comentó Carla—. Pero es extremadamente caro y un esnob en lo que a sus clientes se refiere. Rechaza el noventa y nueve por ciento de peticiones. Es la oferta de tu vida. Y no bromeo —prosiguió—. Ni siquiera me ha fotografiado a *mí*, y soy su hermana. Estoy muy celosa ahora mismo.

Nash se rio y le dio una palmadita en la espalda a Carla.

—Ay, hermanita, sabes que no te lo tienes que tomar a pecho. No puedo fotografiar a cualquiera, ni siquiera a alguien tan hermosa como tú.

Carla resopló, pero era obvio que le encantó el halago.

—¿Por qué no aceptas a cualquiera? —inquirió Ella—. ¿Qué te insta a decidir a quién fotografiar y a quién no, si no es por dinero o belleza?

—Todo y todos tienen belleza en algún lado. Es mi trabajo reconocer esa belleza y realzarla —contestó Nash. Su voz se volvió seria a medida que se dejaba llevar por la emoción—. Verás, Ella, no me limito a sacar fotos. No soy un fotógrafo. Soy un *artista*. Creo obras de arte. Mis sujetos son mi lienzo y la cámara es mi brocha. Tengo que estar inspirado para aceptar un proyecto. La cámara tiene que hablarme.

Ella sopesó sus palabras y asintió despacio.

—Tiene sentido. Pero ¿tanto te inspiro que no solo te presentas voluntario para fotografiarme, sino que además lo harías gratis?

—Yo sí que estoy inspirado —exclamé, moviendo las cejas de forma sugerente—. Sobre todo si hablamos de fotos al desnudo.

—¡Brian! —chilló Ella. Empezó a gritar, pero se detuvo y lanzó una mirada aterrorizada a Nash—. No hablamos de eso, ¿verdad? No te referirás a fotos *al desnudo*, ¿no?

—Si pudiera ser —asintió Nash con cautela—. Por supuesto, hechas con tacto y solo mostrando tanto como te sintieras cómoda. Lo que me gustaría es...

Ella no le dejó acabar.

—De ninguna manera. Eso es peor que pedirme que me pasee en ropa interior.

Nash se reclinó, cruzó las manos sobre el pecho y frunció el ceño en dirección a Ella.

—Lo que sugiero no es ni de cerca tan horterera como eso.

—Ella no quería ofenderte —dije rápidamente—. Le ofende la propuesta. Creció en un seno muy estricto y no está acostumbrada a una forma de vida tan liberal. Probablemente no sea capaz de imaginar el tipo de fotografías a las que te refieres.

Ella se sentía perturbada por que hablara por ella, y me gritaría por ello más tarde, no me cabía duda. Pero, lo supiera ella o no, no le convenía ofender a Nash. Esta oportunidad era especial de verdad. Aunque no hiciera una sesión de fotos al desnudo —lo cual sabía que no haría— tras pensarlo

detenidamente, probablemente cambiara de opinión y aceptara que le sacase fotos. La ayudaría a entenderlo más tarde, cuando tuviéramos tiempo a solas para hablarlo en privado. Y cuando dejase de gritarme, claro.

Nash me miró con los ojos entrecerrados, pero logré convencerlo de que ella no quería ofenderlo. Relajó los hombros y suspiró.

—Hablo de arte, Ella, no de pornografía.

—Entiendo lo que dices —gruñó al tiempo que me atravesaba con la mirada. Oh, sí, estaba en problemas—. Pero, sea arte o no, no voy a hacerme fotos desnuda. De ninguna manera. Nunca. Para nadie. —Y me fulminó con la mirada de nuevo—. Incluyéndote a ti, señorito.

Eso consiguió que todos sonrieran un poco, así que fruncí el ceño y fingí estar abatido.

—Ni siquiera...

—No te atrevas a acabar esa frase si valoras tu vida.

Se estaba cabreando más y más conmigo, pero ahora los otros se reían, lo cual era bueno. Volví a besar su mano y me sentí tentado de alzarla y colocarla en mi regazo para hacer más que eso. Pero eso no acabaría muy bien si Ella estaba cabreada conmigo.

—Lo siento. A partir de ahora me comportaré. Lo prometo.

Resopló como si confiase tanto en esa promesa como en otro encuentro por casualidad con Erik Clarke.

—Ella, no es lo que piensas —se apresuró Carla a defender a su hermano—. Te convertirá en la mujer más hermosa de la faz de la tierra. Tiene un don para embellecerlo todo, así que no tendrás que preocuparte de enseñar piel, cicatrices o lo que sea. Te prometo que puedes confiar en él para que haga que sean tan naturales como pecas.

—Entonces, no desnuda del todo —negoció Nash—. Estoy seguro de que podemos encontrar algo con lo que te encuentres cómoda, pero la cuestión es que le enseñes al mundo tus cicatrices y dejes que vean lo preciosa que eres con ellas. No te ayudaría en nada que las cubrieras. A pesar de que estás *radiante* esta noche.

La ira desapareció de los ojos de Ella, y fue reemplazada por la inseguridad. Separó nuestras manos y se abrazó a la vez que se mordía el labio. De no llevar vestido, se estaría acercando las piernas al pecho. Odiaba verla así y que el resto fuese testigo de su miedo. Seguramente ella también.

—Ella, solo es una oferta —murmuré, levantándome de la silla y acercándome al extremo del sofá. La obligué a separar las manos y envolví a propósito entre las mías la que tenía plagada de cicatrices—. No tienes que hacer nada que te haga sentir incómoda. Lo sabes. Olvídate de Erik Clarke. Ese cabrón te mintió, te manipuló y te explotó. Nadie que te conozca te culpará si no eres capaz de mostrarte al mundo, y el resto de la gente no importa. No le debes nada a nadie.

Ella cerró los ojos y cogió aire como si tratase de contener las lágrimas. Acaricié con el pulgar su mano con cicatrices.

—Te quiero, Ellamara. No importa lo que acabes haciendo. —Puede que usara mi voz de narrador a conciencia—. Sé lo que esto significa para ti y sé lo valiente que eres por estar aquí esta noche. Sé lo lejos que has llegado. Aunque nunca llegues a descubrirte al mundo, eso no significa que seas débil, y nunca dejaré de estar orgulloso de ti.

Las palabras que pronuncié en voz baja parecieron subyugar al grupo a nuestro alrededor. Ojalá este momento hubiese sido privado, por el bien de Ella, pero al menos hizo que aquellos que nos observaban empezaran a entender lo duro que era para ella.

Cuando abrió los ojos, estaban brillantes, pero no lloró. Clavó su mirada en la mía y, con un asentimiento tímido, se inclinó y apoyó su frente contra la mía. Sonreí de modo alentador y no pude evitar darle un beso rápido, a pesar de que todavía no eran las doce.

—Pero te prometo algo —añadí cuando se echó hacia atrás. Su cara tenía algo más de color, aunque aún parecía afectada—. Nash no es Erik Clarke. Nunca intentaría engañarte para que hicieras algo que no quisieras. No te pide sacarte fotos porque quiera explotarte.

—Claro que no —susurró Nash.

Ella por fin alzó la vista y vio las caras de ánimo y comprensión. Incluso Carla tenía lágrimas en los ojos. Negó con la cabeza sin decir nada. Ella miró a Nash y, después, bajó la mirada hacia su regazo y murmuró:

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Qué otra razón hay para hacer tal oferta si no es la fama, la publicidad o el dinero que le aportaría vender las fotos?

—Por el arte —respondió Nash.

Ella lo miró con recelo a los ojos.

—No necesito el dinero, Ella. Y ya soy uno de los fotógrafos más famosos del mundo, sino el que más. Ya tengo más trabajo del que necesito. Pero desde el momento en que te vi con ese vestido amarillo tan adorable en el preestreno de *El príncipe druida*, no he querido otra cosa que la oportunidad de poder trabajar contigo. Eres una mujer preciosa, y las cicatrices solo realzan tu belleza. Donde otros ven imperfecciones, yo veo algo único. No veo fallos; veo cualidades hermosas que te distinguen del resto del mundo. Veo la maravillosa creación que eres.

Ella tragó saliva, pero se estaba calmando. No me sorprendía. Había sido un buen discurso. Y al decir en serio cada palabra, su sinceridad era casi palpable.

—Cuando te miro —susurró Nash al tiempo que sus ojos se desenfocaban al pensar—, veo a una hechicera misteriosa y hermosa, como la mujer por la que te nombraron. Espero poder hacer una sesión mostrando eso. Te veo en un bosque entre una neblina mágica, junto a un pequeño riachuelo, rodeada de pequeñas criaturas. Te imagino con flores en el pelo y alas de gasa que te nacen de la espalda.

Extendió el brazo en busca de la mano de Ella, la que yo seguía sosteniendo, la cicatrizada.

—¿Puedo?

Ella aguantó la respiración y yo me quedé inmóvil, esperando a que me diese cualquier señal para que interviniera. Tras un tenso segundo, Ella posó su temblorosa mano sobre la de él.

Él la sujeto durante un momento y, después, pasó los dedos despacio por su piel cubierta de cicatrices.

—Preciosa —murmuró para sí mismo—. Mucho más suave de lo que imaginaba. —Sin soltarle la mano, la miró a los ojos—. Si me dejas, mostraré tu piel de forma natural y hermosa. Elegante y con buen gusto. Nada explícito. Quizá alguna curva aquí y allá para darte un toque tentador, como una magnífica hada del agua, juguetona y seductora a la vez, que atrae a su presa con su abrumadora belleza. Usaría una luz suave para regular los tonos de tu piel y después realzar el color natural de tus impactantes ojos para otorgarte la apariencia de una diosa feérica. Te imagino como la criatura más bella que existe y tus cicatrices solo ensalzan tu misterio.

Se me secó la boca al crear una imagen vívida en mi mente de cómo la

pintaba. Ellamara como mi misteriosa, exótica, mágica y salvaje diosa feérica... Joder, *quería* esas fotos. Quería estar el día entero en el set. Dios, quería hacer de leñador desvalido bajo su hechizo. Ni siquiera tendría que actuar. Olvídate de Cinder y Ella como superhéroes. Tenía una nueva fantasía. Y, si alguien podía darle vida, era Nash Wilson.

—Eso *sí* que suena hermoso. —La voz temblorosa y baja de Ella me devolvió al presente—. Lo... lo pensaré, ¿vale?

Nash le soltó la mano con una pequeña sonrisa de aceptación y se recostó en su asiento.

—Ven a mi galería cuando quieras. Puedo enseñarte multitud de ejemplos del tipo de fotos que quiero hacer, aunque no creo que ninguna esté a tu altura. Podríamos discutir todos los detalles de la sesión previamente, sin sorpresas, y podrías dar el visto bueno en cada fotografía realizada de cualquier tipo.

Ella volvió a asentir y me sentí algo mejor, más esperanzado de que encontrase la valentía para hacerlo. Le vendría muy bien, porque Nash sabía hacer bien su trabajo. Sin duda, Ella estaría increíble, tanto que ni siquiera sería capaz de odiar las fotos. Por fin se vería tan hermosa como yo la veo. Y el mundo se tendría que callar y dejarla en paz.

—Lo haré —dijo—. No te prometo nada acerca de la sesión, pero me gustaría ver tu trabajo.

Nash sonrió.

—Es una cita, preciosa. Y... supongo que podrías venir con tu novio, si es necesario.

Sus ojos chocaron brevemente con los míos, y se me disparó la adrenalina. ¿Me iba a invitar a posar con ella? Sabía que no debía preguntar, pero quería. Debió de ver el deseo en mis ojos, porque curvó los labios antes de volver a mirarla.

—Quizá encontremos sitio para él en una foto o dos si aceptas hacerlo. —Él me observó de nuevo y torció la sonrisa—. No estarías tan mal con el torso desnudo y las orejas picudas, llevando solo un par de *leggings*.

¡Joder, sí! Un elfo es mucho mejor que un leñador.

Ella resopló. Y no con suavidad.

—Si crees que lo asustas con la amenaza de llevar mallas, te equivocas.

Todos se echaron a reír, y yo saqué pecho sin vergüenza alguna y les

regalé una sonrisa orgullosa.

—Oh, cuenta conmigo. Y, a diferencia de la modesta de mi novia, yo no tengo ningún problema con los desnudos.

Como ya sabía que haría, Ella escondió la cara tras sus manos y gimió.

Capítulo 24

Todo el mes de enero fue un borrón. Lo primero que hice fue contratar a un agente. Me reuní con varios, pero al final Harvey Buchman era el único en el que confiaba que tendría en cuenta mis preocupaciones personales y que me ayudaría a construir la carrera que quería en lugar de una que me hiciera más rica y famosa.

Una vez se hizo oficial, hicimos todo lo que pudimos durante las dos semanas antes de mi operación. Empezamos las negociaciones para una película y un documental, y Brian y yo aparecimos en varios programas. Después, mi operación y su consiguiente rehabilitación se llevaron la mayor parte de la segunda quincena del mes.

El tiempo libre que tenía lo pasaba organizando el proyecto del nuevo *Palabras de sabiduría de Ellamara* con Scott. Hicimos un gran comienzo, y Scott me convenció enseguida para empezar una especie de *webserie*. Decidí comenzar algo parecido a un *vlog* diario. Lo llamé *Mi vida de cuento de hadas*. Eran episodios de entre cinco y diez minutos de duración donde contaba la locura en la que se había convertido mi vida ahora que era famosa. A la gente le encantaba.

Había sido un mes de locos, pero muy bueno. Y lo mejor de todo fue que encontré un apartamento fantástico. Hoy era 1 de febrero, y por fin tenía las llaves. Era el día de la mudanza y las cosas se habían complicado cuando esta mañana entregaron una lluvia de paquetes desde la oficina de mi agencia.

Vivian, mi buen amigo Rob y yo estábamos sentados en el salón, entre un montón de cartas y paquetes, cuando llegó Juliette.

—Entra —grité cuando llamó a la puerta, porque estaba rodeada de *cosas* y no quería arriesgarme a tirar alguna pila ya organizada y matarme en el intento.

—Gracias por venir. Llegas justo a tiempo para ayudarnos a organizarlo todo.

—¿Justo a tiempo? —Se echó a reír Vivian—. También sería *justo a tiempo* dentro de seis horas. Vamos a estar aquí todo el día.

—Guau —exclamó Juliette al entrar—. ¿Qué es todo esto?

Contemplé el caos a mi alrededor y suspiré.

—Es una combinación de buenos deseos, cartas de fans y regalos para la nueva casa.

Juliette parpadeó al ver el desorden. Mi salón, el cual todavía no estaba amueblado, estaba lleno hasta rebosar de postales, globos, flores y todo tipo de artículos de casa. Parecía que estuviese abriendo los regalos de la boda más grande del mundo.

—¿Recuerdas cuando en el web-episodio de la semana pasada contaba lo entusiasmada que estaba por mudarse a su primer apartamento? —preguntó Vivian.

—¿Y, entonces —añadió Rob—, bromeó inocentemente sobre que tendría que dormir en el suelo y comer en platos de plástico porque no podría ir a comprar durante largos períodos de tiempo y todavía no tenía sus cosas? —Señaló la pila de regalos—. Ahí están los resultados de la broma.

Gemí.

Tener más de cinco millones de suscriptores en YouTube tenía repercusiones que nunca hubiera imaginado. Había colgado un vídeo a la semana de *Mi vida de cuento de hadas* desde principios de enero y, en un mes, ya estaba en el *ranking* de los 300 *YouTubers* más populares. Era de locos.

Después de que se hiciera público el episodio de la semana pasada —en el que me quitaron los vendajes después de mi operación y presenté a mi equipo de rehabilitación al mundo—, las cartas de los fans y los regalos empezaron a llegar. La única dirección física que tenían de mí era la de las oficinas de mi nueva agencia, así que mandaban ahí las cosas. Debido a que mi agente era el jefe de la empresa, habían sido simpáticos y me habían guardado todo, ya que aún no estaba en mi apartamento. Pero cuando

descargaron un camión lleno de cosas esta mañana, me pidieron amablemente que tuviera un apartado de correos y me avisaron de que mandarían todos los envíos a mi apartamento de aquí en adelante. No los culpaba.

Cuando Juliette por fin se sentó en el suelo con nosotros, Vivian le entregó un gran fajo de cartas para que las abriera.

—Toma. Puedes empezar con estas. Muchas son de minoristas y contienen vales de regalo. Guárdalos. Vamos a juntarlos todos y donarlos a un refugio para mujeres maltratadas o a un orfanato o algo.

—Y yo estoy revisando todas las cosas de verdad—expliqué mientras alzaba un pequeño reloj de cristal que quedaría genial en una estantería... en cuanto la tuviera—. Eres más que bienvenida a ponerte con esto también, y después donaremos el resto con los vales de regalo.

—Guau —exclamó Juliette al romper la solapa de un sobre—. Esto es una locura.

—Ah, y lee por encima las cartas de los fans —comentó Vivian—. Ella no va a poder responder a todo, así que solo buscamos lo que parece importante. Si es como la pequeña Marcie de diez años, que también es una superviviente de un accidente de coche y le envía una carta de agradecimiento con una fotografía porque está en una silla de ruedas e intenta aprender a caminar de nuevo y Ella es una inspiración para ella, guárdala. Ella quiere esas. Pero si son cartas normales de admiradores a lo «eres muy guapa y divertida» o cosas pervertidas y asquerosas, tíralas.

—A menos que sea tan perturbador y acosador que tengamos que dárselo a la policía —bromeé.

Juliette me miró, alucinada.

—¿Ha habido muchas de esas?

—Ninguna todavía. —Me reí—. Llevo leyendo a Janice Bishop desde Navidad, así que mi mente sigue yendo a esos lugares oscuros y perversos.

Juliette negó con la cabeza, y frunció el ceño y se rio a la vez.

—No tiene gracia. Solo es cuestión de tiempo que algún psicópata intente algo contigo a lo *Atracción fatal*, ¿sabes?

—Lo siento. Supongo que no tiene tanta gracia si lo miras de esa forma. Pero oye, aquí estoy segura. Te lo prometo. La seguridad de este edificio es muy buena. Brian no me hubiese dejado mudarme si no fuera así.

—Ya me he dado cuenta de la seguridad.

Algo en su voz me hizo alzar la cabeza de la caja que estaba abriendo.

—¿Qué pasa?

Juliette vaciló, pero claudicó pronto.

—Papá vino conmigo hoy.

Arqueé tanto las cejas que me dolió la cara.

—¿Papá ha estado *aquí*?

Asintió con seriedad.

—Iba a subir e intentar hablar contigo, pero no estaba en tu lista de visitantes aprobados. El tipo de recepción dijo que podía llamarte y preguntar si podías subir, pero papá le dijo que no y se ha marchado porque no pensaba que fueses a acceder.

No sabía qué decir. No estaba segura de cómo me sentía sobre eso. Ya no estaba tan enfadada con mi padre como al principio, más bien me había resignado a una vida sin él. Estaba casi convencida de que era mejor así.

Juliette suspiró.

—Se está volviendo loco. Ha pasado más de un mes y todavía no has contestado ninguna llamada o correo.

Rechiné los dientes.

—Esa es la gracia de que te desheredan.

Juliette asintió, pero parecía triste.

—Lo sé, pero se siente muy mal. No quería que rompieras la relación. Solo estaba cabreado por todas aquellas cosas que dijeron esos capullos sobre nosotras. Estaba *asustado*, Ella. No quería hacerte daño.

Cerré los ojos y solté todo el aire de mis pulmones al tiempo que sacudía la cabeza.

—Nunca quiere hacerme daño, pero siempre lo hace.

No creía que Juliette fuese a añadir nada más, pero dijo en voz baja:

—Creo que esta vez ha aprendido la lección. Entiendo que no puedas perdonarle, pero desearía que al menos lo intentases.

Cuando por fin la miré, tenía los ojos humedecidos.

—Está fatal, y todos te echamos de menos. Incluso Ana. Por fin empezaba a abrirse a ti.

Fruncí el ceño.

—Pero a ti te veo constantemente, ¿cómo es que Ana me echa de menos? Te dije que la invitases cada vez que has venido desde que me fui. —Eché un vistazo a la sala—. Veo que no está aquí... otra vez.

Los ojos de Juliette refulgieron de la rabia.

—No es lo mismo, Ella. Eras parte de nuestra familia y, ahora, no. Y Ana se siente avergonzada. Culpable. Lo de la lencería fue culpa suya. Incluso Brian lo dijo. Cree que la culpamos y la odias.

—Oh, venga ya. Brian solo estaba enfadado con papá aquel día. Incluso se disculpó al momento.

—Ya, pero lo pensó lo suficiente como para decirlo en voz alta.

Suspiré.

—Bueno, técnicamente fue ella quien empezó, pero solo trataba de ayudarme; si no hubiese sido por Erik Clarke, de lo cual ella no tenía ni idea, no habría pasado nada. No la culpamos. Lo sabes.

—Ya, *yo* sé que no. Pero ¿se lo has intentado decir a ella? ¿Has hablado con ella desde que te fuiste o solo la has invitado a través de mí?

Juliette mantuvo el contacto visual mientras yo le daba vueltas a su sermón. Esta era una de las cosas que adoraba de ella. Decía lo que sentía. Me quería, me apoyaba y era mi amiga; mi hermana, incluso. Pero cuando estaba cabreada conmigo o decepcionada, me lo hacía saber. Esta vez, tenía razón.

Asentí en señal de admisión, saqué mi móvil y marqué el número de Ana, posiblemente por primera vez. Juliette arqueó una ceja, pero algo de luz regresó a sus ojos y crispó los labios, como si quisiera sonreír.

—¿Hola? —La voz de Ana tenía cierto matiz y reflejaba sorpresa, pero había respondido la llamada, y no con un «¿qué demonios quieres?».

Suponía que Ana no querría unas disculpas ñoñas o que ni siquiera lo mencionara, así que espeté:

—Trae tu huesudo culo hasta aquí. Papá ha traído a Juliette, así que sé que tienes un coche a tu disposición. Antes o después, Juliette va a necesitar que la lleven a casa, y yo necesito a otra *minion* que venga a ayudarme a ordenar todo esto. Y, antes de que te pongas borde, los *minions* pueden reclamar cualquier tesoro que encuentren que yo no quiera, de lo cual, te aseguro, hay mucho, así que date prisa antes de que el resto se quede con lo bueno.

Se oyeron gruñidos y resoplidos a mi alrededor. Uno incluso se escuchó a través del teléfono, y Ana dijo:

—No tengo el culo huesudo. —Hizo una pequeña pausa y, con voz vacilante, añadió—: Estaré allí en veinte minutos.

No me sorprendió que colgara.

—Ya está —dije mientras le mandaba un mensaje con la dirección y las instrucciones para aparcar—. Vendrá en veinte minutos.

Recibí un montón de miradas curiosas, pero nadie dijo nada. Todos volvimos al trabajo. Juliette decidió romper el silencio al tiempo que rasgaba una carta.

—Estoy segura de que Rob no te ha contado que está saliendo con alguien.

—¿Qué? —Solté un grito ahogado y me giré de golpe hacia mi silencioso amigo—. ¡No me lo habías dicho!

Rob puso los ojos en blanco.

—No es nada serio.

—Sí que lo es —intervino Vivian, y se ganó una mirada molesta de Rob.

Cuando sonreí, este dirigió su molestia hacia mí.

—Solo estamos pasando tiempo juntos. No es para que os pongáis así.

Señaló a Juliette y a Vivian con la cabeza y volvió a concentrarse con ahínco en el sobre que tenía en las manos.

—¿Tiene nombre? —bromeé—. ¿Cómo os conocisteis? ¿A qué te refieres con «pasar tiempo juntos»? ¿Besarse? ¿Salir? ¿Algo exclusivo? ¿Estás pillado? Venga, quiero detalles. Odio no enterarme de nada ahora que ya no voy al instituto.

—Se llama *Marian Fitzwalter* —explicó Juliette, riéndose a carcajadas—. Acaba de transferirse al Beverly Hills Prep, justo después de las vacaciones de Navidad. Es una chica de pelo castaño supermona que parece dulce, pero peleona.

—Como alguien que conocemos... —Se echó a reír Vivian, y me dirigió una mirada socarrona—. Parece que nuestro codiciado capitán de fútbol tiene un tipo específico de chica ideal.

Rob negó con la cabeza al oír la broma y lanzó la carta a una bolsa de basura antes de coger la siguiente de su pila.

Sonreí al percatarme de su sonrojo. Le había gustado a Rob durante algún

tiempo. La gente hizo parecer como que había sido algo épico e importante, y yo había temido rechazarlo al pensar que le rompería el corazón. Pero si ese hubiese sido el caso, no lo había mostrado. No habíamos tenido problema en quedar como buenos amigos. Me alegraba que hubiera encontrado a alguien.

—Espera —dije cuando caí en la cuenta de algo—. ¿*Robin Loxley* está saliendo con una chica que se llama *Marian*?

Juliette y Vivian estallaron en carcajadas como si hubieran estado esperando que hiciera la conexión.

Rob gimió. Odiaba las referencias a Robin Hood, y todavía no había perdonado a sus padres por llamarlo Robin cuando se apellidaba Loxley. Ellos pensaban que había sido algo ingenioso, pero en lugar de eso, maldijeron a su hijo con una vida llena de tormento. La única defensa que tenía era que su apellido se escribía de forma distinta al del viejo héroe del folclore. Siempre lo mencionaba, pero no cambiaba en nada las cosas. Pobre chico. En primaria empezó a golpear a cualquiera que lo llamara Robin y, después de eso, las burlas cesaron. Rob tiene un buen gancho de derecha.

Decidí no torturar a mi amigo más de lo que ya lo habían hecho desde que comenzó su nueva relación y sacudí la cabeza.

—Qué coincidencia más rara.

—O quizá sea el destino —opinó Juliette, lo que hizo que Rob volviera a gemir.

Suspiró al tiempo que abría otra carta y murmuraba algo acerca de tener unos «padres ridículos»; luego, se levantó de un salto cuando el teléfono del apartamento empezó a sonar.

—Voy yo.

Se movió tan deprisa que todas nos echamos a reír. Tras una breve conversación, me entregó el teléfono.

—Es tu portero.

—¿Hola?

—Hola, ¿señorita Ella? —Sonreí ante el saludo. Mi portero era un pequeño y dulce hombre puertorriqueño que se llamaba Yeriel. Lo había llegado a conocer bastante cuando vino el camión de entrega. Le dije que podía llamarme Ella, pero no parecía capaz de dejar de llamarme «señorita».

—Tengo otra entrega para usted.

—¿Otra? —Se me cerró el estómago. ¿Seguirían llegando? Si esto seguía así, tendría que contratar a alguien para que se hiciese cargo exclusivamente de mi correo.

—Sí, señorita Ella. Pero no se preocupe. Parece que solo son sus muebles. ¿Les hago subir?

—¿Mis muebles? —Todavía no había pedido los muebles para el salón. No había tenido tiempo. Se suponía que eran mi principal tarea de esta semana, contando con esta mañana, pero me había distraído con el correo.

—Eh... ¿hay alguna nota o una tarjeta o algo?

—Espere. Voy a comprobarlo. —Le estaba explicando la situación a mis amigos cuando Yerial soltó un «ah», como si todo tuviese sentido para él.

—Ah, ¿qué?

—Parece que lo muebles son otro regalo. ¿Quiere rechazarlo?

—Eh... —La verdad era que no sabía qué decir—. ¿Alguien me ha mandado un juego de muebles para el salón? ¿En serio?

—¿Es feo? —gritó Juliette—. ¿Qué? —espetó cuando la fulminé con la mirada—. Todavía no tienes muebles.

Escuché cómo Yerial se reía por teléfono.

—Todo parece de muy buen gusto, señorita Ella —dijo tras haber escuchado a Juliette—. Y caro. Es bonito. Puede que le guste.

Suspiré.

—De acuerdo. Deje que suban, supongo.

Yerial volvió a reír.

—Ahora mismo, señorita Ella.

Cuando colgué, Vivian me apuntaba con mi cámara.

—Tía, algún desconocido acaba de mandarte muebles para el salón como regalo de bienvenida. Esto es material para *Mi vida de cuento de hadas*.

—Bueno, ten cuidado dónde enfocas. Juliette no tiene el consentimiento de sus padres para salir en los web-episodios, y dudo mucho que papá vaya a dejar que aparezca en internet.

Juliette frunció el ceño.

—¿Necesito permiso?

Asentí.

—Scotty está haciendo todo por lo legal. Dijo algo sobre no querer que

nos demanden. Todos los que aparecen tienen que firmar un consentimiento. Y como eres menor de edad, no puedes firmarlo tú.

—Qué rollo. —Juliette hizo un puchero—. Preguntaré, pero tienes razón. Papá no accederá.

Vivian se encogió de hombros mientras sacaba fotos de todas las pilas de correo.

—Da igual. Pondremos tu cara borrosa o algo.

—Eso es peor todavía.

Solté una carcajada justo cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién regala muebles para el salón? —inquirió Rob al tiempo que me ayudaba a ponerme de pie.

—Ni idea. ¿Alguna marca con la esperanza de que grabe muchos episodios con ellos?

—¿Vas a quedártelos? —me preguntó Rob.

Me encogí de hombros.

—Supongo que sí. Todavía no tengo.

—¿Y si son muy feos? —dudó Juliette.

Volví a encogerme de hombros.

—Yeriel ha dicho que eran bonitos.

Cuando abrí la puerta, Juliette pasó por mi lado hacia el pasillo y jadeó.

—Oh, Ella, ¡son maravillosos! ¡Nos los quedamos!

—¿Nos? —Me reí—. Si quieres quedarte, entonces ven y ayuda a hacerles sitio.

El repartidor parecía sorprendido cuando vio el caos del salón. Sonreí, avergonzada.

—No eres el primero con un reparto sorpresa hoy. Supongo que puede dejarlo contra la pared del pasillo por ahora. Nos llevará unos minutos hacer sitio.

—Claro. —El fornido repartidor indicó a su equipo que dejaran las cosas y me entregó una carpeta para que firmara.

—De todas formas, tenemos que ir a por el resto.

—¿El resto?

Al hombre no pareció importarle mi sorpresa. Su mente ya estaba abajo con el resto de la entrega. Miró los papeles y asintió.

—Esto son solo las cosas del salón y el comedor. Hay un dormitorio y mobiliario de oficina.

Pensaba que ya estaba acostumbrada a las sorpresas, pero aun así me quedé mirando fijamente al hombre.

—¿Van a amueblar todo el apartamento? ¿Quién?

—Ni idea, señora. Algún diseñador de interiores de famosos. Hay una tarjeta por algún lado. Volveremos en un minuto con el resto. —Miró el caos que era mi apartamento con cautela—. Trate de dejar algo de camino libre para que podamos llevar los muebles a las otras habitaciones.

Tras decir eso, el repartidor se unió a los otros tres hombres y se dirigieron al ascensor. Les dejé la puerta abierta y me volví hacia mis amigos, alucinada.

—Es todo el apartamento.

—Qué locura —murmuró Vivian.

Todos se pusieron manos a la obra y trataron de dejar tanto espacio como les fue posible. Un minuto más tarde, el teléfono volvió a sonar. Teniendo en cuenta que las únicas veces que había sonado en todo el día había sido Yeriel, gemí al contestar.

—Por favor, dime que no es otra entrega. En serio, no tengo espacio para nada más.

Yeriel se echó a reír.

—No, señorita Ella. El señor Oliver y el señor Thompson están aquí, pero vienen con un par de invitados que no están en su lista. —Se aclaró la garganta y habló un poco más bajo—. Él, eh, ha dicho que ha reclutado mano de obra masculina extra para ayudar con la mudanza. ¿Los dejo subir?

Me reí.

—Sí, claro. Brian y Scott pueden traer a quienes quieran. Diles que llegan justo a tiempo.

Cuando colgué, les sonreí a mis amigos, que seguían haciendo hueco en el salón.

—Buenas noticias, ha venido Brian y trae ayuda.

—¿*Brian Oliver* trae ayuda? —Vivian apartó otra caja y volvió a coger la cámara—. Esto va a molar.

Ni dos minutos después, Brian gritó con una especie de voz porno tras

llamar a la puerta.

—Entrega especial para Ellamara Rodríguez.

Me encogí de hombros ante las miradas inquisitivas de mis amigos.

—¿Qué queréis que os diga? Es un idiota.

—Perfecto. —Vivian empezó a grabar con la cámara y me sonrió descaradamente a la vez que enfocaba hacia la puerta—. Necesitamos imágenes de él cuando se ponga en plan idiota, porque normalmente se muestra serio o cascarrabias con el público.

Dejé que ella se lo pasara bien. Al fin y al cabo, tenía razón. Incluso los agentes de Brian habían comentado que yo le venía bien a su imagen porque le hacía parecer más amable.

—Entra —dije—. Ten cuidado por donde pisas. Hemos hecho algo de espacio, pero sigue siendo un caos.

Que Brian entrara por la puerta llevando una pequeña mesa auxiliar no era una sorpresa. Que estuviese sin camiseta, sin embargo, sí. Cuando alcé una ceja hacia él, me sonrió y la combinó con ese tono cursi y porno que había adoptado.

—Tengo un gran paquete para usted, señorita Rodríguez. ¿Hay algún lugar en especial donde lo quiera?

Abrí los ojos como platos y me cubrí la sonrojada cara con las manos.

—¡Dios, Brian! —chillé mientras Juliette, Vivian e incluso el reservado Rob estallaban en carcajadas—. Dime que *no* acabas de decir eso.

Brian finalmente perdió la compostura y, en cuanto dejó la mesita en el suelo, me envolvió entre sus brazos para darme un beso y ofrecerme una disculpa la mar de falsa.

—Lo siento. No me he podido resistir. Y no sabía que tenías compañía.

Se percató de que Vivian tenía la cámara en la mano y pareció sorprenderse.

—¿Acabas de grabar todo eso?

—Oh, sí —exclamó Vivian, orgullosa, enfocándole todavía.

Brian me lanzó una mirada de súplica.

—No lo incluirás en tu episodio, ¿verdad?

Me reí más que él hace un minuto.

—¿Bromeas? ¿Qué le va mejor a *Mi vida de cuento de hadas* que la

Estrella del Porno Brian entregándome *paquetes*?

Brian entrecerró los ojos en un intento de descifrar si lo decía en serio o no. Seguí con mi sonrisa de suficiencia como una profesional. Claro que no lo colgaría si él no quería, pero ese detalle no tenía por qué saberlo aún.

—¿Lo quitarías si te diera algo mejor? —inquirió.

—¿Mejor que Porno Brian? —cuestionó Juliette. Parecía escéptica de que existiera algo mejor. Tenía que admitir que pensaba igual.

Brian silbó.

—¡Vale, chicos! ¡Traedlo!

Me giré hacia la puerta principal justo a tiempo para ver cómo dos de los actores de acción más famosos de Hollywood —también sin camiseta— traían mi nuevo sofá al apartamento.

Abrí la boca de par en par.

Jesse Ramos era una estrella de cine de acción muy popular. Si necesitabas músculos, muchas pistolas y explosiones, Jesse encabezaba la lista. Había estado en un par de películas del padre de Brian, así que supuse que se habían conocido así.

Rhett Kessler era más bien una estrella de acción-*thriller*. Era del tipo espía, sexy e inteligente. Sus películas tenían muchas escenas de riesgo de *parkour* y peleas de ninja para los amantes de la acción, y sarcasmo inteligente y sonrisas de ensueño que llevaban a las mujeres a acompañar a los hombres al cine. Brian ya me había hablado de él y me daba la impresión de que Rhett era uno de los amigos más cercanos de Brian.

Ninguno de los dos estaba *nada mal*. Y ahí estaban, *sin camiseta*, en mi salón, esperando que les dijese dónde dejar mi nuevo sofá.

—¿Soy yo... —murmuró Rob— ...o todo el elenco de *Hostile Takeover* acaba de entrar para ayudar a Ella a mudarse?

—¡Joder! —exclamó Juliette.

Vivian asintió.

—Pues sí, podemos borrar a Porno Brian de esto. Habladnos de cuentos de hadas.

Ambas caras familiares sonrieron a mis amigos antes de repetir el gesto conmigo.

—Espero que no te importe que nos hayamos presentado de improviso —

dijo Rhett con una sonrisa mientras él y Jesse localizaban un lugar en el salón donde depositar el sofá.

Jesse se estiró después de dejar el sofá y asintió.

—Sí, nos encontramos a Brian en el estudio, y cuando mencionó que quizá necesitase músculos extra hoy, bueno... —Flexionó los brazos y me lanzó una sonrisa burlona.

Por fin conseguí dejar de mirarle embobada y le devolví la sonrisa.

—Diría que ambos los tenéis, sin duda.

Ambos se echaron a reír y Jesse se acercó a mí para ofrecerme la mano.

—Es un placer conocerte por fin.

—¿Por fin?

Le estreché la mano y, después, se la ofrecí a Rhett. Él la ignoró y me dio un suave abrazo. Me sorprendió su familiaridad y que fuera consciente de mi condición física. No tuvo nada que ver que estuviese sin camiseta y que yo fuese mucho más baja que él, por lo que mi cara estaba aplastada contra sus abultados pectorales.

—Sí, por fin. —Se rio—. Este idiota no ha hecho más que hablar de ti desde que te conoció en la FantasyCon. Llevo preguntándole desde hace semanas cuándo iba a tener una oportunidad para arrebatártelo.

Brian se rio, pero me alejó de su amigo y me acercó a él. Me alivió tener espacio para respirar, pero puse los ojos en blanco en mi cabeza al ver su silencioso gesto de posesión. No creía que Brian se diese cuenta siquiera de lo que había hecho. *Hombres*.

Llamaron a la puerta, y un vacilante «disculpe, señorita» hizo que todos nos volviésemos hacia la entrada. El repartidor había vuelto con el resto del mobiliario y miraba a todos los hombres sin camiseta en el apartamento con cautela. Al percatarse de quiénes eran, se quedó boquiabierto. Me miró con los ojos como platos y no supe qué decirle, por lo que me encogí de hombros y pregunté:

—¿Necesita más músculos para traerlo todo?

Capítulo 25

Cuando Brian fue a salir junto a todos los hombres para empezar a meter los muebles dentro, lo agarré y volví a tirar de él hacia mí.

—Deja que lo hagan ellos —dije a la vez que rodeaba su cintura con los brazos y me apoyaba en él. Él no opuso resistencia. Después de darle un rápido beso de bienvenida que acaparó toda su atención, le pregunté—: ¿Qué tal el día? ¿Cómo ha ido la lectura del guion?

La pimpinela escarlata ya tenía todo el reparto decidido, y hoy había sido la primera vez que se habían reunido todos para leer el guion completo. Brian estaba hecho un manojo de nervios y emoción cuando se fue por la mañana.

—Increíble. —Se le iluminó el rostro y sacudió la cabeza con asombro—. Todavía no me puedo creer que vaya a trabajar con toda esa gente. Esta película va a ser genial. Soy el único del reparto principal sin ninguna nominación a algún premio.

—Bueno, el año que viene tendrás una. Será pan comido gracias a esta película.

Brian inspiró hondo y asintió como si estuviese intentando convencerse a sí mismo de que era cierto. No había conseguido entrar en la lista final de nominados a mejor actor de este año, pero los rumores decían que se había quedado cerca. Se había decepcionado un poco, pero no demasiado teniendo en cuenta que nunca había soñado con formar parte de los cotilleos de un premio. También ayudó que este año iba a ser el actor principal de una película que seguramente barrería a las demás en la ceremonia de premios del año que viene.

—Me alegro de que la lectura haya ido bien hoy. Me preocupaba que te quedases deslumbrado por culpa del encaprichamiento que tienes con Astrid Graves.

—¿Qué? —Brian se encogió ante la acusación, y su rostro se tornó rosado—. ¿De dónde sacas eso? Yo no estoy encaprichado de Astrid.

—Estás completamente ruborizado ahora mismo.

Brian se llevó la mano a la mejilla y maldijo cuando se percató de que estaba ardiendo. Se puso tan nervioso como lo había estado en Nochevieja y, luego, observó con detenimiento mi sonrisa.

—Cállate, mujer. No es ningún encaprichamiento.

Esto era muy divertido.

—Sí que lo es.

—Es *admiración* —gruñó—. No bromees con eso.

No pude evitar reírme por lo bajo.

—Nunca lo haría.

Me miró con los ojos entrecerrados y me abrazó con más fuerza.

—Estoy seguro de que tú también tienes un encaprichamiento con algún famoso.

Era totalmente cierto, pero no quería que Brian se enterase de quién. Me mataría.

—Bah. ¿Quién, yo? Qué va.

—Sí, sí que lo tienes. —Brian negó con la cabeza; no se tragaba mi respuesta—. En algún momento todos nos volvemos una fan loca por alguien. Cuando averigüe de qué famoso estás encaprichada, lo lamentarás.

Sonreí con malicia. Todavía no estaba dispuesta a dejar de atormentarlo.

—Puede que sí que haya *una* persona que pueda lograr volverme loca si la conociera en persona, pero no te la voy a decir a ti, precisamente. Es un secreto que me llevaré a la tumba.

Lo dije de broma, pero, en realidad, esperaba que Brian nunca descubriese que mi encaprichamiento por la estrella de rock Kyle Hamilton rayaba casi el fanatismo obsesivo. Kyle es el cantante de mi banda favorita. Fue la primera persona cuyo póster pegué en la pared de mi cuarto. También era una de las personas menos favoritas de Brian. Una vez, en un correo que le escribí hace años, le mencioné que me gustaba Tralse, y me gané una charla

sobre lo gilipollas que era Kyle en la vida real y que debería odiar la banda entera por principios. No se lo había vuelto a mencionar desde entonces.

—Debe de ser alguien del que te avergüenzas muchísimo, si no me lo dirías —se aventuró Brian, mirándome fijamente como si estuviese intentando extraerme la verdad con los ojos.

Puede que algún día admitiese que me derretía cada vez que su archinémesis se acercaba a un micrófono, pero hoy no iba a ser ese día. Decidí cambiar de tema descaradamente.

—¿Cómo va la búsqueda de tu nuevo asistente? ¿Algún candidato aceptable?

La sonrisa de Brian se transformó en un puchero, y yo casi me reí. Sabía que eso lo distraería.

—Con suerte, fatal —gruñó—. Así Scotty no podrá abandonarme.

—Hubo un par de candidatos potenciales —ofreció Scott desde el otro lado de la estancia, feliz de poder contradecir a su jefe.

Él había sido el que había estado llevando a cabo las entrevistas esta mañana mientras Brian se encontraba en la lectura del guion. Cualquiera que optara al puesto, tendría que pasar el filtro de Scott antes de tener una entrevista con Brian. Conociendo a Scott, dudaba que hubiese muchos que diesen la talla.

Le regalé una sonrisa.

—Genial. ¿Te importaría enviarme a los mejores candidatos en cuanto Brian elija a uno?

Scott arqueó las cejas y soltó una risotada.

—Ya estás en el mercado, ¿eh?

—Solo voy a echar un ojo. Estoy segura de que voy a necesitar ayuda, aunque no sea más que para hacerse cargo de todo lo que me mandan los fans.

—Diré —murmuró Scott a la vez que miraba las cajas de cartas y regalos que actualmente estaba ayudando a apilar en un lado de mi salón— que me da pena tu futuro asistente.

Me reí.

—A mí también.

Justo entonces, Ana se adentró en el apartamento con una mirada interrogante en el rostro.

—¿Acabo de ver a... *Rhett Kessler* y a *Jesse Ramos* llevar un escritorio por ese pasillo?

—Sin camiseta —gorjeó Juliette moviendo la cabeza con entusiasmo. Dio unos golpecitos en el asiento vacío que había a su lado en el sofá con una enorme sonrisa en la cara—. Ven, siéntate y disfruta del espectáculo con nosotros.

—Pero ten cuidado con Jesse —la advirtió Brian con una risilla—. Es el mayor ligón de Los Ángeles, y no le importará que seas menor de edad.

Ana se recuperó de la impresión inicial y sonrió a Brian, pagada de sí misma.

—Si se supone que eso es una advertencia para que me mantenga alejada de él, deberías mejorar esa técnica.

—Tiene ladillas —sugirió Brian.

—Mejor —resopló Ana.

—¿Eso es verdad? —susurré mientras Ana se sentaba junto a Juliette.

Brian sonrió.

—Lo dudo. Pero ahora no pensaré en otra cosa cuando le tire la caña.

Seguía riéndome cuando un par de repartidores se detuvieron delante de mí cargando un cabecero gigante para lo que parecía una cama extragrande.

—Señorita, ¿nos podría indicar cómo le gustaría colocar el dormitorio para que podamos montar la cama?

Aquella pregunta puso final a mi momento con Brian, pero él vino conmigo para ofrecerme su opinión sobre cómo colocar el dormitorio, la cual fue sorprendentemente tendenciosa. No quería la cama en la esquina, porque no quería tener que bajarse por la zona de los pies cada vez que tuviese que ir al baño por la noche.

Cuando le recordé que era *mi* cuarto y que él tenía el suyo propio en lo alto del cañón, murmuró la palabra «técnicamente» y les dijo a los hombres que estaban montando el cabecero que planeaba quedarse con tanta frecuencia que se merecía poder opinar.

Los hombres se pusieron de mi lado, por supuesto, pero terminé cediendo y no puse la cama pegada a una esquina, aunque eso hiciese que la estancia fuese mucho más pequeña. Tenía la sensación de que irme del apartamento de Brian no iba a darme tanto espacio como había pensado. Parecía que iba a

tener un compañero de piso «no oficial» la mayor parte del tiempo. No sabía por qué aquello no me asustaba tanto como un compañero de piso «oficial», pero no lo hacía.

En cuanto mi presencia ya no fue necesaria, me pusieron a cargo de pedir las *pizzas*, pues no podía levantar peso ni mover los muebles. No tenía ni idea de cuántas harían falta para alimentar a hombres tan grandes como Rhett y Jesse, así que pedí muchas por si acaso y también un millón de alitas de pollo.

La comida llegó justo después de que los repartidores se fueran, y mis invitados la devoraron con gusto. Cuando todos estuvieron acomodados, yo volví a ponerme manos a la obra con las cartas de los fans. Tener un sofá donde sentarse y estanterías donde poner las baratijas ayudaba.

Ana fue la primera en unírseme, mientras los demás se reían y bromeaban en la cocina. Se sentó en el sofá con tiento y vaciló antes de hablar.

—Esto... Eh... —Durante un momento, casi creí que iba a intentar disculparse o algo; la culpa y el remordimiento eran evidentes en su rostro. Pero pareció pensárselo mejor en el último segundo y, en cambio, dijo—: ¿Qué hago para ayudar?

El ofrecimiento fue casi tan sorprendente como una disculpa. Supongo que porque, de alguna forma, esa era su manera de decir que lo sentía. Quería decirle que no se preocupase. De verdad que no la culpaba por lo de Erik Clarke. Pero me imaginaba que Ana era del tipo de personas que no querían oír esas cosas. Estaba segura de que simplemente querría pasar página y fingir que nunca había ocurrido. Eso se lo podía conceder.

Tras tenderle una caja de cartas sin abrir y explicarle lo que tenía que hacer, se puso manos a la obra. El silencio era incómodo, así que intenté pensar en alguna forma de romperlo.

—Eh... ¿has oído hablar alguna vez de Nash Wilson?

—¿El fotógrafo?

Cuando asentí, Ana se encogió de hombros y siguió leyendo la carta que tenía en la mano.

—Sí. Mi madre es muy fan de su trabajo. Creo que se desmayaría si alguna vez lo conociera en persona. Fuimos una vez a un evento muy exclusivo en su galería, y apenas podía quedarse quieta de los nervios. ¿Has visto alguna vez sus fotos? Son increíbles.

Era la conversación más normal que Ana y yo habíamos tenido nunca. Era

extraño, pero agradable, y quería ir con cuidado para no retroceder diez pasos tras este gigante salto hacia adelante.

—Sí —convine—. Brian y yo visitamos su galería hace un par de semanas. Su trabajo es mucho más hermoso de lo que había esperado.

—¿Por qué me lo has mencionado?

—Bueno... —La pregunta seguía siendo muy cauta y, cuando alcé la mirada, Ana me observaba con ojos recelosos. Me preguntaba si hablar con ella de esto era un error. Había una gran posibilidad de que pensase que estaba intentando alardear o restregarle la oferta de Nash por la cara para hacerle ver que se equivocaba conmigo. Con suerte, no sería ese el caso—. Se me acercó en una fiesta. Quiere hacerme una sesión de fotos para ayudarme a revelar mis cicatrices al mundo.

Ana abrió los ojos como platos y, luego, los entrecerró.

—¿Y por qué me lo cuentas *a mí*?

Respiré hondo y la miré a los ojos.

—¿Crees que debería hacerlo?

Casi se le salen los ojos de las órbitas esta vez, y abrió la boca de par en par.

—¿Me lo preguntas *a mí*? ¿Por qué te importa lo que *yo* piense?

Me encogí de hombros.

—Porque no te callarás nada. No me dirás lo que creas que quiero oír. No me mentarás y me dirás que todo será muy fácil, y maravilloso, y perfecto. No te quedarás ahí sentada para decirme que soy preciosa y que es la oportunidad de mi vida. —Sonreí con suficiencia y añadí—: Tampoco me dirás simplemente que haga lo que quiera. Sé que tendrás una opinión, y que tendrás tus razones. Quiero saber cuáles son. ¿Por favor?

Ana me observó durante un momento, sopesando mis palabras y si realmente las decía en serio o no. Sí que tenía una opinión al respecto —una muy sólida— y estaba intentando decidir si de verdad quería oírla o no. Un brillo de determinación se instaló en sus ojos, se incorporó en el sofá y cuadró los hombros. Acababa de decidir contármela quisiese oír la verdad o no.

—Está bien. Creo que deberías hacerlo.

No me sorprendió tanto su respuesta como pensé que lo haría. Se había

puesto del lado de su madre la noche que oímos por primera vez la entrevista de Erik Clarke. Yo correspondí su misma determinación levantando un poco el mentón y respirando hondo.

—Vale. ¿Por qué?

—Porque *tienes* que hacerlo.

Vale, ahora sí que me había sorprendido. Ana leyó la confusión en mi expresión y negó con la cabeza.

—Eres la persona más terca, segura y valiente que he conocido nunca.

Intenté poner cara de póker, pero no lo conseguí. Ana hizo caso omiso de mi conmoción. Creo que se la esperaba.

—Controlas casi todos los aspectos de tu vida, menos en lo que a las cicatrices se refiere. Les tienes pavor. Te aterra lo que la gente piense de ellas.

Tenía razón. Tan solo oírse lo decir en voz alta lograba que el corazón se me acelerase.

—Y con razón —murmuré.

Ana se encogió de hombros; no estaba dispuesta a aceptar esa excusa.

—Dices todo lo que quieres en tu blog. Destripas libros y películas sabiendo que habrá gente que crea que eres idiota por tu opinión. No te importa. No te importa lo que nadie diga o piense de ti. No es lo que la gente piense de tus cicatrices lo que las convierte en algo tan incapacitante para ti. Es lo que *tú* opines de ellas. Lo que *tú* pienses de ti misma.

Cuando me di cuenta de que tenía la boca abierta, la cerré de inmediato. Nunca lo había pensado de esa manera, pero Ana tenía razón. En todos los demás aspectos de mi vida, me importaba un rábano lo que la gente pensase de mí. Menos con mis cicatrices, y mi cojera. En lo que respectaba a mi discapacidad física, era distinta. Era débil.

—Eres segura de ti misma hasta llegar a ser arrogante —continuó Ana—, con tus pensamientos y opiniones sobre casi cualquier cosa. Por eso eres capaz de tener una relación con un chico como Brian. Los dos sois tal para cual. En todos los aspectos menos en el físico. Ahí no tienes nada de autoestima.

De nuevo, tenía razón. Probablemente yo fuera mi peor crítica en lo referente a mi apariencia y capacidad física. Todas las cosas horribles que

alguna vez he oído decir a los demás sobre mí no eran peores que las cosas que yo ya había pensado de mí misma. Quizá por eso dolían tanto. Porque creía que eran ciertas.

—Te está reprimiendo —prosiguió Ana.

Fruñí el ceño, confusa, y Ana se encogió de hombros.

—Tienes al maldito *Brian Oliver* besando el suelo por donde pisas y durmiendo en tu cama por las noches. Apuesto a que nunca te has desnudado para él. Apuesto a que nunca te ha visto todas las cicatrices. Apuesto a que nunca le has dejado que las toque.

Me ruboricé y lancé una mirada en dirección al comedor. Para mi horror, la conversación que estaban teniendo en la mesa se había detenido. Nos estaban dando a Ana y a mí nuestro espacio, pero todos escuchaban atentamente lo que decíamos.

El estómago se me revolvió, y consideré la opción de salir corriendo hacia mi dormitorio y probar mi cama nueva, pero le había pedido a Ana su opinión, y le había dicho que quería oírla. Obviamente no quería escuchar esto, pero se la había pedido y esto es lo que había. Lo mejor que pude hacer fue respirar hondo unas cuantas veces e intentar que la bilis permaneciera dentro de mi estómago.

—No —susurré, porque Ana parecía estar esperando una respuesta, aunque ya la sabía de antemano—. No he hecho nada de eso. —Intenté defenderme—. No estoy preparada. No es porque...

—Oh, venga. —Ana puso los ojos en blanco—. Sí, eres virgen y estás asustada, lo sé. Pero no es tu timidez la que te está reprimiendo. Esa es solo la excusa que estás usando para mentirte a ti misma sobre cuál es el verdadero problema.

Se me heló la sangre en las venas. Ese fue el primer comentario áspero que me hizo recordar que estaba hablando con Ana. Era directo, abrasivo y frío. Pero ¿era cierto? Ahora mismo no estaba siendo maliciosa; solo estaba siendo honesta.

—Las mojigatas pierden el pudor muy rápido cuando encuentran a la persona adecuada. Brian lo es para ti. Lo quieres, y no te cabe duda de que él también te quiere. Lleváis viviendo juntos más de un mes. Si todavía no habéis llegado tan lejos, no es la modestia la que te está conteniendo; es el miedo.

Tenía razón. Por mucho que odiase admitirlo, tenía toda la razón. Quería estar con Brian. De verdad que sí. Y, a veces, cuando nos besábamos, me dolía físicamente por el deseo de ir a más. Pero siempre me reprimía.

—Tienes que hacerte esas fotos porque necesitas enfrentarte a tu miedo —dijo Ana, volviendo al tema original. Había olvidado por completo la oferta de Nash Wilson—. *Tú* eres la que te juzgas por tu apariencia —afirmó—. Y, hasta que no lo superes, nunca estarás preparada para una relación íntima. Vas a seguir reprimiéndote, vas a seguir ocultándote de Brian hasta que él no pueda soportarlo más, y abrirás una brecha entre los dos. Sois una pareja para toda la vida. Si no lo lográis, será por esta razón, y será culpa tuya.

No fue hasta que terminó de pronunciar su discurso que la inseguridad la embargó. Me sorprendió verlo. Me sorprendió que le preocupase haberme presionado demasiado. Antes, no lo habría hecho. Antes, probablemente se hubiese deleitado en el hecho de que me hubiera quedado helada. De que me sentía tan abrumada por sus palabras que estaba al borde de las lágrimas y me costaba respirar.

Al ver la vulnerabilidad en su rostro y la rápida y nerviosa mirada que le dedicó a Juliette y a Brian en la cocina, me di cuenta de que estaba haciendo lo mismo que yo. Se estaba esforzando. Estaba intentando encontrar un punto intermedio entre las dos. Puede que nunca llegáramos a ser tan íntimas como Juliette y yo, pero ya no teníamos por qué ser enemigas. Tenía la sensación de que toda nuestra futura relación dependía de cómo respondiese en este mismo momento. Le había dado una oportunidad, le había pedido que fuese ella misma, y ella había aceptado el reto.

Por dentro, estaba destrozada. Su charla me había dejado por los suelos. Pero se la había pedido, y le agradecía que hubiese tenido las agallas para dármela.

—Gracias —murmuré—. Te agradezco tu sinceridad.

Me obligué a moverme y cogí un nuevo sobre. Saqué una tarjeta de felicitación y la coloqué en el montón con todas las demás.

—No vas a hacerlo, ¿verdad? —inquirió Ana. Seguía observándome atentamente—. No vas a aceptar su oferta.

Inspiré hondo y solté el aire muy despacio.

—No estoy segura de poder hacerlo —admití.

Ana pareció aceptar mi respuesta y devolvió la atención a su propio

montón de cartas.

—Por si sirve de algo —me dijo con una suavidad en la voz que no sabía que fuese capaz de adoptar—, estoy segura de que te sacaría preciosa en las fotos.

El cumplido me laceró tanto como su anterior discurso, porque era igual de franco. Alcé la mirada y tuve que tragar el gran nudo que tenía en la garganta antes de poder pronunciar palabra.

—Gracias.

Ella continuó mirándome y, aunque no sonrió, asintió con total sinceridad.

Ambas nos quedamos en silencio tras aquello y volvimos a nuestro trabajo. Pero el silencio era cómodo ahora. Algo había cambiado entre nosotras. Habíamos alcanzado nuestro punto intermedio. Era más que una tregua. Era aceptación por la otra. Se veía venir desde hacía tiempo, y la sensación era fantástica.

Me arriesgué a echar una ojeada al comedor y vi que Juliette me sonreía de oreja a oreja con los ojos anegados en lágrimas. Cuando nuestras miradas se cruzaron, rompió a llorar y me sonrió como si estuviese tan feliz que le dolía. Me hizo reírme por lo bajo. Pero, luego, me fijé en que los demás trataban de no mirarme y me di cuenta de que, aunque las cosas parecían haber ido bien entre Ana y yo, el resto parecía estar ahogándose en un mar de incomodidad.

Carraspeé y me obligué a hablar con voz animada.

—Oye, Rhett, el otro día me estaba preguntando algo...

Rhett, sorprendido por que lo hubiese señalado, observó a los demás antes de lanzarme una mirada llena de curiosidad.

—¿Sobre mí?

Sonreí.

—Sí. Verás, me leí *Asesinato en Motown* la semana pasada, y Brian mencionó que eras el protagonista en la película.

La pregunta rompió la tensión y, poco a poco, empezaron a moverse otra vez y tiraron a la basura sus platos de plástico y las servilletas. Rhett entró en el salón y se sentó en el suelo cerca de mí.

—Sí, terminamos de grabar en diciembre. Fue genial. Me muero de ganas de que se estrene.

—Qué bien. ¿Cómo fue hacer un suspense romántico en lugar de tus habituales *thrillers* de acción? Estoy segura de que has bordado el papel, pero me sorprende. Me preguntaba qué es lo que te hizo aceptar el trabajo.

El rostro de Rhett se iluminó al oír la pregunta, como si estuviera realmente halagado por mi interés.

—Ah, bueno, en realidad sucedió porque la autora del libro ya había publicado en algún sitio que siempre me había imaginado a mí como el detective protagonista en ese libro. Supongo que sus fans apoyaban la elección lo suficiente como para que la productora me contactara primero. — Se encogió de hombros con sorprendente modestia—. Fue bastante adulator, así que me leí el guion por curiosidad y, luego, me leí el libro, porque me encantó el guion. —Sonrió—. Desde entonces, me he vuelto un fiel seguidor de Janice Bishop.

Me reí.

—Ya somos dos. En Navidad me enteré de que mi padre era muy fan de ella, así que también me leí su nuevo libro por curiosidad. Desde entonces, me he leído todos sus libros anteriores. Es buena.

Rhett me sonrió, orgulloso.

—El preestreno es en unas pocas semanas. Todavía tengo algunas entradas de sobra para regalar. Brian y tú deberíais venir. Y trae también a tu padre. Janice Bishop estará allí. Estaría encantado de presentaros.

—Ah... —La mención de mi padre me sobresaltó—. Gracias, es muy amable por tu parte, pero...

—Te tomamos la palabra —dijo Brian, uniéndose a la conversación. No mencionó a mi padre, así que yo también ignoré esa parte de su ofrecimiento. Me dolía demasiado pensar en ello.

—Guay. Os pondré en la lista.

Brian se sentó en el suelo junto a mis piernas y apoyó la espalda contra el sofá. Colocó un brazo sobre mi regazo y sonrió a su amigo.

—¿Te acuerdas de lo que te conté para el blog de Ella? ¿Cuando te enseñé la obra que había dibujado?

Rhett sostenía una caja enorme sobre su regazo, y la miraba como si fuese un regalo de Navidad del que estaba intentando adivinar su contenido. Levantó la mirada de la caja para asentir en dirección a Brian.

—¿La *webserie* de las aventuras de Cinder y Ella?

—Sí.

—Oye, ¿por qué no me haces un favor y abres eso? —interrumpí señalando la caja que tenía Rhett en las manos. Era evidente que la curiosidad lo estaba matando—. A ver qué hay dentro.

Él me guiñó un ojo y rasgó el papel marrón que la envolvía.

Brian cogió otra caja y la abrió también, sin dejar de hablar del tema.

—Tu preestreno sería un buen primer episodio para *Las aventuras de Cinder y Ella*. Si no te importa que Ella y yo te entrevistemos durante un minuto esa noche.

Rhett se rio, pero el resoplido de Jesse sonó incluso más fuerte.

—¿Para que Ella la publique en su superblog y la lean sus cinco *millones* de suscriptores? Estoy seguro de que no le importará. De hecho —Jesse me lanzó una sonrisa arrolladora—, si alguna vez te apetece vivir una aventura de verdad, ven a visitarme algún día al estudio. Ahora estoy grabando *Máxima fuerza 3*. Si vienes el día adecuado, te pondremos un arnés y dejaremos que experimentes una explosión.

Su entusiasmo por la pirotecnia era adorable. Y tan predecible que me tuve que reír.

—Por muy guay que suene, creo que mi enfermero y mi fisioterapeuta sufrirían un aneurisma si lo intentase. —Cuando su rostro reflejó su decepción, añadí—: Pero podemos hacer explotar a Brian. Eso sí que sería divertido.

—Sí, una auténtica *bomba* —dijo Brian con sequedad.

Eso hizo que todos gimieran.

La sonrisa de Jesse volvió en todo su esplendor.

—Es una cita, *mamacita*. Eso sí, no me dejes plantado, porque cuando le diga a los del estudio que nos he conseguido un hueco en *Las palabras de sabiduría de Ellamara*, me besarán el culo durante el resto del rodaje.

Me volví a reír, pero no lo había dicho en broma. La influencia que tenía ahora en Hollywood era totalmente surrealista. Miré a Brian, y él se encogió de hombros, así que asentí.

—Vale, es una cita —accedí.

—¡Ooh! —Brian se percató de lo que Rhett sostenía en las manos y se lo

arrebató—. Una cafetera. Y de las buenas. —Me sonrió—. Esto nos lo quedamos.

Capítulo 26

Mi padre accedió a firmar el consentimiento para que Juliette y Ana pudiesen salir en mi *webserie* con una condición: que cenara con él, solo nosotros dos, para poder hablar. No quería hacerlo, pero, tras echarle un solo vistazo a la expresión de Juliette, me fue imposible decirle que no. Sabía que le hacía mucha ilusión formar parte de mi *vlog* diario —y, en realidad, era una parte tan importante de mi vida que me resultaría muy difícil trabajar cerca de ella si no conseguía el permiso—, pero más que eso, sabía que esperaba que arreglara las cosas con mi padre.

Jules siempre había estado a favor de la unión familiar. Odiaba las desavenencias que se habían causado desde que llegué a la vida de su familia. Tras ver lo feliz que la había hecho que limara asperezas con Ana, sabía que al menos tenía que escuchar a mi padre. Aunque fuese una vez. Pero ni de lejos iba a reunirme con él sola. Le dije que iba a ir con Brian y que bien podía aceptarlo o no. Accedió sorprendentemente rápido y, por alguna razón, eso me puso todavía más en guardia.

Brian reservó mesa en un restaurante de Santa Mónica que se suponía que no se podía reservar con menos de un mes de antelación. Pero supongo que eso es lo que pasa cuando la pareja actual más famosa de la nación llama y pregunta si es posible reservar una mesa para esa misma noche. Como por arte de magia, aparece una libre.

Brian no hizo la reserva para sorprender a mi padre, sino porque el restaurante tenía fama de ser privado y discreto. La situación tenía todos los números para ponerse tensa, y ninguno de los dos quería tener que lidiar con mi padre si salíamos en los medios. Habría sugerido que viniese a hablar con

nosotros a casa de Brian o a mi nuevo apartamento, pero Brian dijo que probablemente tanto él como mi padre se comportarían mejor si estábamos en algún lugar público. Habían menos posibilidades de discusión. Tenía sentido.

—No me sorprende que hayas elegido este sitio —murmuré después de que nos asignaran una mesa tan increíblemente apartada que casi estaba encerrada en su propia y pequeña bovedilla.

—Tendremos privacidad —me prometió Brian. Se percató del movimiento nervioso de mi rodilla bajo la mesa y posó la mano encima—. Relájate, Ella; todo irá bien. Te llamó él a ti. No al revés. No viene para empezar otra pelea.

—Eso no significa que no lo hará —murmuré.

—Oye. —Brian me pegó a su costado y me abrazó—. Si lo hace, nos iremos y ya está. Y entonces sabremos que no debemos quedar con él en un futuro.

Suspiré e intenté calmar mi acelerado corazón y mi estómago revuelto. Tenía razón. Ya no tenía que aguantar a mi padre. Si no me gustaba lo que tuviese que decir, no tenía por qué escucharle.

Me tensé cuando llegó, y Brian apartó el brazo con el que me envolvía y se enderezó en la silla. Tomó mi mano por debajo de la mesa, eso sí, y yo entrelacé nuestros dedos como si me fuera la vida en ello. Suponiendo que llegásemos al mismísimo acto de cenar, iba a tener que comer con una mano, porque no iba a soltarlo hasta que perdiera a mi padre de vista.

Mi padre murmuró un «hola» a la vez que se sentaba frente a nosotros y asintió cuando el camarero que lo había guiado hasta aquí le ofreció servirle una copa de vino. Todos pedimos la cena y, luego, permanecemos en un silencio ensordecedor. No pensaba hablar primero. Este encuentro había sido petición suya. Si quería hablar, que lo hiciera. Yo solo le había prometido escuchar.

Cuando quedó claro que no iba a saludarlo, suspiró y habló.

—Gracias por venir.

Se lo veía pálido y tenía profundas ojeras bajo los ojos, como si no hubiese dormido nada durante estas últimas seis semanas. Sus arrugas y los mechones canosos también eran más evidentes. Había pasado un mes y medio difícil desde que me fui. Bien.

—Ella... cariño...

Apreté la mandíbula. Brian debió de estar observándome con detenimiento, porque me dio un apretón en la mano para insuflarme ánimo. Logró que soltara el aire que había contenido sin darme cuenta.

—Lo siento —murmuró mi padre. Suspiró y empezó a retorcer la servilleta entre los dedos—. Eso no parece suficiente.

Negué con la cabeza y cerré los ojos para ocultar las lágrimas que se me habían formado.

—No es suficiente —dije—. Esta vez, no.

Arrugó el rostro, y todo su cuerpo se hundió por el peso mis palabras.

—No sé qué más decir.

—No estoy segura de que haya algo más que puedas decir. Ya lo dijiste todo. —Afiancé mi voz y lo miré—. ¿Cuántas disculpas he recibido de ti desde que me mudé a tu casa, papá? Ya no significan nada para mí porque sé que, aunque sean sinceras, volveré a oír otras en cuestión de días, o semanas, o meses.

—Cielo, lo hago lo mejor que puedo.

Sacudí la cabeza con movimientos cortos y rápidos que rayaban la histeria.

—No me vale. No puedo permitir que sigas rompiéndome el corazón. Una de esas veces se hará tan añicos que ni siquiera Brian será capaz de volver a pegar los trocitos. Me destrozaste en Navidad. Para siempre. No puedo olvidarlo sin más. No puedo aceptar tu disculpa y fingir que nunca ocurrió. Tenerte en mi vida, que me hagas daño una, y otra, y otra vez, me *mata*.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, y Brian me estrechó entre sus brazos. Cogió su servilleta y me limpió las pocas lágrimas que se habían deslizado por mis mejillas.

Me tensé cuando el camarero nos trajo la cena, pero Brian continuó abrazándome fuerte y le dio las gracias. En cuanto el camarero se marchó, mi padre y Brian cogieron sus cubiertos a regañadientes, pero yo me quedé mirando fijamente a mi plato.

Brian reparó en que no estaba comiendo. Me dio otro abrazo y se llevó su propio tenedor a la boca, pero no se molestó en decirme que debería comer. Sabía lo afectada que estaba ahora mismo. Sabía que no sería capaz de tragarme un solo bocado de mi cena.

Papá suspiró cuando se percató de que no iba a comer. Cuando alcé la mirada, él también soltó su tenedor y clavó sus ojos azules y empañados en los míos.

—Ella... —Se le quebró la voz, y tuvo que tragarse un nudo de emociones—. No era mi intención hacerte daño, cariño. Te quiero.

No quería mantener esta conversación, pero era la única razón por la que estábamos aquí, así que me armé de valor y me obligué a pronunciar las palabras.

—Lo sé, papá, pero tampoco puedes evitar hacerme daño. Puede que me quieras, pero sigo siendo el mayor error de tu vida.

—Eso no es...

—No, sí que lo soy. —No le dejaría terminar esa frase. No quería oír más mentiras. No lo hacía a propósito, pero se estaba mintiendo a sí mismo—. Jennifer, Juliette y Anastasia... ellas son tu orgullo y tu alegría. Lo sé por cómo hablas de ellas, por cómo les sonríes, por cómo las quieres. Es distinto conmigo. Y ambos lo sabemos.

—Eso no significa que no te quiera a ti también. Es... complicado, cariño. Tu madre...

—Lo estás intentando. —Lo corté; no quería involucrar a mamá en esto. No creo que pudiese soportarlo—. Lo sé. Y te agradezco el esfuerzo. Pero, aunque puede que te guste, soy una *consecuencia* más que una hija para ti. Soy el recordatorio de tus errores y arrepentimientos. No pareces capaz de superarlo, así que no voy a hacer que sigas intentándolo.

—Ella... cariño... tú no estás haciendo que lo intente. Quiero hacerlo. He querido que esto funcione desde el momento en que la policía me llamó para contarme lo del accidente. No haberte tenido en mi vida durante este último mes ha sido una pesadilla. Tuviste una operación, y no pude estar allí. Tienes un apartamento... una nueva vida... y odio no formar parte de ella. Puede que las cosas no sean perfectas entre nosotros todavía, quizás siga habiendo diferencias entre mi relación contigo y la que tengo con Jennifer y las gemelas. Pero lo que tenemos es mejor que nada en absoluto. Intentarlo es mejor que perderte.

—Para ti, quizás. Para mí, duele.

Respiré hondo y contuve el aire unos segundos antes de soltarlo despacio. Más lágrimas cayeron por mis mejillas, y cuando miré a mi padre y, luego,

sentí el sólido y cálido abrazo de Brian, supe de pronto por qué me dolía tanto.

—No quiero ser la *consecuencia* de nadie. Quiero ser su orgullo y tu alegría.

Un silencioso sollozo me asoló, y me derrumbé contra el pecho de Brian. Él me abrazó con fuerza y apoyó su cabeza contra la mía.

—Tú eres más que mi orgullo y mi alegría —afirmó, y me acarició suavemente el pelo con una mano—. Eres mi vida, Ellamara. Mi corazón. Mi alma. Mi todo.

Los minutos pasaron. Ninguno de los dos hombres dijo nada mientras empañaba la camisa de Brian con mis lágrimas. En cuanto recuperé un poco la compostura, volví a erguirme, me enjuagué los ojos y la nariz con mi servilleta y tomé un sorbo de agua. Todavía temblaba un poco y no era capaz de detener el torrente de lágrimas, pero los sollozos fuertes e incontrolables habían cesado.

Volví a dejar el vaso sobre la mesa y busqué de nuevo el abrazo de Brian antes de atreverme a mirar a mi padre. Tenía los ojos rojos y su rostro era la misma representación de la tristeza. Me devolvió la mirada y, entonces, pareció asimilar la imagen que tenía ante él, la de Brian y yo juntos; cómo me abrazaba, cómo me aferraba a él, con total confianza. Mientras nos escrutaba, negó distraídamente con la cabeza en un gesto casi imperceptiblemente.

—Tú no eres mi error, Ella —confesó en voz baja—. Mi error fue alejarme de ti.

Ojalá pudiese creérmelo.

Mi padre se reclinó contra el respaldo de la silla sin apartar la vista de mí y de Brian juntos.

—Tu madre y yo necesitábamos divorciarnos, pero no tendría que haberos abandonado a las dos. —Volvió a enfocar la mirada y la centró directamente en mí, suplicante—. Tú fuiste un regalo inesperado. —Desvió la mirada hacia Brian—. Él es mi consecuencia.

Fruncí el ceño; no sabía a qué se refería.

Mi padre suspiró con los ojos todavía fijos en el hombre que me abrazaba.

—A ti también te debo una disculpa.

Brian no reaccionó, pero yo ahogué un pequeño grito. No había esperado que mi padre reconociese sus pecados contra Brian.

—Quiero a mi hija —declaró con tono firme, pero no enfadado—. Me preocupa tu fama y cómo le afectará. Me preocupo por tu reputación y por tu historial con las mujeres. Me resulta difícil creer que hayas cambiado tan repentinamente, y que no vayas a hacerle daño a mi niña.

—Es comprensible —terció Brian, sorprendiéndome—. No esperaría menos de un padre que se preocupa por su hija. Pero que le quede claro: la fama es inevitable, pero haré todo lo que esté en mi mano para mantener a Ella a salvo y protegida mientras lidiamos con ella juntos. Ella nunca estará sola en esto. —Mi padre apretó la mandíbula, pero permaneció en silencio—. Y en referencia a las mujeres... No fueron más que una forma equivocada de sobrellevar la pérdida de Ella, para empezar.

Mi padre frunció el ceño y abrió la boca para preguntar algo, pero Brian le ofreció una explicación antes de que pudiese pronunciar las palabras.

—Durante todos esos años en los que Ella y yo nos escribíamos, salía con chicas de vez en cuando, pero nunca nada serio, y nada para justificar mi reputación. Incluso entonces, antes de que la conociese en persona, Ella era la única a la que quería. Estuve esperando a que cumpliera los dieciocho. Tenía pensado viajar hasta Boston después de su cumpleaños para conocerlas a ella y a su madre en persona. Estaba preparado para explicarles quién era y cómo me sentía.

»Después del accidente de Ella, cuando pensaba que la había perdido para siempre, una parte de mí murió. Las mujeres que le siguieron no eran más que una forma de intentar llenar el vacío que dejó la desaparición de Ella. Era una manera estúpida de lidiar con la pena, pero es lo que hice. Ni una de todas esas mujeres me brindaba ni de cerca una fracción de la felicidad que me hacía sentir un simple mensaje de Ella.

Vale, como declaración romántica, esa estuvo bastante bien. Me ruboricé y abracé con fuerza a Brian para hacerle saber que yo lo quería tanto como él a mí. Su pasado no me molestaba en absoluto. Lo entendía, y sabía con todo mi corazón que estaba diciendo la verdad. Esas mujeres no significaban nada para él, y nunca volvería a necesitarlas.

Él me devolvió el abrazo y me besó en la sien antes de continuar.

—Desde el mismo momento en que recibí aquel primer correo electrónico

después del accidente de Ella, ni siquiera he vuelto a pensar en otra mujer. Ella es la única que me importa. Este «cambio» repentino que le preocupa no es para nada ningún cambio. Este soy yo de verdad; por fin he encontrado mi camino después de atravesar una mala racha. No voy a hacerle daño a su hija. No voy a abandonarla ni volver a ser un casanova. De hecho, cuando seamos viejos y estemos arrugados y ya sea hora de viajar al otro lado, ni siquiera Dios podrá apartarla de mí. Tendrá que llevarsenos juntos.

Sonreí al imaginarme en medio de un duelo de poder entre Brian y el Todopoderoso. No me costó mucho.

—Entiendo sus preocupaciones en lo que respecta a mi relación con Ella. —La voz de Brian bajó de volumen y se volvió más dura—. Pero la animosidad que siente hacia mí se acaba aquí. Es innecesaria, y le hace daño a ella. Si no puede aceptarme, la perderá para siempre, si es que no lo ha hecho ya.

Madre mía, adoraba a mi novio cuando se ponía en plan macho alfa con mi padre. Siempre era un poco sorprendente, y emocionante, y muy, muy sexy. Había una razón por la que hacía de Cinder a la perfección en la pantalla. Tenía la confianza y el dominio para clavarlo. Mi hombre bien podría ser un magnífico príncipe guerrero en la vida real.

Contuve una sonrisa por el bien de mi padre, porque él no apreciaba la arrogancia de Brian de la misma forma que yo. De hecho, la detestaba. Pero esta vez, para mi sorpresa, la aceptó. Se tragó su orgullo y, aunque todos sus músculos estaban tensos y rechinaba los dientes, asintió de forma educada en dirección a Brian.

—Me parece justo. Los dos tenéis mi bendición —dijo, sorprendiéndome tanto que retrocedí como si sus palabras me hubiesen dado una bofetada en la cara. Cuando reparó en mi escepticismo, volvió a suspirar—. Como ya he dicho antes, le debo a Brian una disculpa.

Mi padre se pasó una mano por el pelo y le dio un sorbo a su copa de vino. Brian permaneció sentado en silencio; le estaba dando tiempo a mi padre para que pensase en las palabras que quería decir. Contuve la respiración a la espera de una explicación. ¿Lo decía en serio mi padre? ¿Sería capaz de dejar de odiar a Brian y darnos su bendición? Me parecía demasiado pedir.

—Sé que la quieres —habló por fin. Sus palabras iban dirigidas a Brian

—. Era evidente desde tu aparición en *El show de Kenneth*. Cualquiera puede verlo.

Y yo que pensaba que ya no podría sorprenderme más de lo que ya lo había hecho. Tuve que recuperarme de la impresión para intervenir.

—No lo entiendo. Si sabes lo mucho que nos queremos, ¿entonces por qué lo odias tanto?

Papá me miró como si supiese la respuesta a mi pregunta pero no quisiese admitirla en voz alta. Tras dedicarle una rápida mirada a Brian, hizo una mueca y dijo:

—Por celos.

Parpadeé. ¿Estaba celoso? ¿De Brian?

Miré a Brian, pero él estaba igual de confuso.

Mi padre suspiró.

—Estoy resentido y amargado, y era más fácil pagar mi ira con él en lugar de asumir que es culpa *mía* que nunca vayas a ser mi niña.

—¿Qué? —exclamé con la voz entrecortada.

Mi padre se encogió de hombros.

—Todo lo que me dijo en Navidad era verdad. —Alzó la mirada hacia Brian—. *Tú* eres el hombre de su vida, y estabas en ella mucho antes de que yo volviese a entrar en escena. Cuando estaba en el hospital, solía llamarte a ti, a Cinder. Cuando estaba medio inconsciente y sufriendo mucho dolor, o lloraba la muerte de su madre, gritaba tu nombre, una y otra vez. Nunca entendía a qué se refería por aquel entonces.

Abrí los ojos como platos al oír esta verdad desconocida para mí hasta ahora, y Brian me abrazó un poquito más fuerte.

—Tú eres a quien ella recurre para todo —continuó mi padre, con la voz llena de derrota—. Eres el que la hace sentir mejor, el que la hace sonreír, en quien confía... Tú la conoces mucho mejor que yo, y puedes cuidarla mucho mejor.

Brian se tensó de un modo casi imperceptible. Fue la única indicación que dio de que las palabras de mi padre lo habían afectado. Lo conocía lo suficiente como para saber lo que eso significaba. Estaba intentando no hacerse ilusiones.

El propio padre de Brian era un hombre difícil y, por mucho que a Brian

le cayese mal, en el fondo, todavía seguía buscando su aprobación. Ganársela no ocurría con frecuencia. Estaba muy emocionado la primera vez que conoció a mi padre. Supuse que se veía como un buen partido para una mujer. Era inteligente, responsable, independiente, podía mantener a cualquier mujer con la que saliese, y tenía sentimientos sinceros hacia mí. Había esperado que mi padre estuviese encantado con nuestra relación y orgulloso de que estuviese saliendo con él.

La realidad fue un duro golpe para el ego de mi novio. Él nunca lo admitiría, pero la desaprobación de mi padre le dolió. Se le notaba en lo rápido que perdía los nervios con mi padre y se ponía a la defensiva. Brian nunca se molestaba en ponerse a la defensiva con nadie a menos que le preocupase lo que esa persona pensase de él. Mi padre lo irritaba con tanta facilidad porque, al igual que con su propio padre, Brian quería ganarse su aprobación. Quería gustarle a mi padre y que este estuviese orgulloso de él. Quería su confianza y que viese lo bien que podía cuidar de mí.

—Papá...

Mi padre volvió a desviar la mirada hacia mí al oír mi voz queda, y casi me acobardé y me eché para atrás. Brian me acarició el pelo de nuevo, insuflándome la fuerza que necesitaba.

—Todas esas cosas que acabas de decir de Brian... son *buenas*. Quitando los problemas inherentes a la fama, él es exactamente el tipo de hombre que cualquier padre querría que saliese con su hija.

Mi padre devolvió su atención a Brian y, luego, suavizó el gesto cuando me miró de nuevo.

—Lo sé, cariño. Y me alegro de que hayas encontrado a alguien que pueda cuidar de ti y te quiera tanto como lo hace. He sido injusto con vosotros, y lo siento. —Nos observó a ambos de nuevo—. De verdad tenéis mi bendición. Solo es un poco difícil de digerir.

—Pero ¿por qué?

Papá tragó saliva y respondió mi pregunta con la voz cargada de emoción.

—Abandonarte fue el mayor error de mi vida. No tenerte, ni estar con tu madre, sino *abandonarte*. Lo supe en el momento en que me enteré del accidente. Fui al hospital, y pensé que o te vería morir y ese sería mi castigo... o bien vivirías y tendría la oportunidad de redimirme. Cuando se

volvió aparente que ibas a sobrevivir, supe que Dios me había dado una oportunidad para arreglar mis errores. Y quería, cariño. Quería tenerte conmigo. Eras mi niña, y estaba contentísimo de tener una segunda oportunidad. Estaba muy emocionado por traerte a casa y que formases parte de mi familia. Pero al final resultó ser mucho más difícil de lo que pensé que sería. Te había hecho demasiado daño. Veía lo profundas que eran tus heridas, y no creía que fueses a perdonarme nunca.

Apartó la mirada y carraspeó justo antes de tomar otro sorbo de vino. En cuanto recuperó la compostura, sus ojos buscaron a Brian en lugar de a mí.

—Cuando Ella se puso en contacto contigo, y los dos empezasteis a hablar de nuevo, el cambio en ella fue instantáneo. Contigo de vuelta en su vida, era una muchacha completamente distinta. Supe entonces que había llegado demasiado tarde. Nunca sería mi niña. Ya la había perdido por ti. Fui un idiota al abandonarla y, en mi ausencia, ella te encontró a ti. No solo eso, sino que hiciste tan bien mi trabajo que ya no me necesitaba para nada.

—Papá... —No estaba intentando hacerme sentir mal, pero empezaba a sentir un poco de pena por él.

Negó con la cabeza sin apartar la mirada de Brian.

—Eres mejor hombre que yo, Brian Oliver, y te la mereces más que yo. Por fin me he dado cuenta de que cuando le hice tanto daño, ella dejó su futuro en tus manos y salió de mi vida prácticamente sin mirar atrás. La peor parte fue que no podía culparla. Yo fui el que la alejé. Yo fui el que le rompió el corazón.

»Ni siquiera podía preocuparme por ella porque estaba contigo; sabía que la cuidarías. Sabía que, si alguien era capaz de arreglar el daño que yo había causado, tú serías ese hombre. Te *odio* por ello. Y también te quiero por lo mismo.

—Papá... —Mis lágrimas habían regresado. No había reparado en ellas.

—Lo siento, Ella. —Cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Lo siento muchísimo.

Tras respirar hondo, volvió a abrir los ojos y me miró.

—Te he fallado en todo momento. Te he hecho tanto daño que me siento un completo capullo por pedirte siquiera esto, pero, por favor, no me apartes por completo de tu vida. No me abandones como yo hice contigo. *Por favor*, cariño. No quiero volver a perderte.

Estaba sacudiendo la cabeza antes de saber cómo responderle.

—Papá... No sé. No puedo seguir haciendo esto contigo. Vamos en círculos, y cada vez me duele mucho más, me llega más al alma.

Sorbí la nariz y Brian me tendió su servilleta. Avergonzada, me soné con ella. El restaurante probablemente nos cobraría doscientos dólares por plato esta noche. Se podían permitir reemplazar una servilleta de tela.

El dolor se reflejó en el semblante de mi padre y cerró los ojos otra vez.

—Será distinto esta vez —susurró. La promesa sonaba sincera, pero no confiaba en ella—. Me has dado una lección de humildad, Ella. Me lo has dejado muy claro. Entiendo que no puedas ser mi niña; no *eres* una niña. Ya no necesitas a nadie que te críe. Me perdí esa oportunidad. De eso es de lo que me arrepiento; mi consecuencia recae enteramente sobre mis hombros. Ni siquiera puedo reclamar el papel de padre realmente; perdí ese privilegio cuando te abandoné. Lo aceptaré, si me das una última oportunidad. Dejaré de intentar ser alguien para ti que no tengo derecho a ser. Aceptaré a Brian en tu vida y simplemente estaré agradecido por que hayas encontrado a alguien que llene el hueco que yo dejé vacío. Lo acogeré en mi familia como el hijo que nunca tuve, si eso es lo que tengo que hacer para demostrarte que digo la verdad.

Volvió a mirar a Brian, y vi la sinceridad en sus ojos cuando dijo:

—Eres un buen hombre. Me equivoqué al juzgarte tan duramente, y lo siento. Si te ves capaz de perdonarme, te aceptaré en mi familia de la misma forma que a Ella. Los dos sois un paquete indivisible. Estoy preparado para aceptar ese hecho.

—Gracias —murmuró Brian; sonaba más reservado que nunca—. Te lo agradezco.

Mi padre volvió a encontrarse con su mirada y se encogió de hombros.

—En realidad, no tengo elección. Mis cuatro chicas te quieren demasiado.

Una de las comisuras de la boca de mi padre se curvó hacia arriba en una media sonrisa para hacerle saber a Brian que estaba bromeando. Brian le correspondió el gesto con un atisbo de sonrisa y leve asentimiento, pero dijo:

—Siempre será decisión de Ella. Ella es mi prioridad. La apoyaré al cien por cien en lo que sea que decida.

—Por supuesto —convino mi padre y, luego, me miró con los ojos llenos de esperanza.

Se me revolvió el estómago de la indecisión. No podía decir que sí, pero tampoco podía decir que no.

—Necesito tiempo —susurré.

El rostro de mi padre decayó. La luz de sus ojos se apagó considerablemente, pero intentó ocultar su decepción.

—Lo entiendo. Tómame tanto tiempo como necesites. Esperaré. —Volvió a tragar saliva—. Lo siento mucho, de verdad. Espero que puedas perdonarme algún día y, aunque no puedas, gracias por no darles la espalda a mis chicas por mi culpa. Lo creas o no, Ana te necesita en su vida, y a Juliette le destrozaría perder tu amistad.

Negué con la cabeza y por fin logré esbozar una pequeña sonrisa.

—No me va a perder.

Bajé la mirada hacia mi plato intacto, y el estómago volvió a darme un vuelco. Sentí los ojos de mi padre sobre mí; sabía que estaba deseando y esperando que, de repente, me pareciera bien. Que, de alguna forma, a lo largo de la cena, aceptara su disculpa y le dijera que lo había perdonado y que podíamos tener una relación. No estaba preparada para tomar esa decisión, y no podía quedarme aquí sentada bajo el peso de su esperanza.

—Lo siento —susurré, y miré a Brian con desesperación—. Tengo que irme ya.

Brian no hizo preguntas. Llamó a nuestro atento camarero para pedirle la cuenta y, dos minutos después, ya estábamos de pie. Mi padre se quedó sentado en su silla, contemplando su propio plato intacto.

—Te agradezco la disculpa —dije—. Y pensaré en ello.

Asintió, incapaz de alzar sus ojos hasta los míos. Sospechaba que los tenía bañados en lágrimas que no quería que viera.

Capítulo 27

La entrevista en la alfombra roja de Rhett Kessler para *Las aventuras de Cinder y Ella* no tuvo precio. ¿Quién sabía que era tan gracioso? Había venido al preestreno con un montón de frases para ligar aprendidas en español y las usaba conmigo en cualquier momento durante toda la entrevista. No podía dejar de reírme, y Brian estaba molesto porque no sabía lo que Rhett estaba diciendo. Para ser sincera, no creía que el mismo Rhett supiera la mitad de lo que decía. Sobre todo cuando salió del armario. Empecé a reírme con tanta fuerza que no podía parar.

—Oh, venga, esa ha sido romántica —se defendió con un puchero cuando me incliné hacia delante, muerta de la risa y agarrada al bastón; me costaba hasta respirar.

—Tienes razón. Lo ha sido —jadeé, agarrándome el costado dolorido—. Muy romántico. ¿Sabes que me acabas de decir que soy tan guapa que desearías no ser gay?

—¿Qué?

Rhett palideció y yo volví a doblarme de la risa. Esta vez, Brian se rio conmigo.

—Y la anterior a esta, comparabas quererme con tener diarrea.

—Ese cabrón. —Rhett murmuró algo entre dientes que estaba segura de que tendría que reemplazarlo por un pitido antes de publicar el vídeo. Después, esbozó una sonrisa avergonzada—. Supongo que eso es lo que saco de confiar en un amigo para que me traduzca algunas frases para ligar. —Atravesó con la mirada a la cámara—. Muchas gracias, Jesse. Espero que te

lo hayas pasado bien, capullo.

Brian casi perdió el control de sus carcajadas tanto como yo.

—¿Has dejado que *Jesse Ramos* te traduzca las frases? ¿Estás loco?

Rhett frunció el ceño.

—Es la única persona que conozco que habla español. No quería usar el traductor de Google para esa mierda. Quería que sonara auténtico.

—Ha sonado muy auténtico —le prometí. Intenté dejar de reírme del pobre chico, pero no podía contenerme—. Has usado una gramática perfecta y tu pronunciación también ha estado genial. Has hablado alto y claro para mis espectadores hispanoparlantes.

Volví a estallar en carcajadas y tuve que agarrarme del brazo de Brian para no caerme.

—Quizás sería mejor que lo dejásemos aquí —comentó Brian tras darle una palmada a Rhett en el hombro en señal de conmiseración—. Antes de que mates a mi novia de la risa o admitas al mundo que tienes problemas de impotencia o algo.

Los dos iban a matarme.

—Oh, Dios mío, ¡parad! ¡Me muero de risa! Me duele el estómago y no llevo rímel resistente al agua.

—Ya —exclamó Brian, riéndose hacia la cámara—. Creo que las cosas se están deteriorando hasta un punto de no retorno, así que será mejor que lo dejemos por hoy. ¡Nos vamos a ver el preestreno!

—Gracias por venir —añadí—. Sí que ha sido una *aventura*. ¡Nos vemos en la próxima!

Estaba bastante segura de que lo último que grabó la cámara fue a Rhett maldiciendo a Jesse Ramos y prometiendo venganza cuando le grabásemos a él.

Mientras Brian se reía con Rhett, yo me recompuse y cogí la cámara de las manos de mi padre con un incómodo «gracias». Anoche por fin claudiqué y los invité a él y a Jennifer a que vinieran. Había sido al último momento y no pensaba que aparecerían porque no le gusta el mundo de los famosos, pero me sorprendió y vino vestido con uno de sus mejores trajes.

Jennifer iba agarrada de su brazo, enfundada en un precioso vestido largo de noche, cual perfecta acompañante. Había estado sonriendo todo el tiempo,

un poco abrumada por estar en la alfombra roja, pero mi padre se había mostrado muy reservado hasta ahora.

—Ha sido... eh... interesante —habló con voz grave, pero la comisura de sus labios temblaba como si quisiese sonreír. Eso alivió algo de esa tensión.

Sonreí burlona.

—Conocí a Jesse hace un par de semanas. Es todo un personaje. Rhett probablemente debería habérselo pensado mejor.

—Creo que ha quedado bien —opinó Jennifer—. A la gente le encantará. Tendrás que subtítular todo lo que ha dicho en el vídeo.

—Oh, lo haré —prometí—. Es demasiado bueno como para no hacerlo.

—Me ayudarás a devolvérsela, ¿verdad? —inquirió Rhett y posó una mano sobre mi hombro con suavidad—. Tengo que hacer algo para recuperar mi dignidad.

Le di golpecitos en la mano y lo besé en la mejilla.

—Pensaremos en algo. Te lo prometo.

Volvió a sonreír.

—Comeremos juntos algún día y lo planearemos. Por ahora, ven conmigo. Hay alguien que quiero que conozcáis.

Ya estábamos en el vestíbulo del cine. Rhett había tenido que hacer todo el rollo de la prensa con los medios *de verdad* en la alfombra roja, así que tuvimos que esperar a que entrase. La película empezaría pronto, y la mayoría de la gente estaba entrando para sentarse, así que la multitud que había en el vestíbulo estaba decreciendo. Me di cuenta al instante de a quién se estaba acercando Rhett y sonreí para mí misma cuando escuché que mi padre contenía la respiración.

Janice Bishop no era como me imaginaría a una típica escritora. Parecía más alguien que trabajase en la oficina de mi padre. Era preciosa y parecía más joven de lo que era. Era una mujer moderna, aguda e irradiaba inteligencia. Ahora que había leído sus libros, tenía sentido. Su atención al detalle era fenomenal, y las tramas, intensas y complejas. Esa forma de escribir tenía que provenir de una mujer muy inteligente y paciente.

Cuando vio que nos acercábamos, sonrió de oreja a oreja y me ofreció sus manos.

—¡Ella! ¡Cielo! ¡Me alegro tanto de que hayas podido venir!

Para nada extrañada por su saludo informal, le tendí mi mano buena para que la estrechase y me incliné para darle un beso en la mejilla al tiempo que me dirigía a ella por su nombre de pila como si fuésemos viejas amigas.

—Janice. Es un placer.

Todo esto de Hollywood se me daba bien.

—No sabes lo sorprendida que me quedé cuando mi editor me dijo que habías pedido mi nuevo libro y lo ibas a reseñar. Me honra que quieras darme una oportunidad a mí y a un nuevo género.

Puede que me estuviese acostumbrando a la *gente* de Hollywood, pero el hecho de que tuviese una influencia real en ellos todavía se me antojaba difícil de creer. Cada vez que alguien me halagaba, no sabía cómo responder. Era tan raro.

—En realidad, se lo tienes que agradecer a mi padre. Es tan fan tuyo que me picó la curiosidad. Es un hombre muy difícil de complacer. —Le solté la mano e insté a mi padre a colocarse frente a ella—. Janice Bishop, este es mi padre, Richard Coleman. Es un fiscal de distrito del condado de Los Ángeles.

—Oh, *vaya*. —Los ojos de Janice se iluminaron. Sabía que eso le gustaría—. Sin presión, ¿eh? Espero que todo estuviera bien.

Mi padre soltó una carcajada y le tendió la mano.

—Por supuesto —comentó mientras se daban un apretón—. Su conocimiento sobre cómo funcionan las cosas me sorprende. Tiene verdadero talento, señorita Bishop.

—Por favor, llámame Janice. ¿Puedo llamarte Richard? ¿Sabías que mi próximo manuscrito se sitúa en Los Ángeles y trata de actividades locales? Todavía me queda mucho por investigar. Un fiscal de distrito de nuestro gran condado sería el hombre perfecto para tener en marcación rápida.

Papá sacó el pecho con evidente orgullo. Jamás lo había visto tan complacido.

—Llámame cuando quieras, Janice —respondió—. Sería un honor contestar cualquiera de tus preguntas.

Di un paso hacia atrás y dejé que le presentara a Jennifer y que disfrutase de su momento con su encaprichamiento con una famosa. Me pregunté si conocerla suavizaría un poco su perspectiva del mundo de Brian. Eso esperaba. Sabía que había dicho que le daba la bienvenida a Brian a la familia, pero no estaba segura de que eso incluyera la profesión de Brian o su

modo de vida. Me preocupaba que aún se mostrara distante con Brian o tratase de evitar que las gemelas hicieran cosas con nosotros por culpa de la fama. Ojalá esta noche viera que no siempre era como en Navidad. De momento, todo iba bien.

Brian se posicionó detrás de mí con sigilo y acercó su boca a mi oído.

—Entremos. —Cuando miré a mi padre, Brian se rio—. Parece que le va bien.

Sentarme me parecía la mejor idea del mundo. Había estado de pie demasiado tiempo.

—Papá, vamos a buscar nuestros asientos. Os vemos allí.

Mi padre estaba hablando con Janice y no me oyó, pero Jennifer asintió. Su cara se suavizó al mirarme y articuló un «gracias» con los labios. Yo asentí y le devolví la sonrisa; me quedé observándolos durante un momento y, después, me dirigí hacia la sala con Brian. Él me apretó la mano como si sintiese lo insegura que me sentía.

—¿Estás bien?

—¿He hecho lo correcto al invitar a mi padre hoy?

Brian miró a mi padre y suspiró.

—Creo que es lo correcto porque tú quieres que lo sea.

Tenía razón. Quería que las cosas con mi padre funcionaran. Teníamos nuestros problemas, y eran gordos, pero era mi *padre*. La doctora Parish me animó a intentarlo con él una vez más. Parecía pensar que ahora sería más fácil porque no dependía de él y él no era responsable de mí. Esperaba que tuviera razón.

—Sí que quiero —susurré—. Pero no puedo evitar preocuparme de que me vaya a decepcionar.

—Ha venido esta noche, Ella. Está aquí.

Suspiré.

—Tienes razón. Lo está. Y sé que odia este tipo de cosas.

Brian se rio.

—No parece que lo odie ahora mismo.

Así era. Janice, Jennifer y él se estaban riendo de algo y papá gesticulaba con entusiasmo al hablar.

—Me alegro de que se lo esté pasando bien.

—Yo también.

Sin nada más que decir del tema —solo el tiempo diría si la vuelta de mi padre a mi vida era un error—, entramos a la sala. Alguien había sido amable y reservó los asientos de discapacitados para Brian y para mí para que no tuviésemos que subir las escaleras o tratar de pasar por delante de la gente por los pasillos poco espaciosos.

La sala estaba abarrotada y ligeramente caldeada. Quise quitarme la chaqueta antes de sentarme, pero me llevó algo de tiempo decidirme a hacerlo. La camiseta que llevaba debajo era sin mangas y dejaba al descubierto mis hombros y la mayor parte de mi espalda. Había llevado el vestido de mi madre al preestreno, así que la gente ya había visto algunas de mis cicatrices, pero eso no hacía que enseñarlas esta vez fuera más fácil.

Le había pedido a Vivian que me ayudara con mi primer conjunto para *Las aventuras de Cinder y Ella*. Le expliqué que necesitaba un estilo diferente para el programa, para que se viera distinto a los web-episodios que hacía en casa. Estuvo encantadísima con la oportunidad de poder vestirme, pero optó por algo bastante osado.

En Navidad, les prometí a Juliette y ella que empezaría a llevar más ropa que mostrase algunas de mis cicatrices, y ella se había aprovechado de esa promesa esta noche. Me dijo que este era un primer paso para que me sintiese más cómoda con Brian. Que era como aprender poco a poco. Me repetí eso mentalmente e intenté convencerme a mí misma de que tenía razón.

Poco a poco. Este conjunto me encaminaba en la dirección correcta... si tan solo pudiese quitarme la chaqueta...

Llevaba una blusa larga y roja sin mangas ni espalda que dejaba entrever algo de piel por la parte delantera y se cerraba en el cuello. Vivian la había conjuntado con unos *leggings* vaqueros negros de cuero, una chaqueta negra de cuerpo muy chula, unas bailarinas brillantes y un bombín. Chuches se había quedado en casa esta noche, así que asistí con un bastón negro clásico. Mi conjunto era elegante, informal y moderno a la vez. Me encantaba.

A Brian también. Probablemente fuera lo más atrevida que me había mostrado nunca, y Brian se quedó boquiabierto cuando me vio así. Sin duda, le gustaba mi estilo atrevido y sexy. Le había pillado mirándome muchas veces esta noche. Y ni siquiera me había visto sin la chaqueta.

Poco a poco. Poco a poco. Poco a poco. Quitate la chaqueta, Ella.

—¿Estás bien?

Sobresaltada, traté de dejar los nervios a un lado y centrarme en Brian. Él me observaba preocupado y esperaba que me sentase.

—Lo siento. Sí, estoy bien. —Exhalé despacio y volví a inspirar mientras me quitaba la chaqueta primero por un hombro y, luego, por el otro.

Los ojos de Brian se abrieron como platos al ver mi top, pero no toda su sorpresa se debía a mi elección de llevar algo que dejase mis cicatrices al descubierto. Su mirada se llenó de deseo. Me sonrojé ante su escrutinio y me giré para colocar la chaqueta sobre el respaldo del asiento antes de sentarme.

Al volverme, Brian vio la parte de atrás de mi camiseta, o la falta de ella, y contuvo la respiración. Me agarró de las caderas y me atrajo hacia sí para pegar mi espalda contra su pecho. Sus manos acariciaron mi cuerpo hasta entrelazarse sobre mi estómago, apresándome contra él. Enterró la cara en mi pelo y tomó una gran bocanada de aire; luego, dirigió la boca hacia mi oído y desató toda la fuerza de su voz de narrador de audiolibro sobre mí.

—Ella... —Sus labios rozaban la zona sensible justo detrás de mi oreja—. ¿Te haces una idea de lo que me estás haciendo esta noche?

Sentí que se me ponía la carne de gallina y me estremecí.

—Puede que un poco. —Confesé divertida y con voz ronca—. Puede que esa fuera la idea.

Brian intensificó su agarre y gruñó en voz baja antes de contestar.

—Esta noche me quedo en tu apartamento.

No era una pregunta. Era una afirmación. Una a la que estaba más que feliz de sucumbir, pero, aun así, lo provoqué.

—Mañana tienes que levantarte temprano y tu casa está más cerca del estudio que la mía.

—No. Me. Importa.

Me volví hacia él para sonreírle y calmarlo un poco antes de que empezase a actuar de forma inapropiada en pleno cine lleno de gente.

—Bien. Solo me estaba asegurando.

Justo antes de acercar su boca a la mía, una pareja joven, quizá uno o dos años mayores que yo, pasó por nuestro lado y la chica se detuvo.

—Molan las cicatrices —dijo, sacándonos a Brian y a mí de nuestro momento privado.

Nos volvimos hacia ella, alucinados.

—¿Perdona?

La chica era alta y esbelta, y llevaba el pelo rojo, largo y brillante recogido en una coleta. Vestía vaqueros y una vieja camiseta de Dead Kennedys que parecía *vintage*. Sus ojos inspeccionaban mi hombro y mi brazo de forma descarada. Me hubiera ofendido de no estar tan alucinada por su mirada asombrada.

—Son muy impactantes —exclamó. Sus ojos se encontraron con los míos y me sonrió—. ¿Cómo te las hiciste?

Volví a sobresaltarme, y Brian se tensó a mi lado, ofendido por su descaro. Estaba tan alucinada que mi respuesta fue automática.

—Fuego. Accidente de coche.

—Guau. Son una pasada. Pareces una chica dura.

—*Ellie* —siseó su novio. Nos dirigió una mueca de disculpa a Brian y a mí.

El chico quizá fuera de la edad de Brian y era muy atractivo. Era alto, con el pelo oscuro y unos ojos azules que resaltaban tanto como los míos. La simpatía en sus ojos era notable.

—Lo siento. No tiene filtro. O tacto.

—¿Qué? —resopló la chica—. *Admiro* sus cicatrices. No es irrespetuoso. —Me volvió a mirar y su sonrisa no fue tan confiada esta vez—. En serio. Eres genial. Yo también tengo una. No es tan guay como la tuya, pero mira...

Brian y yo nos miramos mientras la chica se subía la camiseta y nos mostraba una serie de trazos largos a lo largo de su estómago. Jadeé, horrorizada. ¿Qué demonios le había dejado una cicatriz así? Parecía que la hubiesen abierto en canal.

El chico suspiró como si eso fuera normal en la atrevida chica. Por raro que pareciese, me sentí en sintonía con ella. Ojalá me sintiese tan segura de mis cicatrices como ella de la suya. La ofensa que sentí desapareció y le sonreí.

—Es impresionante. ¿Cómo...? —empecé a formular la misma pregunta que me había hecho ella, pero no fui capaz de reproducir sus ofensivas palabras.

A la chica no le importó lo más mínimo.

—Me acuchillaron —dijo, orgullosa, mientras yo me quedaba con la boca abierta. Brian estaba igual que yo. La chica se dio cuenta de nuestra sorpresa y se encogió de hombros como si no fuera gran cosa—. Soy de Detroit.

Lo dijo como si eso lo explicara todo. Sonreí y Brian dejó escapar una pequeña risa.

El novio de Ellie parecía aliviado de que ya no hubiera tensión y nos ofreció su mano.

—Hola. Soy Seth Bishop.

—¿Bishop, como Janice Bishop? —pregunté al estrechársela.

Él sonrió.

—Soy su sobrino. —Estrechó la de Brian después y señaló a la pelirroja—. Y esta loca es mi novia, Ellie.

—Oye, yo también —exclamé al estrechar su mano—. Bueno, parecido. Soy Ella.

Arqueó una ceja.

—¿Forma corta de Eleanor?

—Ellamara.

Resopló.

—Qué suerte tienes. Yo soy Eleanor. Ellamara es mucho mejor. Es exótico. Eleanor es un nombre viejo y de abuela malhumorada. Me voy a ver en la obligación de gritarles a los niños cuando sea mayor.

Brian y yo soltamos una carcajada. Era muy divertida.

—Entonces —volví a hablar cuando sus nombres comenzaron a sonarme—. Seth y Eleanor. Siento que hay una relación entre vosotros y los protagonistas de esta película.

Seth se echó a reír y Ellie puso los ojos en blanco.

—Por desgracia —contestó—. Cuando te involucras en un caso de asesinatos en serie viviendo enfrente de Janice Bishop, esto es lo que pasa.

¿Asesinatos en serie? Miré a Brian, pero él parecía igual de confundido. Seth se apiadó de nosotros.

—¿Os acordáis de los asesinatos del sábado noche en Detroit hace cinco años?

—Claro. Es el caso en el que está basado Asesinatos en Motown, ¿no?

Todos habíamos oído hablar de ese asesino en serie. Fue lo único de lo

que se habló en las noticias durante todo ese verano. El tipo mató a una mujer por semana hasta que lo atraparon. Siempre los sábados por la noche, de ahí el apodo. Tenía un gusto especial por las pelirrojas y su arma preferida eran los cuchillos... Mi mirada cayó de nuevo en el pelo de Ellie y, después, en su estómago. Cuando sumé dos más dos, me cubrí la boca con la mano para ahogar un grito.

—¿Eres Eleanor *Westley*? —inquirió Brian en voz baja. Supongo que él también recordaba las noticias de hace cinco años.

La sonrisa de Ellie se tornó irónica.

—En carne mutilada y hueso. —Se dio una palmada en el estómago, orgullosa.

Una risa de sorpresa se escapó de mis labios sin darme tiempo a reprimirla.

—No me puedo creer que bromees sobre ello.

Ellie pestañeó como si no entendiese la razón.

—¿Bromeas? Lo hago todo el tiempo. Me batí en duelo con un asesino en serie y he vivido para contarlo. Pues claro que voy a hablar de ello con la cabeza bien alta. ¿Te puedes creer que después de que mi herida se curase, los médicos me sugirieron hacerme la cirugía plástica para *quitarme* la cicatriz?

—¿No querías que lo hicieran? —pregunté, alucinada por el horror que detecté en su voz. Su cicatriz cruzaba todo su estómago en un zigzag feísimo de líneas. Parecía que tenía un cuerpo atlético, pero los bikinis estaban totalmente descartados. Aunque no le había importado levantarse la camiseta hace un momento. Probablemente tampoco le importase llevar un simple bikini.

—Joder, no —respondió, y volvió a subirse la camiseta. Acarició las líneas con la mano—. Esta es mi cicatriz de guerra. Me la he *ganado*. No voy a dejar que unos idiotas me la quiten. Piénsalo. —Señaló mi brazo dañado—. Es obvio que has pasado por algo horrible. ¿Fuego? —Se estremeció al pensar en quemarse. Yo temblé con ella al recordarlo, y Brian volvió a abrazarme como si odiase pensar en ello.

—Mírate ahora —exclamó Ellie, y nos señaló a Brian y a mí—. Paseándote por aquí, preciosísima, y de la mano del maldito Brian Oliver. No hay accidente de coche que vaya a hacer que te vengas abajo. Después de todo lo que has pasado y lo mucho que has tenido que luchar para sobrevivir a algo

así, ¿no sería una mierda que un día te levantas y parecieras *normal*? ¿Cómo si nada hubiera pasado? —Volvió a frotarse la cicatriz—. Yo sé que me sentiría triste.

—Yo también —murmuró Seth. Atrajo a Ellie hacia su pecho y la abrazó tan fuerte como Brian a mí antes—. Me encanta tu cicatriz —le murmuró al oído a la vez que pasaba la mano por el estómago de Ellie—. Es una prueba de lo increíble que eres, mi sexy dinamita.

Ellie resopló.

—No te pareció sexy que perdiera los dientes, y eso también prueba lo increíble que soy. —Ellie nos sonrió—. Mis dos incisivos son falsos. Juego al hockey femenino en la Universidad de Minnesota. Me golpearon en la boca en el campeonato del año pasado. Tuvieron que pedir tiempo muerto para limpiar la sangre del hielo y encontrar los dientes que me faltaban.

Pestañeeé. Esta chica sí que estaba un poco loca. Pero en plan guay. Brian y yo nos volvimos a reír y Seth sacudió la cabeza.

—Eso fue distinto. No podía besarte con la cara rota. Tu cicatriz, por otro lado... es muy, muy besable.

La mano de Seth desapareció bajo el dobladillo de la camiseta de Ellie. Aunque ella acababa de subírsela para enseñarnos el estómago y frotarse la cicatriz, las acciones de Seth tenían un matiz completamente diferente, así que me sonrojé.

Ellie le dio un codazo tan fuerte a Seth que se vio obligado a soltarla.

—Más tarde —gruñó ella atravesándolo con la mirada—. Lo siento —me dijo con los ojos en blanco. Volvió a mirar mi brazo y sonrió—. Pero supongo que ya sabes cómo va la cosa. Los tíos y las cicatrices, ¿eh? No pueden apartar las manos de ellas. —Su sonrisa se tornó burlona—. Otra razón por la que me entristecería perderla.

Abrí los ojos de par en par, y ella soltó una carcajada y señaló las escaleras donde estaban sus asientos.

—Bueno, esto va a empezar en cualquier momento, así que vamos a sentarnos. Ha sido un placer conoceros.

—Igualmente —murmuré.

Observé cómo subían las escaleras hasta su sitio casi al fondo de la sala de cine y sacudí la cabeza, maravillada por esa chica. Era tan distinta. Y su actitud con respecto a las cicatrices era... bueno, no tenía palabras. Parecía

tan feliz y segura de sí misma, además de mostrarse orgullosa de su estómago mutilado. Y era obvio que le encantaba que su novio la tocara. Del mismo modo que a él le gustaba hacerlo. Su vientre era un desastre y, aun así, había excitado a Seth. Lo encontraba sexy de verdad.

Tragué saliva al pensar en que Brian también podría sentirse así. Nunca había tratado de tocar mis cicatrices de esa forma, pero lo cierto era que yo nunca le había dado la oportunidad. Las cubría lo máximo posible. Probablemente creía que yo no quería que las tocara. Y quizá fuera así. Pero... pensé en la extraña pareja de nuevo y lo cómodos que estaban con el cuerpo de Ellie. Puede que estuviese equivocada en no dejar que Brian me tocara. Puede que yo, que *nosotros*, nos estuviéramos perdiendo algo especial.

Capítulo 28

Brian

Nunca había conocido a una mujer como Eleanor Westley, y cuando se alejaron de nosotros, estaba claro que Ella tampoco. Los miró, perdida en sus pensamientos, hasta que se entremezclaron con la multitud en cuanto llegaron a su sitio.

—Una mujer interesante —opiné, y tiré levemente de la mano de Ella para que tomase asiento. Había estado de pie mucho tiempo y estaba seguro de que estaba dolorida.

—Mucho —convino ella, distraída.

Se sentó muy despacio, como si estuviese tensa, pero seguía inmersa en sus pensamientos, así que no le pregunté si se encontraba bien. Esperaba que no le doliese tanto después de descansar mientras veíamos la película. Tras la fiesta de Nochevieja, había empezado a llevarse el bote de los analgésicos a los eventos y fiestas por si acababan siendo tan agotadoras como a las que ya habíamos asistido.

Sin embargo, no quería que tuviese que tomárselas hoy, porque la dejaban exhausta y distraída. No cuando estaba tan preciosa y había tenido la valentía de ponerse la camiseta que llevaba puesta. No estaba seguro de qué había propiciado sus acciones, pero causaron un gran efecto en mí. Efecto que sentiría durante toda la noche.

Ella no estaría milagrosamente preparada para entregarse a mí esta noche. Diablos, llevar esa blusa sin mangas probablemente fuera lo máximo que

podía soportar. Seguramente regresaría corriendo a casa para cambiarse y ponerse un par de mallas antes de dejar que me acercase a ella, pero no me importaba. Fuera cual fuere el cambio de esta noche, era un paso en la dirección correcta, y lo daría sin queja alguna.

—¿Estás bien? —pregunté. De repente, parecía abatida.

—¿Eh? —Volvió en sí y pareció reparar en que se había quedado ensimismada—. Oh, sí. Lo siento. Estoy bien. Solo estaba pensando...

Esperé que me contase en qué, pero se volvió a quedar en silencio. Decidí ser paciente. Me lo diría cuando estuviese preparada. De todos modos, ahora no era el momento, sentados en una sala de cine repleta de gente y cuyas luces acababan de apagarse. Cuando la película empezó, me sonrió con suavidad y me sorprendió con un beso en la mejilla antes de decirme:

—Te quiero.

No sabía por qué me lo decía, pero era extrañamente conmovedor. Alcé el reposabrazos que había entre nuestros asientos y traté de contener el fuego que ardía en mi pecho cuando se acurrucó contra mí.

—Yo también te quiero, Ella.

Permaneció de un humor raro, callada y retraída, durante toda la película, y siguió así cuando Janice Bishop, Seth y Ellie nos invitaron a Ella, a mí, al padre de Ella y a Jennifer a una cena tardía. No le pregunté nada, pero empecé a preocuparme.

Nos despedimos de ellos, y reprimí las ganas de hablar durante todo el camino de vuelta al apartamento de Ella. Me lo diría. En cuanto estuviésemos dentro y a solas, me diría lo que pasaba.

Quería tener paciencia. Quería dejar que fuera ella. Pero cuando entramos en su apartamento y cerré la puerta, solté las palabras antes de darme cuenta siquiera de que lo hacía.

—Ella, ¿qué sucede? ¿Qué puedo hacer? Empiezas a preocuparme.

Ella me dedicó otra sonrisa cariñosa como había hecho antes de la película y me besó.

—Lo siento. Estoy bien, te lo prometo.

Empezó a quitarse la chaqueta. La ayudé a hacerlo y la colgué en el perchero que había cerca de la entrada antes de sentarme con ella en el sofá.

—¿Los has visto juntos esta noche? —preguntó.

—¿A quién? —La pregunta inesperada me pilló desprevenido.

—A Ellie y a Seth.

Ah. Así que estaba pensando en eso. Traté de relajarme un poco, pero seguía sin saber qué había acerca de ellos que pudiese dejar a Ella tan pensativa.

—Son interesantes.

Me dedicó una sonrisa torcida y miró a la nada.

—Se mostraban muy cómodos el uno con el otro. Físicamente, me refiero.

Automáticamente recordé a Seth, excitado por las cicatrices de Ellie, y me pregunté si se refería a eso.

—Cierto. Pero parecía que llevaban juntos mucho tiempo.

La mirada de Ella volvió a enfocarse y, de repente, me miró a los ojos.

—Yo quiero eso contigo.

Me quedé helado. Se me aceleró el pulso por lo directa que había sido al hablar de un tema que siempre había sido casi imposible de abordar.

—Yo también —respondí con cuidado.

Ella desvió la mirada. No quería perder la conexión que teníamos. No quería que se alejara. Había sido valiente al admitir lo que pensaba. No quería que se detuviese ahora. Me tragué los nervios y tomé su mano intacta para sujetarla entre las mías.

—Llegaremos a ese punto, Ella. —Cuando volvió a encontrarse con mi mirada, añadí—: *Lo tendremos* algún día.

—Lo intento —susurró ella, de repente abrumada por las emociones.

Se me rompió el corazón ante la tristeza y la frustración que detecté en su voz.

—Lo sé.

Acuné su cara con las manos y la besé con suavidad. Cuando me recosté, miré sus hombros desnudos y decidí arriesgarme. Levanté las manos para posarlas sobre sus hombros, ambos. Me moví despacio y le di tiempo para que me detuviese si lo necesitaba. Ella tragó saliva con fuerza y tembló un poco cuando mi mano descansó sobre su hombro quemado, pero permitió mi contacto con valentía.

—Estaba tan orgulloso de ti esta noche —dije.

Deslicé las manos por la longitud de sus brazos, el sano y el cicatrizado,

hasta que llegué a sus dedos y los entrelacé con los míos. Cerró los ojos y un par de lágrimas quedaron atrapadas en sus pestañas.

—*Tan* orgulloso.

Me incliné y pasé la nariz por su mandíbula antes de besar el lateral de su cuello. Entonces, yendo más allá de lo que había llegado nunca con ella, posé los labios en su cuello y en su hombro desnudo. Ella jadeó cuando mis labios entraron en contacto con sus cicatrices. Su piel de textura extraña estaba igual de deliciosa que el resto de su piel. Quería sentirla y saborearla toda. Quería explorar cada parte de su cuerpo. Lo haría algún día. Hoy simplemente agradecía esta pequeña muestra, esta nueva confianza que se me ofrecía.

Enterré una mano en su pelo y la acerqué a mí al tiempo que acariciaba de arriba abajo su brazo cicatrizado y la besaba en el hombro.

—Eres fuerte, valiente y preciosa, y tomaré lo mucho o poco que estés dispuesta a darme.

Me recosté y la miré a los ojos.

—Si esto es hasta donde eres capaz de llegar esta noche, entonces este es el límite, y es suficiente. El resto todavía no importa.

Ella apretó los labios de la emoción y, después, susurró:

—Gracias.

Negué con la cabeza.

—Gracias *a ti* por confiarme tanto.

Reclamé su boca y traspasé algo del fuego que ardía de mi interior al beso. Ella respondió, pero cuando empecé a tumbarla en el sofá, me detuvo.

—¿Me das un minuto?

—Claro —dije, aunque me preguntaba qué pasaba ahora.

Notó mi preocupación, por lo que me sonrió mientras se levantaba.

—Solo quiero tomarme un ibuprofeno y cambiarme de ropa. Tardaré un minuto. ¿Nos calientas algo para beber?

Sonreí al oír aquella respuesta mucho más normal.

—¿Café para mí y chocolate caliente para ti?

—Perfecto.

Me dio otro beso y desapareció por el pasillo.

Respiré hondo mientras me dirigía hacia la cocina. Tenía que calmarme. Ella me describía a menudo como intenso. No creía que le importase, pero no

quería abrumarla y, después de permitirme besar su hombro cicatrizado, sabía que debía estar sintiendo un torrente enorme de emociones. Por eso había detenido los besos de verdad antes de que empezasen siquiera. Ahora estaba en su habitación, probablemente poniéndose dos o tres capas de ropa para sentir que volvía a tener el control.

No es un paso hacia atrás.

Tuve que repetírmelo una y otra vez al encender la cafetera y calentar agua en una taza para el chocolate caliente de Ella. Tenía que prepararme para verla cubierta de pies a cabeza y sin tener ganas de besarnos cuando volviera. Tenía que prepararme porque, no importaba la razón, no podía dejar que percibiese mi decepción.

Estaba removiendo el chocolate de su taza cuando un pequeño carraspeo me alertó de que había regresado.

—¿Brian? —preguntó suavemente.

Gracias al cielo que no estaba sujetando la taza caliente entre las manos, porque la hubiese dejado caer cuando me giré y la vi. Se había puesto un kimono negro muy sexy que apenas le llegaba a la mitad del muslo. Estaba... estaba... guau.

Solté todo el aire de mis pulmones.

¿Qué demonios llevaba debajo, y por qué estaba frente a mí vestida así?

Me apoyé contra la encimera de la cocina y me aferré a ella con fuerza para no echar a andar hacia ella y ponerle mis ansiosas manos encima. No estaba seguro de qué pasaba, pero sabía que no era lo que mi cuerpo quería.

Me empapé de ella y tuve que respirar de forma más pausada y controlar mis pensamientos antes de hablar.

—Bonita bata. —Me aclaré la garganta y traté de sonar indiferente al añadir—: ¿Es nueva?

No engañaba a nadie. Se sonrojó, pero soltó una risita y se encogió de hombros.

—La encontré en una de las cajas que me envió Lindon.

—Es muy bonita. —Tuve que tragar el nudo que tenía en la garganta. Dos veces—. Y... eh... ¿qué celebramos?

Miró hacia el salón y se frotó los brazos como si de repente tuviese frío. Quería acercarme a ella. Dios sabía que, en este momento, el fuego que ardía

en mi interior bastaría para hacerla entrar en calor.

—No celebramos nada —susurró, incapaz de mirarme a los ojos—. Solo...

Esperé que ordenara sus pensamientos. Veía cómo daban vueltas en su cabeza.

Cuando volvió a estremecerse y cambió el peso de su cuerpo, me alejé de la encimera y le ofrecí la mano.

—Vamos a sentarnos. Has estado mucho tiempo de pie. Y estás tiritando. Te traeré una manta.

Ella agarró mi mano, pero en lugar de seguirme hacia el sofá del salón, me llevó hasta su cuarto. Se me aceleró la respiración de nuevo. *Contrólate, Brian. No va a pasar.*

Una vez dentro, esperé que me dijera algo, ya que no tenía ni idea de qué pensaba hacer y no quería presuponer nada. Ella se sentó en el extremo de la cama y dio una palmadita al espacio vacío a su lado. Yo me senté y entrelacé las manos sobre mi regazo, de nuevo obligándome a mantenerlas quietas.

Ella rompió el agarre y me agarró una de las manos. Yo cerré en un puño la que me quedó libre, y estuve tentado de sentarme sobre ella porque su bata no se estaba muy bien atada y sería demasiado fácil descubrir lo que había debajo.

—Has dicho que querías quedarte a dormir —dijo ella en voz baja.

Tragué saliva.

—Sí, me gustaría. Si es lo que quieres, claro.

Ella asintió, haciendo que una descarga de adrenalina me recorriera el cuerpo.

—¿Seguirías queriendo quedarte si planease dormir en... lo que llevo debajo de la bata... pero lo único que haríamos sería dormir? —Le tembló la voz, y mantuvo los ojos fijos en la alfombra.

Casi me ahogué del deseo que creció en mí. Mi cuerpo y mi cabeza se peleaban entre ellas, pero mi respuesta era indudable. No sería fácil, pero me quedaría toda la noche y no le pondría un dedo encima si eso era lo que quería. Pero *me quedaría*. Tras hacerme esa promesa mentalmente, Ella no podría alejarme de esta cama antes de que saliera el sol por nada del mundo.

—Sí. —Tenía la voz tan ronca que apenas podía articular palabra—.

Seguiría queriendo quedarme, muchísimo. Mientras tú quieras que me quede.

Ella tomó una bocanada de aire y la soltó despacio.

—Quiero que te quedes. Quiero que me veas. Bueno, lo que haya que ver. Pero no puedo hacer nada más. —Por fin me miró a los ojos—. *Ese es mi límite esta noche.*

—Vale. —Permanecí tranquilo. No sabía cómo, pero conseguí regular el pulso, calmar mis pensamientos y relajarme. Ella ya estaba bastante nerviosa. Necesitaba que yo estuviese tranquilo. Necesitaba calma y reafirmación. Y yo sería eso para ella.

Lo que estaba sucediendo ahora puede que fuera algo que desease muchísimo, pero no se trataba de *mí*. Ella no lo hacía por mí. Lo hacía por ella, así que yo dejaría de lado el aluvión de emociones, necesidades y deseos. Tendría que esperar.

Reprimí una sonrisa. Si Ella pudiera escuchar mis pensamientos, se desmayaría. La mujer tenía razón en que era un egocéntrico y un mimado. Esta era la primera vez que realmente estaba dispuesto a olvidarme de mí mismo y de lo que quería.

—¿Estás segura? —pregunté, a pesar de no querer hacerlo—. Porque no tienes por qué hacerlo. Si no estás lista para esto, podemos esperar.

—No. —Negó con la cabeza—. Quiero hacerlo.

Gracias a Dios por su misericordia.

—Esta noche, al ver a Seth y Ellie, lo he comprendido —explicó ella—. A él no le importa. Incluso le *gustaba* la cicatriz. Le *excitaba*.

Sabía cómo se sentía Seth. No eran las cicatrices lo que encontraba atractivo. Era Ella, y ella, como tal, era preciosa para mí. Las cicatrices formaban parte de ella. No podía imaginarla sin ellas. Pero sabía que a ella le costaba aceptarlas, así que pensar que me dejaba tocarlas y que las viera, que me confiaba sus peores miedos e inseguridades, *eso* era lo que me seducía de verdad.

—Él no es el único que piensa así de su novia, Ella.

Dejé que percibiera mi deseo en esa frase; dejé que viera la pasión en mis ojos. Los suyos se abrieron ligeramente como respuesta, pero desterró el miedo enseguida.

—Te creo. —Se mordió el labio y frunció el ceño.

Se quedó pensativa durante un momento y, después, se movió un poco en la cama para ponerse de cara a mí.

—Esta noche lo he estado pensando y creo... que nunca me sentiré completamente segura contigo si no aprendo a quererme. No eres tú el que me incomoda. Le tengo miedo a mi cuerpo.

—Ella, no pasa nada...

—Déjame acabar.

Cerré el pico y le cogí la mano. Su sonrisa fue pequeña y tímida.

—La verdad es que probablemente tú estés más cómodo con mis defectos que yo, y si no se me ocurre cómo aceptar mi propio cuerpo, quizá tú puedas ayudarme.

Me llevé su mano con cicatrices a los labios, pero no dije nada. Por mucho que quisiese gritar que por supuesto que me gustaba su cuerpo y que quería ayudarla a darse cuenta de lo preciosa que era, me quedé sentado en silencio y dejé que ella lo pensara por sí sola. Podía decírselo hasta agotarme, lo había intentado cientos de veces, pero la verdad no importaría hasta que se aceptase. No podía hacerlo por ella.

Ella observó nuestras manos unidas y entrelazó nuestros dedos.

—Si no puedo mostrarte todo, entonces es que no confío en ti del todo, aunque pensaba que así era. Pero quizá... —Se detuvo durante un momento, vacilando de nuevo porque no sabía cómo transformar sus sentimientos en palabras.

Esperé un poco más. Era todo cuanto podía hacer. Por fin me recompensó con esos preciosos ojos azules, brillantes por las lágrimas, que me me miraron como si me permitiera entrar en su alma.

—Si pudiera darte toda mi confianza y dejar que amaras mis imperfecciones por mí, puede que finalmente sea capaz de ver que no son tan malas.

Me quedé sin aire. Por fin lo entendía. Había intentado hacérselo ver durante meses. Les debía mucho a Ellie y Seth, porque nunca habría conseguido hacérselo entender a Ella como lo hicieron ellos con una conversación rápida. Sea lo que fuere que había comprendido esta noche, por fin calaba en ella como debería haberlo hecho cuando nos conocimos.

—Ver a Seth esta noche con Ellie y observar cómo ella respondía a él. Verla tan... orgullosa de sí misma, *eso* es lo que quiero. —La expresión de su

cara cambió a una llena de determinación y fiereza—. *Sobreviví* a un infierno. Me he esforzado mucho para llegar hasta donde estoy ahora, y Ellie tenía razón; si mañana me levantase completamente curada y sin recuerdos físicos de todo por lo que he pasado, una parte de mí se entristecería.

Levanté la mano y coloqué un mechón de pelo que escondía sus preciosos ojos detrás de la oreja al tiempo que le ofrecía mi sonrisa más pequeña y sincera.

—Eso me *destruiría*.

Ella parecía sorprendida, pero era la verdad. No sería *mi* Ella si no era tal y como era ahora.

Volvió a coger aire y asintió, como si aceptase la verdad de mis sentimientos. Después, se levantó y se giró para colocarse de cara a mí.

—Confío en ti, Brian —murmuró a la vez que movía las manos hacia el cinturón que mantenía la bata cerrada—. Confío en que adores las partes de mí que yo detesto.

Tomó aire una última vez y lo retuvo al mismo tiempo que la desataba y dejaba que cayera al suelo.

Capítulo 29

Temblé mientras me ponía de pie. Necesitaba hacer esto. No me sentía preparada, pero estaba empezando a pensar que nunca lo haría, y estaba cansada de tener miedo. Estaba harta de no poder estar con el hombre al que amaba porque me daba demasiado miedo dar el paso. Deseaba a Brian. Quería estar con él de todas las formas posibles. Deseaba tener la relación física que compartían habitualmente dos personas tan enamoradas como nosotros. Sí, yo era un poco mojigata, pero Brian era Brian, y de no haber tenido los problemas físicos que tenía, no habría durado ni tres días sin caer en la tentación que me ofrecía.

Brian esperó paciente, inmóvil y en silencio, asegurándose de que tuviese el control total de la situación. Fue la reacción perfecta. No podía hacerlo de otra forma.

Cuando lo miré, sus ojos estaban clavados en los míos, rebosantes de amor y ánimo. Aquello me sorprendió. Había esperado sorpresa, anticipación, excitación, lujuria, o incluso parte de los nervios que yo misma sentía, pero no vi nada de eso en ellos. Era como si no estuviese pensando en el hecho de que me iba a ver casi desnuda en un momento o que iba a descubrir hasta dónde llegaba mi lesión. Sus pensamientos estaban centrados en mí, no en mi cuerpo; en lo duro que esto era para mí y el enorme paso que estaba dando.

Me estaba apoyando sin pensar en nada más. La mirada de orgullo y amor incondicional que me estaba dedicando fue la única razón por la que fui capaz de deshacer el nudo que mantenía la bata cerrada.

—Confío en ti, Brian. —Las palabras fueron un susurro porque estaba aterrorizada, pero también eran apasionadas. Sí que confiaba en él—. Confío

en que adores las partes de mí que yo detesto.

Quise cerrar los ojos o apartar la mirada cuando me deshice de la bata. El miedo hacía que no quisiese mirarlo a la cara mientras me contemplaba. Pero necesitaba ver su reacción. Brian mostraba abiertamente sus emociones en su rostro. Sus sentimientos quedarían a la vista, y ese era precisamente el objetivo de todo esto: que yo viese que mi apariencia no le producía ningún rechazo. No haría ninguna mueca, ni apartaría la mirada, ni adoptaría una expresión de asco. Y no lo hizo.

Mientras deslizada la suave tela por mis hombros y dejaba que cayera al suelo, me obligué a sostenerle la mirada, pero dejé de respirar y me puse a temblar como un flan. No había estado tan de aterrorizada desde el accidente.

—Esta soy yo. Bueno, lo que queda de mí —susurré mientras levantaba la mano libre y me aferraba a mi bastón con la otra como si mi vida dependiese de ello. Estaba tan asustada que me daba la impresión de que iba a desmayarme en cualquier momento. Chuches era lo único que me mantenía en pie.

Brian me sostuvo la mirada durante un segundo antes de bajarla y, luego, simplemente asintió. No lo embargó la lujuria. Ni soltó ningún comentario romántico sobre lo preciosa que era. Simplemente... me observó. Fue casi una evaluación clínica de mis heridas. No me lo tomé de forma personal. Tenía mucho que procesar.

No tenía un cuerpo normal con algunas manchas pálidas o descoloridas que dejaban entrever una antigua lesión. Era muchísimo peor de lo que la mayoría de gente podía imaginar. Estaba cubierta de cicatrices feas y abultadas e injertos de piel que se unían de forma irregular, lo que hacía parecer que mi piel estuviese estirada de forma antinatural por todo mi cuerpo. (Lo cual era cierto). No era una imagen bonita; era chocante y horrenda. Parecía una Barbie que se había derretido tras haber estado suspendida sobre una fogata. Literalmente, estaba deformada en algunas partes del cuerpo.

No reparé en que Brian había dejado de respirar hasta que jadeó en busca de aire y lo soltó en un rápido resuello, como si necesitase volver a inspirar. Cuando volvió a mirarme a los ojos, los suyos estaban anegados en lágrimas.

Me sobresaltó cuando, de repente, se levantó y me agarró para darme un apasionado beso. Acunó mi rostro entre sus manos y reclamó mi boca como si

su vida dependiese de ello.

El beso estaba cargado de emoción. Fue la misma reacción que había tenido cuando nos encontramos en aquel restaurante en la FantasyCon y le conté por primera vez lo de mis heridas. Se vio abrumado y reaccionó acorde a la violenta embestida de sentimientos que lo había cegado.

—Ellamara —susurró con voz ronca al tiempo que intentaba serenarse. Rozó sus labios contra los míos y hundió las manos en mi pelo—. Ella...

No era el primero en saberse abrumado por mis cicatrices. Jennifer se había sorprendido tanto que se le cayó un vaso de limonada al suelo y rompió a llorar. Literalmente, había huido de la habitación porque no fue capaz de lidiar con ello. Juliette había llorado a gritos, y Ana se había quedado más pálida que un fantasma y evitó estar en la misma habitación que yo durante más de dos semanas.

Verme al completo no era algo casual. La primera vez que la gente veía hasta dónde llegaban mis heridas era la primera vez que realmente entendían la pesadilla por la que había pasado. Y era entonces cuando la gente decidía que mis inseguridades, tan profundas como eran, estaban justificadas. Esa comprensión debió de haber golpeado a Brian con muchísima más fuerza que a cualquier otra persona. Me quería tanto que mi dolor y sufrimiento se volvían suyos también.

Volvió a besarme, esta vez con un poco más de ternura, pero seguía siendo una reacción inconsciente a sus emociones. Me instó a que abriese los labios, ya que necesitaba una conexión mucho más profunda. Cuando lo dejé entrar, me besó con tanta pasión e intensidad que pude saborear su pena, su miedo y su desesperada necesidad de demostrarme lo mucho que le importaba. Era como si estuviese intentando curarme con su beso, o, al menos, borrar todo el tormento que había sufrido desde el accidente. Ahora mismo él estaba sintiendo ese tormento de primera mano.

Dejé que me besara tanto como quisiese. Tampoco es que me importara, por supuesto; Brian podía besarme cuando quisiera, y yo lo recibiría con los brazos abiertos, pero este beso en particular era distinto. Brian lo *necesitaba*, así que me quedé quieta y lo dejé hacer. Le devolví el beso y le hice saber que sus acciones eran bienvenidas, pero le cedí todo el control. Era su turno. Había esperado pacientemente a que terminara mi discurso y reuniese el valor para mostrarme ante él. Ahora me tocaba a mí estar tranquila y serena

mientras él intentaba encontrarle el sentido a la desolación que corría ahora mismo por sus venas.

—Lo siento, Ella —susurró con voz temblorosa en cuanto fue capaz de romper nuestro beso. Todavía me acunaba el rostro con las manos, y apoyó la frente contra la mía con los ojos cerrados en un intento de calmarse y recuperar la compostura—. Casi te perdí —murmuró—. Siempre lo he sabido, pero...

Tras sacudir la cabeza ligeramente, respiró hondo y se estremeció. Volvió a depositar otro pequeño beso en mis labios.

—Gracias por sobrevivir —musitó—. Gracias por luchar tanto y por no rendirte, y por encontrarme.

Cerré los ojos y unas cuantas lágrimas se derramaron por las comisuras.

—Gracias por darme algo por lo que luchar.

Cuando sorbí la nariz, Brian por fin me soltó. Me enjugó las lágrimas que tenía en el rostro, haciendo caso omiso o no dándose cuenta de que él también tenía marcas de humedad en las mejillas.

—Lo siento —volvió a disculparse—. Me dije a mí mismo que no iba a reaccionar de forma exagerada, pero es que... de repente, te he imaginado en el hospital y he caído en la cuenta de que estuve muy cerca de no tenerte jamás en mi vida. Pensar en no haberte conocido nunca... —Cerró los ojos para luchar contra las palabras, como si le causaran dolor físico—. Haber tenido que vivir toda la vida sin saber lo que te ocurrió. Sin haber tenido la oportunidad de verte sonreír en persona, o de abrazarte, o de besarte. No me puedo imaginar una vida sin ti.

Me tragué otro nudo en la garganta y negué con la cabeza.

—Yo tampoco me la puedo imaginar sin ti. —Le rodeé el cuello con los brazos y le robé un beso antes de sonreír por primera vez desde que habíamos entrado al dormitorio—. Gracias por quererme tanto.

—De nada. —El ambiente en la habitación cambió de repente, cuando Brian esbozó una sonrisa juguetona—. Y gracias *a ti* por no ponerte ni el azul ni el rosa. Este es mucho mejor.

Casi se me salieron los ojos de las órbitas, lo cual, por supuesto, hizo que Brian se riese. Su mirada descendió hasta mi pecho. Con una sonrisa que me aceleró el pulso, me apartó las manos de su cuello y retrocedió para poder echarme otro vistazo.

Se me encendieron las mejillas cuando el hecho de estar aquí de pie en ropa interior de pronto tenía que ver con mi desnudez y no con mis cicatrices. Esta vez, cuando Brian me recorrió con la mirada, vi el calor y el hambre que había estado conteniendo todo este tiempo.

Tragué saliva con fuerza e intenté mantenerme firme vestida únicamente con un sencillo conjunto de lencería de encaje. Me había llamado la atención porque era del mismo color amarillo canario que el vestido de mi madre, pero me gustó porque era sutil en comparación con la mayoría de ropa que había recibido de Lindon. Era sexy sin ser demasiado provocativo. En realidad, era un más bien travieso, y pareció tener ese mismo efecto en Brian ahora que se había recuperado de la impresión inicial tras haber visto mis cicatrices.

—El amarillo es definitivamente mi color favorito —afirmó, incapaz de quitarme los ojos de encima.

Contuve una risotada de sorpresa.

—Anda, calla. No lo es. Es el azul oscuro, justo como acabas de pintar a Tesoro.

Brian negó con la cabeza con los ojos todavía fijos muy por debajo de mi rostro.

—*Nop*. Es el amarillo. Desde la noche del preestreno de *El príncipe druida*. —Se humedeció los labios y tragó saliva de forma exagerada—. Esto lo confirma. Me va el amarillo.

Por fin, redirigió su mirada ardiente hacia mis ojos. Se me aceleró tanto el corazón que no sabía si prefería que siguiese embelesado con mi pecho. Se acercó de nuevo y recolocó mis brazos alrededor de su cuello.

—Eres preciosa, Ellamara. La mujer más hermosa que haya visto nunca.

Me reí sin pensar.

—¿Estás seguro? Esa es una declaración muy atrevida si tenemos en cuenta que has visto a *mil millones* de mujeres.

Los ojos de Brian destellaron al oír mi ocurrencia, y me estrechó entre sus brazos con un gruñido juguetón.

—Ya está bien —exclamó, y yo aullé de la sorpresa—. Vas a aprender a aceptar un cumplido, mujer.

Me guio por el lateral de la cama y me tumbó sobre ella. No tenía duda de que me habría lanzado, si no fuese tan frágil.

Me quedé sin respiración cuando se quitó la camiseta por la cabeza, tiró los pantalones al suelo y, luego, se colocó encima de mí, a horcajadas sobre mis muslos y apoyado sobre las manos y las rodillas. Me abrasó con la mirada, y su pecho vibraba del deseo.

—Voy a besar cada centímetro de tu cuerpo hasta que dejes de reírte cada vez que te diga que eres la mujer más preciosa sobre la faz de la Tierra —determinó.

¡Madre mía!

Había desatado a la bestia. A un animal feroz, hambriento y decidido. Había pasado de su voz de narrador y se había adentrado en el terreno de los machos alfa. Su voz sonaba grave y ronca, y prometía tanto peligro como placer. La amenaza —porque era una amenaza— me estremeció, me aceleró el pulso y me calentó desde lo más profundo de mi cuerpo.

—Recordaré lo que me has dicho —me aseguró—. No iremos más allá de esto. Te lo prometo. Lo que ahora mismo está cubierto, será zona prohibida. —Me agarró las dos manos y las sostuvo contra la almohada sobre mi cabeza a la vez que entrelazaba nuestros dedos—. Pero quiero saborear cada centímetro de ti que esté a la vista.

Contuve la respiración. Me abrumó la sensación de ser una presa atrapada, pero los nervios se quedaron en un segundo plano, por detrás del intenso deseo que me atravesó de pies a cabeza. El miedo se transformó en excitación y, luego, en ansia. Así de aterrador e hipnotizante era, y yo me moría por que me *devorase*.

Fuera lo que fuese que leyó en mi expresión, lo satisfizo. Me sonrió con complicidad y con hambre, y, luego, acercó poco a poco su boca hacia la mía. Después de darme un beso delicado y torturador, deslizó sus labios hasta mi oreja.

—Dame permiso, Ella.

Volví a tomar aire y me estremecí de nuevo. Cuando asentí, él gruñó.

—No me vale. Necesito que me lo digas, Ella. Quiero oírlo.

Qué directo. Qué exigente. Y, aun así, no me sentí para nada presionada. Estaba siendo dominante, pero también se quería cerciorar de que esto era lo que yo quería. Que Dios me pille confesada si alguna vez se enteraba exactamente de lo mucho que anhelaba esto.

—Vale —carraspeé.

—Vale, ¿qué?

—Tienes mi permiso.

Brian se separó y volvió a mirarme a los ojos.

—¿Tu permiso para qué? ¿Qué te gustaría que hiciese, Ella?

Quería que lo dijese. Le gustaba hablar. ¿Sabía lo difícil que resultaba para una chica tímida? ¿Lo aterrador y embarazoso que era? Pero no podía negar que su descaro me excitaba, y no podía culparlo por querer saber exactamente qué tenía o no permitido hacer conmigo. No quería cruzar ninguna línea sin querer. Agradecía esa consideración, así que, si necesitaba que se lo confirmara en voz alta, por muy incómodo que se me antojara, lo haría. Observé detenidamente sus ojos expectantes, respiré hondo y, con tanta seguridad como pude reunir, dije:

—Quiero que me explores, Brian.

Sus ojos volvieron a destellar, y tomó aire de forma brusca por la nariz. Me encantó pensar que lo había hecho reaccionar así, y me volvió atrevida.

—Quiero que me beses y me toques en todas partes. Quiero que conozcas mi cuerpo tan bien como me conoces a mí, para que nunca vuelva a temerte. —Se me quebró la voz, y añadí bajito—: Ayúdame a aceptarme, Brian. Hazme sentir hermosa y deseada. Por favor.

La lujuria crepitante que había estado dominando a Brian se desvaneció al oír mi petición. Me sonrió con ternura a la vez que me apartaba el pelo de la frente.

—No tienes nada que temer de mí —pronunció con suavidad justo antes de atrapar mis labios con los suyos—. Y vas a aceptar la verdad porque *eres* preciosa y *muy* atractiva. Ellamara, eres *perfecta*.

Su boca encontró mi mandíbula rápidamente, y comenzó a depositar besos suaves por toda la longitud de mi cuello.

—Eres perfecta aquí —murmuró cuando posó la boca en la base de mi garganta.

En lugar de descender los labios hacia el escote que el diminuto sujetador amarillo dejaba a la vista con orgullo, se movió a lo largo de mi clavícula hasta encontrar mi hombro; el mismo dañado que había besado antes.

—Eres perfecta aquí —murmuró justo antes de pegar sus labios contra mi piel cicatrizada.

Cerré los ojos y me empapé de la ternura de sus besos. Todos y cada uno de ellos hacían que me doliese el corazón del modo más dulce, como si Brian estuviese reparando todas las grietas y limpiando las lágrimas invisibles que albergaba una por una.

Se removió encima de mí y, entonces, jadeé cuando sus labios comenzaron a acechar mi vientre, en busca de un nuevo punto que besar. Colocó las manos en mis caderas, bajó los labios hasta mi vientre justo encima del ombligo y depositó un beso firme.

—Y también eres perfecta aquí.

Me ardían los ojos mientras disfrutaba de la sensación. Mi vientre había sufrido quemaduras muy severas y era un completo desastre. Tener la boca de Brian allí, acariciándome como si fuese preciosa, me robaba el aliento.

Algunas lágrimas escaparon de mis ojos mientras permanecía tumbada, completamente a su merced, y permitiendo que intimara con las peores partes de mi cuerpo. Eran lágrimas de amor, gratitud, felicidad y alivio.

Desde el accidente, había abandonado toda posibilidad de disfrutar alguna vez de un momento así. No creía que nadie fuese capaz de aceptarme por lo que soy y amarme a pesar de las imperfecciones. No obstante, aquí estaba Brian, y no solo estaba haciendo esto para darme el gusto o para hacerme sentir mejor. Lo deseaba. Me deseaba *a mí*. De hecho, a juzgar por lo tenso que estaba, sabía que estaba conteniéndose para no llevar las cosas más lejos, a lugares a los que no estaba preparada para llegar todavía. Para él, yo era preciosa y atractiva. Para él, yo era tan perfecta como él lo era para mí. Me parecía un milagro.

Continuó con su divina tortura, besándome cicatriz tras cicatriz, hasta que un sollozo abandonó mi pecho y comencé a llorar en serio. Todo era demasiado abrumador. Era tan bonito, y muchísimo más de lo que creía que sería capaz de compartir con alguien. Era el mejor momento de mi vida.

Brian entendió mis lágrimas y, en lugar de preguntarme si estaba bien, se apartó de mí y nos cubrió con la manta de la cama. Nos acurrucamos juntos y me abrazó con fuerza contra él, sin dejar de acariciarme la espalda desnuda mientras yo lloraba a gusto entre sus brazos. Cuando comencé a calmarme, me besó en la sien.

—Ya es suficiente por esta noche. Duérmete, mi preciosa. Llamara.

La frase parecía sacada de una película melodramática, pero no me reí

esta vez. Sonreí para mis adentros; en secreto, le estaba agradecida por soltar constantemente frases y comentarios cursis y románticos. Era actor. Los diálogos de películas era lo que él conocía. Y adoraba eso de él.

Resistí la tentación de tomarle el pelo. Derramé las últimas lágrimas con un resoplido y me relajé contra su pecho con un suspiro de satisfacción. Él siguió acariciándome la piel con sus dedos, arrullándome hasta caer en un estado de pura relajación. No quería volver a moverme nunca. No quería abandonar la seguridad de sus brazos. No quería volver a pasar otra noche sola en esta cama. Ya prácticamente dormida, caí en la cuenta de algo y solté una maldición somnolienta.

—Jolín, tenías razón. Tendría que haberte dejado que compraras una nueva casa.

Me quedé dormida tras oír el sonido de su suave risa.

Capítulo 30

Cuando me desperté a la mañana siguiente, me pregunté si me incomodaría estar en la cama con Brian, ambos únicamente en ropa interior. Pero cuando apagó la alarma con un quejido y me estrechó contra su cálido pecho desnudo como si tuviese toda la intención de volverse a dormir, me sentí tan terriblemente feliz que simplemente me relajé. Ojalá pudiésemos disfrutar de este momento durante más tiempo.

—Lo siento, señorito. Tienes que estar en Glendale a las siete. Arriba.

—Cinco minutos —gruñó Brian abrazándome con más fuerza, como si fuese su prisionera.

—Está bien. Cinco minutos, pero después nos levantamos.

Brian gimió.

—¿Por qué, de entre todas las mañanas, tengo que tener compromisos precisamente esta mañana temprano? —Respiró hondo, se estiró y levantó la cabeza para mirarme—. ¿Tú estás bien?

Su preocupación era conmovedora. Le sonreí con cariño.

—Más que bien. No me arrepiento. Lo necesitaba.

Brian depositó un beso en mi frente.

—Yo también.

—Lamento haber terminado poniéndome sentimental y haberme venido abajo. Te prometo que no me molestó nada de lo que hiciste. Al contrario. Lo de anoche fue tan increíble que me *dolió*. Sé que suena de locos, pero no sé cómo describirlo mejor. —Me quedé en silencio un momento, ya que me estaba volviendo a alterar de la emoción—. Me has dado algo que, desde el

día en que salí del coma, no creía que fuera a experimentar jamás.

Brian hundió los dedos en mi pelo enmarañado y esbozó una sonrisilla al ver lo enredado que estaba; luego, suspiró cuando sus ojos se encontraron con los míos.

—Ella, tienes más traumas emocionales que nadie que haya conocido nunca. Entendí por completo las lágrimas que derramaste anoche. Me puedo imaginar que los buenos momentos son probablemente igual de abrumadores para ti que los malos.

—Más abrumadores —admití—. Estoy acostumbrada a los malos. Los buenos todavía me pillan por sorpresa.

Nunca lo entendería cómo un rostro podía transmitir tantas emociones, pero con una sola mirada, Brian expresaba toda una vida de amor y devoción.

—Parece que tengo mucho trabajo que hacer, entonces. —Agarró una de mis manos y la besó antes de apretarla contra su pecho—. De ahora en adelante, compartiremos tantos buenos momentos que terminarás olvidando todos los malos.

—Momentos como este —dije, y le regalé una sonrisa antes de apoyar la cabeza en su pecho y soltar un suspiro de felicidad. Amaba tanto a este hombre que el pecho amenazaba constantemente con explotarme—. Ojalá tuvieses un trabajo normal que no le costase a la gente miles y miles de dólares si llamasen diciendo que estás enfermo.

Era sábado, pero los rodajes de películas no seguían exactamente el horario laboral habitual de nueve a cinco de lunes a viernes. Eran intensos, e incorporaban la mayor cantidad de trabajo en el menor tiempo posible porque eran muy caros y tenían que coordinar a cientos de personas con diferentes proyectos programados. Eran una locura, y si Brian se perdía un día, retrasaría la producción y a todos los demás. Estaba fuera de discusión.

Brian se rio entre dientes y me abrazó con fuerza.

—Estoy tentado de hacerlo igualmente.

—De eso nada. Me sentiría fatal.

Brian suspiró.

—Bueno, tampoco queremos eso. ¿Qué te parece si vienes hoy conmigo? Mis días de trabajo consisten en un setenta por ciento en esperar sentado a que todos estén listos, y tengo mi propia caravana. Podríamos escondernos allí, igual que aquí.

Era muy cierto, lo había comprobado por mí misma. La primera vez que lo visité en el trabajo, me sorprendí de la cantidad de «date prisa» y «espera» que se oyen en el set de rodaje de una película. Pero cuando hay cientos de personas haciendo cientos de cosas diferentes para grabar una sola toma, bueno, eso es lo que pasa. No obstante, a mí me iba perfecto cuando quería ir a hacerle compañía a Brian al trabajo. A nadie le importa que esté allí, y la mayoría de las veces podemos pasar tiempo juntos mientras él espera a que lo vuelvan a llamar.

—Tentador. Pero, en realidad... —Me despecé con la esperanza de que eso me motivara a salir de la cama—. Estaba pensando en llamar a Nash Wilson y preguntarle si quiere comer conmigo hoy.

Brian arqueó una ceja de la sorpresa, y yo solté el aire que había empezado a contener.

—Voy a decirle que sí.

—Ella... —Brian se incorporó con una intensidad que no sabía que era capaz de poseer tan temprano por la mañana. Mi hombre no era muy fan de las mañanas, eso estaba claro—. ¿Estás segura?

Me sobrecogí al ver cómo me escrutaba el rostro en busca de señales y parecía estar al borde de la histeria o de la emoción. No sabía decir qué estaba pasando ahora mismo por su cabeza, pero estaba conteniendo la respiración mientras aguardaba mi respuesta.

—Sí —afirmé, sorprendida por lo segura que había sonado la réplica. Lo pensé otra vez y, luego, asentí—. Estoy segura.

Algo brilló en los ojos de Brian y, entonces, me sorprendió con un beso violento.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté cuando me soltó el rostro.

—Estoy muy orgulloso de ti. —Ni siquiera sonreía. Estaba rebosante de la emoción que lo oprimía—. Esperaba que te decidieras a hacerlo.

—¿De verdad?

Parpadeé. ¿De dónde provenía toda esa intensidad? Todos se habían formado una opinión con respecto a este tema desde la primera vez que se mencionó, pero Brian había sido el único que no había dicho nada, ni en un sentido ni en el otro.

—No quería que te sintieses presionada —explicó—, pero Ella, quiero

que te hagas esas fotos más que nada en el mundo.

Sabía que lo decía en serio, así que cuando bromeé, fue a medias tintas.

—Tú solo quieres verme caracterizada como una diosa de las hadas casi desnuda.

El calor inundó sus ojos, y supe que al menos tenía parte de razón.

—Por supuestísimo que sí —convino.

Aquella voz ronca de hombre lobo estaba volviendo a entrar en acción. Tendría que desechar esos pensamientos lujuriosos de su cabeza para poder mantenerse centrado.

—Ella, eres preciosa. Sé que piensas que no soy objetivo, y puede que no lo sea, pero no deja de ser la verdad. Y Nash conseguirá que te lo creas. Así de bueno es. No te va a transformar en algo que no eres; simplemente te enfocará de manera que todos vean lo que yo veo. Incluso tú lo harás. Eso es lo que quiero.

Sonreí ligeramente.

—¿Quieres que me haga una sesión de fotos solo para que tenga imágenes bonitas de mí misma?

Todavía estaba serio cuando asintió.

—Sí. Las necesitas. Y también el resto del mundo. Tienes que creer en ti misma. Como hiciste anoche. Al obligarte a dejarme verte pese a lo asustada que estabas... ¿cuál fue el resultado?

—Eh... —Me miré a mí misma y, luego, a él, y me pregunté qué era exactamente lo que me estaba preguntando—. ¿Que pasé la noche contigo en ropa interior...?

—Seguridad en ti misma, Ella. —Sonrió con suficiencia—. Aunque pasar la noche contigo únicamente en ropa interior también fue una gran ventaja, desde luego.

Sus ojos descendieron por mi cuerpo y volvió a lograr que me ruborizase. Esperaba haber superado la timidez después de lo de anoche, pero cuando me miró de esa forma... probablemente viviría ruborizada el resto de mi vida.

Me tomó de la mano.

—Ya has superado el miedo, y tienes más confianza esta mañana. Lo veo. Será igual con las fotos. Te dará miedo, pero en cuanto superes ese pavor inicial, encontrarás tu valor.

Eso era exactamente lo que yo también esperaba. Estaba aquí sentada, con todas las cicatrices a la vista de Brian, y no había señal alguna de la ansiedad e inseguridad que había sentido desde el día en que lo conocí. Me sentía cómoda con él. Solo iba en ropa interior, por el amor de Dios, y aquí estaba, manteniendo una conversación con él como si fuese completamente natural.

—Dijiste que quieres amarte a ti misma —dijo Brian con una sonrisa cariñosa—. Dijiste que quieres sentirte tan segura de ti misma como Ellie. Haz esa sesión de fotos y publícalas. Dales una lección a todos aquellos que te critican. Creo que te liberará. Creo que es exactamente lo que necesitas para superar el accidente de una vez por todas y encontrar de verdad la fuerza para vivir tu vida. Para *amarla*, Ella. Para ser verdaderamente feliz.

Su discurso fue exactamente lo que necesitaba. Su fe y apoyo consolidaron mi decisión, y ahora sería capaz de reunirme con Nash llena de confianza. Brian tenía razón. Tenía que superar este obstáculo de la inseguridad, y si eso implicaba darle una lección al mundo, entonces que así fuera. Cualquier burla o comentario desdeñoso que me hicieran, no importaría porque Brian estaría ahí conmigo para abrazarme por las noches y besarme hasta hacerme olvidar todas las dudas que pudiese albergar.

Parecía que Brian esperaba a que dijese algo, así que le sonreí y deslicé los brazos por encima de sus hombros. Él no perdió el tiempo y me estrechó contra él para que nuestros torsos se tocaran. Me estremecí, aunque lo único que sentía era calor.

—Ya amo mi vida —le prometí—. Me has hecho tan feliz como es capaz de sentirse una persona. —Lo besé con tanta pasión que iba a resultarle complicado salir de la cama, y, luego, sonreí—. Pero haré la sesión de fotos igualmente para que puedas guardar una foto mía en la cartera y presumir.

—*Mmm...* Una mujer que entiende lo que realmente es importante para un hombre. Tengo la mejor novia del mundo.

Brian se rio y pegó su boca contra la mía una vez más antes de obligarme a abrir los labios para establecer una conexión más profunda.

Nos llevó otros cinco minutos —o quizás fueron diez— que Brian por fin saliera de la cama y se preparara para irse a trabajar. Unas cuantas horas después, cuando el resto de la ciudad empezaba a despertar, llamé a Nash y le pedí que comiese conmigo. Después, llamé a mi padre, porque había trazado un plan en la cabeza durante el transcurso de la mañana que no podía ignorar.

—¿Ella? —sonaba preocupado.

—Hola, papá.

—Hola, cielo. Me alegro de oírte. ¿Qué pasa? ¿Va todo bien? Anoche no parecías tener buen aspecto. Jennifer y yo estábamos preocupados.

Una sonrisa se extendió por mi rostro al escuchar su preocupación. No era perfecto, pero me quería. Por ahora, era suficiente.

—No pasa nada —dije—. Todo va genial, de hecho. Me preguntaba si estabais libres para comer conmigo hoy. Todos, Jennifer y las chicas también.

—Yo... —tartamudeó mi padre; mi petición lo había pillado por sorpresa—. Bueno, sí, supongo que sí podemos. Estoy en la oficina revisando unas declaraciones para un juicio el lunes, pero me puedo escapar durante una hora. Un hombre tiene que comer, ¿verdad?

Volví a sonreír.

—Genial. ¿Nos vemos en el Ivy a la una?

—¿En el Ivy?

Me reí entre dientes. Había sido idea de Nash, así que le dije que haría la reserva.

Nunca había ido a ese restaurante, pero era conocido por hacer comidas de negocios dentro de la industria del entretenimiento. Muchos contratos se habían firmado entre las cuatro paredes del pequeño restaurante en Roberston Boulevard. Al parecer, Nash esperaba que esta fuera una cita productiva.

—Sí. Un amigo me lo sugirió, y parece que es un lugar al que van la mayoría de los amigos de Brian, así que pensé en darle una oportunidad. Tengo noticias que me gustaría compartir con todos vosotros. Una proposición, en realidad.

Mi padre casi se ahoga con su propia saliva.

—¡Ten piedad, Ella! ¿Me estás diciendo que te vas a casar?

Parecía asustado, pero no había hostilidad en su voz. No creo que le diese miedo que me casase con Brian; creo que, en general, las bodas lo asustaban. Las novias, las tartas, los adornos florales, y tener que decirle adiós a su hija. Me reí.

—Relájate, papá. No es eso. No estoy prometida. Y tampoco estoy embarazada.

La bocanada de aire que oí que tomó a través del teléfono hizo que me

volviese a reír.

—Papá. —Mi voz se suavizó y adopté un tono mucho más compasivo—. Puede que ya no sea tu hijita de ocho años, pero tampoco tengo prisa por crecer. Necesito tiempo para adaptarme tanto como tú. Y te prometo que cuando el matrimonio y los bebés y todo eso venga, te advertiré lo mejor que pueda.

—Gracias, cariño.

Me volví a reír entre dientes al oír el alivio en su voz. ¿Me estaba agradeciendo que todavía no estuviese preparada para el matrimonio y los bebés? ¿O por la promesa de avisarlo?

—De nada. Entonces, ¿podéis venir a la una, o cambio la hora de la reserva?

—A la una está bien. Allí estaremos.

—¿Te importaría recogerme? Jennifer y las chicas pueden encontrarse con nosotros allí directamente. Si estás en la oficina, te pillaré de camino, y me gustaría poder disfrutar de un poco de tiempo contigo.

Mi padre carraspeó y, cuando habló, sus palabras sonaron roncadas.

—Me encantaría.

—Gracias. ¿A las doce y media?

—Allí estaré.

—Genial. Ah, y ¿papá? ¿Puedes decirles a todos que se arreglen?

Mi padre se rio.

—¿Crees que Jennifer y las chicas irían al Ivy vestidas con cualquier cosa que no fuese lo mejor?

Me reí yo también.

—Tienes razón. Te veo luego. Y... —Vacilé un momento antes de susurrar un «gracias».

Hubo una pequeña pausa antes de que mi padre también respondiese.

—Siempre, cariño. Lo digo en serio.

Capítulo 31

Mi padre y yo no hablamos sobre mis noticias de camino al restaurante. En lugar de eso, le pregunté qué le había parecido el preestreno de anoche y qué pensaba de Janice Bishop. Admitió que el preestreno no fue tan mal como esperaba y que la alfombra roja no fue igual que lo que sucedió en Navidad. Y, después, se puso a hablar efusivamente de Janice Bishop durante el resto del viaje. Tenía un serio encaprichamiento por la autora. Era adorable y me enorgullecía de haber hecho algo especial por él.

El ambiente era cómodo entre ambos cuando llegamos a nuestro destino, lo cual parecía un milagro. Después, nos llevaron hasta nuestra mesa, donde Jennifer y las gemelas nos esperaban. Ana estaba nerviosísima y ansiosa por saber cuál era el gran secreto.

—¡Déjame ver el anillo! —exigió casi apartando de un empujón a Juliette para llegar a mi mano antes que ella.

Me eché a reír.

—Sentaos, novias demoníacas. No estoy prometida.

—Entonces, ¿qué pasa? —preguntó Juliette—. Nos estás matando.

—De momento, sentaos. Os lo explicaré en un momento. Tenemos que esperar a otra persona.

—Creía que Brian tenía rodaje hoy —replicó Juliette.

—Sí. Estamos esperando a un amigo mío.

Jennifer y las chicas se sentaron, y papá apartó mi silla para que yo hiciese lo propio, pero antes de poder hacerlo, la voz de Nash se escuchó en la sala.

—¡Ella, mi preciosa muñeca! Por favor, dime que esta comida es para aceptar mi oferta.

Me reí a la vez que lo saludaba con un apretón de manos y un beso en la mejilla.

—Así es.

Sus ojos se iluminaron de alegría cuando le presenté a mi familia.

—Nash, te presento a mi familia. Familia, este es Nash Wilson.

Mi padre estrechó su mano y asintió cordialmente sin tener ni idea de quién era. Juliette y Ana parecían sorprendidas, pero ambas sabían que lo conocía y que me había ofrecido hacerme unas fotos, así que su asombro no fue nada comparado con el de Jennifer.

Tras unos minutos en los que Jennifer alabó a Nash —quien aceptó los cumplidos con orgullo y entusiasmo—, todos nos sentamos y pedimos.

Ana fue la primera en sacar el tema en cuanto estuvimos solos.

—¿De verdad vas a aceptar su oferta?

—Sí. —Le sonreí a Nash—. Si es que sigues inspirado.

Nash se llevó el puño a la boca como si intentase refrenar un chillido o contener las lágrimas. Después, me acunó la cara y me besó en las mejillas con tanta ostentación que mi familia soltó una carcajada.

—¡Mujer valiente y adorable! ¡Serás mi *pièce de résistance*!

—Eso espero, si vamos a mostrarle las fotos al mundo entero —bromeé.

Nash se puso serio al instante y me cogió de la mano.

—Tienes mi palabra, Ellamara. Serás el ser más hermoso, etéreo y divino que se haya capturado con una cámara.

Tragué un nudo de emoción.

—Gracias.

Trajeron la comida y les di a todos la oportunidad de empezar antes de explicar la razón por la que estaban todos aquí. En cuanto acabamos de comer, hablé:

—Entonces, Nash... ¿sigues pensando en hadas en un bosque encantado?

Nash arqueó una ceja hacia mí.

—¿No es la idea perfecta para la hechicera mística y su querido príncipe druida?

Sonreí.

—Más de lo que piensas. Solo quería asegurarme de que todavía querías eso, porque quería sugerirte una idea.

Nash dejó su cuchara sopera en el plato para dedicarme toda su atención.

—Vale, sé que es tu sesión. Entiendo que tienes que estar inspirado y eso, y me *fío* de tu criterio, pero se me ha ocurrido algo esta mañana tras decidir que quería hacerlo.

Tomé aire y miré al resto de ocupantes de la mesa.

—¿Y si hacemos una sesión familiar en lugar de salir solo yo?

Jennifer jadeó, y se sorprendió tanto que dejó caer su tenedor en la ensalada mientras que tanto Juliette como Ana me miraron con los ojos como platos. Papá frunció el ceño, como si estuviera tratando de entender si esto de verdad era tan impresionante.

Mantuve el contacto visual con Nash, quien entrecerró los ojos en mi dirección.

—Míralos —le pedí—, y dime lo que ves.

Nash me hizo caso y los observó con detenimiento. Se tomó su tiempo, y vi que se planteaba de verdad mi petición.

—Veo a una familia hermosa y perfecta —dijo, y negó con la cabeza como si fuesen normales y corrientes.

—Exacto —respondí—. Ves perfección. Ves belleza, elegancia y gracia. Ves el molde de Hollywood envuelto en un paquete a la perfección. Y, después, estoy yo...

Los ojos de Nash destellaron.

—Una de esas cosas no es como el resto, Nash.

Sus ojos se abrieron de par en par y se sentó derecho en la silla. Miró a mi familia de nuevo, pero, esta vez, desde otra perspectiva. Supe que entendía a qué me refería.

—Tienes toda la razón —susurró con reverencia—. Son perfectos. Exactamente lo que pide el mundo. Tan bellos y perfectos que se funden.

Se volvió de golpe hacia mí y, luego, se levantó para dar un paso atrás y vernos en conjunto.

—Es *brillante* —murmuró. Alzó las manos como si nos cuadrara en un marco—. Las criaturas más perfectas juntas y, entre ellas, tú brillarás. Tus diferencias, tus imperfecciones, destacarán entre ellos y te distinguirán. Y lo

imperfecto será verdaderamente lo más hermoso.

Sus ojos encontraron los míos y supe que lo haría.

—Brian estará decepcionado por no salir en las fotos, pero...

—No, seguimos necesitando a Brian —me interrumpió Nash—. Teneros como pareja es mucho más poderoso. El valeroso príncipe de las hadas reclamando a su princesa, aunque ella no sea la primera que el mundo escogería a primera vista.

Una gran sonrisa se instaló en mi rostro.

—Esperaba que dijeras eso. A mi novio amante del *cosplay* le daría un patatús si le hubiese dejado fuera de la sesión.

Juliette y Ana se echaron a reír. Les encantaba que Brian, de entre todas las personas, fuese, en realidad, un auténtico friki.

Nash y yo nos sonreímos y él me besó en el rostro antes de volver a sentarse. Se quedó sin habla durante un minuto entero antes de mirar a mi familia.

—¿Lo harán? —les preguntó.

Había mucho entusiasmo e incluso desesperación en su ruego. Suplicaría si tenía que hacerlo. Lo cual era bueno, teniendo en cuenta que tendría que convencer a mi padre para que se vistiera de hada, con el torso desnudo y en mallas, y permitir que sus hijas se fotografiasen en lo que asumía que serían trajes de hada atrevidos y que enseñaran mucha piel. Suplicar sería totalmente necesario.

Jennifer tembló al preguntar.

—¿En serio quieres que formemos parte de la sesión de fotos de Ella?

—Señora Coleman. —Negó con la cabeza, y le lanzó una sonrisa que la hizo sonrojarse—. Nada me gustaría más. Tiene una familia preciosa y, junto con Ella, formarán una imagen tan devastadora que hechizará al mundo entero.

Los ojos de Jennifer se anegaron en lágrimas. Incluso si ella no iba a ser el tema principal de las imágenes, que Nash Wilson la fotografiara era un sueño hecho realidad para ella, y tener esas fotos en su portfolio le abriría un sinfín de nuevas oportunidades.

Las gemelas, si querían seguir sus pasos en el mundo del modelaje —lo cual estaba segura de que era el caso de Ana—, estarían listas y preparadas.

Jennifer sacudió la cabeza como si no se lo creyese y soltó una carcajada

mezclada con un sollozo.

—Sería un honor. ¿Verdad?

Miró al resto. Juliette y Anastasia asintieron de inmediato, moviendo la cabeza como los cabezones y con los ojos tan abiertos como personajes de anime japonés.

—No me lo creo —susurró Ana—. Vamos a hacer una sesión de fotos con *Nash Wilson*.

Todos los ojos se posaron en mi padre, en busca de la aprobación final. Él me miraba frunciendo el ceño y con tanta cautela que me costaba no echarme a reír.

—Un momento. Has dicho algo de hadas en un bosque encantado. ¿Qué tipo de retrato familiar piensas hacer?

Dejé que Nash se explicase y, a medida que hablaba, las expresiones de Juliette, Ana y Jennifer se tornaron más y más soñadoras, mientras que papá se horrorizó tanto que temía que le diese un ataque al corazón.

Quería decir que no. Lo veía en sus ojos. Parte de esa vacilación era por sus hijas, pero, sobre todo, era por su propia dignidad. Puede que Brian no tuviera problema en ponerse unas mallas ceñidas y fingir ser un hada para el mundo, pero ¿Richard Coleman, un poderoso abogado que se merendaba criminales? Iba a ser que no.

—Papá —susurré cuando este abrió la boca para negarse—. Puedo hacerlo sola. Puedo sacarme esas fotos sola o con Brian, lo haré decidas lo que decidas, pero significaría mucho para mí que hicieseis esto conmigo.

Mi padre cerró la boca y me miró con los ojos plagados de dudas.

—Sé que pido mucho —susurré—. Pero... lo hago para curarme. Decidir mostrarme al mundo es algo que necesito hacer para aceptarme a mí misma. Pero también tengo que aceptar a mi *familia*.

—Ella... —Mi padre sacudió la cabeza a medida que se le apagaba la voz.

No sabía qué decir. Pero no pasaba nada, porque había preparado este discurso con tiempo.

—He llamado a mi agente esta mañana tras acceder a reunirme con Nash. Hemos tenido una larga conversación sobre lo que esta sesión significaría para mí y lo que quiero obtener con ello. Básicamente, lo que busco es pasar

página. Creo que voy a intentar escribir mi biografía. Quiero compartir mi historia. Creo que, si me enfrento a mis miedos y los muestro, encontraré la aceptación sobre todo lo horrible que me ha pasado. Necesito esa aceptación de ti y de tu familia tanto como necesito aceptar mi cuerpo.

Aparté la vista de mi padre y observé a mi madrastra y a mis hermanas.

—Nunca he sentido que realmente perteneciera a vuestra familia. Desde que llegué a California, no he sido más que un enorme e imperfecto caos que trataba de fusionarse con vuestro mundo perfecto. No me extrañó que mi padre me abandonase por vosotras. ¿Por qué iba a quererme cuando tenía algo mejor?

—Ella —exclamó mi padre con la voz ronca y buscando mi mano.

Lo sorprendí cuando se la cogí.

—Lo siento. Sé que suena fatal, pero es la verdad. Me he sentido tan intimidada y aterrada por vuestra perfecta vida que no he sido capaz de ser parte de ella. *Lo necesito*. Necesito sentir que merezco ser una Coleman tanto como el resto de vosotros. Necesito enfrentarme a las inseguridades que tengo en lo que respecta a ti, Jennifer, y a las gemelas, si quiero vencerlas. Así que, aunque sé que te incomodará, te lo pido. Por favor, haz esto por mí, papá.

Mi padre me miró durante un momento antes de venirse abajo y suspirar con fuerza.

—Cielo, desde que te traje a casa, todo lo que he querido es que te sintieras parte de mi familia.

—Pues haz esto conmigo, papá. Por una vez, seamos una familia. Todos. Juntos. Estoy a punto de hacer la cosa más aterradora que podría hacer nunca. Puede que haya decidido hacerlo, pero me resultará difícil. —Tomé aire para controlar las lágrimas que amenazaban con derramarse de mis ojos—. Me vendría bien una ayuda extra.

Los hombros de mi padre se hundieron y su expresión se tornó resignada.

—De acuerdo. —Me miró a los ojos con los mismos iris azules que yo había heredado—. Si de verdad lo necesitas, si realmente crees que te ayudará a sentir que perteneces a esta familia, entonces lo haremos. *Lo haré*.

Jennifer, Juliette, Ana y Nash estallaron en vítores mientras mi padre y yo nos mirábamos. No podía creer que hubiera accedido. Sí, no había actuado de forma muy íntegra, pero no creía que funcionaría. No obstante, había dicho la verdad, en cada palabra. Necesitaba hacer esto con ellos. Y, ahora que había

accedido, mi pecho ardía de la emoción y la anticipación, así como de los nervios.

Intenté con todas mis fuerzas no llorar, pero perdí la batalla y los ojos se me llenaron de lágrimas. Rodeé a mi padre con los brazos y sollocé al abrazarlo.

—Gracias, papá.

—Te quiero, cariño.

Se me hizo un nudo en la garganta, y no podía soltarlo. Él tampoco parecía tener prisa por deshacerse del abrazo.

—Yo también te quiero —susurré.

Cuando me separé, me limpié los ojos con la servilleta y me sonrojé al mirar a los demás. Cuando mis ojos se encontraron con los de Ana, vi que sonreía de forma burlona.

—Siempre has sido una Coleman, idiota.

«Idiota» era un término cariñoso esta vez, porque sus labios se curvaron. Juliette se echó a reír y añadió:

—Me alegro de que por fin estés preparada para aceptarlo.

Puse los ojos en blanco y ambas estallaron en carcajadas. Miré a Jennifer, que tenía los ojos húmedos, y me sonrió y soltó una breve risita a la vez que exclamaba:

—Bienvenida a la familia, cielo.

Por primera vez desde que vine a California, la invitación parecía sincera, y yo finalmente estaba preparada para aceptarla.

—Gracias. Me alegra volver a tener una.

Epílogo

Cuatro meses después

Me movía nerviosa mientras Brian y yo nos dirigíamos en coche a la hermosa casa de dos plantas y con columnas blancas coloniales. Era la primera vez que visitaba a la madre de Brian y a su padrastro, pero no fue difícil adivinar qué casa era la suya, teniendo en cuenta que era la única decorada con motivos navideños de arriba abajo.

Había guirnaldas enrolladas en el porche delantero y alrededor de los pilares, una hermosa corona colgaba de la puerta principal, y un brillante reno blanco se alzaba orgulloso en el jardín delantero. Liz y Doug habían decorado incluso la hierba verde con algodón blanco para que pareciera nieve. Las luces de la casa empezaban a ser visibles a medida que el crepúsculo asomaba por la preciosa ciudad de Green Bay, Wisconsin. Había cronometrado mis planes de viaje en el momento exacto. Era perfecto.

Al entrar en el camino de la casa de la madre de Brian, este observó las decoraciones con la boca abierta como si pensase que su madre había perdido la cabeza. No lo culpaba. Al fin y al cabo, casi estábamos en agosto.

—¿Qué demonios...?

—Qué raro —convine.

Brian me miró con la sospecha reflejada en sus ojos entrecerrados. Yo no era la actriz en nuestra relación, eso estaba claro. Me resultó difícil no sonreír al abrir la puerta y salir del coche de alquiler.

—Vayamos a ver qué pasa.

Brian no se tragó mi inocencia ni por un segundo, pero salió del coche sin hacer preguntas y caminamos agarrados del brazo. La madre y el padrastro de Brian nos esperaban en el porche antes de que alcanzáramos las escaleras.

—¡Habéis llegado! —chilló Liz.

Abrazó a Brian deprisa y, después, lo apartó a un lado para estrecharme con fuerza entre sus brazos. No es que me quisiera a mí más que a él, claro; simplemente, estaba emocionada porque sabía lo que yo tenía planeado.

Tras un rápido y cálido abrazo por parte de Doug, nos instaron a entrar en casa. El interior estaba tan bien decorado como el exterior. El árbol de Navidad era grandísimo y llegaba fácilmente a los tres metros y medio en el abovedado salón, y también había una pequeña pila de regalos debajo de este, esperando a ser abiertos. Incluso se oía el leve murmullo de los villancicos y el fuego en la chimenea. Bien podía haber sido Nochebuena en lugar de 25 de *julio*.

—Llegáis justo a tiempo —comentó Liz—. Acabo de terminar de poner la mesa. Carne asada con puré de patatas, bollos caseros y tarta de calabaza. He estado cocinando todo el día, así que espero que los dos vengáis con hambre.

—Estoy famélica —admití—. Huele genial.

—Huele de maravilla —convino Brian—. Pero, mamá... ¿qué pasa? Estamos en julio.

No obtuvo respuesta porque Liz ya había entrado al comedor. Un festín se encontraba alrededor de un bonito centro navideño, y había sacado la vajilla y la cubertería para la ocasión. Nunca me había sentado en una mesa tan elegante.

—Esto es maravilloso, Liz. —Se me cerró la garganta por el esfuerzo que había hecho para por organizar esto. Todo lo que le había pedido era poner un pequeño árbol de Navidad. Esto iba mucho más allá—. Gracias por hacer todo esto.

Liz gesticuló con la mano.

—No es nada. Venid y sentaos. Comamos antes de que se enfríe.

—¿Mamá...? —Lo intentó Brian de nuevo.

Su madre le respondió con una mirada severa que me hizo reír y que hizo que él sacudiese la cabeza mientras separaba la silla para mí. Sí. Pensaba que su madre había perdido la cabeza del todo.

En cuanto estuvimos sentados, Doug bendijo la mesa y empezamos a llenarnos los platos. Cuando elogí a Liz por la excelente cena de Navidad, Brian no pudo soportarlo más.

—Vale, ahora en serio. Estamos en julio. Mamá, ¿te has vuelto loca?

Liz frunció el ceño con el tenedor a medio camino de la boca y resopló, contrariada.

—No, no me he «vuelto loca», hijo. Lo que he hecho es esforzarme para ayudar a la increíblemente atenta de tu novia a recrear el nacimiento del hijo de Dios.

Entonces, Brian dirigió su mirada de «estás loca» hacia mí. Yo le sonreí en respuesta.

—¿No has oído lo de la Navidad en julio? Cuando me di cuenta de que habíamos planeado este viaje el 25 de julio, pensé que sería divertido volverlo a hacer ya que nuestra primera Navidad juntos fue, en pocas palabras, un desastre.

La expresión de Brian cambió al instante de escéptica a embelesada.

—La Navidad pasada no fue muy buena, ¿eh?

Después de que el padre de Brian nos hubiera tendido una emboscada en el cine y el mío me hubiera desterrado de su vida... sí, no fue muy buena.

—No, no lo fue —convine—. Y la anterior estuve saliendo y entrando del coma y acababa de perder a mi madre. Quiero una buena Navidad, y la quiero antes de la siguiente, por si acaso de que me han echado una maldición o algo y tengo que romper el ciclo.

Brian se inclinó hacia mí riéndose y me besó la mejilla.

—Lo único con lo que estás maldecida es con un novio que te sale caro, *Cenicienta*.

—Muy cierto —convine.

Me reí cuando Brian puso los ojos en blanco por lo rápido que estuve de acuerdo con él antes de que por fin se centrara en la comida de su plato. La gente siempre bromeaba con que tenía a Brian comiendo de la palma de mi mano, pero la verdad era que yo era un poco más tozuda. Discutíamos tanto como cuando éramos amigos virtuales, excepto que ahora lo hacíamos cara a cara en lugar de por correo. Brian estaba acostumbrado a que lo adorasen y a salirse con la suya. Siempre pediría cosas y esperaría que la gente acatase sus

órdenes.

Los últimos siete meses que habíamos sido pareja habían sido todo un camino de aprendizaje para mí. El truco estaba en descubrir cuándo necesitaba alimentar ese ego suyo y cuándo bajarle los humos. El hecho de que yo fuera terca como una mula y, vale, quizá un poco mojigata, era, extrañamente, una de las razones por las que funcionábamos tan bien como pareja. Él necesitaba que alguien le parase los pies en lugar de aceptar sus peticiones como el resto del mundo. Yo nunca había tenido problema con ello. Siempre me disculpaba o le perdonaba con bastante rapidez, lo que quizá era mi salvación.

—¿Qué tal Boston? —inquirió Doug.

No pude evitar que se me escapara una sonrisa. Las cosas se habían desmadrado tan deprisa que no le compré un regalo a Brian para Navidad. Fue en San Valentín cuando por fin sacó sus regalos para mí y me ordenó que los aceptase. Uno de ellos había sido un viaje a la costa este. Quería que le presentara formalmente a mi madre, mi «nana» y mi abuelo. Tuvimos que esperar hasta que el rodaje de *La pimpinela escarlata* acabase, pero en junio conseguimos volver a casa.

—Fue increíble —admití—. No me había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos la costa este. Fue bonito volver a casa. Incluso nos pusimos en contacto con algunos de mis viejos amigos del instituto. Fue como estar en un sueño, pero pude decir adiós. Pasar página me vino bien.

—Además, los Red Sox ganaron el partido al que fuimos, así que Ellamara estuvo contenta durante todo el camino, y cuando volvimos su acento era más pronunciado. Fue adorable.

Le saqué la lengua. Su obsesión por mi acento de Boston era irrisorio. Había pasado la mayor parte del viaje riéndose y pidiéndome que pronunciase distintas palabras.

—¿Y cómo va tu biografía? —preguntó Liz.

Asentí mientras me limpiaba la boca antes de contestar.

—Muy bien. He estado trabajando con un escritor de no ficción que ha escrito varias biografías de famosos. He aprendido mucho de él, y la doctora Parish también me ha ayudado. Plasmar todas mis experiencias en papel ha hecho que avance mucho en mis sesiones de terapia. Le llevo a la doctora Parish los capítulos cuando los escribo, analiza en profundidad cada frase, yo

gasto una caja entera de pañuelos y, de alguna manera, me siento mejor tras cada sesión. Para cuando acabe el libro, puede que sea una mujer mentalmente estable, completa y equilibrada.

Liz y Doug dejaron de comer para mirarme boquiabiertos, pero Brian resopló; no le sorprendía lo más mínimo que bromease sobre mi terapia y mi salud mental. Creía que el humor era la mejor medicina y, aunque todavía tenía mucho en lo que trabajar, era más fácil tratarlo si podía bromear sobre ello. Además, sí que había progresado bastante con la doctora Parish. Las cosas ya no eran tan peliagudas. Incluso la relación con mi padre se estaba fortaleciendo.

—Nadie con tu humor podría calificarse nunca como equilibrado — espetó Brian.

Ahora me tocaba a mí poner los ojos en blanco, a pesar de que tuviera razón. *Muy poca.*

Después de la cena, decidimos que estábamos llenos y que necesitábamos un parón antes de la tarta, así que nos dirigimos al salón para relajarnos. Brian y yo nos sentamos en el sofá biplaza, mientras que Doug ocupó el otro sofá y Liz se acercó al árbol para coger los regalos y repartirlos. Le regaló una gran sonrisa a Brian cuando le dio una pequeña caja cuadrada con su nombre. Él leyó el «para: Cinder; de: Ella» que había escrito en la etiqueta y soltó una carcajada.

—Sí que lo has hecho a lo grande, ¿eh? —inquirió.

Yo me encogí de hombros y lo acerqué a mí para besarlo.

—Me sorprende que hayas logrado encontrar algo para mí —bromeó—. ¿Has estado buscando todo este tiempo? Porque sabes que solo quedan cinco meses para Navidad y mi cumpleaños es en tres semanas.

Eso me arrancó un gemido.

—No me lo recuerdes. Digamos que este cuenta para tu cumpleaños y las Navidades de los próximos cincuenta años.

Volvió a reír y empezó a abrirlo, pero lo detuve.

—Espera. Deja que tu madre y Doug abran los suyos primero.

Ambos tenían paquetes de tamaño póster que había envuelto en papel de regalo y se los había enviado de antemano. Liz y Doug se habían vuelto locos de la intriga durante semanas, pero me dieron su palabra de que ninguno de los dos había echado un vistazo antes de tiempo. Doug no perdió tiempo y

rasgó el papel. Arqueó las cejas y se quedó boquiabierto cuando vio el jersey enmarcado de los Green Bay Packers firmado por todo el equipo, lo que me hizo sonreír.

—¿Es todo el equipo?

Asentí, orgullosa.

—De la temporada pasada, sí.

Doug parpadeó en mi dirección, pasmado, y Brian se levantó para ver mejor el regalo de Doug.

—¿Qué? ¿Has pensado en algo tan guay para Doug y no se te ocurrió ni una sola cosa para mí? Tío, quiero uno de *estos*.

Liz y yo nos miramos y nos echamos a reír. Los hombres y sus deportes. Me gustaban los Red Sox y disfrutaba de algún que otro partido, pero nunca había entendido la obsesión que los chicos parecían tener con los deportes. Liz tampoco lo entendía, pero opinaba igual que yo que era adorable que los chicos se emocionaran tanto por el preciado jersey.

—Es increíble, Ella —exclamó Doug—. Muchas gracias. ¿Cómo lo has conseguido?

—¿Y por qué no me has conseguido otro a mí? —inquirió Brian, e hizo un puchero hacia la pequeña caja que tenía en la mano y que claramente no era un jersey firmado.

Puse los ojos en blanco y me encogí de hombros.

—Bueno, intenté conseguir entradas para la temporada, pero por lo visto ha habido lista de espera desde 1960 o así, y ni el dinero ni mi fama consiguieron que me pusieran al principio de la lista. Créeme. Llamé y pregunté.

Doug volvió a parpadear y Brian se rio.

—Y *tú* me llamas diva a mí.

—*No* fui de diva. Simplemente pregunté si podían hacer algo para ayudarme y, cuando dijeron que no, les di las gracias y les pedí que, en su lugar, me firmasen algo. Lo hicieron de buena gana tras preguntarles si *Las aventuras de Cinder y Ella* podían ir a visitarlos durante la pretemporada y que fuesen estrellas invitadas en los episodios.

Brian se volvió de golpe hacia mí y sus ojos relucieron con entusiasmo infantil.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Dijeron que sí?

Me reí de nuevo.

—Se sintieron muy halagados de saber que Brian Oliver es un gran fan y honrados de ser la primera incursión de Cinder y Ella en el deporte profesional. Puede que tenga que agitar algún pon-pon en traje de animadora de Green Bay y puede que a ti te tenga que hacer puré la línea ofensiva una o dos veces, pero sí; esta semana, Cinder y Ella van a pasar un día en el campo de entrenamiento con los Green Bay Packers. También han invitado a Liz y a Doug.

Tras intercambiar una mirada de asombro con Doug, Brian cruzó la sala en dos zancadas y me envolvió en sus brazos con cuidado, atrayéndome a su pecho y alzándome del suelo antes de hacerme girar.

—¡Preciosa! Eres la mejor novia del mundo.

—Lo sé. Ahora, déjame en el suelo para que Liz también pueda abrir su regalo.

Una vez Brian y yo volvimos a sentarnos, lo cual no sucedió hasta que me besó con tanto entusiasmo que me sonrojé, me atrajo hacia su costado y centró su atención en su madre.

Su mirada antes de rasgar el papel sugería que le preocupaba un poco que hubiera un segundo jersey firmado dentro. Su grito ahogado cuando vio lo que era valió la pena.

—¡Oh, Ella! —Se cubrió la boca con la mano y se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¡Qué bonito!

Alzó el *collage* enmarcado de nuestra sesión de fotos con Nash Wilson para enseñárselo a Doug y a Brian. Las fotos habían resultado ser más mágicas de lo que nunca hubiera imaginado. Habíamos ido al bosque Redwood, en Carolina del Norte, para hacer la sesión. Nunca había estado allí, pero era uno de los sitios más místicos y salvajes de la Tierra. Era simplemente arrebatador y mi nuevo lugar favorito de todo el mundo.

Doug silbó y Brian se quedó sin aire.

—Yo también quiero uno —murmuró.

Sonreí.

—¿Hay algo que *no* quieras?

—Muchas cosas —respondió, distraído, con los ojos fijos en el *collage*.

Era una combinación de algunas de las mejores fotos en grupo y fotos en solitario de Brian y mías. Se había vuelto a poner de pie y estaba al lado de su madre. Se arrodilló para verlo mejor. Señaló el marco y negó con la cabeza.

—No es que lo quiera. Es que lo *necesito*.

Mi foto favorita de toda la sesión era una en la que, de hecho, salía yo sola. Estaba sentada sobre un gran tronco de árbol caído en la espesura del bosque. Un único rayo de luz penetraba por entre los árboles y me iluminaba como un foco. Nash me había puesto unas orejas largas y puntiagudas y unas grandes alas de gasa con purpurina y teñidas de un color azul cielo. Me había vestido con la falda azul más corta del mundo y un top que más bien era una venda para cubrir mi pecho; el atuendo hubiera hecho sonrojar a Campanilla. Le había dado a mi pelo un aire despeinado por el viento e insertó pequeñas flores azules en él. Nunca había visto a *nadie* tan preciosa. Era difícil de creer que la criatura de la imagen era yo.

Estaba sentada en posición fetal y la foto estaba tomada de perfil, pero mi cabeza estaba vuelta hacia la cámara y la miraba por entre las pestañas. Nash tenía razón; mis ojos resaltaban y me hacían parecer un ser mágico. Lo mejor de la foto era que la rugosa textura de mis cicatrices estaba complementada por el tronco del viejo árbol y hacía parecer que yo fuera parte de la naturaleza, como una especie de diosa feérica de los bosques. Esa imagen iba a ser la portada de mi libro.

Nash había mostrado las fotos en su galería en abril. El señor Buchman nos había ayudado a Nash y a mí a organizar un gran evento para ello, donde di mi primer discurso sobre mis experiencias y lo que las fotos habían significado para mí. Las fotos de Nash y mi discurso fueron portada y publicaron una entrevista en profundidad en *Time Magazine*.

—En serio, Ella. Tengo que tener uno de estos —repitió Brian.

—Bien. Ahora ya sé qué regalarte.

De hecho, ya tenía tres *collages* diferentes enmarcados para colgarlos sobre el sofá del salón del apartamento.

Brian frunció el ceño.

—Todavía faltan tres semanas.

Me reí.

—Sobrevivirás, hombre caprichoso. En lugar de eso, ¿por qué no te

preocupas por el regalo que tienes ahora?

Alcé la pequeña caja que había dejado a mi lado cuando fue a observar las fotos y la agité ligeramente. Brian me ofreció una sonrisa en cuanto regresó a mi lado y cogió la caja. Empezó a abrirla de nuevo, pero se detuvo y me frunció el ceño.

—Yo no tengo nada para ti.

Solté una carcajada.

—Ya me has dado tus regalos. En plural. ¿Recuerdas? Todo un viaje a Boston, entre otras cosas. No necesito nada más.

Él frunció más el ceño.

—No es lo mismo. Tampoco te di un regalo la Navidad pasada, si haces memoria. Deberías haberme dicho lo de esta segunda celebración. Habría pensado en algo alucinante.

—No pasa nada, Brian. No necesito un regalo. —Sonreí con ironía y canté un verso de la canción navideña que odiaba—. Todo lo que quiero para Navidad eres tú.

Brian entrecerró los ojos hacia mí e hizo una mueca con los labios.

—¿Tan molesto fui?

Estallé en carcajadas.

—¡Sí! Durante semanas. Te lo mereces. Ahora, abre tu regalo.

Rasgó el papel y arqueó las cejas en dirección a mí cuando vio la caja azul de Tiffany's. Sonreí como única respuesta a su pregunta silenciosa. Abrió la caja y su curiosidad aumentó al ver una cajita de anillo. Tuve que morderme el interior de la mejilla para no reírme cuando la abrió y miró con el ceño fruncido el anillo que había dentro.

—¿Me has comprado un anillo de compromiso?

—Oh, no —gorjeé, y traté de mantener la compostura lo mejor posible—. Es para que tú me lo pongas en el dedo.

Cuando sus ojos encontraron los míos, arqueé las cejas de forma sugerente.

—Supongo que sí que me has comprado algo.

Su mano cayó sobre su regazo y el anillo quedó casi olvidado al tiempo que me miraba con los ojos abiertos de par en par.

—¿Me estás pidiendo que me *case* contigo?

Deseché la pregunta como si fuera la mayor tontería del mundo.

—Cielos, no. Eso es cosa tuya. Solo dejo caer una indirecta de que puede que esté lista para que lo hagas. Cuando estés preparado, claro.

En cuanto se recuperó del asombro, lo cual le llevó unos buenos quince segundos, sus labios se curvaron en una sonrisa torcida y alzó el anillo.

—¿Esto te parece una indirecta?

—Las indirectas son relativas. Todo depende de lo espesa que esté la persona que necesite la pista.

—No estoy espeso. Tú eres la que se niega a mudarse conmigo y me dio todas esas charlas sobre que no estabas lista para cosas de adultos como el matrimonio y los hijos.

—Oh, sigo sin estar lista para los hijos —le aseguré rápidamente, ignorando el bufido de decepción que provino de Liz—. Pero lo del matrimonio sí puedo hacerlo, y la nueva casa también, en cuanto acabe el contrato de alquiler y encontremos una que nos guste.

Los ojos de Brian se tornaron vidriosos y su mente viajó hasta alguna fantasía suya. Siempre se había mostrado fascinado con la idea de nuestra versión torcida de Hollywood del sueño americano. Los preestrenos y las ceremonias de premios mezcladas con niños y una valla blanca. Y un gato. No un perro. Lo cual me parece adorable. Mi gran y fortísimo hombre dominante adoraba los adorables y tiernos gatitos.

—Llamaremos a la mujer de la inmobiliaria en cuanto lleguemos a casa —exclamó Brian—. Le encantará saber que por fin estoy listo para buscar casa en serio.

Ya había estado buscando un sitio que se acomodara a mis necesidades cuando me fui de casa de mi padre, pero había abandonado la búsqueda en cuanto me mudé a mi apartamento.

—Probablemente deberíamos esperar a que regresemos de Nueva Zelanda —le recordé.

Brian tenía programado grabar el resto de las películas de *Las crónicas de Cinder* en agosto, justo después de su cumpleaños. La primera película había ido tan bien —batió todos los récords en taquillas—, que habían dado luz verde al resto de la serie. Las iban a rodar todas a la vez para reducir costes de producción, lo cual significaba que Brian estaría en Nueva Zelanda, donde grabaron la primera, durante aproximadamente los siguientes ocho

meses. Yo me iría con él, por supuesto, y estaba muy entusiasmada por viajar fuera del país por primera vez en mi vida. Nos iríamos justo después de su cumpleaños. Podía hacer la mayoría del trabajo de mi página web por internet, y Scott seguiría en Los Ángeles para encargarse de todo lo que debiera hacerse desde casa.

—Vale. Pero es lo primero que haremos al llegar. ¿Lo prometes?

—Lo prometo. —Sonreí, y le cogí la mano que todavía sujetaba mi anillo de compromiso—. Entonces, lo del anillo...

La sonrisa torcida de Brian regresó y arqueó una ceja.

—Pensaba que no me estabas pidiendo que me casase contigo.

—No lo hago. —Por una vez, logré dedicarle una mirada completamente inocente—. Simplemente te explico mi regalo. Mira lo que hay grabado en el anillo.

Brian lo observó y se dio cuenta de que tenía pequeñas palabras grabadas en el interior. Cuando las leyó, su sonrisa se hizo más grande.

—Y vivieron felices para siempre.

Finalmente, sonreí tal y como había estado deseando.

—*Ese* es mi regalo para ti.

—¿Felices para siempre? —aclaró.

Asentí y sonreí.

—Suponiendo que dejes de darme largas y me pidas de una vez que me case contigo.

Le enseñé la mano para indicarle que dejase de perder el tiempo y me pusiese el anillo en el dedo. Aquel gesto me ganó la mirada severa de «soy Brian Oliver y no me inclino ante nadie».

—Yo no *pido* cosas; las ordeno —replicó, sacando pecho y cruzando los brazos sobre este—. Y no pienso pedírtelo porque me lo digas. Eres muy poco romántica. Voy a planear la pedida más creativa, hermosa, épica y romántica que se haya hecho jamás.

Nuestras miradas se encontraron y yo arqueé una ceja; volví a agitar la mano y esperé con terquedad. Él entrecerró los ojos y siguió de brazos cruzados. Oímos risitas en la sala, pero ignoramos a nuestro público; nos negábamos a romper el contacto visual. Él lo hizo primero.

—Vale —exclamó, exasperado—. Pero me comeré tu trozo de tarta por

esto.

Me reí, pero sentí que la adrenalina recorría mi cuerpo cuando él hincó la rodilla delante de mí y me tomó de la mano. Le sonreí a su madre por encima de su cabeza, más feliz que nunca, y ella me devolvió una brillante sonrisa.

—Ellamara Valentina Rodríguez —ronroneó Brian con esa voz profunda que tanto amaba.

Cuando lo miré a los ojos, él me dedicó su sonrisa más afectuosa. Quizá lo hubiera planeado yo, pero, aun así, era el momento más perfecto del mundo. Esperé con la respiración entrecortada a escuchar esa pedida cursi, romántica y merecedora de la gran pantalla que iba a soltarme. Se detuvo durante unos cinco segundos, sin duda para darle un efecto dramático, y, después, las comisuras de sus labios temblaron. Sus ojos destellaron con travesura al decir:

—Cásate conmigo, mujer.

Y sí, definitivamente fue una orden.

Hasta ahí el romance cursi de película. Resoplé y me eché a reír antes de ofrecerle un saludo militar.

—¡Sí, señor!

Cuando por fin me relajé, Brian seguía con una rodilla en el suelo. Le sonreí y él puso los ojos en blanco a la vez que me ponía el anillo en el dedo. Admito que entonces me comporté como una cría y chillé un poco.

Finalmente, Brian perdió la compostura y soltó una carcajada al tiempo que negaba con la cabeza cuando me quedé contemplando el anillo en mi mano durante un momento.

—Fíjate, me queda perfecto —bromeé.

—Qué sorpresa —murmuró Brian.

Me reí al tiempo que él se levantaba y me ayudaba a hacer lo propio. Interrumpió mi risa con un beso, y aquello pareció ser la señal para que Liz nos interrumpiera. Se abalanzó sobre nosotros antes de que dejáramos de besarnos.

—¡Oh, estoy tan feliz! ¡Felicidades! ¡No puedo creer que mi niño se vaya a casar!

Los abrazos, besos y lágrimas empezaron y no acabaron hasta que Doug intervino por nuestro bien.

—Liz, cálmate. Dales a los pobres chicos un momento a solas.

—Pero Doug...

—Liz.

Reí cuando la orden realmente logró que dejara de hostigarnos. No me había percatado de que el hombre, tan sensible como era, pudiera conseguirlo. Me guiñó un ojo y tomó la mano de su mujer.

—¿Por qué no vamos a cortar la tarta?

Ella bufó, pero cuando Doug no dio su brazo a torcer, alzó las manos en gesto de derrota.

—Oh, *vale*.

Brian volvió a estrecharme entre sus brazos antes de que su madre saliera de la habitación.

—Te quiero —susurró.

Yo le rodeé el cuello con los brazos.

—Yo también te quiero.

Me dio un beso rápido y me sorprendió cuando frunció el ceño.

—No es que no me haya encantado mi sorpresa, pero deberías haberme dado la oportunidad de darte algo.

—Me regalas cosas todo el tiempo.

—¿Y qué?

Brian me dijo cuando empezamos a salir que debería acostumbrarme a recibir regalos con regularidad. Había cumplido su promesa. A nadie le encantaba dar regalos tanto como a Brian. Adoraba que fuera tan generoso, a pesar de que se pasaba a menudo. Estaba segura de que le carcomía por dentro que por fin le hubiera dado algo cuando él no tenía nada para mí. Pero eso también había sido parte de mi plan.

—Hagamos una cosa —exclamé, alejándome de él y tomándolo de la mano—. Hay algo que quiero que puedes darme esta noche. Si tan desesperado estás por regalarme algo.

—¿Qué? —inquirió, ansioso—. Cualquier cosa.

Una sonrisa se extendió por mi rostro al inclinarme y susurrarle lo que quería exactamente. Y como sabía cuánto le gustaba hablar, fui muy específica.

Brian contuvo la respiración y yo me eché a reír. Al separarme de su

oreja, me miró con los ojos como platos. Un momento después, tragó saliva y se humedeció los labios como si tuviera la boca tan seca como un desierto.

—¿Estás segura?

Mi cuerpo entero era un manojo de nervios, pero estaba preparada. Muy, muy preparada. Envolví de nuevo los brazos en torno a su cuello y le di un pequeño beso.

—Ya te lo he dicho —dije—. Todo lo que quiero para Navidad eres *tú*. Lo digo en serio.

Parpadeó un par de veces y, a continuación, asaltó mi boca como si estuviese listo para que sucediera aquí mismo, en el salón.

—¡Brian! ¡Ella! ¡El postre está listo!

Brian rompió el beso con el pecho jadeante y los ojos ardientes. Echó un vistazo al comedor y, después, volvió a mirarme. La pelea interna que vi en sus ojos me hizo soltar una risita.

—Es solo tarta —susurré.

Con eso quería decir que no nos llevaría mucho comérmola, pero Brian se lo tomó más como un «no pasa nada si nos la saltamos».

—Lo siento, mamá. Ella y yo tenemos que irnos —dijo en voz alta antes de alzarme en brazos—. Volveremos mañana.

Liz vino corriendo al salón.

—¿Qué? ¿Adónde vais?

—A algún sitio donde pueda hacerle el amor de manera salvaje a mi prometida sin que mis padres estén al final del pasillo.

A estas alturas, debería estar acostumbrada a mi hombre, pero emití un grito ahogado, horrorizada, y me puse más roja que nunca.

—¡*BRIAN!*

Liz repitió mi chillido.

—¡*BRIAN!* ¡No seas tan grosero!

—Lo siento, mamá. —No lo sentía en absoluto. Y ya se dirigía hacia la entrada—. Volveremos por la mañana, lo prometo. Eh... más bien por la tarde.

—Brian Oliver, detente ahora mismo. Acabáis de llegar. Tus... necesidades físicas pueden esperar hasta que al menos comáis la tarta.

Brian abrió la puerta principal.

—La verdad es que no pueden, mamá. Guarda mi trozo en la nevera.

—¡Brian!

—Liz, creo que el chico está decidido —intervino Doug, intentando sin éxito no sonreír.

Sí que estaba decidido. Y, por muy horrorizada que estuviese porque sus padres supieran adónde me llevaba y por qué, no tenía la fuerza de voluntad para negarme y detenerlo. Miré por encima de su hombro y sonreí a Liz con pesar.

—Lo siento, Liz. Prometo que volveremos para comer mañana, y podremos hablar de planes de boda.

Eso pareció apaciguarla un poco y, por el rabillo del ojo, vi que Brian se encogía. *Lo tenía bien merecido.*

Salió de casa, me depositó en el asiento del copiloto del coche de alquiler, regresó adentro para coger mi bolso y mi bastón, y se despidió de Doug y besó en la mejilla a su madre, sonriendo al ver su desaprobación; luego, se metió en el coche.

—¿Era necesario todo eso? —pregunté cuando casi salimos volando de allí.

—Sí. —Me tomó de la mano, entrelazó nuestros dedos y se los llevó a los labios—. Entonces, sobre la boda... —Cuando lo miré divertida, volvió a hacer una mueca—. Supongo que no serás considerada y dejarás que hagamos lo de Las Vegas antes de que nos vayamos del país, ¿no? Si puedo elegir, prefiero recibir eso por mi cumpleaños antes que la foto.

Casi me sentí mal por él. Casi.

Tras una risa ligera que rayaba en la ofensa, le ofrecí mi sonrisa más compasiva.

—Ay, cielo, lo siento mucho, pero es imposible que esta *Cenicienta* empiece su «felices para siempre» sin una boda de cuento de hadas.

Nota de la autora

El boca a boca es esencial para que cualquier autor o escritor tenga éxito. Si te ha gustado este libro, por favor, deja un comentario en las plataformas digitales. Aunque solo sea una frase o dos, me ayudaría mucho y ¡os lo agradecería enormemente!

¡Gracias!

Kelly

Agradecimientos

Muchas gracias, como siempre, a Josh, por tu apoyo infinito, tus comentarios, tus preciosas portadas, por complacerme cuando te pido que hagas imágenes de mis historias, por encargarte de muchas de las tareas de «madre» para que tenga tiempo para escribir y, sobre todo, por quererme a pesar de todas mis manías de escritora.

Y gracias a Josh Jr., Jackie, Matthew y Daniel, por preferir comidas como cereales fríos, gofres congelados, yogures y *pizza* antes que otras caseras para las que no tengo tiempo, ni energía, ni sé cocinar. Sois los mejores hijos que una madre podría desear. (Sí, aunque me deis mucha guerra).

A Jen (Literally Jen) y Lisa (A Life Bound By Books) por vuestros valiosos comentarios y vuestra emoción ante este proyecto, y a Heather por estar siempre dispuesta a sentarse y a escucharme hablar de distintas tramas de novelas. (¡Y por comerse mis dónuts extra cuando yo termino con demasiados! Todas me ayudáis a que mis libros sean todo lo buenos que pueden ser).

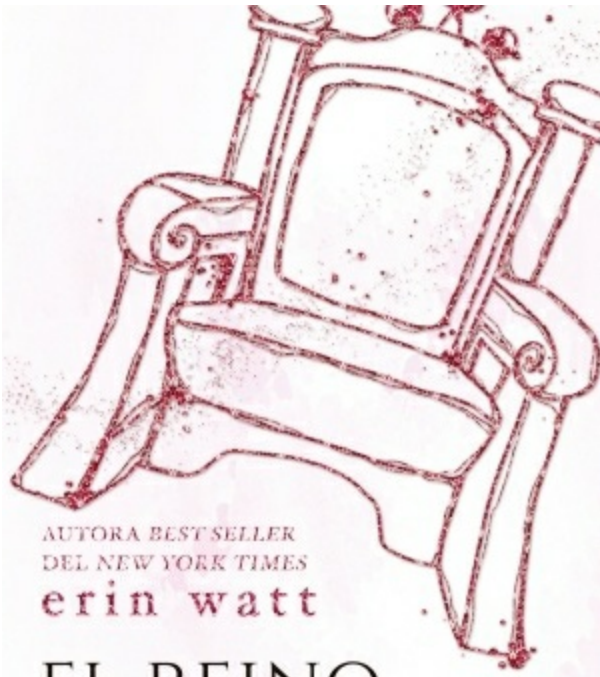
Gracias a todos mis amigos y a mi familia por vuestro amor y apoyo durante estos años. No podría hacerlo sin vosotros. Y quiero agradecer especialmente a Dios, por bendecirme con un poco de talento y creatividad, con una sana dosis de paciencia y la insana cantidad de determinación que se necesita para ser escritora. Gracias a él, todo es posible.

Sobre la autora



Kelly Oram escribió su primera novela con quince años, un fan fiction sobre su grupo de música preferido, los Backstreet Boys, y aunque sus amigos y su familia se metieron mucho con ella por eso, al cabo de unos años Kelly cumplió su sueño de convertirse en escritora.

Es una apasionada de la lectura, habla demasiado y le encanta comer frosting a cucharadas. Vive en las afueras de Phoenix, en Arizona, con su marido, sus cuatro hijos y su gato, Mr. Darcy.



AUTORA BEST SELLER
DEL NEW YORK TIMES

erin watt

EL REINO DESTROZADO

Oz
EDITORIAL



LOS ROYAL
LIBRO 5

El reino destrozado

Watt, Erin
9788417525101
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Tragedia. Trampas. Traición. Nadie puede escapar de los Royal. Desde que Hartley Wright conoció a Easton Royal, su vida ha cambiado por completo: los enemigos acechan en las esquinas y los peligros se ocultan en las sombras. Un día, la tragedia llama a su puerta cuando Hartley sufre un terrible accidente y pierde la memoria. Ahora no confía en nadie y su instinto le dice que Easton es peligroso. El joven Royal siembra el caos allí donde va y los sentimientos que despierta en ella la confunden todavía más. Hartley no sabe si el chico de ojos azules es su salvación o su perdición. "Una historia adictiva con unos personajes complejos e increíbles." Hypable "Una saga increíble. Tengo muchísimas ganas de leer el próximo libro de Erin Watt." Samantha Towle, autora best seller "Erin Watt es brillante. ¿A qué esperas para conocer a los Royal?" Megan March, autora best seller

[Cómpralo y empieza a leer](#)

AUTORA BEST SELLER DEL NEW YORK TIMES

erin watt



CUANDO ES
REAL

OZ
EDITORIAL

Cuando es real

Watt, Erin
9788417525057
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Fiestas, riqueza, fama y una historia de amor digna de HollywoodEl cantante Oakley Ford lo tiene todo: éxito, fama, premios, dinero, millones de seguidores... y una asombrosa habilidad para meterse en problemas. Ahora mismo su carrera está estancada y necesita desprenderse de la imagen de chico malo para que Donovan King, el mejor productor musical del país, acceda a trabajar con él.Oakley se propone demostrar al mundo que ha madurado y la solución pasa por mantener una relación estable con una chica "normal y corriente". ¿Y quién mejor para ayudarlo que Vaughn, una camarera de lo más normal? Vaughn y Oakley fingirán ser pareja para que todos crean que el cantante ha sentado la cabeza, pero ninguno de los dos esperaba enamorarse de verdad.Cuando la realidad supera la ficción, debes escuchar tu corazón"iUna novela divertidísima y adictiva!"Katie McGarry, autora de Say You'll Remember Me"Una historia llena de acción y muy ágil, de esas que te obligan a no cerrar el libro."School Library Journal"En cuanto comencé a leer las primeras páginas, me enamoré del libro. Erin Watt tiene una voz fresca y adictiva que te obliga a seguir leyendo."Aestas Book Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)



LOS
ROYAL
ACABARÁN
CONTIGO

AUTORA *BEST SELLER*
DEL *NEW YORK TIMES*

erin watt

LA PRINCESA
DE PAPEL

Oz
EDITORIAL

LOS ROYAL
LIBRO 1

La princesa de papel

Watt, Erin

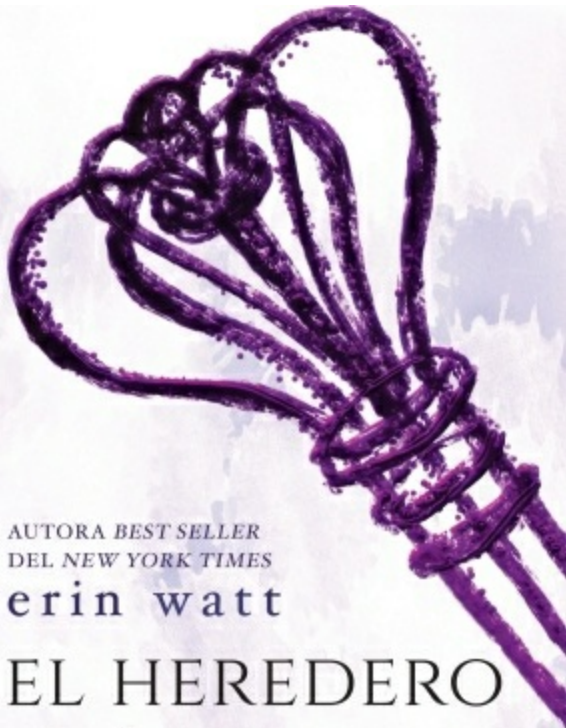
9788416224616

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Dinero. Exceso. Secretos. Adéntrate en el mundo de los Royal. La vida de Ella Harper no ha sido nada fácil, y cuando su madre muere, se queda completamente sola. Pero entonces aparece Callum Royal, un multimillonario empresario que la saca de la pobreza. A partir de ese momento, Ella llevará una vida de lujo y riqueza. Sin embargo, pronto se dará cuenta de que algo extraño ocurre en la mansión de los Royal. Los cinco hijos de Callum, que tienen un magnetismo sin igual, ocultan algo. Ninguno de ellos la quiere allí, en especial Reed. Pero Ella se siente atraída por él y tendrá que luchar con todas sus fuerzas por no caer en sus redes... "Este libro es el Cruel de las intenciones de nuestra generación." Jennifer L. Armentrout, autora best seller del New York Times "Intenso, inolvidable y sexy. ¡No puedo dejar de pensar en La princesa de papel! Una lectura obligatoria." Emma Chase, autora best seller del New York Times "Sin duda, una novela juvenil de lectura obligatoria." Kirkus Reviews

[Cómpralo y empieza a leer](#)



AUTORA BEST SELLER
DEL NEW YORK TIMES

erin watt

EL HEREDERO CAÍDO

Oz
EDITORIAL



LOS ROYAL
LIBRO 4

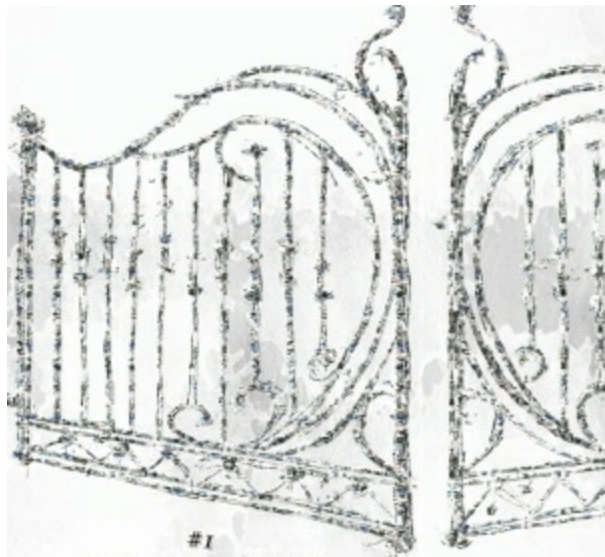
El heredero caído

Watt, Erin
9788416224876
280 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Rivales. Reglas. Remordimientos. Los Royal acabarán contigo. Easton Royal es un triunfador: es guapo, rico e inteligente. Su meta en la vida es divertirse tanto como pueda y nunca piensa en las consecuencias de sus actos. No necesita hacerlo. Pero un día aparece en su vida Hartley Wright, una joven que pondrá su mundo patas arriba. A pesar de sentirse atraída por él, Hartley lo rechaza. Easton no entiende por qué, y eso la hace aún más irresistible. Hartley le dice que tiene que madurar. Y puede que tenga razón. Por primera vez en su vida, la riqueza y la popularidad de los Royal no será suficiente para Easton. "Me muero de ganas de hacerme con la segunda entrega de la historia de Easton. El corazón me va a mil solo con pensar en lo que ocurrirá." Hypable "El heredero caído es una novela preciosa, y la saga de Los Royal, una serie increíble." BJ's Book Blog "Cinco estrellas. Este libro lo tiene TODO. Deja lo que estés haciendo y ve a por él. En mi top ten de libros del año sin ninguna duda." Book Starlets

[Cómpralo y empieza a leer](#)



#1

AUTORA BEST SELLER
DEL NEW YORK TIMES

erin watt
EL PALACIO
MALVADO

Oz
EDITORIAL



LOS ROYAL
LIBRO 3

El palacio malvado

Watt, Erin
9788416224760
336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La joven Ella Harper ha sido la última en llegar al palacio de la familia Royal y, aunque los cinco hijos de Callum Royal intentaron hacerle la vida imposible, finalmente se ha hecho un hueco y ahora es la pareja de uno de ellos, Reed. Todo cambia cuando Brooke, la prometida de Callum, muere asesinada y todos los indicios apuntan a Reed. Además, las preocupaciones de Ella no acaban ahí: su padre, supuestamente fallecido, está vivo, y la quiere fuera de la mansión de los Royal. Ella tendrá que descubrir al verdadero asesino si quiere salvar a Reed de la pena de muerte."El final de El palacio malvado te dejará satisfecha en todos los sentidos."Hybable"Un libro increíble. Tengo muchísimas ganas de leer el próximo libro de Erin Watt."Samantha Towle, autora best-seller"La escritura de Erin Watt es brillante. ¿A qué esperas para conocer a los Royal?"Megan March, autora best-seller

[Cómpralo y empieza a leer](#)